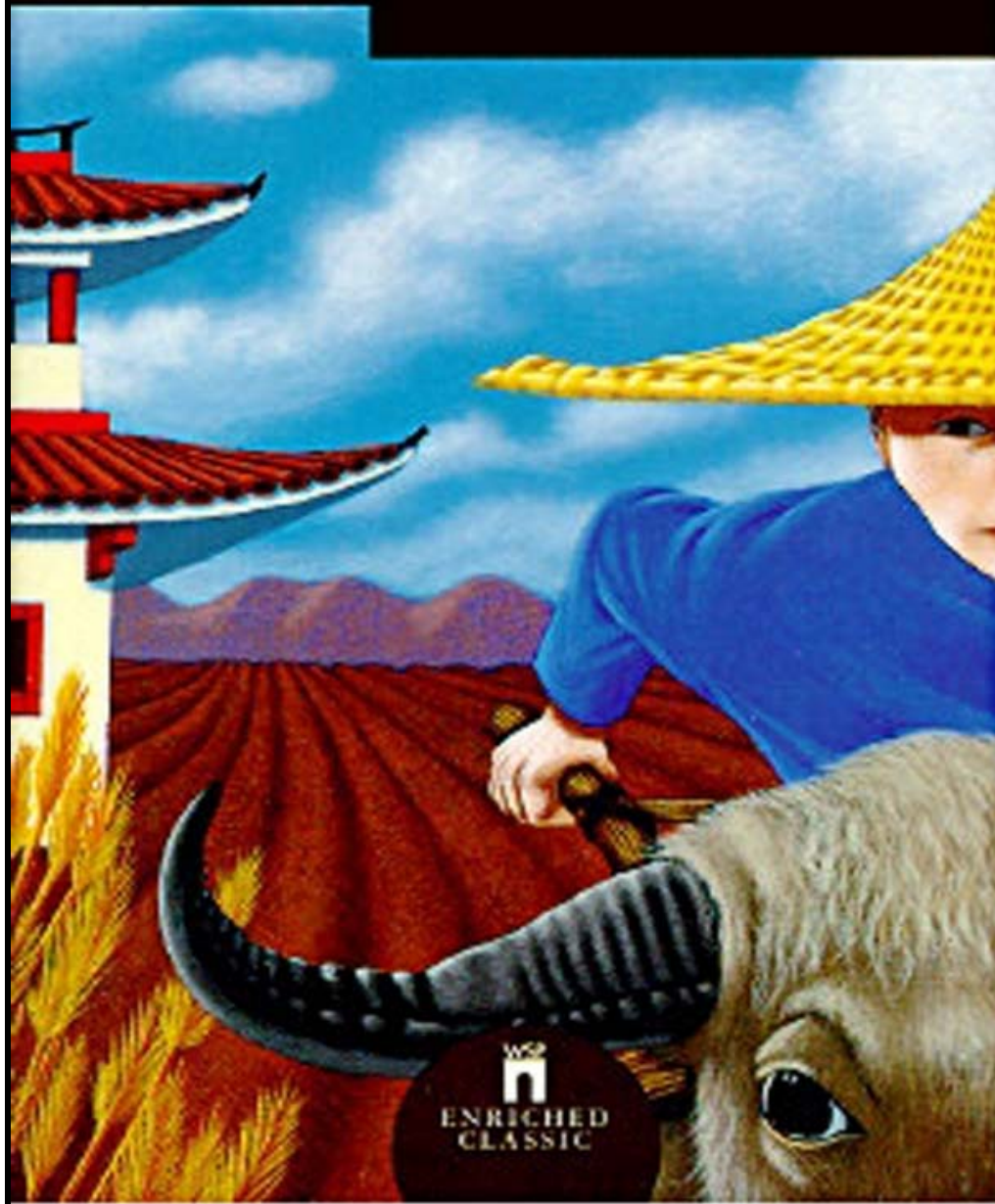


Pearl S. Buck

La Buena Tierra



LA BUENA TIERRA – PEARL S. BUCK

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Titulo original: THE GOOD EARTH

Traducción de Elisabeth Mulder

Décima edición, julio 1977

Impreso en España

I

Era el día de las bodas de Wang Lung. Por el momento, al abrir los ojos en la sombra de las cortinas que rodeaban su cama, no acertaba a explicarse por qué razón aquel amanecer le parecía distinto de los otros. La casa permanecía silenciosa. Únicamente turbaba su quietud la tos del padre anciano, cuya habitación estaba frente por frente de la de Wang Lung, al otro lado del cuarto central. La tos del viejo era el primer ruido que se oía en la casa cada mañana. Generalmente, Wang Lung la escuchaba acostado en la cama y así permanecía hasta que la tos iba acercándose y la puerta del cuarto de su padre giraba sobre los goznes de madera. Pero esta mañana no se entretuvo esperando. Dio un salto y apartó las cortinas del lecho.

Aurora sombría y bermeja. A través de un agujero cuadrado, que hacía las veces de ventana, y en el que tremolaba un papel en jirones, se entreveía una parcela de cielo bronceado. Wang Lung se acercó al agujero y arrancó el papel.

–Es primavera, y no necesito esto –murmuró.

Le daba vergüenza expresar en alta voz su deseo de que la casa estuviera hoy arreglada y limpia.

El agujero permitía apenas el paso de la mano, que sacó por él para sentir el contacto del aire. Un viento leve soplaba blandamente del Este, un viento suave y murmurante, grávido de lluvia. Era un buen augurio. Los campos necesitaban lluvia para fructificar, y aunque no la hubiera hoy, la habría dentro de unos días si aquel viento continuaba. Bien, bien... Ayer le había dicho su padre que si este sol bronceado y refulgente persistía, el trigo no iba a cuajar en la espiga. Y ahora era

como si el cielo hubiese escogido este día precisamente para derramar sus bendiciones. La tierra daría fruto.

Se apresuró a entrar en el cuarto central poniéndose los pantalones mientras andaba, y atándose alrededor de la cintura su cinturón azul de tela de algodón. De la cintura arriba quedóse desnudo mientras calentaba el agua para bañarse.

Dirigióse a la cocina, que era un cobertizo apoyado contra la casa. Emergiendo de la sombra, un buey, que se hallaba en el rincón junto a la puerta, volvió la cabeza, y al ver a su amo comenzó a mugir profundamente.

La cocina de Wang Lung, como la casa, estaba construida de ladrillos de tierra, grandes cuadriláteros de tierra de sus propios campos, y techada con paja de su propio trigo. De la misma tierra, el padre había construido el horno en su juventud, un horno que ahora estaba tostado y negro por los muchos años de uso. Sobre el horno posábase un caldero de hierro, redondo y profundo.

Wang Lung llenó parte de este caldero del agua que iba sacando con una calabaza, de una tinaja de tierra cercana al fogón. Pero la sacaba con cuidado, porque el agua era una cosa de máximo valor. Luego, tras una corta vacilación, levantó la tinaja y vertió todo su contenido en el caldero. En un día así iba a bañarse íntegramente. Nadie, desde los tiempos en que era un chiquillo a quien la madre sentaba en sus rodillas, había visto el cuerpo de Wang Lung. Hoy, alguien lo vería, y para esa persona quería tenerlo limpio.

Dio la vuelta al horno, cogió un puñado de ramas y de hierbas secas que se hallaban en un rincón de la cocina y las arregló con esmero en la boca del horno, procurando sacar el mayor partido posible de cada brizna. Luego, con un viejo pedernal y un hierro, prendió una chispa, que introdujo en la paja, y una llamarada alzóse en seguida del combustible.

Esta era la última mañana en que tendría que encender el fuego. Lo había encendido diariamente desde que murió su madre, hacía seis años. Una vez encendido el fuego, hervía el agua y se la llevaba a su padre en una escudilla. El viejo tosía, sentado en la cama, y tanteaba en busca de sus zapatos. Así había esperado cada mañana, durante estos seis años, la llegada del hijo con el agua caliente para aliviarle la tos. Pero ahora, padre e hijo podrían descansar, pues en la casa habría una mujer. Ya nunca más tendría Wang Lung que levantarse al amanecer, invierno y verano, para encender el fuego. Se quedaría en la cama esperando: y a él también le traerían una escudilla con agua, y, si la tierra daba fruto, en el agua habría hojas de te. Algunos años, así ocu-

rría.

Y si la mujer se agotaba, ahí estarían sus hijos para encender el fuego. Muchos, muchos hijos le daría esta mujer a Wang Lung.

Se detuvo de pronto, pensando en los niños que correrían por las tres habitaciones de la casa. Siempre le había parecido que eran demasiadas habitaciones para ellos dos. La casa estaba medio vacía desde que murió la madre y continuamente tenían que resistir a los intentos de invasión de parientes que vivían más apurados que ellos. Su tío, con sus incontables vástagos, exclamaba:

–¿Como pueden dos hombres solos necesitar tanto sitio? ¿No puede el hijo dormir con el padre? El calor del joven haría bien a la tos del viejo.

Pero el padre replicaba:

Reservo mi cama para mi nieto. El me calentará los huesos en mi ancianidad.

Y ahora los nietos iban a venir. ¡Nietos y más nietos! Tendrían que poner camas a lo largo de las paredes y en el cuarto central. La casa entera estaría llena de camas.

Las llamaradas del horno se extinguieron y el agua del caldero empezó a enfriarse mientras Wang Lung pensaba en todos los lechos que habría en aquella casa medio vacía. Y en el umbral de la puerta apareció borrosamente la figura del viejo que se sujetaba sus ropas sin abrochar y tosía, escupía.

–¿Por qué –suspiró el anciano– no tengo todavía el agua para calentar mis pulmones?

Wang Lung se le quedó mirando, volvió en sí y se sintió avergonzado.

–El combustible está húmedo –murmuró tras el fogón–. Este viento mojado...

El viejo continuó tosiendo perseverantemente y no cesó hasta que el agua empezó a hervir. Wang Lung vertió parte del agua en una escudilla, cogió un frasco barnizado que había en un borde del fogón, sacó de él aproximadamente una docena de hojas secas y retorcidas y las echó en el agua. Los ojos del viejo se abrieron glotonamente, pero en seguida comenzó a lamentarse:

–¿Por qué derrochas así? Beber té es como comer plata.

–Un día es un día replicó Wang Lung con una risa breve. Bebe y reconfortate

Murmurando, dando pequeños gruñidos, el viejo cogió el tazón con sus dedos arrugados y quedóse mirando cómo las hojas diminutas se desrizaban sobre la superficie del agua. Y no se atrevía a beber el preciado líquido.

Se va a enfriar dijo Wang Lung.

–Cierto, cierto, repuso el viejo, alarmado.

Comenzó a tragar el té caliente a grandes sorbos, con una satisfacción animal, lo mismo que un niño fascinado por la comida. Pero no se abstraía tanto que no viera a Wang Lung echar temerariamente el agua del caldero en una honda tina de madera. Levantó la cabeza y contempló a su hijo.

–Aquí hay agua suficiente para hacer madurar una cosecha dijo de repente.

Wang Lung continuó echando el agua hasta la última gota y no contestó.

–¡Vaya, vaya! gritó el padre.

–No me he lavado el cuerpo, todo de una vez, desde el Año Nuevo dijo Wang Lung en voz baja.

Le daba vergüenza decirle a su padre que deseaba estar limpio para que la mujer pudiese verle. Cogió la tina de madera y se la llevó a su cuarto. La puerta, ligeramente afianzada en un torcido marco de madera, no se cerró herméticamente, y el viejo entró bamboleándose en el cuarto central, acercó la boca al espacio abierto y chilló:

–¡Mala cosa si acostumbremos a la mujer así: té en el agua matinal y todos estos lavajes!

–Un día es un día -gritó Wang Lung. Y añadió: Cuando termine, echaré el agua en la tierra y así no se habrá desperdiciado todo.

El viejo se calló al oír esto, y Wang Lung, desabrochándose el cinturón, se quitó las ropas. A la luz del foco cuadrado que penetraba por el agujero de la pared, empapó una toalla en el agua humeante y comenzó a frotarse vigorosamente el cuerpo oscuro y delgado. A pesar de que el aire le había parecido tibio, al estar mojado sentía frío y se movía con rapidez, metiendo y sacando la toalla del agua hasta que de todo el cuerpo se escapó una leve nube de vapor. Entonces se dirigió a un arca que había sido de su madre y sacó de ella un traje limpio de algodón azul. Tal vez sentiría un poco de fresco sin sus ropas de invierno, pero súbitamente se daba cuenta de que no podría sufrirlas ahora, sobre su carne limpia. Aquellas ropas estaban rotas, sucias, y la entretela asomaba por los agujeros mugrienta y gris. No quería que la mujer le viese así por primera vez. Más tarde tendría que lavar, que remendar, pero no el primer día. Sobre los pantalones de algodón azul se echó una túnica larga confeccionada con el mismo material, su sola túnica larga, que usaba únicamente en los días de fiesta, o sea diez o doce veces al año. Luego, con dedos ágiles, deshizo la larga trenza de cabello que le colgaba a la espalda y comenzó a peinarla con un peine que cogió del cajón de una pequeña mesa vacilante.

Su padre se acercó y gritó por la abertura de la puerta:

–¿Es que no he de comer hoy? A mi edad, los huesos se hacen agua por las mañanas hasta que se les alimenta.

–Ya voy –dijo Wang Lung, trenzándose el cabello lisa y rápidamente y tejiendo entre los cabos un cordón de seda negra. Luego se quitó la túnica y, enroscándose la trenza alrededor de la cabeza, cogió la tina de agua y salió afuera. Se había olvidado por completo del desayuno. Haría una papilla de harina de maíz y se la daría a su padre, porque lo que es él no podía comer. Avanzó con la tina hasta la entrada y vertió el agua sobre la tierra más próxima a la puerta; pero mientras lo hacía recordó que había empleado toda el agua del caldero para el baño y que tendría que encender el fuego otra vez. Y sintió una oleada de cólera hacia su padre.

Esa vieja cabeza no piensa más que en su comida y en su bebida – murmuró a la boca del horno.

Pero en voz alta no dijo nada. Era la última mañana en que tendría que preparar la comida para el viejo. Puso en el caldero un poco de agua, que llevó, en un cubo, del pozo cercano a la puerta, preparó la comida y se la dio al viejo.

–Padre mío –dijo-, esta noche comeremos arroz. Mientras tanto, aquí está el maíz.

–No queda más que un poco de arroz en el cesto –exclamó el viejo sentándose a la mesa del cuarto central y removiendo con los palillos la pasta amarillenta.

–Entonces, comeremos un poco menos en la fiesta de la primavera – dijo Wang Lung.

Pero el viejo, ocupado en comer ruidosamente de la escudilla, no le oía. Wang Lung regreso a su cuarto, se puso otra vez la larga túnica azul y se soltó la trenza. Pasándose la mano por las sienes rasuradas y por las mejillas, se preguntó si no le convendría afeitarse. Apenas había salido el sol. Podría pasar por la calle de los Barberos y hacerse afeitar antes de ir a la casa donde la mujer le esperaba. De tener bastante dinero, así lo haría.

Saco del cinturón un bolsillo pequeño y grasiento, de tela gris, y contó el dinero que poseía. Seis dólares de plata y dos puñados de monedas de cobre.

Todavía no le había dicho a su padre que había invitado a unos amigos a cenar aquella noche. Los invitados eran: su primo, el hijo menor de su tío; su tío, en atención a su padre, y tres labradores vecinos que vivían con él en el pueblo. Había pensado traer aquella mañana de la ciu-

dad carne de cerdo, un pescado pequeño, de pantano, y un puñado de castañas. Y quizá comprara hasta unos brotes de bambú del sur y un poco de buey para hervir con las coles que él mismo había cultivado en su huerto. Pero esto únicamente si le quedaba algún dinero después de adquirido el aceite y la salsa de las judías. Si se afeitaba, tal vez no podría comprar la carne de buey... Súbitamente, decidió afeitarse.

Dejó al viejo sin decir palabra y salió a la luz de la mañana naciente. A pesar del rojo oscuro de la aurora, el sol ascendía por las nubes del horizonte y brillaba sobre el rocío del trigo tierno y de la cebada. Wang Lung, que tenía verdaderamente alma de campesino, se recreó un momento contemplando las pequeñas cabezas en formación. Aún estaban vacías y en espera de la lluvia. Olió el aire y miró ansiosamente al cielo. Allí, en el vientre de aquellas nubes negras que pasaban sobre el viento, se encerraba la lluvia. Y Wang Lung se dijo que compraría un bastoncito de incienso para ofrecerlo al dios de la tierra. En un día así, haría esta ofrenda.

Siguió adelante, por el camino estrecho que se retorció entre los campos. No muy lejos se alzaba la muralla gris de la ciudad. Al otro lado de la puerta por la que él debía pasar se hallaba la Casa Grande, la casa de los Hwang. En ella había servido de esclava, desde niña, la mujer que iba a ser suya. Había quien decía: "Más vale vivir solo que casarse con un mujer que ha sido esclava de una casa grande". Pero cuando Wang Lung le preguntó a su padre: "¿He de estar sin mujer toda mi vida?", éste había contestado: "Las bodas cuestan caras en estos tiempos, y las mujeres exigen anillos de oro y vestidos de seda. Lo único que queda para las pobres son las esclavas".

Su padre se había movido entonces y había ido a la Casa de Hwang a preguntar si no les sobraba alguna esclava.

—Una que no sea muy joven —había dicho—. Y, sobre todo, que no sea bonita.

A Wang Lung le mortificaba que la esclava no hubiera de ser bonita. Le habría gustado tener una linda esposa, por la que los otros hombres pudieran felicitarle. Pero su padre, al ver la expresión rebelde del rostro, le había dicho:

—¿Y qué es lo que vamos a hacer con una mujer bonita? Necesitamos una mujer que cuide la casa y produzca hijos mientras trabaja en los campos. ¿Hará estas cosas una mujer bonita? ¡Se pasará el tiempo pensando en vestidos que hagan juego con su cara! No; de ninguna manera ha de haber una mujer así en nuestro hogar. Nosotros somos gente labradora. Además, ¿quién ha oído hablar de una esclava hermosa y perteneciente a una gran casa, que fuera virgen? Todos los jóve-

nes señores se habrían servido ya de ella, y mejor es ser el primero con una mujer fea que el centésimo con una beldad. ¿Te imaginas que a una mujer bonita le parecerían tus manos de campesino tan agradables como las manos suaves del hijo de un rico, y tu cara, negra del sol, tan hermosa como la piel dorada de los otros que antes que tú han buscado en ella su placer?

Wang Lung comprendió que su padre tenía razón, pero, así y todo, tuvo que luchar consigo mismo antes de contestar. Y al hacerlo, dijo violentamente:

–Al menos, no quiero una mujer picada de viruelas o que tenga el labio superior hendido.

–Veremos lo que hay para escoger –replico el padre.

Bien, la mujer no era picada de viruelas ni tenía el labio superior hendido. Es todo lo que sabía de ella. Su padre y él habían comprado dos anillos de plata con baño de oro, y unos pendientes, también de plata, que su padre había entregado al dueño de la esclava en señal de sponsales. Aparte esto, nada más sabía de aquella mujer que iba a ser suya, excepto que hoy podía ir a buscarla.

Atravesó la puerta de la ciudad y su fresca penumbra. Los aguadores acababan de aparecer, con sus angarillas cargadas de grandes tinajas de agua: iban y venían todo el día, y el agua saltaba de las tinajas salpicando las piedras. Se estaba siempre húmedo y fresco en el túnel que formaba la puerta bajo la gruesa muralla de tierra y ladrillos. Se estaba fresco hasta en un día de verano, tanto, que los vendedores de melones colocaban sus frutos sobre las piedras, abiertos, para que absorbiesen la frescura húmeda del túnel. Como la estación no estaba suficientemente adelantada, aún no había melones, pero a lo largo de las paredes se veían cestos con unos melocotones pequeños, duros y verdes. Los vendedores gritaban:

–¡Los primeros melocotones de la primavera, los primeros! ¡Comprad, comed, limpiad vuestro intestino de los venenos del invierno!

Wang Lung se dijo:

–Si a la mujer le gustan, le compraré un puñado de melocotones cuando regresemos.

Apenas podía darse cuenta de que, cuando regresara, una mujer caminaría tras él.

Al traspasar la puerta, dobló a la derecha y no tardó en encontrarse en la calle de los Barberos. Había pocos clientes antes que él: sólo unos labradores que habían llevado sus productos a la ciudad la noche anterior, con el fin de vender los vegetales en los mercados al amanecer y poder estar de regreso en los campos a tiempo para el trabajo del día.

Habían dormido, encogidos y temblorosos, sobre sus cestos, aquellos cestos que estaban ahora vacíos a sus pies. Wang Lung los esquivó para evitar que alguno de los labradores le reconociera. No quería que le gastasen bromas en un día como éste. En línea, a lo largo de la calle, se hallaban los barberos, en pie tras los mostradores. Wang Lung se dirigió al más lejano, se sentó en el taburete y le hizo seña al oficial, que estaba de charla con un vecino. El barbero acudió presuroso, cogió un pote de sobre el hornillo de carbón y comenzó a llenar de agua caliente una palangana de lata.

–¿Afeitado completo? –preguntó, profesionalmente.

–Cara y cabeza –replicó Wang Lung.

–¿Limpiar nariz y orejas? –preguntó el barbero.

–¿Cuánto más costará eso? –quiso saber Wang Lung.

–Cuatro peniques –respondió el barbero, comenzando a meter y sacar del agua un paño negro.

–Le doy dos –dijo Wang Lung.

–Entonces limpiaré una oreja y media nariz –replicó el otro prontamente–. ¿Que lado de la cara prefiere?

Y le hizo una mueca al barbero vecino, que soltó una risotada. Wang Lung comprendió que había caído en manos de un guasón, y sintiéndose inferior, como de costumbre, a estos habitantes de la ciudad, a pesar de que eran sólo barberos y gente de la más baja, dijo prestamente:

–Como quiera..., como quiera...

Y cedió al barbero, que le enjabonó, frotó y afeitó, y que siendo, a pesar de todo, un buen hombre, y generoso, le hizo gratis unas cuantas manipulaciones hábiles en los hombros y en la espalda para dar elasticidad a los músculos. Mientras le afeitaba la cabeza a Wang Lung, comentó:

–Este labrador no estaría mal si se cortase el pelo. La nueva moda manda suprimir la trenza.

Y la navaja pasó tan cerca del círculo de cabello en la coronilla de Wang Lung, que éste gritó:

–¡Sin el permiso de mi padre no puedo cortarme el pelo!

El barbero se echó a reír y orilló el círculo de cabello.

Cuando la operación hubo terminado, Wang Lung contó el dinero en la mano arrugada y húmeda del barbero. Y tuvo un momento de pánico: ¡tanto dinero! Pero, al echar a andar calle abajo, sintiendo la fresca caricia del aire sobre la piel afeitada, se dijo:

–Un día es un día.

Se fue al mercado y compró dos libras de carne de cerdo, mirando cómo el carnicero la envolvía en una hoja de loto seca. Dudó un instante

y compró también media libra de buey y unas porciones de requesón fresco que temblaba como gelatina sobre las hojas. Luego fue a una cerería, adquirió dos bastones de incienso, y se dirigió, tímidamente, hacia la Casa de Hwang.

En la entrada, sintió que un terror invencible se apoderaba de él. ¿Cómo había venido solo? Debía haberle pedido a su padre, a su tao, o hasta a Ching, su vecino más próximo, que le acompañase. Nunca había estado en una gran casa. ¿Cómo iba a entrar en ésta, con su festín de bodas al brazo, y decir: "Vengo a buscar una mujer"?

Durante un rato se quedó a la puerta, mirándola. Estaba bien cerrada; los dos grandes batientes de madera, pintados de negro, asegurados y tachonados de hierro, firmemente ajustados uno sobre otro. Dos leones de piedra montaban la guardia, uno a cada lado. No había nadie más. Wang Lung retrocedió. ¡Imposible decidirse! Sentía una súbita debilidad y decidió comprar primeramente algo que comer. No había tomado nada aún; había olvidado su comida.

Fue a un pequeño restaurante callejero y, poniendo dos peniques sobre una mesa, se sentó. Un chico sucio, con un delantal negro y lustroso, se acercó a él, y Wang Lung le pidió: "¡Dos escudillas de fideos!", y cuando se las trajo se las comió glotonamente, empujando los fideos boca adentro con los palillos de bambú mientras el chico hacía girar los cobres entre sus dedos negruzcos.

—¿Quiere más? —preguntó el chico indiferentemente.

Wang Lung movió la cabeza, se enderezó y miró alrededor. No había nadie conocido suyo en aquella habitación pequeña, oscura, llena de mesas. Sólo se hallaban sentados unos cuantos hombres, que comían o bebían té. Era un lugar para pobres, y entra ellos Wang Lung se veía pulcro, limpio y casi rico, tanto, que un mendigo que pasaba se dirigió a él.

—¡Tenga corazón, maestro, y déme una monedita! ¡Tengo hambre! —se lamentó.

Jamás un mendigo le había pedido limosna a Wang Lung, jamás nadie le había llamado "maestro". Se sintió satisfecho y echó en el platillo del mendigo dos moneditas, que valían la quinta parte de un penique. El pobre alargó con prontitud su mano ennegrecida, semejante a una garrá, y, cogiendo la limosna, la escondió entre sus harapos.

Wang Lung continuaba sentado, mientras el sol iba ascendiendo. El chico, daba vueltas impacientemente, y por fin le dijo a Wang Lung, con descaro:

—Si es que no compra nada más, tendrá que pagar alquiler por el taburete.

A Wang Lung le irritó esta impertinencia, y de buena gana se habría levantado y hubiera partido; pero cuando pensaba que tenía que ir a la gran Casa de Hwang, a preguntar por una mujer, rompía a sudar por todo el cuerpo como si estuviera trabajando en los campos.

–Tráeme té –le dijo débilmente al chico.

Y antes de que tuviera tiempo de volver la cabeza, allí estaba el té, y el chico preguntaba con viveza:

–¿Y el penique?

Wang se dio cuenta, con horror, de que no tenía más remedio que sacar de su cinturón otro penique más.

–Es un robo –murmuró de mal talante.

Pero en esto vio entrar a su vecino, al que había invitado para la fiesta de la noche, y puso rápidamente el penique sobre la mesa, se tragó el té y se fue muy aprisa por la puerta lateral. Se hallaba en la calle una vez más.

–Hay que hacerlo –se dijo con desesperación. Y, lentamente, dirigió sus pasos hacia la gran entrada.

Esta vez, como era ya plena mañana, la puerta estaba entreabierta y el guardián, después del almuerzo, vagaba por la entrada, limpiándose los dientes con una astilla de bambú. Este guardián era un hombre alto, con un gran lunar en la mejilla izquierda, del que colgaban tres pelos largos y negros que jamás habían sido cortados. Al ver a Wang Lung, le gritó ásperamente, creyendo, por el cesto que llevaba, que había venido a vender algo:

–¿Qué hay?

Wang Lung replicó con gran dificultad:

–Soy Wang Lung, el labrador.

–Bueno, y Wang Lung, el labrador, ¿qué hay? –replicó el guardián, que sólo era atento con los opulentos amigos de sus señores.

–He venido..., he venido... –tartamudeó Wang Lung.

–Eso ya lo veo –replicó el portero con deliberada paciencia, retorciéndose los tres pelos del lunar.

–Es por una mujer –dijo Wang Lung.

Y, a pesar de sus esfuerzos, la voz se le iba apagando hasta convertirse en un murmullo. A la luz del sol, la cara le brillaba, húmeda. El guardián se echó a reír.

–¡De modo que eres tú! –exclamó él–. Me habían avisado que hoy vendría el novio, pero no te hubiera reconocido, con ese cesto al brazo...

–Son sólo unos manjares –dijo Wang Lung excusándose, y creyó que el guardián le iba a conducir ahora al interior de la casa.

Pero el hombre no se movió, y al fin Wang Lung preguntó con ansie-

dad:

–¿He de entrar solo?

El guardián hizo ver que se sobrecogía de horror.

–¡El Venerable Señor te mataría!

Y, viendo la inocencia del rústico, insinuó:

–Un poco de plata es una buena llave...

Wang Lung acabó por ver que lo que el hombre quería era dinero.

–Soy un pobre –dijo suplicante.

–A ver lo que llevas en el cinturón –contestó el guardián.

Y sonrió al ver la simplicidad de Wang Lung, que puso el cesto sobre las piedras y, levantándose la túnica, sacó el bolsillo que llevaba en el cinturón y echó en su mano izquierda cuanto dinero le había quedado después de efectuadas sus compras. Había sólo una pieza de plata y catorce peniques de cobre.

–Cogeré la plata –dijo el guardián tranquilamente, y, antes de que Wang Lung pudiera protestar, se había metido la moneda en la manga y se adentraba hacia la casa gritando:

–¡El novio, el novio!

Wang Lung, a pesar de su cólera por lo ocurrido y de su horror al ser anunciado de tan estentórea manera, no pudo hacer otra cosa que coger el cesto y seguir al guardián. Iba derecho, sin mirar a un lado ni a otro.

Aunque era la primera vez que había entrado en una gran casa, después no podía acordarse de nada. Con la cara ardiendo y la cabeza inclinada, atravesó patio tras patio, oyendo los gritos del guardián precediéndole, escuchando el retañir de risas por todos lados. Y, de pronto, cuando le parecía que había atravesado cien estancias, el guardián le empujó a un saloncito de espera y desapareció hacia alguna habitación interior, regresando al cabo de un momento para anunciar:

–La Venerable Señora dice que puedes aparecer ante ella. Wang Lung dio un paso hacia delante, pero el guardián le gritó:

–¡No puedes presentarte ante una gran señora con ese cesto al brazo! ¡Un cesto lleno de cerdo y de requesón! ¿Cómo vas a hacer la reverencia?

–Cierto, cierto... –dijo Wang Lung muy agitado.

Pero no se atrevía a dejar el cesto en el suelo, por miedo a que le robasen algo. Wang Lung no podía comprender que no todo el mundo no deseara cosas tan exquisitas como dos libras de cerdo, media libra de buey y un pequeño pescado de pantano.

El guardián vio su temor y gritó con desprecio:

–¡En una casa como ésta alimentamos a los perros con esas carnes!

Y, cogiendo el cesto, lo echó detrás de la puerta y empujó a Wang Lung hacia delante.

Descendieron por una galería larga y angosta, de techo sostenido por columnas delicadamente talladas, y penetraron en un salón cual jamás había visto Wang Lung. Una docena de casas como la suya se hubieran perdido en él, tanta capacidad tenía y tanta altura. Levantando la cabeza para contemplar las vigas talladas y pintadas, tropezó en el umbral de la puerta, y se hubiera caído si el guardián no le hubiese cogido por un brazo, exclamando:

–Bueno, a ver si sabrás hacer la reverencia ante la Venerable Señora.

Y Wang Lung, volviendo en sí, y muy avergonzado, miró adelante, y en el centro de la habitación, sobre un estrado, vio a una señora muy vieja, pequeña y fina, vestida de satén gris muy brillante; a su lado, en una banqueta baja, quemaba, sobre la lamparilla, una pipa de opio. La señora miró a Wang Lung con sus ojillos negros, penetrantes, tan vivos y hundidos en el rostro delgado y lleno de arrugas como los de un simio. La piel de la mano que sujetaba el extremo de la pipa aparecía tirante sobre los huesos menudos, lisa y amarilla como el oro de un ídolo. Wang Lung cayó de rodillas y golpeó con la cabeza el suelo.

–Levántalo –dijo gravemente la señora al guardián–. Estas reverencias no son necesarias. ¿Ha venido a buscar la mujer?

–Sí, Venerable Señora –replicó el guardián.

–¿Y por qué no habla? –preguntó la dama.

–Porque es un imbécil, Venerable Señora –respondió el guardián, retorciéndose los pelos del lunar.

Estas palabras sublevaron a Wang Lung, que miró al guardián con indignación.

–Soy solamente un rústico, Alta y Venerable Señora –dijo–, y no sé qué palabras emplear ante vuestra presencia.

La señora se le quedó mirando con intensa gravedad; hizo como si fuera a hablar, pero su mano se cerró sobre la pipa, que una esclava había estado atendiendo, y pareció olvidarlo. Se inclinó un poco, fumando con glotonería durante unos momentos; la viveza desapareció de sus ojos y una niebla de olvido se extendió sobre ellos. Wang Lung permaneció en pie ante ella, hasta que su mirada lo advirtió de nuevo.

–¿Qué hace aquí este hombre? –preguntó la señora con un enfado súbito.

Diríase que se había olvidado de todo. El guardián no decía nada y su rostro continuaba impasible.

–Estoy esperando la mujer, Alta Señora –dijo Wang Lung asombrado.

–¡La mujer! ¿Qué mujer...? –comenzó a decir la señora, pero la esclava

se inclinó y le dijo algo que la hizo recordar—. ¡Ah, sí! Me había olvidado... Una nimiedad... Vienes por la esclava llamada O-lan. Recuerdo ahora que se la habíamos prometido en matrimonio a un labrador. ¿Eres tú?

—Yo soy —replicó Wang Lung.

—Llama a O-lan en seguida —ordenó la señora a la esclava.

Parecía, de pronto, impaciente por concluir aquel asunto y porque la dejaran sola con su pipa de opio en la quietud del salón.

La esclava regresó trayendo de la mano una figura cuadrada, bastante alta, vestida con pantalones y casaca de algodón azul, muy limpia. Wang Lung le dio una ojeada rápida y en seguida miró a otro sitio. El corazón le palpitaba aceleradamente. ¡Esta era su mujer!

—Ven aquí, esclava —dijo la señora con ligereza—. Este hombre ha venido a buscarte.

La mujer se adelantó y quedó en pie ante la señora, con la cabeza baja y las manos juntas.

—¿Estás preparada? —preguntó la dama.

La mujer respondió, lentamente y como un eco:

—Estoy preparada.

Wang Lung tenía a la mujer delante, y al oír por primera vez su voz, que era agradable: ni aguda, ni melosa, ni áspera, la miró de nuevo. Llevaba el cabello bien peinado y liso, y la casaca pulcra. Vio con cierta desilusión que no tenía los pies prensados, pero no pudo reflexionar sobre esto, porque la señora le decía al guardián:

—Llévale el cofre a la puerta y que se vayan. —Y volviéndose hacia Wang Lung, exclamó—: Ponte junto a ella mientras hablo.

Cuando Wang Lung se adelantó, la señora le dijo:

—Esta mujer entró en nuestra casa cuando era una niña de diez años, y aquí ha vivido hasta ahora, que tiene veinte. La compré en un año de hambre, cuando sus padres bajaron hacia el Sur porque no tenían qué comer. Eran gente del Norte, de Shantung, y allá se volvieron. No he vuelto a saber de ellos. Como ves, O-lan tiene el cuerpo vigoroso y el rostro cuadrado de su raza. Trabajaré bien en los campos y sacando agua, y en todo lo que quieras. No es bonita, pero eso no te hace falta; sólo los ricos necesitan mujeres hermosas para que les diviertan. Tampoco es inteligente, pero hace bien lo que se le manda y tiene buen carácter. Que yo sepa, es virgen. Aunque no hubiera estado siempre en la cocina, no posee suficiente belleza para haber tentado a mis hijos y nietos. Si algo le ha pasado, ha tenido que ser con un criado, aunque, habiendo en la casa tantas esclavas bonitas, dudo mucho que nadie se haya fijado en ésta. Llévatela y empléala bien. Es una buena esclava, y

si yo no hubiese deseado hacer méritos para mi existencia futura, trayendo al mundo vida nueva, la hubiera conservado. Pero siempre caso a mis esclavas, si alguien las quiere y los señores no las desean.

Y a la mujer le dijo:

–Obedécele y dale hijos y más hijos. Tráeme la primera criatura para que yo la vea.

–Si, Venerable Señora –respondió la mujer sumisamente. Y se quedaron allí, dudando; Wang Lung estaba muy confuso y sin saber si tenía que hablar o no.

–¡Bueno, marchaos! –dijo la señora, irritada, y Wang Lung saludó rápidamente, volvióse y salió.

La mujer le seguía, y tras la mujer, el guardián con el cofre. Pero al llegar a la habitación donde estaba el cesto de Wang Lung, se negó a llevarlo más tiempo, lo dejó en el suelo y desapareció sin decir palabra.

Entonces, Wang Lung volvióse y se encaró con la mujer por primera vez. Tenía un rostro cuadrado y franco, la nariz corta, ancha, con las fosas nasales grandes y oscuras; la boca dilatada y semejante a una incisión. Los ojos, pequeños, de un negro sin brillo, tenían una tristeza velada, no expresada claramente. Producía aquel rostro una impresión de hermetismo y silencio, como si no pudiera hablar aunque quisiese.

La mujer soportó la mirada de Wang Lung con paciencia, sin mostrarse confusa ni, a su vez, curiosa. Esperó simplemente a que él la hubiera mirado.

Y Wang Lung pudo comprobar que, en efecto, no era bonito aquel rostro moreno, vulgar y paciente. Pero en la piel oscura no había señales de viruelas, ni tenía la boca un labio partido. Advirtió luego que la mujer llevaba puestos sus pendientes, los pendientes con un baño de oro que él le había comprado, y los anillos. Se volvió con una secreta satisfacción. ¡Bien, ya tenía mujer!

–Ahí están ese cofre y ese cesto –le dijo rudamente.

Ella se inclinó en silencio, cogió el cofre por un extremo y se lo cargó a la espalda, tambaleándose bajo su peso al tratar de incorporarse. Wang Lung, que la miraba, exclamó de pronto:

–Yo cogeré el cofre. Toma el cesto.

Y cargó el cofre sobre su propia espalda, sin cuidarse de que llevaba puesta su mejor túnica, mientras la mujer, siempre silenciosa, cogía el asa del cesto.

Pensando en las cien estancias que debían atravesar y en su figura absurda bajo aquella carga, Wang Lung dijo:

–Si hubiera alguna salida lateral...

La mujer asintió, tras unos instantes de meditación, como si no hubiera

entendido de pronto las palabras de Wang Lung. Luego le condujo a un patio pequeño, adonde se iba poco, lleno de hierbas y con un estanque cegado; allí, bajo las ramas de un pino inclinado, había una puerta vieja y redonda. Levantó la aldaba, abrió la puerta y se encontraron en la calle.

Una o dos veces, Wang Lung volvióse para mirar a la mujer, cuyos grandes pies la conducían tras él firme y segura como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Su rostro conservaba su impenetrabilidad característica.

Al llegar a la puerta de la muralla, Wang Lung se detuvo, irresoluto. Con una mano sostenía el cofre sobre los hombros y con la otra comenzó a tantear en su cinturón, buscando las monedas que le habían quedado. Sacó dos peniques y compró seis melocotoncitos verdes.

–Para ti –le dijo a la mujer con aspereza–. Cómetelos.

Como una niña, ella alargó la mano ansiosamente y los cogió, apretándolos en silencio. Cuando Wang Lung volvió a mirarla, mientras bordeaban un campo de trigo, vio que mordisqueaba uno de los melocotones, lenta, cautamente, y en cuanto advirtió que era observada, lo escondió de nuevo en la mano y mantuvo las mandíbulas en perfecta inmovilidad.

Y así anduvieron hasta que llegaron al campo del Oeste, donde se hallaba el templo a la tierra. Este templo era un edificio pequeño, no más alto que los hombros de un individuo; estaba construido de ladrillos grises y tenía el techo embaldosado. El abuelo de Wang Lung, que cultivó los campos donde ahora Wang Lung pasaba la vida, había edificado aquel templo, llevando los ladrillos, desde la ciudad, en una carretilla. Exteriormente, las paredes estaban cubiertas con yeso sobre el que un artista de pueblo, contratado para el caso, había pintado un paisaje de colinas y bambúes. Pero la lluvia que había caído durante generaciones esfumó el paisaje, y ya no quedaba de él más que los bambúes, reducidos a sombras con apariencia de plumas. Las colinas habían desaparecido casi por completo.

Dentro del templo, bien acomodadas bajo el techo, se encontraban dos figuras pequeñas y solemnes, hechas de tierra, de la tierra que circundaba el templo. Estas figuras representaban al propio dios y su compañera, y estaban vestidas con unas túnicas de papel rojo dorado. El dios ostentaba un bigote escaso y caído, de cabello auténtico. Cada año, por Año Nuevo, el padre de Wang Lung compraba hojas de papel rojo y, cuidadosamente, cortaba y pegaba un traje nuevo para la pareja. Y cada año, la lluvia, la nieve, el sol, se los estropeaban.

Actualmente, sin embargo, los trajes estaban en buen estado, ya que el

año era joven aún, y Wang Lung se sintió satisfecho de su elegancia. Cogió el cesto de manos de la mujer y buscó, bajo la carne de cerdo, los dos bastones de incienso que había comprado. Sentía cierta inquietud, miedo de que se hubieran roto, lo cual sería de mal augurio. Pero estaban enteros, y cuando los encontró los puso, uno junto a otro, entre la ceniza de otros bastones de incienso amontonados ante los dioses, pues todo el vecindario reverenciaba a las dos figurillas de tierra. Luego, cogiendo su hierro y pedernal, y sirviéndose de una hoja seca como mecha, prendió una llama y encendió el incienso.

Hombre y mujer permanecían juntos ante los dioses de sus campos. Miraba la mujer cómo los extremos del incienso se volvían rojos, y luego grises; cuando la ceniza fue formando una cabeza, se acercó y, con el dedo, la hizo caer. En seguida, como asustada de lo que había hecho, dirigió a Wang Lung una rápida mirada, con sus ojos inexpresivos. Pero había algo en el gesto de la mujer que a Wang Lung le fue grato. Era como si considerase que el incienso les pertenecía a los dos; era un gesto matrimonial.

Y así permanecieron, uno al lado del otro, mirando cómo los bastones se convertían en ceniza, hasta que, al advertir que el sol declinaba ya, Wang Lung se echó el cofre al hombro y tomó el camino de la casa.

El viejo estaba a la puerta, tomando los últimos rayos del sol. No hizo el menor movimiento al ver acercarse a Wang Lung con su mujer, pues hubiera sido impropio descender a notar su presencia. En lugar de esto, aparentó un gran interés en las nubes y exclamó:

—Ese nubarrón que cuelga sobre el cuerno izquierdo de la luna creciente anuncia lluvia. No pasará de mañana sin que llueva.

Y al ver que Wang Lung cogía el cesto que llevaba la mujer, exclamó:

—¿Has gastado dinero?

—Habrán invitados esta noche —dijo Wang Lung brevemente, y, dejando el cesto sobre la mesa, llevó el cofre al cuarto donde él dormía y lo puso en el suelo, junto al cofre dentro del que guardaba su propia ropa, y se lo quedó mirando con extrañeza. Pero el viejo se acercó a la puerta y gritó:

—¡No se hace más que gastar dinero en esta casa!

Íntimamente, estaba contento de que su hijo tuviera invitados, pero, delante de su nuera, no quería dejar escapar la ocasión de quejarse, pues no era cosa de acostumbrarla al derroche.

Wang Lung no contestó. Fue en busca del cesto y lo llevó a la cocina, adonde la mujer le siguió, y, sacando los comestibles pieza por pieza, los colocó en el borde del fogón apagado y dijo a la mujer:

—Aquí hay cerdo, buey y pescado. Seremos siete a comer. ¿Sabes coci-

nar?

Mientras hablaba, evitaba mirar a la mujer, lo cual no hubiera sido decoroso. Ella contestó, con voz llana:

–Estuve en la cocina, de esclava, desde que entré en la Casa de Hwang. Y se guisaban carnes para todas las comidas.

Wang Lung movió la cabeza y salió de la cocina. Ya no volvió a ver a la mujer hasta que llegaron los invitados: su tío, jovial, socarrón y hambriento; el hijo de su tío, un muchacho de quince años, muy descarado, y los labradores, torpes, cohibidos y sonriendo con timidez. Dos de ellos eran hombres del pueblo con los que a veces, en tiempos de cosecha, Wang Lung permutaba semillas y labor. El otro era su vecino Ching, un hombre pequeño, quieto, que no hablaba como no le obligasen a ello.

Cuando estuvieron instalados en el cuarto central, titubeantes y sin prisa en tomar asiento, por educación, Wang Lung entró en la cocina y ordenó a la mujer que sirviera. Y se sintió halagado cuando ella le dijo:

–Te pasaré los platos si quieres colocarlos tú en la mesa. No me gusta aparecer ante los hombres.

Wang Lung pensó con orgullo que esta mujer era suya, que no temía presentarse ante él, pero sí ante los otros.

Cogió las escudillas que ella le tendía, las puso en la mesa del cuarto central y exclamó:

–Comed, tío; comed, hermanos.

El tío, que era muy bromista, le preguntó:

–¿Es que no vamos a ver a la novia?

Wang Lung contestó con firmeza:

–Todavía no somos uno. No es decente que otros hombres la vean hasta que el matrimonio esté consumado.

Y les instó a que comieran, y ellos comieron, con buen apetito y en silencio. Y uno alabó la rica salsa negra del pescado, y otro el cerdo, bien condimentado y sabroso. Wang Lung repetía:

–La comida no vale nada. Y está mal hecha...

Pero se sentía muy satisfecho de aquellos platos, pues con las viandas que había entregado a la mujer, ella combinó azúcar, vinagre y un poco de vino, confeccionando una salsa que hacía la carne doblemente deliciosa. Wang Lung jamás había probado nada parecido en las mesas de sus amigos.

Aquella noche, mientras los invitados se entretenían tomando té y haciendo bromas, la mujer permanecía tras el fogón. Pero más tarde, cuando el último invitado se despidió y Wang Lung entró en la cocina, la encontró agazapada en un montón de paja, dormida junto al buey. En el cabello tenía briznas de paja. Cuando Wang Lung la llamó, se cubrió

rápidamente la cara con el brazo, como para defenderse de un golpe, y, al fin, al abrir los ojos, se le quedó mirando con una mirada tan vaga y callada que Wang Lung tuvo la sensación de hallarse ante una niña.

Cogiéndola por la mano, la condujo a la habitación en donde aquella misma mañana se había bañado para ella, y encendió una vela roja que había sobre la mesa. A la luz de esta vela se sintió de pronto cohibido, intimidado al verse allí solo con su mujer. Tuvo que aconsejarse a sí mismo:

"Bueno, aquí está esta mujer, y he de hacerla mía."

Y comenzó a desvestirse con obstinada decisión, mientras silenciosamente ella se preparaba para el lecho tras la cortina. Wang Lung le ordenó con rudeza:

—Antes de acostarte, apaga la luz.

Y se metió en la cama, cubriéndose los hombros con la gruesa colcha, e hizo ver que dormía. Pero no dormía. Estaba estremecido, con los nervios vibrantes.

Después de un momento interminable, el cuarto quedó a oscuras y, con una exaltación capaz de romperle todas las fibras del cuerpo, sintió el movimiento silencioso, lento, rastreado, de la mujer que se tendía a su lado. Wang Lung rió en la oscuridad, con una risa áspera, y le echó los brazos.

II

A la mañana siguiente, Wang Lung permaneció en el lecho, observando a la mujer ya plenamente suya. O-lan se levantó, ciñóse sus sueltas ropas al cuello y a la cintura con lentos ademanes; luego metió los pies en los zapatos de tela y se los puso, sujetándolos con las cintas que colgaban detrás. La estría de luz que penetraba por el pequeño agujero de la pared le dio en el rostro y Wang Lung pudo vérselo vagamente. Se sorprendió al no descubrir en ella la menor transformación. Le parecía que a él la noche anterior le había cambiado y no podía comprender que esta mujer se levantase ahora de su cama como si lo hubiera hecho todos los días de su vida.

La tos del viejo sonó quejumbrosamente en el turbio clarear, y Wang Lung dijo a la mujer:

—Llévale primeramente a mi padre una escudilla de agua caliente para sus pulmones.

Ella preguntó, la voz exactamente como ayer:

—¿Con hojas de té?

Esta sencilla pregunta turbó a Wang Lung. Le habría gustado responder: "Con hojas de té, naturalmente. ¿Te crees que somos unos mendigos?" Su gusto hubiera sido que la mujer viese la poca importancia que le daban al té en aquella casa. En la Casa de Hwang, seguramente que cada tazón verdeaba con las aromáticas hojas. Allí, tal vez ni aun las esclavas beberían agua sola. Pero Wang Lung sabía que su padre habría de disgustarse si ya el primer día le daba la mujer té en lugar de agua. Además, realmente, no eran ricos. Así, pues, replicó con negligencia:

—¿Té? No, no; le empeora la tos.

Y se quedó en la cama, satisfecho y confortable, mientras la mujer encendía el fuego y hervía el agua en la cocina. Ahora que podía, le hubiera gustado dormir, pero su organismo, habituado desde tantos años a despertarse temprano, se negaba ahora a darse al sueño. Quedóse, pues, acostado y despierto, saboreando, paladeando mental y materialmente el lujo de aquella indolencia.

Todavía estaba medio avergonzado de pensar en la mujer. Parte del tiempo tuvo sus pensamientos ocupados en los campos, en el trigo, en lo que sería la cosecha si llovía y en el precio de la semilla de nabos blancos que deseaba comprarle a su vecino Ching si se ponían de acuerdo sobre el precio. Pero, entre todos estos pensamientos que ocupaban su mente cada día, pasaba, trenzándose y destrenzándose, esta nueva noción de lo que ahora era su vida. Y de pronto, pensando en la noche anterior, se le ocurrió preguntarse si él le gustaría a la mujer.

Esto era una nueva curiosidad para Wang Lung. Se había preguntado hasta ahora sólo si ella le gustaría a él y si le resultaría satisfactoria en su casa y en su lecho. A pesar del rostro vulgar de la mujer y de la áspera piel de sus manos, tenía suave y virginal la carne de su cuerpo robusto. Wang Lung, al pensar en ello, se rió con aquella misma risa que lanzó en la oscuridad de la noche pasada. ¡Los señores, pues, no habían visto más allá del rostro de la esclava! Y el cuerpo era hermoso; amplio y grande, pero suave, curvado. Súbitamente, deseó agradarle como esposo, mas al instante se sintió avergonzado.

Abrióse la puerta y O-lan penetró en la estancia con su andar silencioso, llevando en las manos un tazón humeante. Wang Lung se sentó en la cama y lo cogió. En el tazón, sobre la superficie del agua, flotaban unas hojas de té. Wang Lung alzó rápidamente la cabeza y miró a la mujer, que se asustó en el acto y dijo:

—No le llevé té al anciano... Hice como ordenaste... Pero a ti...

Wang Lung, al percatarse de que la mujer tenía miedo, se sintió satisfecho. Sin dejarla terminar, exclamó:

—Me gusta..., me gusta... —llevándose en seguida el té a la boca con

sonoras aspiraciones de placer.

Y había en él una exaltación que aun a si mismo le daba vergüenza confesar. Se decía: "¡A esta mujer mía, le gusto!"

En los meses siguientes, le pareció a Wang Lung que no hacía otra cosa que observar a esta mujer suya, aunque en realidad trabajaba como siempre había trabajado. Azada al hombro, partía hacia sus parcelas de tierra, cultivaba las hileras de legumbres, uncía el buey al arado y labraba el campo del Oeste, donde debían cosecharse las cebollas y los ajos. Pero el trabajo resultaba ahora un lujo, pues cuando el sol llegaba al cenit, podía ir a su casa y encontrar la comida a punto; la mesa, limpia, y las escudillas y los palillos, colocados ordenadamente sobre ella. Hasta entonces, el mismo tenía que confeccionarse el yantar al regresar del trabajo, cansado como estaba, a menos que el viejo sintiese hambre antes de tiempo y preparase un poco de comida u hornease un trozo de pan raso y sin levadura para acompañar unas cabezas de ajos. Ahora, lo que hubiese que comer estaba dispuesto y no tenía más que sentarse en el banco junto a la mesa y servírselo. El suelo de tierra se hallaba barrido; la pila del combustible, bien alta. Cuando él se marchaba por las mañanas, la mujer cogía el rastrillo de bambú y una cuerda y rondaba con ellos por los contornos, segando aquí un poco de hierba, allá una ramita o un puñado de hojas, y regresaba al mediodía con suficiente combustible para hacer la comida. Le placía a Wang Lung que ya no tuviesen que comprar más leña.

Por la tarde, la mujer se echaba al hombro una azada y un cesto y marchaba al camino principal, que conducía a la ciudad y por el que pasaban continuamente mulas, burros y caballos acarreado cosas de una parte a otra, allí recogía los excrementos de los animales y los llevaba a la casa, amontonando el estiércol en el patio para fertilizar con él los campos. Estas cosas las hacía en silencio y sin que nadie le ordenase hacerlas; y al terminar el día no descansaba hasta haber dado de comer al buey, en la cocina, y sacado agua, que le acercaba al hocico, para que el animal bebiese cuanto tuviera gana.

Remendó y arregló las ropas harapientas de los dos hombres con hilo que ella misma había hilado –aprovechando un copo de algodón con un huso de bambú–. Así quedaron decentados los vestidos de invierno. Las ropas de cama las sacó a la entrada, las puso al sol y, descosiendo la cobertura de los cubrecamas acolchados, los lavo y colgó de un bambú para que se secaran, sacudiendo y aireando el algodón, limpiándolo de los insectos que habían anidado entre sus pliegues y soleándolo todo.

Día tras día se ocupaba en una cosa o en otra, hasta que las tres habitaciones tuvieron una apariencia pulcra y casi próspera.

La tos del viejo mejoró, y el anciano tomaba apaciblemente el sol junto a la pared de la casa orientada al Sur, siempre medio dormido, caliente y feliz.

Pero esta mujer jamás hablaba, excepto en ocasiones de estricta necesidad. Wang Lung, observando cómo se movía, firme y lentamente, por las habitaciones de la casa, al paso seguro de sus grandes pies, observando su rostro cuadrado y estólido y la inexpresiva y medio temerosa mirada de sus ojos, no sabía qué pensar de ella. De noche, conocía bien la suave firmeza de su cuerpo, pero de día, vestida, la túnica y los pantalones de basto algodón azul cubrían cuanto el conocía y la mujer era entonces como una criada muda, una criada y nada más. Pero no estaba bien que él le dijera: "¿Por qué no hablas?" Bastaba que cumpliera con su deber.

A veces, trabajando los terrones del campo, ocurría que Wang Lung comenzaba a divagar sobre ella. ¿Qué habría visto en aquellas cien estancias? ¿Qué había sido de su vida, aquella vida que nunca compartía con él? No sabía qué pensar. Y en seguida se sentía avergonzado de su interés y curiosidad por O-lan. Al fin y al cabo, era sólo una mujer.

Pero tres habitaciones y dos comidas diarias no son suficientes para mantener ocupada a una mujer que ha sido esclava de una gran casa, y acostumbrada a trabajar desde el alba hasta medianoche.

Una vez, cuando Wang Lung, muy atareado a la sazón con el trigo, lo cultivaba día tras día hasta que la espalda le dolía de fatiga, la sombra de O-lan cayó a través del surco sobre el que se inclinaba, y la vio a su lado, con una azada al hombro.

—No hay nada que hacer en la casa hasta el anochecer —dijo brevemente.

Y sin más comenzó a trabajar el surco hacia la izquierda, labrando con energía.

Comenzaba el verano y el sol caía sobre ellos con crudeza. Pronto el rostro de la mujer empezó a chorrear sudor. Wang Lung trabajaba desnudo de cintura arriba, pero a ella el vestido ligero, mojado de sudor, se le pegaba al cuerpo como una epidermis más. Se movían ambos con un ritmo perfecto, hora tras hora, en silencio, y para Wang Lung aquella concordancia hacía indoloro el esfuerzo. Su mente no daba cabida a más realidad que esta del movimiento acorde: nada más que al cavar y revolver de aquella tierra suya, que abrían al sol: aquella tierra de la que sacaban su sustento, de la que estaba construido su hogar y sus

dioses. Rica y oscura, caía ligeramente de la extremidad de los azadones. A veces apartaban de ella un trozo de ladrillo, una astilla de madera. Nada. En algún tiempo, en alguna época remota, cuerpos de hombres y mujeres habrían sido enterrados aquí, y se habían levantado casas que habían caído y vuelto a la tierra. Así volverían a ella sus propios cuerpos y su propia casa. Cada cual su turno. Y trabajaban juntos, moviéndose juntos, arrancando juntos el fruto de esta tierra, en el silencioso compás de su ritmo al unísono.

Al ponerse el sol, Wang Lung se enderezó despacio y miró a la mujer. Tenía esta la cara húmeda, con estrías de tierra, y estaba tan morena como los mismos terrones. El oscuro vestido se le pegaba al cuerpo sudoroso. Alisó despacio el último surco y luego, simple y súbitamente, con voz que sonó más opaca que nunca en el silencio del anochecer, dijo:

—Estoy preñada.

Wang Lung se quedó muy quieto. ¿Qué podía replicar a esto? Se bajo a coger un pedazo de ladrillo roto y lo echó fuera del surco. La mujer había dicho aquello como si dijera: "Te he traído te", o: "Vamos a comer". Parecía que fuese para ella una cosa corriente. Pero... ¡para él! Él no podía expresar lo que sentía; su corazón se hinchaba y se detenía como si hubiera encontrado súbitas limitaciones. Bien, ¡era el turno de ellos en esta tierra! De pronto, le quitó la azada a la mujer y dijo:

Basta por hoy. Ya ha terminado el día. Vamos a darle la noticia al viejo. Y echaron a andar hacia la casa: ella, como corresponde a una mujer, media docena de pasos detrás del marido.

El viejo se hallaba en la puerta, hambriento y aguardando la cena, que, desde que llegara la mujer a casa, no quería ya preparar él. Estaba impaciente, y al verlos gritó:

—¡Soy demasiado viejo para que me hagan esperar así la comida!

Pero Wang Lung, al pasar junto a él para entrar en la habitación, dijo:

—Esta preñada ya.

Trató de decir esto con sencillez, como podría uno decir: "Hoy he sembrado en el campo del Oeste", pero no lo consiguió. A pesar de que hablaba en voz baja, tenía la sensación de haber dicho aquellas palabras a gritos.

El viejo pestañeó un momento: luego, comprendiendo, se echó a reír, con una risa que era como un cloqueo.

—¡Je, je, je! —exclamó al ver entrar a su nuera—. ¡De modo que hay cosecha a la vista!

No podía verle el rostro, esfumado en la sombra, pero la oyó contestar simplemente:

–Ahora prepararé la comida.

–Sí..., sí... Comida... –replicó el viejo con ansia.

Y la siguió a la cocina, como una criatura.

Así como la perspectiva de un nieto le había hecho olvidar la comida, la perspectiva del yantar, otra vez despertada en su mente, le hizo olvidar al nieto.

Pero Wang Lung se sentó en el banco, ante la mesa, y en la oscuridad, cruzó los brazos y apoyó la cabeza en ellos. De su propio cuerpo, de sus propias entrañas, ¡una vida!

III

Al acercarse la hora del nacimiento, Wang Lung le dijo a la mujer:

–Tendremos que llamar a alguien para que ayude cuando llegue el momento... Alguna mujer...

Pero ella movió la cabeza. Se hallaba retirando las escudillas, después de la cena; el viejo se había ido a acostar y estaban los dos solos, sin más luz que la que caía sobre ellos, en llama vacilante, de una pequeña lámpara de hojalata, llena de aceite de habichuela, en la que flotaba una torcida de algodón que servía de mecha.

–¿Ninguna mujer? –preguntó Wang Lung consternado.

Empezaba ahora a habituarse a estas conversaciones con la mujer, conversaciones en las que la parte de ella se limitaba a un movimiento de cabeza, a un gesto de la mano o, en ocasiones, a una palabra salida involuntariamente de sus labios. El había terminado por acostumbrarse a la parquedad de este curioso conversar.

–¡Pero va a ser muy extraño, con sólo dos hombres en la casa! –continuó–. Mi madre hacía venir a una mujer del pueblo. Yo no entiendo nada de estas cosas. ¿No hay nadie en la casa grande, alguna esclava con quien hubieras tenido amistad, que quisiera venir?

Era la primera vez que mencionaba la casa de donde ella había salido ya mujer. Se volvió hacia él como jamás la había visto, con las pupilas dilatadas y el rostro animado de una cólera sorda.

–¡Nadie de esa casa! –gritó.

A Wang Lung se le cayó la pipa, que estaba llenando, y miró a la mujer con estupor. Pero ya a su rostro había vuelto la expresión de siempre. O–lan recogía los palillos como si no hubiera hablado.

–¡Bueno, he aquí un caso! –dijo Wang Lung con asombro.

Pero ella no contestó, y él, entonces, continuó argumentando:

–Nosotros dos no tenemos habilidad en partos. Mi padre no está bien

que entre en tu habitación, y en cuanto a mi, ni siquiera he visto nunca parir a una vaca. Mis manos podrían estropear a la criatura por torpeza. Pero si alguien de la casa grande, donde las esclavas están continuamente dando a luz...

O-lan, que había amontonado ordenadamente los palillos sobre la mesa, miró a Wang Lung y luego dijo:

–Cuando yo vuelva a esa casa, será con mi hijo en los brazos. Y mi hijo llevará una túnica roja y pantalones rojos floreados, un sombrero con un pequeño Buda dorado cosido al frente, y en los pies unos zapatos atigrados. Y yo llevaré zapatos nuevos y una túnica nueva de satén negro. Y entraré en la cocina donde pasé mi vida, y en el salón donde está sentada la Anciana con su opio, y mostraré mi hijo a los ojos de todos. Jamás le había oído Wang Lung decir tantas palabras. Fluían de sus labios seguras y sin interrupción, aunque lentamente, y se dio cuenta de que todo esto lo tenía ella planeado con anticipación. Mientras trabajaba en los campos, a su lado, había planeado todo esto. ¡Qué sorprendente era! Él hubiera dicho que apenas pensaba en la criatura, tan tranquilamente realizaba su labor, día tras día. Y, sin embargo, había imaginado ya a la criatura nacida y vestida, y a sí misma se había visto ya como la madre de aquella criatura y con una túnica nueva. Por primera vez, el propio Wang Lung se quedó sin palabras. Apretó diligentemente el tabaco entre el pulgar y el índice, haciendo una bola y, recogiendo la pipa del suelo, la llenó.

–Supongo que necesitarás algún dinero –dijo al fin, con aparente aspe-
reza.

–Si quisieras darme tres piezas de plata... –contestó ella temerosamente–. Es mucho dinero, pero he contado todo con cuidado y no desperdi-
ciaré nada. Haré que el comerciante en telas me entregue hasta el úl-
timo centímetro de cada metro.

Wang Lung echó mano a sucinturón. El día anterior había vendido en el mercado de la ciudad una carga y media de juncos del pantano que poseía el campo del Oeste, y tenía en su poder un poco más de lo que ella necesitaba. Puso las tres piezas de plata sobre la mesa y luego, tras breve duda, añadió una cuarta pieza, que guardaba hacía tiempo por si deseaba jugar un poco, cualquier mañana, en la casa de té. Pero, temeroso de perder, no jugaba nunca; vagaba únicamente en torno a las mesas y miraba los dados golpear en las tablas. Generalmente, acababa por irse a pasar sus horas de ocio a la barraca del cuentista. Allí podía escuchar una vieja historia y sólo tenía que dar por ello una moneda de cobre cuando el hombre pasaba su escudilla.

–Más vale que cojas también esta otra pieza –dijo, soplando rápida-

mente en la torcida de papel que empezaba a arder y con la que encendió la pipa—. Puedes también hacer el abrigo del niño de un pequeño retazo de seda. Al fin y al cabo, es el primero.

O-lan no tomó el dinero en seguida, pero se quedó mirándolo con el rostro impávido e inexpresivo. Y murmuró:

—Es la primera vez que tengo plata en mis manos.

De pronto cogió las monedas, las apretó con fuerza y echó a correr hacia el dormitorio.

Wang Lung se quedó sentado, fumando y pensando en el dinero que había puesto sobre la mesa. Ese dinero salía de la tierra, de aquella tierra que él labraba y removía, desgastándose sobre ella, y de la que su vida se sustentaba. Gota a gota, el sudor de su frente le arrancaba fruto, y de aquel fruto provenía la plata. Antes de ahora, cada vez que se había despojado de ella para dársela a alguien, era como si le arrancasen un pedazo de su propia vida para ponerlo en otras manos indiferentemente. Pero ahora, por primera vez, no sentía el dolor de aquella entrega, porque veía la plata, no en la mano de un mercader de la ciudad, sino metamorfoseada en algo aún de más valor que la plata misma: en ropas para cubrir el cuerpo de su hijo.

¡Y esta extraña mujer suya, que trabajaba sin decir nada, sin, al parecer, percatarse de nada, esta mujer había visto ya al niño así vestido!

Cuando llegó el momento, no quiso a nadie a su lado. Fue un anocheecer, temprano, cuando apenas se había puesto el sol. O-lan se hallaba trabajando junto a su marido. El trigo había sido cosechado; el campo, inundado y sembrado de arroz, que daba ahora fruto; las espigas aparecían maduras y pletóricas tras las lluvias estivales, tras el tibio y dorado sol otoñal. Juntos habían estado haciendo gavillas todo el día, doblados, cortándolas con unas hoces de mango corto. O-lan se inclinaba rígidamente, por la carga que llevaba, y se movía con más lentitud que Wang Lung, de manera que segaban con desigualdad: la hilera de él más avanzada que la de ella. Wang Lung se volvió a mirarla con impaciencia, y entonces la mujer se detuvo, enderezóse y dejó caer la hoz. Su rostro estaba empapado en sudor, en el sudor de una agonía nueva.

—Ya ha llegado —dijo—. Voy a entrar en la casa. No vayas al cuarto hasta que yo llame. Pero tráeme un junco recién pelado y afilado, para que yo pueda separar la vida del niño de la mía.

Y atravesó los campos en dirección a la casa como si nada ocurriera. El se la quedó mirando, y luego fue al pantano, escogió un junco verde y flexible y lo afinó con el filo de su hoz. La rápida sombra otoñal comenzó entonces a cerrar el crepúsculo, y Wang Lung, echándose la hoz al

hombro, se encaminó hacia la casa.

Al llegar a ella encontró la cena caliente sobre la mesa, y al viejo, comiendo. ¡La mujer se había detenido a prepararles comida!

Y se dijo que una mujer así no se encontraba fácilmente. Dirigióse al dormitorio y desde la puerta gritó:

—¡Aquí está el junco!

Y esperó, creyendo que ella le contestaría que se lo llevase. Pero no fue así, sino que se acercó ella misma a la puerta, sacó la mano por la abertura y cogió el junco. No pronunció palabra, pero él la oyó jadear como jadea un animal después de haber corrido mucho.

El viejo levantó la cabeza de su escudilla y dijo:

—Come, o va a estar todo frío —y añadió—: No te preocupes todavía. Hay para rato. Me acuerdo de que cuando nació mi primer hijo, antes de que todo hubiera concluido era ya de día. ¡Ay de mí! Pensar que de todos los hijos que yo engendré y tu madre concibió (uno tras otro..., tantos, que ni me acuerdo), ¡sólo tú has vivido! ¿Comprendes por qué una mujer ha de parir y parir?

Y dijo otra vez, como si acabase de percatarse de ello:

—¡Mañana, a estas horas, puedo ser abuelo de un chico!

Se puso a reír de pronto, cesó de comer y se quedó cloqueando largamente en la penumbra del cuarto.

Pero Wang Lung, de pie junto a la puerta, estaba sólo atento a aquel jadeo de animal que venía del dormitorio. Un olor a sangre caliente llegó hasta él, un olor mareante que le asustó. El jadeo de la mujer se hizo rápido y sonoro, como gritos apagados, pero ninguna voz se escapó de sus labios. Y cuando ya Wang Lung no podía más y estaba a punto de penetrar en el dormitorio, oyó un llanto fino, punzante, y se olvidó de todo.

—¿Es un hombre? —gritó importunamente, sin acordarse de O-lan. Y repitió—: ¿Es un hombre? Dime esto al menos: ¿es un hombre?

La voz de la mujer contestó, tan débilmente como un eco:

—¡Un hombre!

Entonces, Wang Lung fue a sentarse a la mesa. ¡Qué rápido había sido todo! La comida estaba fría y el viejo se había dormido en el banco, pero ¡qué rápido había sido todo!

Sacudió al viejo por los hombros.

—¡Es un niño! —gritó triunfalmente—. ¡Eres abuelo, y yo padre!

El viejo se despertó de pronto y empezó a reír como se había reído al quedarse dormido.

—Si... si... Naturalmente —cloqueó—. Abuelo, abuelo.

Y levantándose, se fue a la cama, todavía riendo.

Wang Lung cogió la escudilla de arroz y empezó a comer. De repente se le había despertado un hambre terrible, y no podía llevarse la comida a la boca con bastante rapidez. En el dormitorio, la mujer se movía y el llanto de la criatura era continuo y punzante.

"Supongo que ya no tendremos más tranquilidad en esta casa", se dijo con orgullo.

Cuando hubo comido cuanto tenía gana, regresó a la puerta y, como la mujer le dijese que entrase, entró.

El olor de la sangre derramada todavía llenaba, denso y caliente, la atmósfera, pero no había huella alguna de aquella sangre, excepto en la tina de madera. Pero en esta tina la mujer había echado agua y estaba escondida bajo la cama, de manera que Wang Lung apenas podía verla. La vela roja estaba encendida, y O-lan, pulcramente cubierta, se hallaba echada sobre la cama. A su lado, envuelto en unos pantalones viejos del padre, como era costumbre en esta parte del país, yacía su hijo.

Wang Lung se acercó y, por el momento, ninguna palabra acudió a sus labios. El corazón le brincó en el pecho al acercarse a mirar al niño. Tenía una carita redonda y arrugada, muy morena, y el cabello, largo, húmedo y negro. Había cesado de llorar y cerraba los ojos con fuerza.

Wang Lung miró a su esposa y ella le miró a él. Sus estrechas pupilas estaban hundidas, y su cabello, mojado aún por el sudor de la angustia; aparte de esto, era la misma de siempre, más para Wang Lung, viéndola allí postrada, O-lan resultaba emocionante. El corazón se le iba hacia aquellos dos seres, y exclamó, no sabiendo qué otra cosa decir:

—Mañana iré a la ciudad y compraré una libra de azúcar encarnado para echarlo en agua hirviendo y que tú lo bebas.

Y, mirando al niño otra vez, brotó de él esta exclamación, como si fuese algo que acabase de ocurrírsele:

—Tendremos que comprar un buen cesto de huevos y teñirlos de rojo, para los del pueblo. ¡Así, todo el mundo sabrá que tengo un hijo!

IV

Al día siguiente de haber nacido el niño, la mujer se levantó como de costumbre y preparó la comida, pero no fue a los campos con Wang Lung, de manera que él trabajó solo hasta después de mediodía. Entonces se puso su traje azul y se fue a la ciudad, dirigiéndose al mercado, donde compró cincuenta huevos. No eran recién puestos, pero estaban bastante frescos y costaban un penique cada uno. También compró papel rojo para hervir en el agua con los huevos y teñirlos. Luego, con

ellos en un cesto, entró en una confitería y adquirió algo más de una libra de azúcar encarnado, mirando cómo se lo envolvían cuidadosamente en un papel pardo. Bajo el bramante de paja que lo sujetaba, el tendero pasó una tira de papel rojo, y al hacerlo sondeó.

–¿Es, acaso, para la madre de un recién nacido?

–De un hijo primogénito –dijo Wang Lung con orgullo.

–¡Ah, buena suerte! –respondió el hombre indiferentemente, dirigiendo la vista a un cliente bien vestido que acababa de entrar.

Estas palabras las había dicho otras muchas veces, casi cada día se las decía a alguien, pero a Wang Lung le parecieron una atención especial, y, contento por la cortesía del tendero, inclinóse y saludó, repitiendo el saludo al abandonar la tienda. Al salir al crudo sol de la polvorienta calle, le pareció a Wang Lung que no había en el mundo nadie más afortunado que él.

Pensó en esto con alegría y luego con una punzada de temor, porque en esta vida no es bueno ser demasiado afortunado. El aire y la tierra estaban llenos de espíritus malignos que no podían sufrir la felicidad de los mortales, especialmente de los pobres. Se resolvió a penetrar en la cerería, donde también vendían incienso, y compró cuatro bastones, uno por cada persona de su casa, y con estos cuatro bastones dirigióse al pequeño templo de los dioses de la tierra y los puso entre las frías cenizas de aquel otro incienso que él y su mujer habían ofrendado. Miró arder los cuatro bastones y, reconfortado, partió hacia su casa. Estas dos figurillas, sentadas gravemente bajo su reducida techumbre, ¡qué poder tenían!

Y ocurrió que, antes de que pudiera darse cuenta del nuevo estado de cosas, la mujer se hallaba otra vez a su lado, trabajando en los campos. Ya habían recogido la cosecha y batían el grano en la era, que constituía asimismo el patio de entrada de la casa. Lo batían con mayates, él y la mujer a un tiempo. Una vez, batido, lo cernían, echándolo al aire desde los planos cestos de bambú, recogiendo el grano al caer, mientras la broza volaba al viento como una nube. Y había también que plantar nuevamente los campos con el trigo de invierno, y cuando Wang Lung hubo uncido el buey y labrado la tierra, la mujer siguió tras él con una azada, deshaciendo los terrones de los surcos.

Trabajaba ahora todo el día. El niño, entre tanto, dormía sobre una vieja colcha, en el suelo. Cuando se despertaba, la mujer interrumpía su labor y le daba el pecho, sentada en el suelo, mientras el sol caía sobre ellos, ese recalcitrante sol de otoño que conserva el ardor del verano hasta que los primeros fríos invernales le fuerzan a soltarlo. La mujer y

el niño estaban tan morenos como la arcilla y parecían dos figuras de tierra. El polvo de los campos se posaba sobre el cabello de la madre y en la cabeza negra y suave de la criatura.

Pero del seno amplio y oscuro, la leche que alimentaba al hijo fluía tan blanca como la nieve. Y cuando la criatura succionaba un pecho, manaba del otro, y la mujer dejábale manar. Tenía más de la necesaria para el sustento del niño, a pesar de su glotonería, y descuidadamente la dejaba perderse, segura de su abundancia. Había siempre más y más. A veces levantaba el seno y, para no mancharse, lo dejaba fluir sobre la tierra, que se empapaba, formándose en ella una mancha oscura y suave. La criatura estaba gorda, tenía buen carácter y su vida se nutría abundantemente del alimento inextinguible que la madre le daba.

Llegó el invierno y los halló preparados contra él. Las cosechas habían sido espléndidas como nunca, y las tres habitaciones de la casa estaban repletas. Del techo de paja colgaban, atadas a las vigas, ristras de ajos y cebollas, y en el cuarto central, y en el del viejo, y en el de ellos mismos, había esterillas de juncos trabajadas en forma de grandes tinajas y llenas de trigo y de arroz. Parte del grano sería vendido, pero Wang Lung era un hombre frugal y no gastaba su dinero, como muchos lugareños, en jugar o en comidas demasiado delicadas para ellos, de modo que no se veía obligado, como los otros, a vender en tiempo de cosecha, cuando los precios eran bajos, sino que almacenaba el grano y lo vendía cuando había nieve, o por Año Nuevo, época en que la gente de las ciudades pagaba los comestibles a cualquier precio.

Su tío estaba siempre vendiendo el grano aun antes de que madurara. A veces, por obtener un poco de dinero contante, lo vendía en el mismo campo, para ahorrarse la molestia de desgranar y rastrillar. Pero la esposa de su tío era una mujer tonta, gorda y holgazana, eternamente pidiendo exquisiteces, comida de esta y de esa otra clase y zapatos nuevos comprados en la ciudad. La mujer de Wang Lung se hacía ella misma los zapatos, y los de su marido, del viejo y del niño. ¡Wang Lung se habría quedado atónito si O-lan hubiese querido comprar zapatos!

En la vieja y ruinosa casa de su tío no colgaba jamás cosa alguna de las vigas, pero en la suya había hasta una pierna de cerdo que comprara a Ching, su vecino, cuando éste mató el cerdo porque le pareció que el animal presentaba síntomas de enfermedad. Muerto el cerdo antes de que perdiera carnes, la pierna era gorda, y O-lan la saló bien y la colgó para que se secase. Tenían también dos de sus propios pollos, muertos y secados sin desplumar y dentro rellenos de sal.

En medio, pues, de esta abundancia permanecieron en casa cuando los vientos invernales llegaron del desierto situado al Noroeste, vientos ás-

peros y mordientes.

Pronto el niño pudo sentarse. Cuando cumplió un mes y tuvo de existencia una luna entera, lo festejaron con un plato de fideos, que significa larga vida. Y Wang Lung invitó a todos los que habían acudido a su boda y les dio huevos de los que había teñido, y también a la gente del pueblo que venía a felicitarle: dos huevos a cada uno. Y todos le enviaban su hijo, una criatura enorme, con cara de luna y los altos pómulos de su madre. Ahora, mientras el invierno avanzaba, el niño se sentaba sobre la colcha, en el suelo de tierra, en lugar de permanecer en los campos. Abrían la puerta al Sur para que entrase la luz, y el aire del Norte batía en vano contra los gruesos muros de tierra de la casa. El árbol que crecía a la entrada quedó desnudo de hojas, y lo mismo los sauces y los perales cercanos a los campos. Únicamente los bambúes que crecían formando un grupo de verdura hacia el lado este de la casa conservaban sus hojas, agarradas fuertemente a los tallos que doblegaba el viento.

Pero aquel viento seco no dejaba germinar la semilla de trigo que yacía en la tierra, y Wang Lung esperaba la lluvia ansiosamente. De pronto, un día apacible y gris, en que el viento había cedido a un aire quieto y tibio, la lluvia hizo su aparición, y Wang Lung y los suyos permanecieron en la casa pletórica de bienestar, viendo caer el agua sobre los campos cercanos a la entrada, empapándolos, mirándola gotear de los extremos del techo de paja que sobresalían de la puerta. El niño estaba asombrado y extendía la mano para coger los hilos plateados de la lluvia, y se reía, y con él se reían los demás. El viejo se agazapó en el suelo, junto al niño, y dijo:

—No hay otra criatura como ésta en doce pueblos a la redonda. Esos críos de mi hermano no se dan cuenta de nada hasta que andan.

Y en los campos el trigo germinaba y echaba briznas de un verde delicado sobre la tierra morena y húmeda.

En épocas como ésta había mucho visiteo, porque cada labrador veía que, por una vez, el cielo se cuidaba del trabajo del campo y las cosechas eran regadas sin que ellos tuvieran que romperse la espalda efectuándolo, cargando de un lado a otro cubos suspendidos de los extremos de un palo que llevaban atravesado sobre los hombros. Y se reunían por las mañanas en una casa o en otra, bebiendo té aquí y allí y yendo de un sitio al otro con los pies desnudos por el angosto camino que cruzaba los campos, bajo grandes sombrillas de papel aceitado. Las mujeres se quedaban en casa y hacían zapatos o remendaban la ropa, si eran económicas, y pensaban en los preparativos para la fiesta de Año Nuevo.

Pero Wang Lung y su esposa no visitaban con frecuencia. En aquel pueblecillo de media docena de casas, pequeñas y diseminadas, ninguna había tan llena de calor y abundancia como la de ellos, y Wang Lung se daba cuenta de que si intimaba demasiado con los otros pronto vendrían las peticiones de préstamos. El Año Nuevo se aproximaba y ¿quién tenía suficiente dinero para la nueva ropa y para las fiestas? Se quedó en su casa, y mientras la mujer cosía y remendaba, él sacó sus rastriillos de bambú y los examinó detenidamente: donde hallaba una fibra deshecha tejía otra nueva, confeccionada del cáñamo que él mismo cultivaba, y cuando hallaba un diente roto lo sustituía hábilmente con un nuevo trozo de bambú.

Y esto que él hacía con sus utensilios de labranza, lo hacía la mujer con los utensilios domésticos. Si uno de los potes de barro goteaba, no lo arrojaba y pedía uno nuevo, como hacían otras mujeres, sino que mezclaba arcilla y yeso, soldaba la hendidura, la ponía a calentar lentamente y el pote quedaba como nuevo.

Se quedaban en casa, pues, y complacíanse en la mutua aprobación, aunque sus conversaciones no eran nunca mucho más que palabras sueltas, como éstas:

"¿Reservaste la semilla de la calabaza grande para el nuevo plantío?" O: "Venderemos la paja del trigo y emplearemos la broza de las habichuelas para quemar en la cocina". O, en raras ocasiones, Wang Lung decía: "Este plato de fideos está bueno". Y O-lan contestaba: "Este año tenemos buena harina de los campos".

Del producto de este año afortunado le quedaba a Wang Lung, cubiertas sus necesidades, un puñado de dólares de plata, que no se atrevía a llevar en el cinturón, ni a decir a nadie, excepto a su mujer, que los poseía. Buscaron un lugar donde esconder el dinero, y al fin a la mujer se le ocurrió hacer un agujero en la pared interior, detrás de la cama, y lo metieron en él. Luego con un terrón de tierra tapó el agujero. Nadie hubiera dicho que hubiese allí cosa alguna, pero tanto a Wang como a O-lan aquello les daba una secreta sensación de riqueza y de reserva. Wang Lung, consciente de que poseía más dinero del que necesitaba gastar, caminaba entre sus compañeros en paz consigo mismo y con el mundo.

V

El Año Nuevo se avecinaba y en cada casa del pueblo se efectuaban preparativos. Wang Lung fue a la cerería de la ciudad y compró unos

cuadriláteros de papel rojo en los cuales había inscripciones doradas: la letra que llamaba a la felicidad, y la que llamaba a la riqueza. Estos cuadros de papel los pegó en sus instrumentos de labor para que le trajesen buena suerte en el Año Nuevo. Los pegó en el azadón, y en el horcajo del buey, y en los dos cubos donde trasegaba los abonos y el agua. Y en todas las puertas de su casa adhirió largas tiras de papel rojo como epígrafes de buena fortuna, y sobre su puerta colocó una cenefa de papel muy fina recortada hábilmente figurando flores. Y aún compró más papel para los vestidos nuevos de los dioses, que, confeccionó el abuelo con mucha gracia, teniendo en cuenta sus viejas manos temblorosas; Wang Lung cogió estos vestidos y se los puso a los dos pequeños ídolos del templo a la tierra, quemando ante ellos un poco de incienso en honor del Año Nuevo. Y, con destino a su casa, adquirió dos velas rojas para colocarlas encima de la mesa y encenderlas en la víspera del año, bajo la imagen de un dios que estaba pegada a la pared del cuarto central, sobre la mesa.

Otra vez, volvió Wang Lung a la ciudad y compró manteca de cerdo y azúcar blanco. La mujer trabajó la manteca hasta dejarla suave y blanca, y cogiendo harina de arroz de su propia cosecha, que habían molido en su molino, al que podían uncir el buey cuando era preciso, y el azúcar blanco, y la manteca, mezcló y amasó riquísimos pasteles de Año Nuevo, llamados pasteles de luna, igual que los que se comían en la Casa de Hwang. Cuando Wang Lung vio los pasteles sobre la mesa, en línea, dispuestos para ser horneados, sintió que el corazón le estallaba de orgullo.

En todo el pueblo no había otra mujer que pudiese hacer lo que la suya había hecho: aquellos pasteles semejantes a los que se comen en las fiestas de los ricos. Algunos dulces los había decorado con tiras de pequeñas acerolas rojas y con discos de ciruelas verdes, secas, formando flores y dibujos.

—Es una lástima comer estos pasteles —dijo Wang Lung. El viejo husmeaba en torno a la mesa, contento como un chiquillo con los brillantes colores.

—Llama a mi hermano, tu tío —dijo—, y a sus hijos. ¡Que vean esto!

Pero Wang Lung se había vuelto prudente con la prosperidad. Sabía que no podía invitar a gente hambrienta nada más que a ver pasteles. Y se apresuró a decir:

—Trae mala suerte mirar dulces antes de Año Nuevo.

La mujer, con las manos polvorientas de la delicada y rica harina, y pegajosas de manteca, exclamó:

—Estos pasteles no son para comerlos nosotros, excepto uno o dos de

los sencillos, para que los prueben los invitados. Nosotros no somos bastante ricos para comer azúcar blanco y manteca. Los estoy preparando para la Venerable Señora de la casa grande. Iré con el niño en el segundo día del Año Nuevo y llevaré los pasteles como regalo.

Entonces los dulces adquirieron más importancia que nunca, y Wang Lung se sintió satisfecho de que a aquel salón donde él había entrado con tanta timidez y tan pobremente, fuera su esposa ahora como una visita, llevando a su hijo vestido de rojo, y unos pasteles como aquéllos, hechos de la mejor harina, azúcar y manteca.

Al lado de esto, todo lo demás del Año Nuevo cayó en la insignificancia. El abrigo negro, de tela de algodón, que O-lan le había hecho, sólo sirvió para que Wang Lung se dijese:

Me lo pondré cuando los acompañe hasta la puerta de la casa grande.

E incluso pasó desidiosamente el primer día del Año Nuevo, en que su tío y sus vecinos, muy turbulentos por lo que habían bebido y lo que habían comido, entraron en la casa para felicitarles a su padre y a él. Personalmente había cuidado de que los pasteles fuesen guardados en el cesto, no fuera cosa que hubiera de ofrecerlos a gente ordinaria, pero le costó un gran esfuerzo, cuando los dulces sencillos, los blancos, fueron alabados, no gritar: —¡Habríais de ver los de color!

Pero no lo hizo, porque más que ninguna otra cosa deseaba entrar en la casa grande orgullosamente.

En el segundo día del Año Nuevo es costumbre que las mujeres se visiten unas a otras, habiendo los hombres comido y bebido a su antojo el día anterior.

Se levantaron al alba, y O-lan vistió al niño, poniéndole la túnica roja y los zapatos atigrados que ella misma le había hecho. Y en la cabeza, afeitada por Wang Lung en el último día del Año Viejo, le colocó el sombrero rojo, sin copa, en cuya parte delantera estaba cosido el pequeño Buda dorado. Puso al niño sobre la cama y entonces Wang Lung empezó a vestirse rápidamente, mientras su esposa se peinaba el largo cabello negro, lo recogía con la peineta de cobre y baño de plata que él le había comprado y se ponía su nueva túnica negra, confeccionada de la misma tela que la de él. Ocho varas de buen material para las dos, y otra vara más para colmar la medida, como era costumbre en las tiendas de telas. Y en seguida, llevando él el niño y ella el cesto con los pasteles, emprendieron la marcha por el camino que cruzaba los campos, infructuosos ahora en la esterilidad invernal.

Al llegar a la gran entrada de la Casa de Hwang, Wang Lung se vio recompensado, pues cuando el portero acudió a la llamada de la mujer, abrió mucho los ojos al verlos, se retorció los tres pelos del lunar y dijo:

–¡Oh, Wang el labrador! ¡Esta vez tres en lugar de uno!

Y viendo las ropas nuevas que llevaban todos, y la criatura, que era un niño, añadió:

–No hay necesidad de desearte más suerte en este año de la que has tenido en el pasado.

Wang Lung contestó indiferentemente, como se le habla a un hombre que apenas es un igual: "Buenas cosechas..., buenas cosechas...", y atravesó la entrada confiadamente.

El portero estaba impresionado por todo lo que veía, y le dijo a Wang Lung:

–Siéntate en mi miserable cuarto mientras yo anuncio a tu mujer y a tu hijo adentro.

Y Wang Lung les vio cruzar el patio a su mujer y a su hijo, llevando regalos para la cabeza de una gran familia. Era todo en honor suyo, y cuando se fueron achicando en la larga perspectiva de los patios contruidos uno tras otro, perdiéndoles al fin de vista por completo, entró en la casa del portero y allí aceptó el sitio de honor, a la izquierda de la mesa del cuarto central, que le ofrecía la esposa del guardián, una mujer picada de viruelas, y también aceptó, con sólo una leve inclinación de cabeza, el tazón de té con que lo obsequió, y que Wang Lung colocó ante sí, pero sin beberlo, como si no considerase la calidad de las hojas de te suficientemente buenas para él.

Le pareció que pasaba mucho tiempo hasta que el portero regresó nuevamente, trayendo a la mujer y el niño. Wang Lung miró el rostro de la mujer intensamente durante un momento, tratando de leer en él si todo iba bien, porque había ya aprendido a descubrir en aquella fisonomía impasible pequeños cambios que al principio le pasaban inadvertidos. Pero vio en ella una expresión de hondo contentamiento y en seguida se sintió impaciente por oírle contar lo que había sucedido en aquellas estancias de las señoras, en las que él no podía entrar, y que le interesaban ahora que estaba en relación con ellas.

Así es que saludando escuetamente al portero y a su tosca mujer picada de viruelas, se llevó a O-lan y cogió en brazos al niño, que se había dormido y estaba hecho un ovillo dentro de su abrigo nuevo.

–¿Y bien...? –preguntó dando vuelta a la cabeza y mirando a O-lan, que le seguía. Por vez primera su lentitud le impacientaba. Ella se le acercó un poco más y dijo bajito:

–Me parece que este año están apurados en esa casa. Hablaba en un tono escandalizado, como se podría hablar de que los dioses tuvieran hambre.

–¿Qué quieres decir? –dijo Wang Lung, animándola.

Pero ella no se precipitaba. Para ella, las palabras eran cosas que se debían coger una a una y soltar con dificultad.

–La Venerable Señora llevaba la misma túnica que el año pasado. Yo no había visto nunca ocurrir esto. Y las esclavas no tenían vestidos nuevos. Tras una pausa, añadió entonces:

–No he visto una sola esclava que llevase una túnica nueva como la mía.

Y tras otro silencio, dijo nuevamente:

–Y en cuanto a nuestro hijo, no había una sola criatura de entre las de las concubinas del propio Anciano Señor que se pudiese comparar a él en belleza y atavío.

Una sonrisa lenta se esparció por su rostro, y Wang Lung comenzó a reír y apretó al niño contra su corazón. ¡Qué bien le habían ido las cosas! De pronto, su exaltación quedó estrangulada por una ráfaga de terror. ¡Qué locura andar, así, bajo el cielo, con un hermoso hijo varón en los brazos, para que cualquier espíritu maligno que pasase pudiera verlo! Se abrió el abrigo rápidamente, escondió la cabeza del niño en su seno y dijo en voz alta:

–¡Qué lástima que nuestra criatura sea una hembra, que no puede interesar a nadie, y además con viruelas! Pidamos al Cielo que se muera.

–Sí..., si... –dijo su esposa tan aprisa como le fue posible, comprendiendo vagamente lo que habían hecho.

Y confortado con estas precauciones, Wang Lung interrogó nuevamente a su esposa:

–¿Te has enterado de por qué se están empobreciendo?

–Solamente pude hablar un momento en privado con la cocinera bajo cuyas órdenes trabajaba –replicó ella–, pero me dijo: "Esta casa no puede continuar así toda la vida, con los cinco jóvenes señores gastando el dinero en otros lugares como si fuese agua y mandando a casa mujer tras mujer según se van cansando de ellas, y el Anciano Señor, en su propio hogar, añadiendo una concubina o dos cada año, y la Venerable Señora consumiendo diariamente opio suficiente para llenar dos zapatos de oro".

–¿Es así? –preguntó Wang Lung, boquiabierto.

–Además, la tercera hija se casará en la primavera –continuó Olan– y su dote vale lo que el rescate de un príncipe y bastaría para comprar un puesto oficial en una gran ciudad. Sus ropas serán del satén más fino, con dibujos especiales tejidos en Soochow y en Hangchow, y de Shanghai le mandarán un sastre con todo un séquito de oficiales para que su ajuar no sea menos elegante que el de las damas de otros lugares.

—¿Con quién va a casarse, entonces, que hacen todo ese gasto? —dijo Wang Lung, lleno de admiración y horrorizado por aquel derroche.

—Con el hijo segundo de un magistrado de Shanghai —contestó la mujer, y tras una larga pausa añadió—: Se deben estar empobreciendo, porque la misma Venerable Señora me dijo que querían vender tierras: algunos de los terrenos que hay al sur de la casa, al otro lado de la muralla de la ciudad, donde cada año plantaban arroz, porque es buena tierra y fácilmente irrigada por el foso que circunda la muralla.

—¡Vender la tierra! —exclamó Wang Lung, convencido—. Entonces, realmente se están volviendo pobres. La tierra es nuestra carne y nuestra sangre.

Meditó un instante y de pronto le asaltó un pensamiento y se golpeó la sien con la mano.

—¡No se me había ocurrido! —gritó volviéndose hacia la mujer—. ¡Compremos la tierra!

Se quedaron mirándose, él encantado, ella estupefacta.

—Pero la tierra..., la tierra... —tartamudeó la mujer.

—¡La compraré! —gritó él con énfasis señorial—. ¡La compraré a la gran Casa de Hwang!

—Está demasiado lejos —dijo O-lan consternada—. Tendríamos que andar media mañana para llegar a ella.

—La compraré —repitió él tozudamente, como repetiría la petición de un capricho a su madre si ésta se lo negase.

—Es bueno comprar tierra —dijo O-lan pacíficamente—. Es ciertamente mejor que esconder el dinero en una pared de barro. Pero ¿por qué no comprar una parcela de la tierra de tu tío? Está deseando vender el trozo cercano al campo del Oeste que tenemos ahora.

—No quiero esa tierra de mi tío —dijo Wang Lung rotundamente—. Durante veinte años ha estado arrancándole cosecha tras cosecha sin cuidarse de abonarla. Los terrones son pura arcilla. No; compraré la tierra de Hwang.

Dijo "la tierra de Hwang" tan sencillamente como hubiera podido decir la tierra de Ching", el labrador vecino suyo. Estaba dispuesto a ser algo más que un igual de aquella gente tonta y derrochadora de la casa grande. Iría con la plata en la mano y diría simplemente:

—¿Cuál es el precio de la tierra que quieren vender?

Se oía ya decir ante el propio Anciano Señor y ante su agente:

—Tengo dinero. Contadme como a cualquier otro comprador.

¿Cuál es el precio justo? Lo tengo en la mano.

46

Y su esposa, antigua esclava en las cocinas de aquella orgullosa familia,

sería la mujer de un hombre a quien pertenecía un trozo de la tierra que durante generaciones había engrandecido la Casa de Hwang.

–Comprémosla. Al fin y al cabo, esos terrenos de arroz son buenos, y estando cercanos al foso tendremos agua todos los años. Es una compra segura.

Y nuevamente una sonrisa lenta se dibujó en su rostro, aquella sonrisa que no conseguía nunca iluminar la sombra de sus ojos negros y estrechos. Durante largo tiempo guardó silencio y luego dijo:

–El año pasado, por esta época, yo era una esclava de la Casa de Hwang.

Y continuaron la marcha, gozando en silencio la plenitud de este pensamiento.

VI

Este trozo de tierra que ahora pertenecía a Wang Lung cambió notablemente su vida. Al principio, después que hubo sacado la plata de la pared para llevarla a la casa grande, después del honor de hablar como un igual con el Anciano Señor, se sintió invadido de una depresión de espíritu que era casi como un arrepentimiento. Cuando pensaba en el agujero de la pared, vacío ahora y antes lleno de plata, deseaba volver a tener aquel dinero. Al fin y al cabo, aquella tierra requeriría horas de labor, y, como O-lan había dicho, se hallaba a una *li* de distancia, que es un tercio de milla. Sin contar que el momento de la compra no había tenido la gloria que él esperaba. Había llegado demasiado pronto a la casa grande y el Anciano Señor estaba todavía durmiendo. Y aunque era ya mediodía cuando le dijo al portero en voz alta:

–Decidle al Honorable Anciano que tengo importantes negocios que discutir con él..., que se trata de dinero... –el portero había respondido con aplomo:

–Todo el dinero del mundo no me haría despertar al viejo tigre. Está durmiendo con su nueva concubina, Flor de Melocotón, que posee solamente desde hace tres días. Despertarle me costaría la vida.

Y luego añadió maliciosamente, tirándose de los pelos del lunar:

–No te creas que el dinero le haría moverse. Tiene plata en las manos desde que nació.

Al final, el asunto tuvo que ser ventilado con el agente del Anciano Señor, un bribón aceitoso a cuyas manos se pegaba el dinero que pasaba por ellas. Y le pareció a Wang Lung que, al fin y al cabo, la plata era más valiosa que la tierra. A la plata se la podía ver brillar.

¡Bueno, pero la tierra era suya! Y un día gris del segundo mes se dirigió a inspeccionarla. Nadie sabía aún que le pertenecía a él, y se fue solo a verla. Era un largo cuadrilátero de negra arcilla que se extendía junto al foso que rodeaba a la ciudad. Recorrió esta tierra cuidadosamente: trescientos pies de largo y ciento veinte de ancho. Cuatro piedras marcaban todavía los límites, cuatro piedras con la marca de la Casa de Hwang. Las cambiaría más tarde y pondría en su lugar su propio nombre. Pero todavía no; aún no estaba preparado para que la gente supiera que era lo bastante rico para comprar tierra a la gran casa; lo haría más tarde, cuando fuese más rico aún y no importase lo que hiciera. Y mirando hacia su nueva propiedad, se dijo:

"Para los de la casa grande no tiene ninguna importancia este puñado de tierra, pero para mí su valor es enorme."

Entonces se produjo un brusco cambio en su espíritu y se sintió lleno de desprecio hacia sí mismo, porque un pequeño trozo de tierra como aquél le parecía tan importante. Recordó que cuando, orgullosamente, hizo entrega de la plata al agente, éste se limitó a decir con descuido:

–Bueno, aquí hay por lo menos con qué comprarle opio a la señora durante unos días...

Y la enorme diferencia que aún existía entre él y la casa grande le pareció súbitamente insalvable. Se sintió entonces poseído de una rabiosa determinación, y se dijo que llenaría de plata el agujero de la pared una vez, y otra, y otra, y otra, hasta que hubiera comprado tanta tierra de la Casa de Hwang que la suya propia no pareciese a sus ojos mayor que una pulgada.

Y así este trozo de tierra se convirtió para Wang Lung en una meta y un símbolo.

Llegó la primavera con sus vientos agudos y sus nubes desgarradas por la lluvia, y para Wang Lung las fáciles horas del invierno se vieron convertidas en largos días de labor desesperada en las tierras. El viejo cuidaba ahora del niño y la mujer trabajaba con Wang Lung desde la aurora hasta que el crepúsculo caía sobre los campos, de manera que cuando un día Wang Lung descubrió en ella un nuevo embarazo, el primer pensamiento que cruzó su mente fue el de que no podría trabajar durante la cosecha.

–De manera que has escogido esta ocasión para criar nuevamente, ¿eh? –le preguntó con irritación.

–Esta vez no es nada –contestó ella resueltamente–. Solamente es duro la primera vez.

Aparte esto, nada más se dijo sobre la segunda criatura desde que Wang Lung notó su forma al hincharse el vientre de la madre hasta un

día de otoño en que O-lan dejó su arado y se dirigió pesadamente hacia la casa. Aquel día, Wang Lung no regresó, ni siquiera para la comida del mediodía, porque el cielo estaba aturbonado y el arroz se hallaba maduro y listo para ser recogido en gavillas. Más tarde, antes de que el sol se pusiera, O-lan regresó a su lado, con el cuerpo afinado, exhausta, pero con el rostro silencioso e impasible. Wang Lung sintió el impulso de gritarle: "Por hoy ya has hecho bastante", pero el dolor de su propio cuerpo rendido le hacía cruel, y se dijo a sí mismo que él había sufrido tanto con la labor de aquel día como ella con su alumbramiento, de manera que sólo preguntó entre dos golpes de hoz:

—¿Es varón o hembra?

Ella contestó con calma:

—Es otro varón.

No se dijeron nada más, pero él se sintió contento y el incesante bajarse y doblarse le pareció menos arduo. Trabajaron hasta que la luna se elevó sobre un hacinamiento de nubes moradas; entonces terminaron el campo y se dirigieron a la casa.

Después de la cena y tras de haberse lavado el cuerpo quemado por el sol con agua fresca y enjuagado la boca con té, Wang Lung fue a ver a su segundo hijo. O-lan se había echado en la cama después de haber hecho la cena y tenía a la criatura a su lado. Era un niño gordo, plácido, sano, aunque no tan grande como el primero. Wang Lung le contempló y luego regresó al otro cuarto muy satisfecho. Otro hijo; y otro, y otro; uno cada año. Pero cada año no podría procurarse huevos encarnados. Era suficiente haberlo hecho por el primero. Hijos cada año; la casa estaba habitada por la buena suerte. Esta mujer no le había traído más que buena suerte... Le gritó a su padre:

—Ahora, anciano, con otro nieto, tendremos que ponerle el grande en su cama.

El viejo estaba encantado. Durante mucho tiempo había querido que el niño durmiese con él y le calentase sus viejos huesos, pero la criatura no quería separarse de su madre. Ahora, sin embargo, parecía comprender, al mirar aquella otra criatura junto a su madre, que tenía que ceder su puesto y se dejó llevar sin protesta al lecho de su abuelo.

Y otra vez las cosechas fueron abundantes, y Wang Lung cambió sus productos por plata y nuevamente la escondió en el agujero de la pared. Pero el arroz que segó de la tierra de Hwang le valió el doble de lo que le produjo el de sus propios terrenos arrocíferos. El suelo de ese campo era húmedo y rico y el arroz crecía en él como la hierba donde no es deseada. Y ahora todo el mundo sabía que aquel campo pertenecía a Wang Lung y en el pueblo se hablaba de hacerle jefe.

VII

En este tiempo, el tío de Wang Lung comenzó a dar la guerra que Wang Lung había previsto desde un principio que daría. Este tío era el hermano menor de su padre, y por todos los derechos del parentesco podía depender de Wang Lung si sus propios medios le eran insuficientes para sí y para los suyos. Mientras Wang Lung y su padre fueron pobres y anduvieron mal nutridos, el tío hizo un esfuerzo para arrancar de su tierra lo necesario para alimentar a sus siete hijos, a su esposa y a sí mismo; pero una vez habían comido, nadie trabajaba. La mujer no se movía para barrer el suelo de la choza, ni los chiquillos para lavarse la cara. Era una vergüenza que según las niñas crecían, llegando hasta la edad de contraer matrimonio, continuasen correteando por las calles del pueblo, y en ocasiones incluso hablasen con hombres. Habiendo encontrado así un día a la mayor de sus primas, Wang Lung se sintió tan ofendido por la afrenta infligida a su familia, que se atrevió a ir ante la mujer de su tío y decirle:

—¿Quién se va a casar con una muchacha como mi prima, a quien cualquier hombre puede hablar? Está en edad de contraer matrimonio desde hace tres años, y todavía corretea por ahí, y hoy he visto un holgazán del pueblo que le ponía la mano sobre el brazo, a lo que ella contestó con risotadas.

La mujer de su tío no tenía en el cuerpo más que una cosa activa: la lengua, y ahora la dejó ir con viveza atacando a Wang Lung:

—¡Muy bien! ¿Y quién pagará la dote, y la boda, y el intermediario? Les es muy fácil hablar a los que tienen más tierra de la que pueden cultivar y aún pueden ir y comprar terrenos de las grandes familias con el dinero que les sobra, pero tu tío es un hombre de poca fortuna y siempre lo ha sido. Tiene un destino avieso, aunque sin culpa suya. El cielo lo quiere así. Donde otros pueden recolectar buen grano, a él se le muere la semilla en el surco y no germina más que la mala hierba. ¡Y eso aunque se rompa el espinazo labrando!

Empezó a gimotear con un llanto fácil y ruidoso, y se fue exaltando hasta convertirse en una furia.

—¡Ah, tú no sabes lo que es un destino avieso! Mientras los campos de los demás producen buen trigo y buen arroz, los nuestros no dan más que hierbajos; mientras las casas de los demás aguantan cien años, la nuestra se tambalea como si la misma tierra se agitate bajo ella para destruirla; mientras otras mujeres tienen hijos, yo, aunque conciba un

varón, doy a luz una hembra. ¡Ah, destino avieso!

Gritó tanto que las vecinas corrieron a las puertas de sus casas para ver y oír lo que pasaba. Wang Lung, sin embargo, se mantuvo firme, decidido a terminar lo que había venido a decir.

—De todas maneras —dijo—, y aunque no soy yo quién para pretender aconsejar al hermano de mi padre, voy a decir esto: que es mejor casar a una muchacha mientras es virgen, y que nunca se ha oído hablar de que una perra a la que se permite vagar por las calles no alumbrara un cachorro.

Habiendo hablado claramente, se alejó en dirección a su casa y dejó a la mujer de su tío vociferando. Tenía la intención de comprar este año más tierra de la Casa de Hwang, y más tierra año tras año según sus medios se lo permitieran; además soñaba con añadir otro cuarto a su casa y le indignaba que, —pues él y sus hijos se convertían en una familia rica—, esta descastada estirpe de sus primos fuese dando tumbos por ahí, llevando su mismo nombre.

Al día siguiente, su tío vino al campo donde él se hallaba trabajando. O-lan estaba ausente, porque diez lunas habían pasado desde que naciera el segundo hijo y ya tenía próxima una tercera maternidad. Esta vez no se encontraba muy bien y había estado unos días sin ir a los campos, donde Wang Lung trabajaba solo. Su tío se acercó caminando a lo largo de un surco. Siempre llevaba la ropa desabrochada y mal sujeta con el cinturón. Llegó donde Wang Lung trabajaba y se le quedó mirando mientras labraba una estrecha cinta de tierra junto a las judías que se hallaba cultivando. Al fin, Wang Lung dijo maliciosamente y sin levantar la cabeza:

—Le pido perdón, tío, por no detenerme en mi trabajo. Si estas judías han de dar rendimiento hay que cultivarlas, como usted sabe, dos y tres veces. Las tuyas, indudablemente, están ya terminadas, pero yo soy lento..., un mal labrador... Nunca termino mi trabajo a tiempo para poder descansar.

El tío entendió perfectamente la ironía. Y dijo suavemente:

—Yo soy un hombre de destino avieso. Este año, de cada veinte judías sólo una ha germinado, y tan esmirriada que no vale la pena cultivarla. Tendremos que comprar judías este año si queremos comerlas.

Y suspiró profundamente.

Wang Lung se acorazó la sensibilidad. Sabía que su tío había venido a pedirle algo, y continuó trabajando en silencio. Finalmente, el tío empezó a hablar:

—Aquella me explicó que tú te habías interesado por mi despreciable esclava mayor. Eres sabio para tus años. Todo lo que dijiste es cierto.

Tendría que casarse. Cuenta ya quince años y hace tres o cuatro que puede concebir. Vivo en un eterno terror de que esto ocurra y traiga la vergüenza a nuestro nombre. ¡Imagínate que una desgracia así nos ocurriese a nosotros, a mí, el hermano de tu propio padre!

Wang Lung dejó caer el azadón con fuerza en la tierra. Le hubiera gustado poder hablar claramente. Le habría gustado poder decir:

—¿Y por qué no la sujetáis, entonces? ¿Por qué no la obligáis a permanecer decentemente en la casa y limpiar, barrer, cocinar y hacer ropas para la familia?

Pero estas cosas no se podían decir a una persona de la vieja generación.

Guardó, pues, silencio, labró cuidadosamente en torno a una pequeña planta y esperó.

—Si hubiera sido mi feliz destino —continuó su tío fúnebremente— haberme casado con una mujer parecida a la de tu padre, que podía trabajar y al mismo tiempo concebir hijos, como hace tu propia mujer, y no con una como la mía, que no produce nada más que grasa ni da a luz otra cosa que hembras, con la sola excepción del holgazán de mi hijo, que es menos que un hombre por su holgazanería, entonces yo también sería ahora un hombre rico, como lo eres tú. Y entonces sería para mí un placer dividir mis bienes contigo. Casaría bien a tus hijas y colocaría a tu hijo como aprendiz en la tienda de un mercader, pagando la cuota de garantía. Y me encantaría hacer reparaciones en tu casa y alimentarte con lo mejor que tuviera; a ti, a tu padre y a tus hijos, porque para eso somos de la misma sangre.

Wang Lung contestó brevemente:

—Sabéis que no soy rico. Tengo cinco bocas que mantener y mi padre es viejo y no trabaja, pero come, y otra boca está naciendo en mi casa en estos mismos instantes.

Su tío replicó agriamente:

—¡Eres rico, eres rico! Has comprado la tierra de la casa grande a sabe Dios qué elevado precio. ¿Existe otro hombre en el pueblo que pudiese hacer lo mismo?

Al oír esto, Wang Lung se enfureció. Tiró el azadón al suelo y empezó a gritarle a su tío:

—¡Si tengo un puñado de plata es porque trabajo y mi mujer trabaja, y no perdemos el tiempo, como hacen algunos, en las mesas de juego y chismorreando a la puerta de nuestra casa mientras la maleza invade los campos y los hijos van a medio alimentar!

La sangre afluyó al rostro amarillo del tío, que se abalanzó contra Wang Lung y le abofeteó vigorosamente en ambas mejillas.

–¡Eso por hablar así a la generación de tu padre! ¿Es que no tienes religión, ni moral, que tan abominable es tu conducta filial? ¿No has oído nunca decir que los Sagrados Edictos prohíben que un hombre corrija a sus mayores?

Wang Lung permaneció silencioso e inmóvil, consciente de su falta, pero furioso hasta el fondo de su alma contra este hombre que era su tío.

–¡Repetiré tus palabras al pueblo entero! –exclamó el viejo con una voz aguda y rota por la rabia–. ¡Ayer atacaste mi casa y gritaste en la calle que mi hija no es virgen; y hoy me haces reproches a mí, a mí que, si tu padre muere, debo ser como un padre para ti! ¡Mis hijas podrían no ser vírgenes, pero de ninguna de ellas soportaría tal lenguaje!

Y repitió otras veces:

–¡Se lo diré a todo el pueblo! ¡Se lo diré a todo el pueblo! Al fin, Wang Lung preguntó de mala gana:

–¿Qué queréis que haga?

Hería su orgullo que este asunto fuese discutido en el pueblo. Al fin y al cabo, se trataba de su propia sangre.

Su tío cambió inmediatamente y su indignación desapareció. Sonriendo, puso una mano en el brazo de Wang Lung diciéndole:

–Buen muchacho... Buen muchacho... Tu tío te conoce... Tú eres mi hijo. Hijo, pon un poco de plata en esta vieja palma:.. Diez piezas, o aunque sean nueve, y podré empezar a hacer tratos con un agente matrimonial para casar a mi esclava. ¡Ah, tienes razón! ¡Ya es tiempo, ya es tiempo!

Dio un suspiro, movió la cabeza y miró devotamente hacia el cielo.

Wang Lung recogió el azadón y lo volvió a lanzar.

–Venid a casa –dijo–. Yo no llevo plata encima, como un príncipe.

Y comenzó a andar; iba con una amargura en el alma que le dejaba sin palabras. Parte de la plata con la que había pensado comprar más tierra tenía que pasar a las manos de su tío, de donde caería en las mesas de juego.

Penetró en la casa, apartando de su paso a sus dos hijitos, que jugaban desnudos en la entrada. El tío acarició a los dos pequeñitos con fácil afecto.

–Sois dos hombrecitos –les dijo cogiendo a uno en cada brazo.

Pero Wang Lung no se detuvo. Entró en la habitación donde dormía con su mujer y la tercera criatura. La habitación estaba muy oscura y, excepto por la estría de luz que penetraba por el agujero, no podía ver nada. Pero el olor de sangre caliente, que tan bien recordaba, le salió al encuentro y gritó vivamente:

–¿Qué es esto? ¿Te llegó la hora?

La voz de su mujer le contestó desde la cama con una debilidad que no le conocía:

–Ya pasó toda otra vez. Ahora sólo ha sido una esclava. No vale la pena mencionarla.

Wang Lung se quedó inmóvil. Un mal presentimiento cruzó su mente. ¡Una chica! Por una chica había ahora aquellas preocupaciones en casa de su tío.

Se dirigió sin replicar a la pared y tanteó buscando la aspereza que era la marca del escondite donde guardaba la plata. Sacó de el nueve piezas.

–¿Para qué estas sacando la plata? –preguntó su mujer súbitamente en la oscuridad.

–Me veo obligado a prestársela a mi tío –replicó brevemente.

–Más vale no decir "prestar" cuando se trata de esa casa.

–Bien lo sé –contestó Wang Lung con amargura. Me destroza el corazón tener que dársela, y sin otra razón que el ser de la misma sangre.

Cuando le hubo entregado el dinero a su tío se dirigió de nuevo hacia el campo y se puso a trabajar con verdadero furor. Por un momento, sólo pensó en la plata: la vio lanzada descuidadamente sobre la mesa de juego, arrebatada por alguna mano holgazana. Su plata, la plata que tan penosamente había arrancado de su tierra para convertirla en más tierra.

Llegó la noche cuando su ira comenzó a calmarse, y se acordó de su casa y de su cena. Y entonces también se le ocurrió pensar en la nueva boca que acababa de nacer, que era una niña, y las niñas no pertenecen a los padres, sino que son dedicadas a otras familias. Ni siquiera había pensado, en su cólera contra su tío, en detenerse a mirar esta nueva criatura.

Permaneció apoyado contra el azadón y se sintió invadido de tristeza. Tendría ahora que pasar otra cosecha hasta que pudiese comprar la tierra, un trozo colindante con el que ya tenía. Y ahora había una boca más en la casa.

A través del cielo pardo del atardecer pasó una bandada de cuervos y revolotearon en torno a él graznando ruidosamente. Los vio desaparecer en unos árboles cercanos a su casa y corrió tras ellos gritando y agitando el azadón. Los cuervos se elevaron nuevamente formando círculos sobre su cabeza, burlándose con sus graznidos, y al fin se perdieron en el cielo ya oscurecido.

Wang Lung gimió. Aquello era un mal presagio.

VIII

Parecía como si los dioses, habiendo abandonado a un hombre, no se acordasen más de él. Las lluvias que debían haber caído en los comienzos del verano no cayeron, y día tras día el cielo brillaba con fresco y cruel resplandor. La tierra apergaminada y sedienta les tenía sin cuidado a los dioses, y de aurora a aurora no se veía una nube. Por las noches, las estrellas se destacaban en el cielo impoluto con una belleza dorada y perversa.

Los campos, a pesar de que Wang Lung los cultivaba con desesperación, se resecan y abrían, y el trigo tierno que había brotado valientemente al llegar la primavera y se había preparado a granar, al ver que nada le llegaba de la tierra ni del cielo, cesó de crecer, permaneció al principio quieto bajo el sol y luego empezó a disminuir y amarillear, quedando convertido en una cosecha estéril. Los lechos de arroz que Wang Lung sembrara eran como cuadriláteros de jaspe en la tierra morena. Día tras día los regaba, desde que diera el trigo por perdido: cargaba el agua en dos pesados cubos de madera, colocados en los extremos de una pértiga que él llevaba sobre las espaldas. Pero por más que abrió un surco en su carne y se formó en ella una callosidad tan grande como una escudilla, la lluvia no hizo aparición alguna.

Al fin el agua del estanque se secó, formando un cuajarón de greda, y hasta el agua del pozo bajó tanto que O-lan dijo:

—Si los niños han de beber y el viejo ha de tener su agua caliente, las plantas habrán de secarse.

Wang Lung le contestó con rabia que se quebró en un sollozo:

—¡Bueno, y si las plantas se mueren, ellos también tendrán que morirse!

Era cierto que dependían enteramente de la tierra.

Únicamente el terreno cercano al foso dio cosecha, y eso porque Wang Lung, viendo que pasaba el verano sin que lloviese, abandonó todos sus otros campos y dedicó enteramente su atención a éste, cuyo ávido suelo regaba con el agua que extraía del foso.

Aquel año, por primera vez, vendió el grano tan pronto lo hubo cosechado, y al sentir la plata entre sus manos la apretó con un ansia que tenía mucho de desafío. Con aquella plata, se dijo, haría, pese a los dioses y pese a la sequía, lo que había determinado hacer. Por aquella plata había molido su cuerpo y derramado el sudor de su frente, y haría con ella lo que quisiese. Y corrió a la Casa de Hwang, se presentó ante el administrador de las tierras y le dijo sin ceremonias:

—Tengo con qué comprar el terreno que colinda con el mío, junto al fo-

so.

Wang Lung había oído decir aquí y allá que para la Casa de Hwang aquel año había rayado en la pobreza. La Anciana Señora no había fumado íntegramente su ración de opio en muchos días, y parecía una vieja tigresa, trastornada por el ansia de la droga. Cada día hacía venir al administrador a su presencia, y cuando lo tenía delante le maldecía, le golpeaba el rostro con el abanico y le gritaba: "¿Pero es que ya no quedan leguas de tierra?", hasta hacerle perder el tino.

Tanto lo había perdido que últimamente hasta había renunciado al dinero que solía retener, para su propio uso, de las transacciones de la familia. Y por si todo esto fuera poco, el Anciano Señor decidió tomar otra concubina más, una esclava hija de una esclava que había sido suya en su juventud y que estaba ahora casada con un criado de la casa porque el deseo que inspirara a su señor se apagó antes de que éste la aceptara en sus habitaciones como concubina. La pequeña esclava, que no tenía más de dieciséis años, despertaba en él una lujuria nueva, pues según iba envejeciendo, debilitándose y haciéndose pesado a fuerza de tejido adiposo, crecía su deseo de carne fresca, de mujercitas ligeras y jóvenes, hasta niñas; de modo que era imposible moderar su lujuria. Como la Venerable Señora con su opio, así él con su sensualidad. Y era inútil tratar de hacerle comprender que no había dinero para pendientes de jaspe ni oro que verter en las lindas manos femeninas. El significado de las palabras "no hay dinero" no podía alcanzar a quien, durante toda una vida, sólo había tenido que extender la mano para retirarla colmada cuantas veces lo deseara.

Y viendo a sus padres de tal suerte, los jóvenes señores se encogieron de hombros y se dijeron que aún tendrían suficiente dinero para derrochar durante toda su vida. Y solamente se unían en una cosa: en reprochar al administrador la mala marcha de sus propiedades, hasta que el hombre, antes opulento y untuoso, de vida fácil y bolsa abundante, tornóse inquieto, se sintió acosado y comenzó a perder carnes de tal manera que la piel le colgaba sobre los huesos como un vestido viejo.

Tampoco quiso el cielo enviar lluvias a los campos de la Casa de Hwang, y tampoco en ellos había cosechas que recoger, así es que cuando Wang Lung llegó al administrador diciendo: "Tengo plata", era como si alguien se hubiera acercado a un hambriento diciendo: "Tengo comida".

El administrador cogió aquella plata ansiosamente. La otra vez habían charlado y bebido té, pero ahora entre los dos hombres se cruzaba un cuchicheo impaciente, y con más rapidez que las palabras eran pronunciadas pasó el dinero de unas manos a otras, se firmaron y sellaron los

papeles y la tierra fue de Wang Lung.

Y otra vez Wang Lung no consideró duro desprenderse de aquella plata, que era su carne y su sangre. Con ella realizaba el deseo de su corazón. Tenía ahora un vasto campo de buena tierra, pues este campo era el doble del que comprara anteriormente. Pero para él, más importante que su oscura fertilidad era el hecho de haber pertenecido a la familia de un príncipe. Y esta vez no dijo a nadie, ni aun a O-lan, lo que había hecho.

Los meses pasaban y la lluvia era esperada inútilmente. Al acercarse el otoño, las nubes se hacinaron levemente en el cielo, unas nubes pequeñas y ligeras. Y por las calles del pueblo se veían grupos de hombres, desocupados y ansiosos, con los rostros vueltos hacia el firmamento, examinando atentamente esta o aquella nube y discutiendo sobre cuál de ellas encerraría lluvia en su seno. Pero antes de que pudiera formarse una cerrazón prometedor, se alzaba del Noroeste un aire crudo, el aire mordiente del desierto lejano, y barría las nubes del firmamento lo mismo que una escoba barre el polvo del suelo. Y el cielo continuaba límpido y vacío, el sol se alzaba majestuosamente cada mañana, hacia su camino y se ponía, solitario, cada atardecer. Y, a su debido tiempo, aparecía la luna y brillaba con tanta claridad como un sol menor.

Wang Lung recolectó de sus campos una miserable cosecha de judías, y del plantío de maíz, sembrado desesperadamente cuando el arroz comenzó a amarillear y morirse, cortó unas breves mazorcas, con los granos diseminados aquí y allá. Ni una judía se desperdició en la trilla. Wang Lung mandó que los dos niños tamizaran entre sus dedos el polvo de la era, después que él y la mujer habían expurgado las plantas; y desgranó el maíz sobre el suelo del cuarto central, vigilando atentamente los granos que caían un poco diseminados. Cuando iba a recoger las mazorcas vacías, para usarlas como combustible, su esposa exclamó:

–No las desperdicies quemándolas. Cuando yo era niña, en Shantung, recuerdo que, en años como éste, molíamos las mazorcas y las comíamos. Son mejores que la hierba.

Al hablar ella, todos guardaron silencio. Eran días de abstinencia, estos días extraños y brillantes en que la tierra les estaba fallando. Únicamente la última criatura, la niña, desconocía el temor. Para ella estaban todavía repletos los dos robustos pechos de su madre: Pero O-lan, al amamantarla, murmuraba:

–Aliméntate, pobre tonta, aliméntate... mientras todavía tienes esto con que alimentarte.

Entonces, como si la desgracia fuera poca, O-lan quedó de nuevo embarazada, la leche se le secó y toda la casa estremeciéndose con la voz de una criaturita que lloraba de hambre incesantemente. <

Si alguien le hubiera preguntado a Wang Lung cómo se alimentaban aquel otoño, la respuesta hubiera sido:

—No sé... Un poco de comida de vez en cuando.

Pero nadie le preguntaba tal cosa. En toda la comarca, nadie le preguntaba a nadie: "¿Cómo te alimentas?", sino que cada cual se interrogaba a sí mismo: "¿Cómo me alimentaré hoy?" Y los padres decían: "¿Cómo nos alimentaremos hoy, nosotros y nuestros hijos?"

Wang Lung había cuidado de su buey hasta donde le fue posible. Le había dado a la bestia un puñado de hierba y de paja de judías mientras la hubo, y, al terminarse ésta, salió a coger hojas de los árboles y se las fue dando hasta que vino el invierno y las hojas desaparecieron. Entonces, ya que no había campos que arar; ya que la semilla, si se plantaba, secábase en la tierra, y ya que, además, se habían comido todas sus semillas, hizo que el buey fuese a pacer por sí mismo. Le mandaba fuera, con el chico mayor todo el día montado sobre él, sujetando la cuerda que pasaba por las narices del animal, para que no lo robaran. Pero últimamente ni aun esto se había atrevido a hacer, pues temía que los hombres del pueblo, y aun sus mismos vecinos, pudieran atacar al muchacho y llevarse al buey para matarlo y comérselo. De manera que lo tenía en el portal hasta que la bestia enflaqueció tanto que no era más que un esqueleto.

Pero llegó un día en que el arroz se acabó, y el trigo se acabó, y únicamente quedaban unas cuantas judías y una magra provisión de maíz. El buey bramaba de hambre y el padre de Wang Lung dijo:

—Nos comeremos el buey después.

Entonces, Wang Lung protestó, porque para él era como si alguien hubiera dicho: "Nos comeremos un hombre después". El buey era su compañero de los campos, había andado tras sus hijos. Y un hombre puede comprar otro buey con más facilidad que su propia existencia.

Pero Wang Lung no quiso permitir que se le matase aquel día. Y pasó el siguiente, y el otro, y los niños lloraban pidiendo comida y no había manera de consolarlos. O-lan miraba a su marido, suplicándole por los niños, y al fin Wang Lung vio que no había más remedio que hacer lo que le pedían. Y exclamó ásperamente.

—¡Que se le mate, pues! Pero yo no puedo hacerlo.

Fue al dormitorio, se echó sobre la cama y se tapó la cabeza con la colcha para no oír los bramidos de la bestia cuando muriese.

Entonces O-lan deslizóse afuera, cogió un gran cuchillo que empleaba en la cocina y dio un tajo formidable en el cuello del animal, hiriéndole de muerte. En una palangana recogió la sangre, para hacer con ella un budín, y degolló y cortó en pedazos el enorme esqueleto, mientras Wang Lung se negaba a salir hasta que todo hubiera sido consumado, y la carne, cocida y llevada a la mesa. Pero cuando trató de comer aquella carne de su buey, se le hinchó la garganta y no pudo tragarla. Tomó únicamente un poco de la sopa, y O-lan le dijo:

—Un buey no es más que un buey, y éste se hacía viejo. Come, que algún día tendrás otro y mejor que éste.

Con lo cual, Wang Lung se sintió algo confortado, y comió un bocado, y luego un poco más, y todos comieron en paz.

Pero el buey fue consumido, y sus huesos, cascados para sacarles el tuétano, y de él no quedó nada más que la piel, seca y dura, tensa sobre el potro de bambú que O-lan había hecho para mantenerla estirada.

Al principio había habido en el pueblo cierta hostilidad contra Wang Lung porque decían que tenía plata escondida y alimentos almacenados. Su tío, que fue uno de los primeros hambrientos, llegó a su puerta importunándole, pues en realidad él, su mujer y sus siete hijos no tenían nada que comer. Wang Lung midió de mala gana, en el halda de la túnica de su tío, un montoncito de judías y un precioso puñado de maíz, diciendo con energía:

—Es todo cuanto puedo daros. Antes que nada, y aunque no tuviera hijos, he de tener en cuenta a mi anciano padre.

Y cuando su tío volvió otra vez, Wang Lung exclamó:

—¡Ni la piedad filial me permitirá sostener mi casa!

Y dejó partir al hermano de su padre con las manos vacías.

Desde aquel día, su tío volvióse contra él como un perro apaleado y empezó a murmurar por las casas del pueblo:

—Mi sobrino tiene plata y alimentos, pero no quiere darnos nada a nosotros, ni siquiera a mí y a mis hijos, que somos de su misma sangre. No nos queda más remedio que morirnos de hambre.

Y cuando familia tras familia consumió sus provisiones en el pueblo y gastó su última moneda en el pobre mercado de la ciudad, y soplaron los vientos del invierno, fríos como un cuchillo de acero, secos y estériles, el corazón de los lugareños ensombrecióse por la propia hambre y el hambre de sus esqueléticas esposas y quejumbrosos chiquillos. Y cuando el tío de Wang Lung, temblando por las calles como un perro famélico, repitió: "Hay quien tiene comida; hay un hombre cuyos hijos están gordos todavía", los hombres se armaron de estacas una noche,

fueron a la casa de Wang Lung y aporrearon la puerta. Cuando él abrió, a las voces de sus vecinos, le hicieron a un lado de un empujón, sacaron fuera a los aterrorizados niños y cayeron como una plaga sobre cada rincón, arañaron cada saliente con las manos en busca de los alimentos escondidos. Y entonces, al encontrar su miserable provisión de judías secas y su escudilla de granos de maíz, dieron un gran aullido de desesperanza, de desesperación, y cogieron los muebles, la mesa, los bancos, la cama donde yacía el viejo asustado y lloroso.

Entonces O-lan se adelantó y su voz, oscura y lenta, alzóse entre los hombres.

–Eso no..., eso todavía no –gritó–. Aún no ha llegado el momento de coger la mesa, los bancos y la cama de nuestra casa. Tenéis toda nuestra comida, pero de vuestros propios hogares aún no habéis vendido el mobiliario. Dejados el nuestro. Estamos iguales. No tenemos ni una judía ni un grano de maíz más que vosotros... No, vosotros tenéis más ahora, porque os habéis llevado lo nuestro. El castigo del cielo caerá sobre vosotros si os lleváis más. Ahora saldremos juntos y buscaremos hierbas y cortezas de árbol que comer, vosotros para vuestros hijos y nosotros para nuestras tres criaturas y para esta cuarta que ha de nacer a su tiempo.

Oprimió la mano contra su vientre mientras hablaba, y los hombres se sintieron avergonzados ante ella y fueron saliendo uno por uno, pues no eran mala gente y sólo el hambre les había arrastrado a tales extremos. Uno, llamado Ching, quedó rezagado; era un hombre pequeño, silencioso, con un rostro amarillo que en sus mejores tiempos parecía de simio y que estaba ahora chupado y ansioso. De buena gana hubiera pronunciado alguna palabra de excusa, pues era un hombre honrado y únicamente el llanto de su criatura le había echo cometer aquella mala acción, pero oculto en su seno llevaba un puñado de judías que había cogido cuando fue hallada la provisión y temía tener que devolverlas si hablaba, de manera que sólo miró a Wang Lung con ojos macilentos y silenciosos y salió de la casa.

Allí, en aquel patio en el que año tras año había trillado sus buenas cosechas, quedó Wang Lung; en aquel patio que desde hacía tantos meses no servía de nada. Ni una brizna quedaba en la casa con que alimentar a su padre y a sus hijos, nada con que alimentar a aquella mujer suya que además del alimento de su propio cuerpo necesitaba el de aquel otro que, con la crueldad de la vida nueva y ardiente, se nutriría de la carne y de la sangre de su madre. Y Wang Lung tuvo instantes de pánico. Luego, como un vino calmante, fluyó por sus venas un íntimo consuelo, y se dijo:

"La tierra no pueden quitármela. He puesto el sudor de mi frente y el fruto de mis campos en algo que perdura. Si tuviera plata, se la habrían llevado. Si con la plata hubiese comprado provisiones para almacenarlas, se las habrían llevado. Pero la tierra es mía aún."

IX

Sentado en el portal de su casa, Wang Lung se decía que había llegado el momento de hacer algo. No era cuestión de quedarse en ésta, vacía, a morir. En su cuerpo huesudo, en torno al cual cada día se apretaba un poco más el cinturón, dada la determinación de vivir. Se negaba rotundamente a que un destino estúpido le robase su derecho a la vida, precisamente en el instante en que la vida del hombre llega a su plenitud. Había ahora en él tanto coraje que a veces no sabía ni expresarlo. En ocasiones sentíase poseído de un frenesí que le llevaba a salir a la desnuda era y desde ella alzaba los brazos con ira al cielo implacable que sobre su cabeza brillaba eternamente azul y claro, frío y estéril.

—¡Ah, eres demasiado malo, Viejo Hombre del Cielo! —gritaba temerariamente. Y si por un instante sentíase atemorizado, clamaba en seguida opacamente—: ¡Nada puede pasarme peor de lo que me pasa!

Una vez llegó, arrastrando un pie tras otro, con la extrema debilidad de su angustiosa hambre, hasta el templo de la tierra, y deliberadamente escupió en el rostro del menudo dios imperturbable que estaba sentado junto a la diosa. No se veían ahora bastoncillos de incienso ante la pareja, ni los había habido durante muchas lunas; y sus vestiduras de papel se hallaban deterioradas, mostrando por los agujeros los cuerpos de arcilla. Pero las divinidades permanecían allí, inmovibles, y Wang Lung les enseñó los dientes, regresó a su casa y se echó gimiendo sobre la cama.

Ahora ninguno de ellos se levantaba apenas del lecho. No tenían para qué, y un sueño soporífero sustituía, de momento al menos, al alimento que les faltaba. Las mazorcas de maíz las pusieron a secar y ya se las habían comido; y la corteza de los árboles la raspaban y se la comían. En toda la comarca, la gente arrancaba cuanta hierba podía encontrar en las peladas colinas, y de aquellas hierbas se alimentaban. No se veía un solo animal en parte alguna. Quien quisiera podía andar durante un puñado de días sin encontrar un buey ni un asno ni ninguna clase de bestia o ave.

Los vientres de los chiquillos estaban hinchados de aire, y en aquellos días nadie veía a un niño jugando en las calles del pueblo. A lo más, los

dos chicos de Wang Lung se deslizaban hasta la puerta y se sentaban al sol, aquel sol cruel que no cesaba de brillar. Sus cuerpecillos, antes suaves y redondos, eran ahora angulares y huesudos. La niña ni siquiera se sentaba sola, aunque ya tenía edad para ello, sino que permanecía echada, sin quejarse, hora tras hora, envuelta en una colcha vieja. Al principio la cólera insistente de su llanto había llenado la casa, pero terminó al fin por callarse chupando débilmente lo que se le pusiera en la boca. Su pequeño rostro consumido se alzaba hacia todos ellos; labios hundidos y amoratados como la boca desdentada de una viejecita, y ojos apagados e inexpresivos. Algunas veces, al mirarla, Wang Lung murmuraba suavemente: "Pobre..., pobre...", y una vez, al ver que la criatura esbozaba una débil sonrisa, mostrando sus encías sin dientes, rompió a llorar con desconsuelo y apretó con dulzura su escuálida manita, sujetándola entre sus manos flacas y duras.

Desde entonces solía coger a la niña en brazos, toda desnudita, según estaba echada, y apretarla contra la relativa tibieza de su pecho. Y salía con ella así y se sentaba a la puerta de la casa, mirando hacia los campos secos y desolados.

En cuanto al anciano, su condición era mejor que la de los otros, porque si había algo que comer, a él se le daba, aunque los chiquillos se quedasen sin nada. Wang Lung se decía con orgullo que nadie le podría acusar de haber abandonado a su padre en esta hora de muerte. El anciano comería, aunque él tuviera que darle su propia carne.

El anciano dormía día y noche, comía lo que le daban y todavía le quedaban fuerzas para salir al patio de entrada al mediodía, cuando el sol calentaba. Estaba de mejor humor que todos los demás, y un día exclamó con su vieja voz, que era como un airecillo tembloroso entre los bambúes:

–Ha habido tiempos peores que estos. Una vez vi a los hombres y mujeres comer niños.

–Jamás ocurrirá tal cosa en mi casa –contestó Wang Lung con un horror extremo.

Un día, su vecino Ching, consumido ahora hasta parecer menos que una sombra humana, llegó a la puerta de Wang Lung y dijo moviendo temblorosamente sus labios secos y negros como tierra:

–En la ciudad se comen los perros, y en todas partes los caballos y aves de todas clases. Aquí nos hemos comido las bestias que labraban nuestros campos, la hierba y la corteza de los árboles. ¿Qué más nos queda para alimentarnos?

Wang Lung movió la cabeza con desesperanza. En su regazo yacía la leve; esquelética forma de su hija, y miró hacia aquel rostro delicado y

huesudo, hacia los ojillos punzantes y tristes que le seguían incesantemente. Cuando su mirada se cruzaba con aquella mirada patética, por el rostro de la criatura pasaba invariablemente una sonrisa que a Wang Lung le partía el corazón.

Ching se le acercó más.

–En el pueblo están comiendo carne humana. Se susurra que tu tío y su mujer la comen. De otra manera, ¿cómo vivirían, y con suficientes fuerzas para andar por ahí, ellos que nunca tuvieron nada?

Wang Lung se apartó del rostro de Ching, que era como una calavera. Súbitamente se sentía poseído de un terror que no comprendía. Se levantó rápidamente, como para librarse de un peligro.

–Dejaremos este lugar –dijo en voz alta. ¡Nos iremos hacia el Sur! En estas tierras hay por todas partes gentes que mueren de hambre. El cielo, por perverso que sea, no querrá exterminar a todos los hijos de Han.

Ching le miró pacientemente.

–¡Ah, tú eres joven! Yo soy más viejo que tú y mi mujer es vieja y sólo tenemos una hija. Podemos morir.

–Tú eres más afortunado que yo dijo Wang Lung–. Yo tengo a mi viejo padre y a los tres niños y al otro que está a punto de nacer. Debemos irnos antes de que nos olvidemos de nuestra naturaleza y nos devoremos los unos a los otros, como hacen los perros salvajes.

Y entonces se le ocurrió de pronto que lo que decía estaba muy bien, y llamó a O-lan, que ahora que no había comida para cocinar ni combustible para encender el fuego permanecía echada en la cama día tras día.

–¡Ven, mujer; nos iremos hacia el Sur!

O-lan se levantó penosamente y llegando hasta la puerta se apoyó en el marco y dijo:

–Eso está bien. Por lo menos podremos morir andando.

La criatura que llevaba en el vientre colgaba de sus flacas ijadas como un fruto nudoso. Del rostro le había desaparecido hasta la última partícula de carne, y los huesos le sobresalían como rocas agudas.

–Pero espera hasta mañana –dijo O-lan–. De aquí a entonces ya habré dado a luz. Lo noto por los movimientos de la criatura.

–Mañana, pues –contestó Wang Lung.

Y entonces se fijó en el rostro de su mujer y se sintió movido por una compasión mucho mayor de la que hasta entonces había sentido hacia sí mismo. ¡Y este pobre ser estaba todavía dándole vida a otro!

–¡Cómo podrás andar, pobre criatura! exclamó Wang Lung. Y dirigiéndose a su vecino Ching, que todavía estaba apoyado contra el quicio de la puerta, le dijo–:

–Si te queda todavía algún alimento, en nombre de las almas buenas, dame algo con qué salvar la vida de la madre de mis hijos y olvidaré que te he visto en mi casa como un ladrón!

Ching le miró avergonzado y contestó humildemente:

–Nunca más he podido pensar en ti con tranquilidad desde aquel día. Fue ese perro, tu tío, quien me empujó, diciendo que tenías cosechas almacenadas. Por este cielo cruel que nos cobija te juro que no me queda más que un puñado de judías secas enterrado bajo la piedra de la entrada. Esto mi mujer y yo lo teníamos reservado para nuestro último momento, para poder, nosotros y nuestra hija, morir con un poquito de comida en el estómago. Pero algo te daré a ti. Mañana vete al Sur, si puedes. Yo me quedo. Soy más viejo que tú, no tengo hijos y no importa que viva o que me muera.

Ching se alejó y al cabo de un momento regresó trayendo atado en un pañuelo de algodón dos puñados de pequeñas judías encarnadas. Los chiquillos se levantaron a la vista de la comida. Incluso los ojos del viejo brillaron de codicia, pero Wang Lung los apartó a todos por primera vez y llevó el alimento a su esposa. Ella comió un poco, a la fuerza, grano por grano, pero sabía que su hora había llegado y que si no se alimentaba un poco, moriría en sus próximos dolores, falta de fuerzas para resistirlos.

Wang Lung conservó únicamente unas cuantas judías y éstas se las llevó a la boca y las mascó hasta convertirlas en una pasta. Luego, acercando los labios a los de su hija, hizo pasar a su boca la suave pulpa y, al observar que los pequeños labios se movían, se sintió alimentado.

Aquella noche, Wang Lung permaneció en el cuarto del centro. Los dos chicos estaban con el abuelo, y en el tercer cuarto O-lan daba a luz, sola. Wang Lung estaba sentado en aquella habitación como cuando nació su primer hijo. Todavía O-lan no le permitía estar a su lado en tales momentos, todavía daba a luz sin ayuda de nadie, agachándose sobre la vieja tina que guardaba para esas ocasiones, arrastrándose por el cuarto después para borrar toda huella de lo ocurrido.

Wang Lung escuchaba atentamente esperando el débil y agudo grito que conocía tan bien. Y esperaba presa de una honda desesperación. Fuese varón o hembra la criatura, le era ahora por completo indiferente. Significaba tan sólo una boca más que alimentar.

–Sería misericordioso que no respirase... –murmuró. Y se calló en seguida porque acababa de oír el débil vagido—. Pero no hay misericordia en estos tiempos –terminó amargamente.

No se oyó llorar más, y la casa quedó sumida en una quietud impenetrable. Bien es verdad que durante muchos días el silencio se había

adueñado del pueblo: el silencio de la inactividad y de la gente que esperaba, cada cual en su casa, la hora de la muerte. De pronto, Wang Lung no pudo soportarlo más. Tenía miedo. Se levantó y acercóse a la puerta de la habitación donde estaba O-lan, gritando:

—¿Estás bien?

Prestó oído atentamente. ¡Si se hubiera muerto, así, sola, mientras él permanecía sentado en el otro cuarto! Pero se oían ruidos ligeros en la habitación. O-lan se movía de un lado a otro. Al fin le oyó decir, con una voz tan débil que era como un suspiro:

—¡Entra!

Entró y la vio tendida en la cama, tan consumida que su cuerpo apenas tenía relieve bajo el cobertor. Y estaba sola.

—¿Dónde está la criatura? —preguntó Wang Lung.

Ella movió levemente una mano, con débil gesto, y Wang Lung vio que la criatura estaba en el suelo.

—¡Muerta! —exclamó.

—Muerta —murmuró O-lan.

Inclinándose, Wang Lung examinó el esmirriado cuerpecillo, un triste puñado de huesos y piel. Era una niña. Y estaba a punto de gritar: "¡Pero la he oído llorar... viva!", cuando se fijó en el rostro de la mujer. Tenía los ojos cerrados, el color ceniciento y los huesos prominentes bajo la piel... ¡Un pobre ser silencioso, rendido, llegado al límite de la extenuación! Y no encontró nada que decir. Al fin y al cabo, durante todos estos meses él no había tenido que cargar más que con su propio cuerpo. ¡Qué agonías no habría sufrido esta mujer, con una criatura hambrienta consumiéndole las entrañas, desesperada desde dentro en la defensa de su propia vida!

Wang Lung no dijo nada, pero cogió a la criatura muerta y la llevó a la otra habitación; luego buscó hasta encontrar un trozo de estera rota y la envolvió en ella. La redonda cabecita caía hacia un lado y hacia otro, y en el cuello Wang Lung descubrió dos marcas negras, pero hizo lo que tenía que hacer. Cuando hubo terminado cogió el rollo de estera y, yendo tan lejos de la casa como sus fuerzas se lo permitían, dejó su carga en el hueco de una vieja tumba. Esta tumba estaba entre otras muchas, en ruinas y abandonada, y se hallaba en la ladera de una colina, no lejos de uno de los campos de Wang Lung. Apenas éste había dejado su carga en el suelo, apareció tras él un perro famélico, tan famélico que aun cuando Wang Lung le tiró una pequeña piedra dándole con sordo resonar en uno de sus flacos costados, el animal no se movió apenas. Al fin, Wang Lung sintió que las piernas le flaqueaban y se alejó de allí cubriéndose la cara con las manos.

–Mejor ha sido así –murmuró para si mismo. Y por primera vez se sintió total y absolutamente presa de la desesperación.

A la mañana siguiente, al salir el sol en un cielo de esmalte azul, a Wang Lung le pareció un sueño el haber pensado en abandonar su casa con aquellas desvalidas criaturas, aquella mujer debilitada y aquel viejo. ¿Cómo podrían arrastrar sus cuerpos a través de una distancia de cien millas? ¿Y quién sabía si aun en el Sur habría qué comer? La unidad azul de este cielo implacable parecía eterna, y tal vez agotasen sus últimas fuerzas únicamente para ir a dar con más gente famélica y además extranjera. Mucho mejor sería quedarse donde pudieran morir en sus propios lechos.

Apoyado en el quicio de la puerta. Wang Lung dejaba correr sus pensamientos mientras contemplaba los campos secos y endurecidos de los que cuanto pudiera llamarse comida o combustibles había sido arrancado.

No tenía dinero. Hacía tiempo que su última moneda había partido. Pero ni aun el dinero tenía importancia ahora, porque no podía comprarse comida. Había oído decir que en la ciudad había hombres que acaparaban alimentos para ellos y para la gente rica, pero incluso esto carecía ya de fuerza para encolerizarle. Sentía hoy que le sería imposible andar hasta la ciudad, aunque hubieran de alimentarle gratuitamente. En realidad, no tenía hambre.

La extremada ansiedad de su estómago, que tanto le había hecho sufrir al principio, pasó al fin, y ahora podía tomar un poco de tierra de uno de sus campos y darla a los niños sin desearla él. De esta tierra, mezclada con agua, habían estado comiendo desde hacía unos días: tierra de misericordia la llamaban, porque tenía una ligera cualidad nutritiva, aunque a la larga era insuficiente para mantener una vida. Sin embargo, convertida en pasta, calmaba el hambre de los niños por algún tiempo, y siempre era algo con que llenar sus vientres distendidos y vacíos. Firmemente, Wang Lung renunciaba a tocar las pocas judías que O-lan todavía conservaba en la mano, y hallaba un vago consuelo oyéndoselas masticar, una por una, a grandes intervalos.

En aquel momento, mientras estaba sentado junto a su puerta. renunciando a toda esperanza y pensando con soñador placer en morir durmiendo sobre su cama, vio a unos hombres atravesar los campos y avanzar hacia él. Continuó sentado mientras estas gentes se acercaban y advirtió que uno de los hombres era su tío, acompañado de tres desconocidos.

–No te he visto desde hace muchos días –exclamó su tío con afectado buen humor.

Y según se acercaba, dijo con la misma voz hiriente:

–¡Qué bien te encuentro! Y tu padre, mi hermano mayor, ¿está bien?

Wang Lung miró a su tío. Estaba delgado, es cierto, pero no consumido, como debía estar. Y sintió que las últimas fuerzas que le restaban a su agotado organismo se concentraban y reunían en una cólera violenta contra este hombre, su tío.

–¡Habéis comido! ¡Habéis comido! –exclamó opacamente.

No pensó ni un instante en aquellos forasteros ni en las debidas leyes de cortesía. Sólo veía a su tío aún con carne sobre los huesos. El abrió los ojos con asombro y alzó las manos al cielo.

–¡Comido! –gritó–, ¡Si vierais mi casa! Ni un pájaro sabría encontrar una migaja en ella. ¿Te acuerdas de mi mujer? ¿Te acuerdas de lo gorda que estaba, de lo lucida y aceitosa que era su piel? Pues ahora parece un harapo colgado de una estaca. Está en los tristes huesos. Y de nuestros hijos, sólo quedan cuatro, los tres pequeños... ¡muertos, muertos! En cuanto a mi... ¡ya me ves!

Y cogiendo el extremo de una de sus mangas se limpió los ojos cuidadosamente.

–Habéis comido –repitió Wang Lung oscuramente.

–No he hecho otra cosa que pensar en ti; en ti y en tu padre, que es mi hermano. Y ahora voy a demostrártelo. Tan pronto como pude pedí prestado un poco de alimento a estos buenos hombres, prometiéndoles que con las fuerzas que me diera les ayudaría a comprar algunas de las tierras cercanas al pueblo. Y entonces pensé en tu buena tierra, en ti, el hijo de mi hermano. Estos hombres han venido a comprar tu tierra, a traerte dinero..., alimento... ¡vida!

Y el tío, habiendo dicho estas palabras, se echó hacia atrás y se cruzó de brazos, con un aleteo de sus ropas desastradas y sucias.

Wang Lung continuó sentado. Pero alzó la cabeza y miró a los hombres que habían venido. Eran gentes de la ciudad vestidas de seda, con las uñas largas y las manos suaves. Aparentaban haber comido y tener en las venas sangre que corría rápidamente. De pronto, Wang Lung sintió hacia ellos un odio inmenso. ¡Estos hombres de la ciudad, que habían comido, que habían bebido y que venían ante él, cuyos hijos famélicos comían la propia tierra de los campos! Aquí estaban, dispuestos a abusar de su desesperación y arrancarle la tierra. Los miró con una mirada muerta y dijo:

–No venderé mis terrenos.

El tío se adelantó rápidamente. En este instante, el menor de los dos hijos de Wang Lung arrastróse hasta la puerta gateando. Últimamente tenía tan pocas fuerzas que había vuelto a andar así, como cuando era

pequeñito.

—¿Ese es tu hijo? —exclamó el tío—. ¿Es ése aquel mocito gordezuelo al que di una moneda de cobre este verano?

Todos se pusieron a mirar a la criatura, y Wang Lung, que durante todo el tiempo había conservado su entereza, empezó a llorar silenciosamente. Los sollozos le hervían en la garganta, las lágrimas le resbalaban blandamente por las mejillas.

—¿Cual es vuestro precio? —preguntó al fin.

Había que alimentar a aquellas criaturas. A las criaturas y al viejo. Él y su mujer podían cavarse fosas en la tierra y echarse en ellas y dormir, pero tenían que pensar en los otros.

Entonces, uno de los hombres de la ciudad, que no tenía más que un ojo, y hundido en la cara, dijo untuosamente:

—Mi pobre amigo, en atención a ese chico famélico, te vamos a ofrecer mejor precio de lo que es posible en ocasiones como la presente. Te daremos... —hizo una pausa y dijo bruscamente—: te daremos cien piezas de cobre por acre.

Wang Lung comenzó a reír amargamente.

—¡Eso —exclamó— es tomar mi tierra por un regalo! ¡Yo pago veinte veces más cuando compro tierra!

—¡Ah, pero no cuando se compra a gentes que mueren de hambre! —dijo el otro hombre de la ciudad. Era un individuo pequeño y ligero, con una nariz alta y delgada, pero su voz brotaba insospechadamente voluminosa, basta y dura.

Wang Lung miró a los tres hombres. ¡Estaban bien seguros de él! ¿Qué no daría un hombre por salvar la vida de sus hijos y de su anciano padre? Pero la debilidad de su entrega se convirtió en una cólera como jamás había sentido en su vida. Y saltó hacia aquellos hombres como un perro saltaría hacia un enemigo.

—¡No venderé la tierra nunca! les gritó—. ¡Grumo a grumo la arrancaré de los campos y la daré a comer a mis hijos, y cuando mueran los enterraré en ella, y yo, y mi mujer, y mi padre, ¡hasta él!, moriremos sobre la tierra que nos ha dado la vida!

Estaba llorando violentamente y la cólera se le fundía con las lágrimas. Los hombres, con su tío entre ellos, permanecían allí, inmovibles. Esperaban que Wang Lung se calmase. Y entonces O-lan se acercó a la puerta y habló con una voz igual y calmada, como si estas escenas ocurrieran cada día:

—La tierra no la venderemos, naturalmente, pues cuando regresemos del Sur no tendríamos de qué vivir. Pero venderemos la mesa y las dos camas, con sus ropas, y los cuatro bancos y hasta el caldero de la coci-

na. Pero los enseres de labranza no los venderemos, ni la tierra. Había una serenidad en su voz que imponía más que la cólera de Wang Lung, y su tío preguntó inciertamente:

—¿Vais de veras hacia el Sur?

Al fin, el hombre de un solo ojo, después de murmurar algo a los otros, se volvió y dijo:

—Son cosas miserables y no sirven nada más que para combustible. Dos piezas de plata por todo y las cogéis o las dejáis. O—lan contestó tranquilamente:

—Es menos que el valor de una sola cama, pero si tenéis el dinero en la mano, dádmelo y llevaos las cosas.

El hombre de un solo ojo buscó en su cinturón, sacó el dinero y lo puso en la mano tendida de O—lan. Luego entró en la casa, con los otros, y se llevaron la mesa, los bancos, la cama del cuarto de Wang Lung con sus ropas, y el caldero que sacaron del horno de tierra en que estaba. Pero cuando entraron en la habitación del viejo, el tío de Wang Lung se quedó fuera. No quería que su hermano le viese ni presenciar el momento en que le sacarían de su cama y le pondrían en el suelo.

Cuando todo hubo terminado y la casa estuvo vacía, excepto los enseres de labranza, O—lan dijo a su marido:

—Vámonos ahora, mientras tenemos las dos piezas de plata y antes de que tengamos que vender las vigas de nuestra casa y no nos quede ni un agujero donde meternos cuando volvamos.

Y Wang Lung contestó pesadamente:

—Si, vámonos.

Pero miró hacia los campos, contemplando las pequeñas siluetas de los hombres que se alejaban, y murmuró una vez y otra:

—Por lo menos, tengo la tierra... tengo la tierra,...

X

No había nada más que hacer, sino cerrar bien la puerta y ajustar el pasador de hierro. Cuanta ropa tenían la llevaban encima. O—lan dio a cada niño una escudilla y dos pares de palillos y ellos lo cogieron todo con avidez y lo llevaban bien apretado en las manos como una promesa de los alimentos que habían de venir; así partieron a través de los campos, en una pequeña procesión, tan patética, que parecía que nunca alcanzaría, al tardo paso en que avanzaba, las murallas de la ciudad. Wang Lung llevaba en brazos a la niña, hasta que vio que el viejo se tambaleaba; entonces se la dio a O—lan y se cargó al anciano sobre las

espaldas.

Siguieron así, en absoluto silencio, hasta pasar frente a los dos diosecillos que nunca se enteraban de lo que ocurría, Wang Lung sudaba de debilidad a pesar del aire helado y cortante. Este aire no cesaba de soplar contra ellos, y los dos niños empezaron a llorar de frío. Pero Wang Lung los consoló diciendo:

—Sois dos hombres grandes y vais de viaje hacia el Sur, allí hace calor y hay comida todos los días; todos los días buen arroz blanco. Y podréis comer... y comer...

Al fin, descansando continuamente, parándose de trecho en trecho, llegaron a la puerta de la muralla. Y donde, en otros tiempos, Wang Lung hallara deleitosa sombra, encontró ahora una corriente helada, que pasaba por el túnel furiosamente, como un brazo de agua fría entre dos escollos. Los pies se le hundían en un barro espeso y el frío les punzaba como agujas de hielo; los dos chiquillos no podían andar y O-lan se tambaleaba con el peso de la niña y con el de su propio cuerpo. Wang Lung se adelantó vacilante, con el anciano a cuestas, le posó en el suelo y regresó a buscar a los chiquillos, pasándolos en hombros uno cada vez. Y cuando hubo concluido, el sudor se desprendía de su cuerpo como lluvia, robándole toda la fuerza, de manera que hubo de apoyarse contra la pared durante largo tiempo, con los ojos cerrados, respirando fatigosamente. En torno a él, su familia se agrupaba temblando.

Estaban ahora frente a la puerta de la casa grande, que se hallaba cerrada. Algunas formas miserables de hombres y mujeres se hacinaban en los escalones de entrada, y cuando Wang Lung pasó junto a ella, con su triste acompañamiento, oyó a alguien exclamar con voz rota:

—El corazón de esos ricos es duro como el corazón de los dioses. Todavía tienen arroz que comer y del que les sobra hacen vino, mientras nosotros nos morimos de hambre.

Y otro murmuró:

—Oh, si por un instante estas manos mías tuvieran fuerza, le pegaría fuego a esa casa aunque yo tuviera que arder con ella!

Pero Wang Lung no contestó nada a todo esto y siguió con su pequeña procesión hacia el Sur.

Cuando hubieron atravesado toda la ciudad, lo que hicieron tan lentamente que cuando salieron al lado sur era ya anochecido, se encontraron con una multitud que iba en la misma dirección que ellos. Wang Lung estaba empezando a pensar contra qué rincón de la pared se hacinarían para dormir él y su familia, cuando se vio envuelto en aquella muchedumbre y le preguntó a un hombre que le empujaba:

—¿Adónde va toda esta gente!

Y el hombre contestó:

—Somos una caravana de hambrientos y vamos a coger el vagón de fuego que se dirige al Sur. Sale de aquella casa; hay vagones, para gente como nosotros, por un precio menor que una pequeña pieza de plata.

¡Vagones de fuego! Wang Lung había oído hablar de ellos. En la casa de té, unos hombres habían hablado de estos vagones que iban encadenados unos a otros y que no eran conducidos por hombre ni animal, sino por una máquina que echaba fuego y agua como un dragón. Y a menudo se había dicho que algún día iría a verlos, pero entre unas cosas y otras los campos no dejaban tiempo libre. Además, existía siempre la desconfianza de lo que no se conoce. No está bien que un hombre sepa más de lo necesario para su existencia cotidiana.

Ahora, sin embargo, se volvió hacia la mujer y dijo dudosamente:

—¿Vámonos también nosotros en ese vagón de fuego?

Apartaron un poco a los niños y al anciano de la muchedumbre que avanzaba y se miraron unos a otros, ansiosos y asustados. Y en ese instante de respiro el anciano se dejó caer al suelo y los niños se tendieron en el polvo, indiferentes al peligro de ser pisoteados. O-lan llevaba a la pequeña, pero la cabecita le colgaba de tal modo sobre su brazo, y había en ella tal expresión de muerte, que Wang Lung, olvidándose de todo, gritó:

—¿Se ha muerto ya la pequeña esclava?

O-lan movió la cabeza.

—Todavía no. Aún respira. Pero morirá esta noche, y todos nosotros, si no...

Y como si no encontrara nada más que decir, miró a Wang Lung, alzando su rostro macilento y exhausto. Wang Lung no contestó, pero se dijo a sí mismo que otro día de camino como éste y morirían todos. Y con cuanto buen humor le fue posible simular, dijo a los suyos:

—Arriba, hijos míos, y ayuda al abuelo. Vamos a subir al vagón de fuego y marcharemos sentados hacia el Sur.

Nadie sabe si les hubiera sido posible moverse voluntariamente de no haber salido de la oscuridad un tronar imponente, como la voz de un dragón, y dos ojos que echaban fuego. Al oír y ver esto, todo el mundo se puso a gritar y a correr. Y arrastrados en la confusión del momento, Wang Lung y los suyos, empujados hacia aquí y hacia allá, pero siempre manteniéndose desesperadamente juntos, fueron llevados, en medio de la oscuridad y del escándalo de muchas voces aterradas, a través de una pequeña puerta y dentro de una habitación que parecía una caja. Y entonces aquella casa en la que se encontraban comenzó a mo-

verse. roncando espantosamente, y avanzó llevándoselos a todos en sus entrañas.

XI

Con sus dos piezas de plata, Wang Lung pagó cien millas de trayecto, y con las monedas que le devolvieron al darle el cambio compró a los vendedores que metían sus mercancías por las ventanillas del tren a cada parada cuatro panecillos y una escudilla de arroz tierno para la niña. Era más de lo que habían comido, de una sola vez, en muchos días, pero ahora, aunque consumidos por el hambre, habían perdido el deseo de comer, parecían no poder tragar, y sólo a fuerza de mimos consiguieron al fin que las dos criaturas comiesen el pan.

Pero el viejo chupaba el suyo insistentemente, con sus despobladas encías.

–Hay que comer –decía a cuantos se hallaban junto a él, mientras el vagón de fuego avanzaba meciéndose y resoplando–. Me importa poco que mi estúpido vientre se haya vuelto perezoso después de estos días de no hacer nada. Tiene que alimentarse. No quiero morir porque a él le dé la gana de no trabajar.

Y la gente se reía oyendo al anciano.

Pero Wang Lung no gastó en comida todas sus monedas de cobre. Guardó cuanto pudo para comprar esterillas con que hacerse un refugio cuando llegasen al Sur.

En el vagón de fuego había hombres y mujeres que ya estuvieron allá en otro tiempo; algunos iban cada año a las ciudades ricas, a trabajar o a mendigar. Y Wang Lung, cuando se hubo acostumbrado un poco a lo extraordinario del ambiente que le rodeaba y a la maravilla de ver el paisaje huir por los agujeros del vagón, prestó intensa atención a lo que decían estas gentes, que hablaban con la sabiduría de la experiencia.

–Primero tienes que comprar seis esterillas –dijo uno, un hombre cuyos labios ásperos colgaban como el belfo de un camello–. Valen dos piezas de cobre cada una, si eres listo y no te dejas engañar como un idiota de pueblo; en este caso te costarían tres, lo que es innecesario, como yo sé muy bien. A mi no me pueden burlar los hombres de la ciudad, aunque sean ricos.

Torció la cabeza y miró a los que le rodeaban en espera de admiración. Wang Lung escuchaba ansiosamente.

–¿Y después? –preguntó.

Estaba sentado en el fondo del vagón, que no era más que una estancia

de madera, sin nada en que uno pudiera sentarse y lleno de rendijas que dejaban pasar el aire y el polvo.

–Después –dijo el hombre con más suficiencia todavía, alzando la voz sobre el estrépito de las ruedas– hacéis con las esterillas una cabaña y salís a mendigar, después de haberos manchado bien con barro y basura para dar más lástima.

Pero Wang Lung no había pedido nada a nadie en su vida y le desagradaba tener que hacerlo ahora a estos forasteros del Sur.

–¿Hay que mendigar? –repitió.

–Naturalmente, pero no hasta que hayáis comido. Esa gente del Sur tiene tanto arroz que cada mañana uno puede ir a una cocina pública y comer por un penique tanto arroz como le quepa en la barriga. Entonces se puede mendigar confortablemente y comprar judías, coles y ajos.

Wang Lung se separó un poco de los demás, se volvió hacia la pared y en secreto se puso a contar los peniques que aún le quedaban en el cinturón. Tenía suficiente para las seis esterillas y para un penique de arroz para cada uno, y aún le sobraban tres peniques. Sintió cierto consuelo al pensar que con esto podrían empezar una nueva vida. Pero la idea de tener que mendigar continuaba atormentándole. Eso estaba bien para las criaturas y para el anciano, y aun para la mujer. Pero él tenía sus dos manos.

–¿No hay trabajo para las manos de un hombre? –preguntó de pronto al que había hablado antes.

–¡Si, trabajo! –dijo el otro con desprecio, y escupió en el suelo–. Puedes arrastrar a algún rico en un *rickshaw*¹ amarillo y sudar hasta tu propia sangre mientras corres y convertirte en un témpano de hielo mientras esperas. ¡Yo prefiero pedir limosna!

Soltó una maldición redonda, y Wang Lung no quiso hacerle más preguntas.

Pero de todos modos, de algo habían de servirle las informaciones recibidas, pues cuando el vagón de fuego llegó a su destino y los dejó en tierra extraña, Wang Lung tenía ya formado un pequeño plan. Dejó al anciano y a los niños junto a la pardusca pared de una casa, dijo a la mujer que tuviese cuidado de ellos y él partió a comprar las esterillas, preguntando de cuando en cuando por el camino de los mercados. Al principio apenas podía entender lo que le decían, tan rápida y aguda era la lengua de aquellas gentes del Sur. A menudo, cuando él hablaba y ellos no le entendían, se impacientaban tanto que Wang Lung apren-

¹ Cochecillo chino tirado por un hombre.

dió a observarlos atentamente y a dirigirse sólo hacia aquellos en cuyos rostros creía leer cierta bondad.

Pero al fin encontró la tienda de esteras, y puso sus peniques sobre el mostrador, como persona que sabe el precio de lo que compra.

Cuando llegó, con su rollo de esterillas bajo el brazo, al sitio donde le esperaba su familia, los chiquillos gritaron de alegría al verle, y Wang Lung comprendió que habían tenido miedo durante su ausencia, solos en aquel lugar extraño. Únicamente el anciano lo miraba todo con placer, y le dijo a Wang Lung:

—Fíjate qué gordas están estas gentes del Sur, y qué pálida y aceitosa tienen la piel. Seguramente que comen cerdo todos los días.

Pero nadie miraba a Wang Lung ni a los suyos. Los hombres iban y venían atareados, sin mirar nunca a los pordioseros. De vez en cuando pasaba una caravana de asnos cargados con cestos llenos de ladrillos para edificar casas y con sacos de grano que llevaban cruzados sobre los lomos. En el último asno de la caravana montaba el arriero: éste llevaba un látigo muy largo con el que hacía un ruido terrorífico cada vez que fustigaba los lomos de los animales, gritando al mismo tiempo. Y según pasaban frente a Wang Lung, los arrieros le echaban una mirada desdeñosa y altiva; ni un príncipe miraría con más desdén que estos arrieros vestidos toscamente con sus ropas de trabajo. Y todos parecían experimentar un especial placer, al ver la extraña apariencia de Wang Lung y su familia, en restallar el látigo ante ellos; el rápido y explosivo corte del aire les hacía saltar de susto, al ver lo cual los arrieros se morían de risa. Wang Lung se indignó al ocurrir esto dos o tres veces, y se separó de allí para ver dónde podía plantar su choza.

Había ya otras cabañas a lo largo de la pared que tenían a sus espaldas, pero todos ignoraban qué es lo que había al otro lado de la pared, contra cuya base se hacinaban las pequeñas barracas como pulgas en la espalda de un perro. Wang Lung observó las chozas y comenzó a construir la suya, pero las esterillas se negaban a adquirir la forma que él quería darles; comenzaba a desesperarse, cuando O-lan le dijo:

—Yo sé hacer eso. Lo aprendí en mi niñez.

Y dejando a la niña en el suelo cogió las esterillas y las estiró de un lado y de otro, hasta hacer con ellas una caseta dentro de la cual podía estar sentado un hombre sin tocar el techo con la cabeza. Los bordes de las esteras los sujetó al suelo con ladrillos que ordenó a los niños le trajeran. Cuando hubo concluido, todos entraron dentro de la choza y extendieron en el suelo una esterilla que O-lan había apartado y se sentaron en ella.

Así reunidos, mirándose unos a otros, les parecía imposible que el día

antes hubieran dejado su propia casa y su tierra y que ésta estuviera ahora a una distancia de cien millas. Tal distancia era lo suficientemente larga para que el salvarla a pie les hubiera costado semanas de camino, en el que algunos de ellos habrían muerto antes de llegar a la meta.

Entonces, la general sensación de abundancia que producía aquella rica tierra, donde nadie parecía tener hambre, les llenó de esperanza, y Wang Lung dijo:

–Salgamos y busquemos las cocinas públicas.

Se levantaron todos, casi con alegría, y salieron nuevamente. Y esta vez los dos niños iban tamborileando con los palillos en sus escudillas, porque pronto habría algo que poner en ellas.

No tardaron en saber por qué las chozas habían sido levantadas a lo largo de aquella pared, pues a una pequeña distancia, más allá de su extremo norte, había una calle y por aquella calle pasaba la gente llevando cubos, escudillas y vasijas de hojalata, todos vacíos. Estas gentes iban a las cocinas de los pobres, que estaban al final de la calle, no lejos de allí. De manera que Wang Lung y su familia se unieron a los otros y juntos llegaron a dos grandes edificios hechos de esteras. Todo el mundo se agrupó en el espacio que se abría ante ellos.

En la trasera de cada edificio había grandes cocinas de tierra, y en ellas unos calderos enormes en los que hervía el blanco arroz y de los que se escapaba un vapor fragante y apetitoso. Cuando la gente percibía este olorillo del arroz, el mejor de la tierra para ellos, se prensaban unos a otros en su impaciencia por avanzar, y las madres gritaban encolerizadas, temerosas de que sus hijos fuesen aplastados, y la criaturitas pequeñas rompían a llorar, y los hombres de los calderos vociferaban estentóreamente:

–¡Hay para todos! ¡Cada cual en su turno!

Pero nada podía detener a aquella masa de hombres y mujeres hambrientos y luchaban como fieras hasta haber comido. Wang Lung, arrastrado con ellos, no podía hacer otra cosa que agarrarse a su padre y a sus dos hijos, y cuando se encontró ante el enorme caldero, tendió su escudilla y, una vez llena, entregó el penique.

Luego, cuando se encontraron nuevamente en la calle, empezó a comer el arroz hasta sentirse satisfecho, y viendo que le quedaba un poco, dijo.

–Guardaré éste para la noche.

Pero un hombre que estaba cerca de él, y que debía de ser una especie de guardia de aquel lugar, pues llevaba un uniforme azul y rojo, le advirtió:

–No; sólo puedes llevarte lo que te quepa en la barriga. Y Wang Lung se asombró al oír esto y dijo:

–Buena, y si he pagado mi penique, ¿qué importa que me coma el arroz aquí o en casa?

Entonces el hombre se explicó así:

–Tenemos que hacer observar esta regla, porque hay hombres de corazón tan duro que vienen aquí, cogen este arroz que se destina a los pobres, pues por un penique no se podría comprar una cantidad así, se lo llevan a su casa y lo echan a los cerdos. Y el arroz es para los hombres y no para los cerdos.

Wang Lung escuchó esto estupefacto, y gritó:

–¿Pueden existir hombres así?

Y luego dijo:

–Pero ¿por qué se da esto a los pobres y quién lo da? El hombre del uniforme le contestó:

–Los ricos y la nobleza de la ciudad. Algunos lo hacen para contar con una buena obra en el futuro y hacer méritos para el cielo, y otros porque se hable bien de ellos.

–Sea por la razón que sea –repuso Wang Lung–, es una obra caritativa, y algunos la harán simplemente por buen corazón.

Y viendo que el hombre no le contestaba, añadió en defensa de su idea:

–Por lo menos habrá algunos de éstos, ¿verdad?

Pero el guardia se había cansado de hablar con él y, volviéndole la espalda, se alejó silbando una canción. Entonces los chiquillos rodearon a Wang Lung y éste condujo a su familia a la choza que habían construido y se echaron en el suelo, durmiendo hasta la mañana siguiente, pues era la primera vez desde el verano que habían comido verdaderamente, y el sueño les rendía después de haber saciado el hambre.

Al día siguiente se hacía preciso encontrar más dinero, pues habían gastado su último penique comprando el arroz para la mañana. Wang Lung miró a O-lan sin saber qué hacer. Pero no había en su mirada la desesperación que reflejaban sus ojos cuando la miraba allá, en su casa, ante los campos resecaos y desnudos; aquí, entre el ir y venir de gentes bien nutridas, con los mercados llenos de carne, verduras y pescado, era imposible que un hombre y sus hijos pudieran morir de hambre. Aquí no era como en su propia tierra, donde ni aun con dinero se podía conseguir comida, porque no la había. Y O-lan contestó con aplomo, como si ésta fuese la vida que siempre hubiera conocido:

–Yo puedo pedir limosna, y los niños, y también el anciano. Sus cabellos grises conmoverán a muchos que no me darían nada a mi.

Y llamó a los dos niños, que, con la curiosidad de las criaturas, habían

salido a la calle y lo miraban todo con asombro:

–Traed vuestras escudillas y cogedlas así y gritad así...

Y cogiendo su escudilla vacía la tendió en la mano, exclamando desoladamente:

–Tened compasión, buen señor..., tened compasión, buena señora... ¡Tened compasión! Una buena obra, por el cielo... Una monedita, la más pequeña, la que no queráis... ¡Alimentad a una criatura que se muere de hambre!

Los dos niños la contemplaban extrañados, lo mismo que Wang Lung, que se preguntaba dónde habría aprendido O-lan a pedir así. ¿Cuánto había en esta mujer que le era a el desconocido? O-lan contestó a su mirada diciendo:

–Así pedía cuando era niña, y así comía. En un año como éste me vendieron como esclava.

El anciano, que había estado durmiendo, se despertó entonces, y le dieron una escudilla y los cuatro salieron al camino a mendigar. La mujer empezó la primera a pedir, sacudiendo su escudilla ante todos los transeúntes. Se había metido a la pequeña en su seno desnudo y la criatura dormía, agitando lastimosamente la cabeza mientras su madre corría de un lado a otro tendiendo la escudilla. Mientras mendigaba señalaba a la niña y decía:

–Si no dais, buen señor, buena señora, esta criatura se muere. Nos morimos de hambre, nos morimos....

Y así lo parecía, en realidad, pues diríase que la niña estuviera ya muerta, y algunas gentes echaban de mala gana una monedita en la escudilla.

Pero los dos chicos empezaron a tomar aquello como un juego, y el anciano estaba avergonzado y sonreía estúpidamente mientras mendigaba. Entonces la madre arrastró a los dos chiquillos dentro de la choza y los abofeteó a más y mejor, riñéndoles furiosamente:

–¡Y habláis de morir de hambre, riendo al mismo tiempo! ¡Idiotas!

Y los abofeteó otra vez hasta que las manos le dolieron y hasta que los niños se pusieron a llorar desoladamente, con grandes lagrimones que les rodaban por las mejillas. Entonces les mandó otra vez a la calle, exclamando:

–¡Ahora estáis en condición de pedir! ¡Eso y más os daré si volvéis a reiros!

En cuanto a Wang Lung, vagó por las calles preguntando aquí y allá hasta que dio con un puesto donde se alquilaban *rickshaws*. Y entró, alquiló uno por media moneda de plata, que debía ser abonada a la noche, y salió de nuevo a la calle arrastrando el cochecillo tras él.

Se sentía cohibido y en ridículo y le parecía que todo el mundo se burlaba de él. Entre las dos varas del cochecillo se sentía tan torpe como un buey que es uncido por vez primera al arado; apenas sabía cómo caminar. Y, sin embargo, tenía que hacerlo para ganarse la vida, pues aquí y allá, por todas partes de esta ciudad corrían hombres arrastrando a otros en cochecillos. Wang Lung se fue a una calle lateral donde no había tiendas, sino domicilios privados. Casas silenciosas y cerradas, y empezó a andar arriba y abajo, tirando del rickshaw para acostumbrarse, y en el preciso momento en que se decía a sí mismo, desesperado, que le valdría más ir a pedir, se abrió una puerta y un hombre viejo, con lentes y ataviado como un profesor, le hizo seña.

Wang Lung comenzó a explicarle que era demasiado nuevo en el oficio para poder correr, pero el anciano era sordo y no se enteró de lo que Wang Lung le decía, y así se limitó a indicarle que bajase las varas del coche para poder subir. Wang Lung obedeció, no sabiendo qué hacer y sintiéndose obligado por la sordera y por la apariencia señorial del anciano. Este, una vez estuvo sentado, ordenó:

–Llévame al templo de Confucio.

Su calma y su superioridad no admitían réplica, y Wang Lung echó a andar hacia delante, como veía hacer a los otros, aunque no tenía la menor idea de dónde se hallaba el templo de Confucio.

Pero según avanzaba iba preguntando aquí y allá, y como las calles estaban llenas de vendedores que pasaban con sus cestos, de mujeres que iban al mercado, de coches tirados por caballos y de muchos otros vehículos como éste del que tiraba Wang Lung, la aglomeración hacía completamente imposible todo intento de correr, así es que se limitaba a andar con tanta ligereza como le era posible y consciente siempre del peso que iba tras él. A llevar cargas sobre los hombros estaba acostumbrado, pero no a arrastrarlas, y antes de que llegara a los muros del templo le dolían los brazos, y las manos se le habían llenado de ampollas, pues las varas del cochecillo rozaban partes que el azadón dejaba sin tocar. El viejo profesor bajó del vehículo cuando Wang Lung se detuvo, y, buscando en las profundidades de su bolso, sacó una monedita de plata y se la dio, diciendo:

–No tengo costumbre de pagar nunca más de esto. Es inútil protestar.

Wang Lung no había pensado en protestar, pues era la primera vez que veía una moneda como aquella e ignoraba cuántos peniques valía. Entró en una tienda de arroz cercana que era a la vez casa de cambio y le dieron por la monedita veintiséis peniques, maravillándose Wang Lung de la facilidad con que se ganaba el dinero en el Sur. Pero otro conductor de *rickshaw* que se hallaba junto a él se inclinó para verle contar el

dinero y le dijo:

–Sólo veintiséis. ¿Hasta dónde llevaste al viejo?

Y cuando Wang Lung se lo dijo, el hombre exclamó:

–¡Qué mal alma! Te ha dado solamente la mitad de lo que debía. ¿Qué precio fijaste antes de empezar la carrera?

–Ninguno –contestó Wang Lung–. El me hizo seña y yo fui. El otro le lanzó una mirada de lástima y exclamó, dirigiéndose a cuantos les rodeaban:

–¡Fijaos en este patán! Alguien le hace seña de que vaya, y el grandísimo tonto va sin fijar el precio. "¿Cuánto por la carrera?" Has de saber esto, idiota: que sólo a los hombres blancos se les puede tomar sin ajustar el precio, y cuando te dicen: "¡Ven!", puedes ir con toda confianza, porque son tan imbéciles que no saben el precio de nada y la plata les afluye de los bolsillos como agua.

Y la gente escuchaba y se reía.

Pero Wang Lung no dijo nada. Se sentía muy ignorante y humilde entre estas gentes ciudadanas, y cogiendo su vehículo se alejó de allí sin responder nada.

"No importa: con esto tengo para que coman mis hijos mañana", se dijo tercamente, y entonces se acordó de que tenía que pagar por la noche el alquiler del cochecillo y que con lo que había ganado no tenía ni con que abonar la mitad.

Tuvo otro pasajero durante la mañana y dos más durante la tarde, y con éstos si discutió hasta ponerse de acuerdo sobre el precio. Pero por la noche, cuando contó todo el dinero que tenía, encontrése con que una vez pagado el vehículo, le quedaba únicamente un penique para él. Con esto regresó a su choza, amargado hasta el fondo de su alma y diciéndose que después de un día de labor mucho más duro que un día de siega, sólo había ganado aquella miseria. Entonces, como un alud le pasaron por la memoria los recuerdos de su tierra. No había pensado en ella ni una vez durante todo aquel extraño día, mas al imaginarla ahora, lejana, pero suya y aguardándole, sentía que una calma y una dulzura infinitas le invadían.

Y así siguió andando y llegó a su choza.

Al entrar encontrése con que O-lan había reunido, con las limosnas del día, cuarenta piezas pequeñas, o sea menos de cinco peniques; y de los muchachos, el mayor había recogido ocho piezas, y el pequeño, trece. Reuniéndolo todo había con que comprar arroz por la mañana. Pero cuando quisieron juntar el dinero del niño menor al de los demás, el pequeño comenzó a chillar reclamando su propiedad. El amaba aquel dinero que había mendigado y que era suyo, y no hubo manera de qui-

társelo. Aquella noche durmió con el bien apretado en la mano y no lo soltó hasta la mañana siguiente, para pagar su propio arroz.

Pero al anciano no le habían dado nada. Todo el día permaneció sentado en la calle, obedientemente, pero sin mendigar. Se dormía, se despertaba y fijaba los ojos asombrados en los transeúntes, volviendo a dormirse cuando se cansaba. Y, como era de la vieja generación, no se le podía reprender.

Al ver que tenía vacías las manos dijo con simplicidad:

—He labrado la tierra, sembrado el grano y recogido la cosecha; y así he llenado de arroz mi escudilla. Y además he engendrado un hijo que ha engendrado hijos a su vez.

Confiaba así, como un niño, en que no le faltaría qué comer, puesto que tenía un hijo y nietos.

XII

Ahora, cuando la aguda punzada del hambre se hubo calmado, cuando Wang Lung vio que sus hijos comían cada día, que cada día se podía comprar arroz con el producto de su trabajo y las limosnas de O-lan, lo fantástico de aquella existencia comenzó a esfumarse y empezó a darse cuenta de lo que era aquella ciudad a cuyos muros se asía. Corriendo todo el día por las calles pudo llegar a conocerla en cierta manera y a descubrir aquí y allí parte de sus secretos. Supo que, por la mañana, las personas que llevaba en su cochecillo iban, si eran mujeres, al mercado, y si eran hombres, a las escuelas y las casas de negocios. Pero lo que no llegaba a descubrir era de qué clase de escuelas se trataba; sólo sabía que tenían nombres como "Gran escuela de estudios occidentales", o "Gran escuela de China", pues jamás traspasaba sus puertas, seguro de que, de haberlo hecho, alguien le hubiera preguntado en seguida por qué se metía donde no le llamaban y donde no le correspondía estar. En cuanto a las casas de negocios, ignoraba todo lo relativo a ellas, ya que sus pasajeros le pagaban sin darle explicaciones.

Y por las noches sabía que llevaba a los hombres a grandes casas de té y a lugares de placer, del placer abierto que sale a la calle en el sonido de la música y en el del juego (juego con piezas de marfil y bambú lanzadas contra mesas de madera), y del placer que permanece silencioso y secreto, escondido tras las paredes. Pero Wang Lung no conocía ninguno de estos placeres, ya que sus pies no traspasaban más umbral que el de su choza y su camino terminaba siempre ante una puerta. El vivía en aquella opulenta ciudad como puede vivir una rata en la casa

de un rico: de lo que se desecha y escondiéndose aquí y allá, sin jamás formar parte de la verdadera vida de la casa.

Así ocurría que, aunque cien millas no representan la misma distancia que mil, y un camino de tierra no va tan lejos como un camino de agua, Wang Lung y su mujer y sus hijos eran como extranjeros en esta ciudad del Sur. Ciertamente que las gentes que se veían por aquellas calles tenían idéntico cabello e idénticos ojos que Wang Lung y su familia, y que todos los que habían nacido en su país, y ciertamente que, si uno prestaba atención al lenguaje que hablaban estas gentes, se podía entender, aunque con dificultad.

Pero Anhwei no es Kiangsu. En Anhwei, donde Wang Lung había nacido, el idioma era lento y profundo y el sonido arrancaba de la garganta. Pero en esta ciudad de Kiangsu donde ahora vivían, la gente hablaba por medio de sílabas que saltaban de los labios y de la punta de la lengua. Y mientras los campos de Wang Lung producían lenta y cómodamente dos cosechas anuales de trigo, arroz y algo de maíz y ajos, en las heredades cercanas a la ciudad, los hombres estimulaban perpetuamente la tierra con apuestos abonos, forzándola a producir este y aquel vegetal además del arroz.

En el país de Wang Lung, cuando un hombre poseía un buen trozo de pan de trigo y un puñado de ajos, tenía una magnífica comida y no necesitaba más. Pero aquella gente se atracaba de carne de cerdo, y de retoños de bambú, y de castañas guisadas con pollo, y de asados de oca, y de verduras, de manera que cuando un honrado trabajador se acercaba oliendo a ajos arrugaban la nariz y gritaban: "¡Aquí está un norteño humoso y coletudo!" El olor a ajos les hubiera hecho subir los precios hasta a los tenderos que vendían tela de algodón azul, como los subirían para un extranjero..

Pero el pequeño pueblo que se hacinaba junto a las murallas nunca se convirtió en una parte integral de la ciudad o del campo que se extendía más lejos, y una vez, mientras Wang Lung oía a un joven que arengaba a un grupo de gente en una esquina del templo de Confucio, donde todo hombre que se sienta con coraje para hablar en público puede hacerlo, al oírle decir que China necesitaba una revolución y que debía levantarse contra el odiado extranjero, Wang Lung se escabulló alarmado, sintiéndose el extranjero contra quien aquel joven hablaba tan apasionadamente. Y cuando otro día oyó a otro joven perorar – porque esta ciudad estaba llena de jóvenes que peroraban– desde su rincón, y decir que China debía unirse y educarse modernamente, no se le ocurrió pensar que alguien estuviese hablando de él.

Solamente en cierta ocasión, cuando iba vagando un día por las calles del mercado de seda, en busca de un pasajero, pudo enterarse mejor, descubriendo que había otras gentes más extranjeras que él en aquella ciudad. Aquel día pasó ante una tienda de las que a veces salían señoras, compradoras de telas, entre las que a menudo encontraba clientes. De pronto surgió alguien de la tienda y le hizo seña, alguien como Wang Lung no había visto nunca hasta entonces. Ignoraba si era hembra o varón, pero era una criatura alta, que vestía una túnica negra y recta confeccionada con una tela áspera, y llevaba alrededor del cuello la piel de un animal muerto. En el instante en que él pasaba, esta persona, hombre o mujer, le indicó que bajase las varas del cochecillo: él obedeció, y cuando las alzó de nuevo, asombrado de lo que le había sucedido, la persona le ordenó, en mal chino, que la condujese a la calle de los Puentes. Wang Lung empezó a correr velozmente, casi sin saber lo que hacía, y al pasar junto a un compañero al que conocía casualmente, le gritó:

—Fíjate en esto... ¿Qué es esto que llevo?

Y el hombre le contestó:

—Una extranjera. Una hembra de América. Has hecho suerte...

Pero Wang Lung corría tan de prisa como le era posible, por miedo a la extraña criatura que iba tras él, y cuando llegó a la calle de los Puentes estaba exhausto y empapado en sudor.

La hembra descendió y dijo en su chino incorrecto:

—No había necesidad de correr tanto.

Y se marchó dejándole con dos piezas de plata en la mano que era el doble de lo que valía la carrera.

Entonces Wang Lung comprendió que aquella persona era realmente extranjera, y mucho más extranjera que él en aquella ciudad, y que al fin y al cabo, las gentes de pelo y ojos negros son de una raza, y las de pelo y ojos claros, de otra, sintiéndose, después de estas consideraciones, mucho menos extranjero en aquel lugar.

Cuando por la noche regresó a su choza, con la plata todavía sin tocar, le contó a O-lan lo sucedido. y ella dijo:

—Los he visto. Yo siempre les pido a ellos, pues son los únicos que echan plata en lugar de cobre dentro de mi escudilla.

Pero ni Wang Lung ni su mujer creían que los extranjeros obraban así por bondad de corazón, sino por ignorancia, por no saber que es más apropiado dar cobre a los mendigos que plata.

Sin embargo, gracias a esta experiencia, Wang Lung aprendió lo que los jóvenes arengadores no le habían enseñado: que él era uno de ellos, de su misma raza, de aquellos que tenían el cabello y los ojos negros.

Pegados así a los extremos de la vasta y opulenta ciudad, parecía que por lo menos la comida no podía faltarles. Wang Lung y su familia venían de un país donde si la gente se moría de hambre era porque faltaban alimentos pues la tierra no puede fructificar bajo un cielo implacable. Y tener plata en la mano servía de bien poco, ya que nada podía comprarse donde nada había, aquí, en esta ciudad se encontraban comestibles por doquiera. Las calles del mercado de pesca estaban invadidas por grandes cestas llenas de peces plateados, pescados la noche anterior en el río cercano, y de cubos atestados de pececillos lisos y brillantes cogidos con red en las aguas de un pequeño lago, y de montones de crustáceos amarillos, y de anguilas, para las fiestas de los ricos. En los mercados de grano había cestas de cereales de tal tamaño, que un hombre podía meterse en ellas y esconderse entre el grano sin ser descubierto por quien no le hubiera visto entrar; arroz blanco y arroz moreno, trigo de un amarillo oscuro y trigo como oro pálido, y judías amarillentas, encarnadas y verdes, y mijo color canario, y gris ajonjolí. En los mercados de carne, cerdos enteros colgaban enganchados por el cuello, abiertos de arriba abajo para mostrar la carne rosada, las capas de buena grasa y la piel gruesa y blanca. Y en las tiendas de volatería colgaban, hilera tras hilera, del techo y de las puertas, los patos que habían sido lentamente dorados sobre un fuego de carbón, y los patos crudos, blancos y salados, y las ristras de menudillos. Y lo mismo ocurría en las tiendas donde se vendían ocas, faisanes y toda clase de aves.

En cuanto a las verduras, se encontraba todo lo que la mano del hombre puede arrancarle a la tierra: rábanos blancos y rojos, huecas raíces de loto, verdes coles y apios, rizados brotes de judías, morenas castañas y fragantes berros. Cuanto el apetito del hombre pudiera desear, se hallaba en los mercados de aquella ciudad Y en sus calles, aquí y allá, encontrábase vendedores ambulantes de dulces, de frutas y nueces, de postres calientes hechos con batatas y fritos en aceites dulces, de pequeñas croquetas de cerdo cargadas de especias y envueltas en pasta, y de pasteles de azúcar elaborados con arroz glutinoso. Y los niños de la ciudad corrían al encuentro de estos vendedores con las manos llenas de peniques, y comían hasta que la piel les brillaba de azúcar y aceite.

Sí, parecía que nadie pudiese sufrir hambre en aquella ciudad. Y, sin embargo, cada mañana, un poco después del alba, Wang Lung y su familia salían de la choza, con sus escudillas y sus palillos, y formaban un pequeño grupo en una larga procesión de gentes que también salían de sus respectivas chozas, temblando dentro de sus ropas demasiado del-

gadas para la húmeda niebla del río, y se dirigían, inclinados bajo el helado azul del cierzo matinal, a las cocinas públicas, donde, por un penique, se podía comprar una escudilla de pasta de arroz.

Porque a pesar de lo que él ganaba corriendo y tirando de su rickshaw y O-lan mendigando, no llegaban a poder cocer el arroz diariamente en su propia choza. Si les sobraba un penique sobre lo que tenían que entregar en las cocinas públicas, compraban un poco de col. Pero la col les resultaba cara de cualquier modo, pues los dos muchachos tenían que ir a buscar combustible para cocerla entre los dos ladrillos que O-lan había convertido en horno, y este combustible tenían que cogerlo, a puñados y como podían, de los haces de junco y de hierba que los labradores llevaban al mercado. Algunas veces, los muchachos eran sorprendidos y abofeteados duramente, y una vez el mayorcito, que era más tímido que el pequeño, volvió a casa con un ojo hinchado por el sopapo de un labrador. Pero el menor se había vuelto más listo; era, en realidad, mucho más hábil robando que mendigando.

Para O-lan, esto no tenía importancia. Si los chicos no sabían mendigar sin jugar y reír, que robasen, pues, para llenar el estómago. Pero Wang Lung aunque no encontraba qué contestar a esto, sentía hervirle la sangre ante este latrocinio de sus hijos, y no reñía al mayor por su torpeza en las operaciones. Aquella vida a la sombra de los grandes muros no era la vida que Wang Lung amaba. Allá lejos le esperaba su tierra.

Una noche llegó tarde y encontró que en el guisado de col hervía un buen trozo de carne de cerdo. Era la primera vez que tenían carne para comer desde que mataron su propio buey, y los ojos de Wang Lung se dilataron de asombro.

Debes de haber pedido a un extranjero hoy –le dijo a O-lan, pero ella, según su costumbre, no contestó nada.

Entonces el chico menor, demasiado pequeño para callar a tiempo y lleno además de orgullo por su destreza, exclamó:

–¡Yo la cogí! Esa carne es mía. Cuando el carnicero se volvió, después de haberla cortado, me metí corriendo por debajo del brazo de una vieja que había ido a comprarla, la cogí y eché a correr con ella. y me escondí en una tinaja vacía que había junto a una puerta hasta que llegó mi hermano.

–¡No comeremos esta carne! –gritó Wang Lung enfurecido–. ¡No comeremos ninguna carne que no hayamos comprado o pedido! Seremos mendigos, pero no somos ladrones.

Y cogiendo el trozo de cerdo lo sacó de la olla con dos dedos y lo tiró al suelo sin hacer caso de los berridos del pequeño.

Entonces O-lan se adelantó estoicamente, recogió la carne, la lavó y la echó a la olla de nuevo.

–La carne es carne –dijo tranquilamente.

Wang Lung ya no dijo nada más, pero estaba furioso y asustado porque sus hijos se estaban convirtiendo en ladrones en aquella ciudad. Y aunque no protestó cuando O-lan desgarró la carne tierna con los palillos y dio grandes trozos al anciano, a los chicos, y hasta le llenó la boca a la niña y se reservó algo para si misma, él se negó rotundamente a tocarla, contentándose con la col que había comprado.

Pero después de la comida cogió al menor de sus hijos, se lo llevó a la calle, donde su madre no le pudiera oír, y agarrándole fuertemente con una mano, con la otra le dio de bofetadas hasta cansarse, sin hacer caso de los chillidos del muchacho.

–¡Toma, toma y toma! –le gritaba–. ¡Eso, por ladrón!

Cuando soltó al niño, que se fue a su casa gimoteando, se dijo para si: "Hemos de volver a la tierra."

XIII

Día tras día, bajo la opulencia de esta ciudad, Wang Lung vivía en sus cimientos de miseria, sobre los que la ciudad se levantaba. Con los comestibles rebosando de los mercados; con las calles donde se hallaban los almacenes de seda llenas de tiendas engalanadas de vistosos estandartes multicolores que anunciaban las mercancías: con tantos hombres ricos vestidos de satén y de terciopelo, cubiertos de seda y con la piel suave y las manos perfumadas y tiernas como flores de delicadeza y de ocio; con tanta cosa para esplendor y belleza de la ciudad, en aquella parte de la misma donde vivía Wang Lung no había comida suficiente para calmar un hambre salvaje ni la ropa necesaria para cubrirse los huesos.

Los hombres trabajaban todo el día haciendo pan y dulces destinados a las fiestas de los ricos; los niños se entregaban a una u otra labor desde el alba hasta la medianoche, y luego se echaban a dormir tal como estaban, sucios y grasientos, sobre ásperos camastros tendidos en el suelo, hasta que, al siguiente día, tambaleándose aún de cansancio, volvían a los hornos donde jamás se ganaba con que poder comprar uno de aquellos ricos panes que elaboraban para otros. Y hombres y mujeres trabajaban en el corte y la confección de gruesas pieles para el invierno, y de telas ligeras para el verano, y de espesos brocados de seda que se convertían en trajes suntuosos para aquellas gentes que se

surtían de comestibles en la profusión de los mercados, mientras ellos, los que los vestían, tenían que contentarse con un trozo de áspero algodón azul que recosían rápidamente para cubrir sus desnudeces.

Wang Lung, que vivía entre estas gentes ocupadas en el bienestar de los otros, oía a menudo cosas extrañas, de las que hacía poco caso. Cierto que los más viejos, hombres y mujeres, hablaban poco. Hombres de barba gris tiraban de las rickshaws, arrastraban carretones de carbón y leña hacia los hornos y los palacios, forzando sus espaldas hasta que los músculos estaban tirantes como cuerdas. Empujaban los pesados carretones de mercancías por las calles implacables, comían frugalmente su escaso condumio, dormían sus breves noches y callaban. Sus rostros eran, como el rostro de O-lan, inarticulados y mudos. Nadie sabía lo que pensaban. Si alguna vez hablaban era de comida o de peniques. La palabra plata se hallaba tan raramente en sus labios como este metal en sus manos.

Sus caras en reposo se hallaban crispadas como en un acceso de cólera, pero no era cólera: eran los años de esfuerzo y de tensión, cargando pesos superiores a sus fuerzas, que habían descubierto sus dientes en lo que parecía un gesto de amenaza y arado arrugas profundas en torno de sus ojos y de sus bocas. Ellos mismos no tenían idea de la clase de hombres que eran. Una vez se vio uno de ellos en el espejo de un carro de mudanzas que pasaba cargado de muebles, y gritó señalándose: "¡Qué hombre más feo!" Y cuando los otros se echaron a reír, sonrió dolorosamente, sin saber de qué se reían, y miró a un lado y otro rápidamente para ver si había ofendido a alguien.

En casa, dentro de los pequeños chamizos donde vivían amontonados, junto al de Wang Lung, las mujeres remendaban trapos para cubrir a las criaturas que daban a luz incesantemente, y robaban pedacitos de col de los huertos y puñados de arroz de los mercados y andaban todo el año por las colinas a la rebusca de hierbas. Durante las cosechas seguían a los segadores como una bandada de aves, con los ojos acera-dos y agudos puestos sobre el grano o el brote que cayera al suelo. Y por aquellos chamizos pasaban los hijos; los niños nacían, morían, nacían otros y volvían a morir hasta que ni el padre ni la madre sabían cuántos habían nacido y cuántos habían muerto, y casi ni cuántos vivían, pues pensaban en ellos únicamente como bocas que había que alimentar y no como criaturas.

Estos hombres, estas mujeres, éstos niños, entraban y salían de los mercados, de las tiendas de telas, y vagaban por el campo que rodeaba a la ciudad, los hombres trabajando en lo que podían por unos cuantos peniques, las mujeres y los niños mendigando y robando. Y entre esta

gente se hallaba Wang Lung, su mujer y sus hijos.

Los viejos aceptaban aquella vida, pero los hijos varones, llegados a esa edad en que la infancia se ha esfumado y la vejez está lejos, sentíanse descontentos. Hablaban entre sí estos jóvenes, y sus conversaciones estaban llenas de excitación y de cólera. Más tarde, cuando eran plenamente hombres y se casaban y veían amargamente su rápida multiplicación, la cólera disipada de su juventud cuajaba en una fiera desesperación y en una rebeldía demasiado profunda para expresarse en palabras, porque durante toda su vida veíanse forzados a trabajar más duramente que las bestias, y todo por un puñado de restos para llenar sus vientres. Oyendo una de estas conversaciones, Wang Lung se enteró un día, por primera vez, de lo que sucedía al otro lado del gran muro contra el que las hileras de chozas se adosaban.

Era al morir de uno de esos largos largos días de invierno que permiten creer en la vuelta de la primavera. Frente a las chozas, la tierra estaba todavía enlodada por la nieve fundida, y como el agua entraba en las viviendas, cada familia había tenido que procurarse ladrillos sobre los que poder dormir. A pesar de la incomodidad de la tierra mojada, notábase esta noche una suavidad que se respiraba en el aire, y esta suavidad había despertado en Wang Lung una extraordinaria agitación que le hizo salir a la calle después de cenar, pues se le hacía imposible dormir, como hubiera deseado.

Allí estaba su anciano padre, en cuclillas y apoyado contra la pared, con su tazón de comida en la mano, pues se la había llevado fuera para cenar tranquilamente, ya que los chiquillos llenaban la choza de clamores y ruidos. El anciano sostenía en una mano el extremo de una tira de tela que O-lan había desgarrado de su cinturón, y de esta tira sujetaba a la niña, que iba tambaleándose de un lado a otro. Así pasaba sus días el anciano: cuidando de esta criatura que ahora protestaba de tener que estar en brazos de su madre mientras pedía limosna. Además O-lan estaba otra vez encinta y la presión que hacía el peso de la niña sobre ella era demasiado dolorosa para que pudiera soportarla.

Wang Lung permaneció observando a la pequeña, que daba tumbos, se caía, se levantaba, se volvía a caer, y al anciano, que tiraba de los extremos de la cinta de tela. Y mientras los observaba sentía que la dulzura del aire nocturno despertaba en él una nostalgia infinita de sus campos.

—En un día así —dijo a su padre en voz alta— hay que trabajar los campos y cultivar el trigo.

—¡Ah! —dijo el anciano tranquilamente—. Ya sé lo que estás pensando. Cuatro veces en mi vida he tenido que hacer lo que hemos hecho este

año: abandonar los campos y saber que no quedaba en ellos simiente para otras cosechas.

–Pero siempre regresasteis, padre.

–Quedaba la tierra, hijo –contestó el viejo con simplicidad.

Bien; pues también ahora regresarían, si no este año, el próximo, se dijo Wang Lung. ¡Mientras quedase la tierra! Y el recuerdo de ella, que le esperaba enriquecida por las lluvias primaverales, llenaba su corazón de deseo. Entrando en la choza le dijo bruscamente a su mujer:

–Si tuviera algo que vender, lo vendería y regresaría a la tierra. O, si no fuese por el anciano, iríamos a pie, aunque nos muriésemos de hambre. ¿Pero cómo podrían él y la criatura pequeña andar cien millas? ¡Y tú con tu carga!

O–lan se hallaba lavando las escudillas de arroz, y después de apilarlas en un rincón de la choza, miró a Wang Lung y dijo:

–No tenemos nada que vender, excepto la niña.

Wang Lung se quedó atónito y gritó:

–¡Yo no venderé una criatura!

–A mí me vendieron –contestó O–lan muy despacio–. Me vendieron a una gran casa para que mis padres pudieran regresar a la de ellos.

–¿Y por eso venderías tú a la niña?

–Si no se tratase más que de mi, antes preferiría matarla que venderla... ¡La esclava de esclavas fui yo! Pero la muerte de una niña no produce nada. Sí, yo la vendería para que tú pudieses regresar a la tierra.

–Nunca –contestó Wang Lung rotundamente–. Nunca, aunque tuviera que pasar mi vida en este páramo.

Pero cuando volvió a salir, aquel pensamiento, que jamás hubiera venido a él espontáneamente, le tentó contra su voluntad. Miró a la niña, que se bamboleaba persistentemente al extremo de la tira que su abuelo sostenía. Había crecido bastante con la ayuda de la comida que se le daba diariamente, y aunque todavía no había hablado una palabra, estaba rolliza, como en realidad lo está cualquier niño por poco que se le cuide. Sus labios, que habían parecido los de una vieja, estaban ahora rojos, y, como antes, la niña se alegraba al ver a su padre y sonreía.

"Tal vez lo habría hecho –se dijo Wang Lung– si no la hubiera tenido contra mi pecho y no me hubiese sonreído así"

Y entonces pensó nuevamente en su tierra y exclamó arrebatadamente:

–¡No habré de verla nunca más! ¡Con tanto trabajar y tanto pedir, nunca tenemos más que lo justo para comer! Entonces, una voz le contestó en la oscuridad:

–No eres tú el único. Como tú hay miles en esta ciudad.

El hombre se acercó fumando una como pipa de bambú. Era el padre de una familia que vivía dos chozas más allá de la de Wang Lung. A la luz del sol se le veía raramente. Dormía de día, pues trabajaba toda la noche tirando de pesados carros de mercancías que eran demasiado grandes para circular por las calles en las horas de tráfico. Pero algunas veces Wang Lung le había visto regresar de madrugada jadeante y exhausto, con sus nudosos hombros abatidos. A veces, Wang Lung lo encontraba así al amanecer, cuando él se dirigía hacia su rickshaw, y en ocasiones el hombre salía al crepúsculo, antes del trabajo nocturno, y se mezclaba con los otros hombres que se disponían a ir a dormir a sus chamizos.

–Bueno, ¿y esto ha de durar siempre? –preguntó Wang Lung. El hombre dio tres chupadas a su pipa y escupió al suelo. Luego dijo:

–No, no siempre. Cuando los ricos son demasiado ricos hay recursos, y cuando los pobres son demasiado pobres hay recursos. El invierno pasado vendimos dos niñas y pudimos resistirlo; y este invierno, si la criatura que lleva mi mujer en el vientre es una niña, la venderemos también. No he conservado más que una esclava: la primera. Las otras es mejor venderlas que matarlas, aunque hay quien prefiere matarlas al nacer. Este es uno de los recursos cuando los pobres son demasiado pobres. Cuando las ricos son demasiado ricos hay otro recurso, y, si no me equivoco, no ha de pasar mucho tiempo sin que se acuda a él.

Movió la cabeza y señaló con la pipa la pared que se elevaba tras ellos, preguntando:

–¿Has visto lo que hay al otro lado de esa pared?

Wang Lung negó con la cabeza y abrió mucho los ojos. El hombre continuó:

–Llevé ahí a una de mis esclavas para venderla y vi muchas cosas. No me creerías si te contase cómo corre el dinero en esa casa. Te diré esto: incluso los criados comen con palillos de marfil y plata y hasta las esclavas llevan pendientes de jade y perlas; también se cosen perlas en los zapatos, y cuando éstos tienen un poquitín de barro o una rotura que ni tú ni yo la llamaríamos así, los tiran, con perlas y todo.

El hombre dio una fuerte chupada a su pipa. Wang Lung, con la boca abierta, le escuchaba. ¡Al otro lado de la pared ocurrían, pues, tales cosas!

–Hay recursos cuando los ricos son demasiado ricos –dijo de nuevo el hombre, y guardó silencio durante un rato.

Luego, como si no hubiera dicho nada, añadió indiferentemente:

–Bueno, al trabajo otra vez,

Pero Wang Lung no pudo dormir aquella noche pensando en la plata,

oro y perlas que se hallaban al otro lado de la pared contra la que su cuerpo descansaba vestido, con la ropa que llevaba día tras día, porque no tenía colcha con que cubrirse, y echado sobre unos ladrillos y una esterilla por todo lecho. Y de nuevo sintió la tentación de vender a la niña y se dijo:

"Quizá sería mejor venderla a una casa rica para que pudiese comer exquisiteces y llevar joyas si tiene la suerte de ser bonita y gustarle a un gran señor."

Pero, contra su voluntad, se contestó a sí mismo y pensó de nuevo:

"Bueno, y aunque la vendiese, no vale lo que pesa en oro y rubíes. Si nos diesen lo necesario para regresar a la tierra, ¿de dónde saldrá lo preciso para comprar un buey y la mesa, y camas y bancos nuevamente? ¿Voy a vender una criatura para que podamos morirnos de hambre allá en lugar de aquí? No tenemos ni simiente para sembrar los campos."

Y no lograba comprender a qué podía referirse aquel hombre cuando decía: "Hay un recurso cuando los ricos son demasiado ricos."

XIV

La primavera hervía en el pueblo de chozas. La turba de mendigos se dirigía ahora hacia las colinas y los campos en busca de hierbas, dientes de león y otras plantas de las que desplegaban débilmente sus hojas nuevas, y ya no era necesario robar vegetales aquí y allá. Una procesión de mujeres harapientas y de chiquillos salía de las chozas cada día y, con pedazos de hojalata, piedras afiladas o cuchillos gastados, con cestos de bambú trenzado o de juncos, al brazo, buscaban por los montes y los caminos aquellos alimentos que podían conseguir sin dinero y sin mendigar. Y cada día O-lan salía con aquella turba; O-lan y los dos muchachos.

Pero los hombres tenían que trabajar, y Wang Lung trabajaba como antes, por más que los días, cada vez más largos y templados, el sol y las lluvias rápidas, llenasen a todos de nostalgias y descontento. Durante el invierno habían trabajado y guardado silencio, soportando impasiblemente el hielo y la nieve bajo sus sandalias de paja, y regresando a sus chozas a comer silenciosamente lo que la labor del día y las limosnas habían producido, durmiéndose luego, abatidos, hombres, mujeres y niños juntos, para procurar a sus cuerpos el calor que la escasa comida no llegaba a darles. Así ocurría en la choza de Wang Lung, y bien sabía él que así era en las demás.

Pero al llegar la primavera, las palabras comenzaron a brotar de sus corazones y a hacerse oír en sus labios. Al anochecer, cuando el crepúsculo se consumía lentamente, se agrupaban en torno de las chozas y hablaban juntos, y Wang Lung conoció algunos hombres que habían vivido junto a él durante el invierno sin que los viese nunca. Si O-lan hubiera sido expansiva, le habría contado, por ejemplo, que este individuo apaleaba a su mujer, que aquel otro tenía una enfermedad leprosa que le comía las mejillas, que el de más allá era jefe de una banda de ladrones. Pero aparte las breves preguntas y respuestas, O-lan se callaba, así es que Wang Lung permanecía tímidamente al borde de este grupo y escuchaba.

La mayor parte de aquellos hombres no poseían otra cosa que el producto de un día de trabajo o de mendigar, y Wang Lung estaba siempre consciente de no ser, en realidad, uno de ellos. El tenía su tierra, y su tierra le aguardaba. Aquellos hombres pensaban en cómo podrían comer mañana un poco de pescado, o en cómo holgazanear un poco, o incluso en cómo podrían jugarse algo, un penique o dos, ya que sus días eran igualmente miserables y un hombre ha de jugar a veces, aunque esté desesperado.

Pero Wang Lung pensaba en sus tierras y meditaba, con el doliente corazón de la esperanza dilatada, sobre la manera de regresar a ella. El no pertenecía a esta escoria pegada a la muralla de una casa rica, ni tampoco pertenecía a la casa rica. El era de la tierra y no podía vivir con plenitud hasta que sintiese la tierra bajo sus pies, siguiera un arado en la primavera y llevase una hoz en la mano durante las siegas. Escuchaba, por lo tanto, un poco separado de los otros, porque oculto en su corazón llevaba el conocimiento de que poseía aquella tierra, la buena tierra de trigo de sus padres y la cinta de terreno arrocífero que había comprado a la casa grande.

Aquellos hombres hablaban siempre y continuamente de dinero. De cuantos peniques habían pagado por un metro de tela o por un pescado grande como el dedo de un hombre: de cuánto ganaban en un día, y siempre, como remate, de lo que harían si tuviesen el dinero que el hombre que estaba tras la muralla poseía en sus arcas. Cada día la conversación terminaba así:

–Si yo tuviera el oro que él tiene, y la plata que lleva en su cinturón, y si tuviese las perlas con que se adornan sus concubinas y los rubíes con que se engalana su esposa...

Y escuchando lo que harían ellos si tuvieran todas aquellas cosas, Wang Lung se enteraba solamente de cuánto comerían y dormirían, de cuántas exquisiteces se harían servir de las que nunca habían ni probado, y

cuánto jugarían en tal casa de té o en tal otra, y cuántas lindas mujeres se procurarían para su placer. Pero, sobre todo, ninguno de ellos trabajaría nunca más, y su ocio no sería igualado ni por el ocio del hombre que estaba tras la muralla.

Entonces Wang Lung gritó súbitamente:

—¡Si yo tuviese ese oro y esa plata y esas joyas, compraría tierra con ellas, buena tierra de la que sacaría ricas cosechas!

Al oír esto se volvieron todos hacia él uniendo su sarcasmo.

¡Aquí está este patán coletudo que no entiende una palabra de la vida ciudadana ni de lo que puede hacer con dinero! Él continuaría trabajando como un esclavo detrás de un buey o de un asno!

Y cada uno de ellos se sentía más digno de poseer riquezas que Wang Lung, porque sabían mejor cómo gastarlas.

Pero sus burlas no alteraron el ánimo de Wang Lung. Sólo consiguieron que se dijese a sí mismo, en lugar de a los otros: "así y todo, convertiría el oro y la plata y las joyas en tierra fértil".

Y pensando en ello, cada día sentía crecer la impaciencia por regresar a la tierra que ya poseía.

Dominado continuamente por este pensamiento, Wang Lung veía sólo como en sueños las cosas que en torno de él ocurrían diariamente en la ciudad. Aceptaba sin curiosidad cuanta anomalía ocurriese, teniéndola únicamente como un hecho. Por ejemplo, aquel papel que los hombres repartían aquí y allá y que en ocasiones le habían entregado a él mismo.

Ahora bien, Wang Lung no había aprendido nunca, ni en su juventud ni en ningún otro tiempo, el significado de las letras sobre el papel, y por lo tanto no podía descifrar aquellos signos negros estampados sobre bandas de papel pegadas en los muros de la ciudad y en las paredes. vendidos a puñados e incluso repartidos gratuitamente. Dos veces le habían dado a él estos papeles.

La primera vez se lo entregó un forastero de la raza de aquella que él llevara una vez en su rickshaw. Este hombre era alto y tan delgado como un árbol batido por vientos hostiles. Tenía los ojos de un azul de cielo y el rostro peludo, y cuando le entregó el papel, Wang Lung pudo ver que también eran peludas las manos de piel rojiza.

Tenía, además, una robusta nariz que se proyectaba más allá de sus mejillas como una proa se proyecta más allá de los costados de un buque, y Wang Lung, aunque asustado de tomar algo de su mano, lo estaba más de rehusarlo, viendo los ojos extraños de aquel hombre y su imponente nariz. Tomó, pues, lo que se le ofrecía, y cuando se sintió con valor de mirar lo que era, una vez que el forastero se hubo alejado,

vio sólo un papel con la imagen de un hombre de piel blanca colgado de una cruz de madera. El hombre no llevaba otro vestido que un trozo de tela en torno a sus ijadas, y, por las apariencias, debía de estar muerto, pues la cabeza le caía sobre un hombro y tenía los ojos cerrados sobre la barba. Wang Lung se quedó mirando esta imagen con horror y creciente interés. Iba acompañada de unas letras, pero él no podía descifrar sus negros trazos.

Por la noche se llevó la imagen a su casa y se la enseñó al anciano, pero como tampoco él sabía leer, estuvieron discutiendo su posible significado. Wang, el anciano y los dos muchachos, que gritaron con delicia y terror:

—¡Mirad cómo le mana la sangre de un costado!

Y el anciano dijo:

—Seguramente éste era un hombre muy malo para que lo colgaran así. Pero Wang Lung se sentía temeroso ante la imagen y se preguntaba por qué se la habría entregado el forastero y si se trataría de algún hermano suyo que había sido tratado así, por cuyo motivo los demás hermanos buscaban venganza. Evitó, pues, desde entonces la calle en donde hallase al forastero, y al cabo de unos cuantos días, cuando el papel había sido ya olvidado, O-lan lo cogió y lo cosió, con otros papeles que había ido recogiendo, en el interior de un zapato, para reforzar las suelas.

Pero la próxima vez que uno de estos papeles llegó a manos de Wang Lung, le fue entregado por un hombre de la ciudad, un joven bien vestido que hablaba muy alto según iba repartiendo las hojas entre los grupos de curiosos que se formaban en cuanto algo nuevo ocurría en la calle. Este papel llevaba también aquella imagen de muerte y de sangre, pero el hombre que moría aquí no era blanco y barbudo, sino un hombre como Wang Lung, un hombre vulgar, amarillo y menudo, con el pelo y los ojos negros y vestido de tela azul en harapos. Sobre el hombre muerto se veía a otro, grande y gordo, que apuñalaba al primero con un largo cuchillo. Era un cuadro doloroso, y Wang Lung lo contemplaba deseando poder comprender las letras al pie de aquella imagen. Volviéndose hacia un hombre que estaba junto a él le preguntó:

—¿Conoces tú las letras y podrías decirme lo que representa esa horrible cosa!

—¡Cállate y escucha al joven maestro! él lo explica a todos. Wang Lung, pues, se puso a escuchar y oyó cosas que jamás había oído:

—Ese hombre muerto es cada uno de vosotros proclamo el joven maestro, y el asesino que le apuñala representa a los ricos y a los capitalistas, que aun después de muertos os apuñalarían. Sois pobres y estáis

oprimidos y es porque los ricos lo acaparan todo.

Wang Lung sabía perfectamente que, hasta entonces, había acusado de su pobreza a un cielo inclemente que negaba la lluvia o que, habiéndola concedido, la prodigaba como si fuera un mal hábito. Cuando había sol y lluvia en proporción adecuada para que la simiente germinase en la tierra y la planta llevase grano, Wang Lung no se consideraba pobre. Por eso ahora escuchaba con atención, tratando de saber qué es lo que tenía que ver el hombre rico con que faltase la lluvia cuando se esperaba. Y al final, cuando el joven había hablado y hablado, sin aclarar este punto, Wang Lung se atrevió a preguntarle:

—Señor, ¿hay algún medio por el cual los ricos que nos oprimen pudiesen hacer llover, para que me fuese posible trabajar mi tierra?

Al oír esto, el joven se volvió hacia él con desprecio y contestó:

—¡Qué ignorante eres! Nadie puede provocar la lluvia, pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? Si los ricos dividiesen con nosotros lo que poseen, lloviese o no, nos tendría a todos sin cuidado, porque poseeríamos dinero y comida.

Un grito estentóreo se escapó del grupo de oyentes, pero Wang Lung se alejó descontento. Estaba muy bien aquello, pero había la tierra. El dinero y la comida se gastan y consumen y si no hay lluvia y sol en proporción, el hambre asoma de nuevo. Sin embargo, cogió los papeles que el joven le tendiera, porque recordó que a O-lan siempre le estaban haciendo falta papeles para las suelas de los zapatos, y cuando llegó a la choza se los entregó diciendo:

—Aquí hay material para las suelas.

Y trabajó como antes.

Pero entre los hombres de las chozas con quienes hablaba al anochecer se encontraban muchos que habían escuchado ávidamente las palabras del joven, con tanta mayor avidez cuanto que sabían que tras aquella muralla habitaba un hombre rico y parecía muy poca separación entre ellos y él, un muro de ladrillos que podía ser derribado con unos cuantos golpes de percha, aquellas gruesas perchas que ellos tenían para llevar diariamente las pesadas cargas sobre sus hombros.

Y al descontento de la primavera se unía ahora el que el joven orador y otros como él sembraban en el espíritu de los moradores de las chozas, la conciencia de la posesión injusta de cosas que ellos no tenían. Y como pensaban en estas cosas día tras día, discutiéndolas en grupos al anochecer, y sobre todo, como sus largas horas de labor no les producían nunca un aumento de jornal, en el corazón de los jóvenes y los fuertes se levantó una marea tan irresistible como la del río hinchado por las nieves invernales: la marea del deseo en su salvaje plenitud.

Pero Wang Lung, aunque veía esto y oía las conversaciones de los jóvenes y sentía su cólera con una inquietud extraña, no deseaba nada más que sentir su tierra bajo los pies nuevamente.

Ocurrió entonces que en aquella ciudad donde algo nuevo surgía continuamente a sus ojos, Wang Lung vio otra cosa que no supo comprender. Un día, mientras tiraba de su rickshaw vacío, en busca de cliente, vio a un hombre prendido por un pequeño grupo de soldados que agitaron cuchillos ante su rostro cuando el hombre protestó de aquella violencia. Y mientras Wang Lung contemplaba la escena con mudo estupor, otro hombre fue detenido, y otro y otro, y Wang Lung se percató de que todos los detenidos eran hombres del pueblo, trabajadores. Y mientras él miraba con los ojos dilatados de asombro, cogieron todavía a otro hombre, esta vez un vecino suyo que vivía en la choza inmediata a la suya.

Entonces, y en medio de su estupor, Wang Lung pensó que estos hombres estaban tan ignorantes como él mismo sobre la causa de su detención y que desconocían en absoluto por qué se los llevaban a viva fuerza. Rápidamente metió su rickshaw en una calle lateral, lo dejó allí y él se precipitó dentro de una tienda de agua caliente y se escondió agazapándose detrás de los grandes calderos hasta que los soldados hubieron pasado, no fueran a llevárselo a él también.

Entonces le preguntó al tendero lo que significaba la escena que había presenciado, y el hombre, que era viejo y que temblaba en medio del vapor que se elevaba continuamente de aquellos calderos que eran su negocio, repuso con indiferencia:

–No es más que otra guerra en alguna parte ¿Quién sabe el porqué de todas estas luchas? Pero así ha sido desde que yo era niño y así será después que me haya muerto, y bien que me consta.

–Bueno, ¿y por que han cogido a mi vecino, que es tan inocente como yo, que nunca ha oído hablar de esta nueva guerra. preguntó Wang Lung con gran consternación.

El viejo golpeo las tapas de sus calderos y contestó:

–Esos soldados van a alguna guerra y necesitan cargadores para llevar sus camas, sus municiones y sus cañones: por eso obligan a los trabajadores como tú a seguirles. ¿Pero de dónde eres tú? Lo que ha ocurrido no es nada nuevo en esta ciudad.

–Pero, entonces.... ¿entonces qué? –insistió Wang Lung ávidamente–. ¿Qué recompensa, qué sueldo...?

Ahora bien, el tendero era un hombre muy viejo y no tenía gran esperanza en nada ni gran interés en otra cosa que en sus calderos, y repuso descuidadamente:

–Sueldo no lo hay, y de comida sólo dos pedazos de pan seco al día y un sorbo de agua de algún estanque. Y cuando has llegado al punto de destino puedes volverte a casa si las piernas te llevan.

–Bueno, pero la familia... –dijo Wang Lung espantado.

–Bueno, ¿y qué les importa a ellos la familia? –exclamó el viejo desdeñosamente, levantando la tapa de uno de los calderos para ver si el agua hervía. Una nube de vapor le envolvió, y apenas se le podía ver el arrugado rostro inclinado sobre el caldero. Sin embargo, era bondadoso, pues cuando reapareció de entre la nube de vapor vio algo que Wang Lung no podía ver desde su escondite, esto es: que los soldados se acercaban, explorando las calles, de las que todo trabajador capaz había ahora huido.

–Agáchate otra vez –le dijo a Wang Lung–. Han vuelto soldados.

Y Wang Lung se agachó tras los calderos y los soldados pasaron con gran estrépito y se dirigieron hacia el Oeste. Cuando el ruido de sus botas de cuero hubo cesado, Wang Lung salió fuera y, cogiendo su rickshaw, corrió con él vacío hasta la choza; allí le contó a O-lan, quien acababa de regresar para cocer las hierbas que había cogido, lo que estaba sucediendo, explicándole trémulo y jadeante el riesgo que había corrido de ser apresado con los otros. Y mientras hablaba, aquel nuevo horror se presentaba vívido ante sus ojos: la posibilidad de ser arrastrado a los campos de batalla y que no sólo su anciano padre y su familia se murieran de hambre, sino que él mismo fuera asesinado y nunca más pudiera ver su tierra. Miró a O-lan ansiosamente y dijo:

–Ahora sí que de veras me siento tentado de vender la pequeña esclava y regresar al Norte, a la tierra.

Pero después de haberle escuchado, O-lan dijo con su simplicidad habitual:

–Espera unos días. Se dicen cosas extrañas.

Sin embargo, Wang Lung no volvió a salir a la luz del día, sino que envió al mayor de sus muchachos a devolver el rickshaw al sitio donde lo había alquilado, y él aguardaba en la choza que se hiciera de noche y entonces se presentaba en las casas de mercancías y, por la mitad de lo que antes ganaba, se dedicaba al trabajo nocturno de arrastrar grandes vagones cargados de cajas. De cada vagón tiraban doce hombres jadeantes y gimientes. Las cajas estaban llenas de sedas, de algodón, de tabaco fragante, tan fragante que su aroma se escapaba a través de la madera. Y había también grandes jarras de aceite y de vino.

Toda la noche, Wang Lung tiraba desesperadamente de las cuerdas a lo largo de las calles oscuras, con el cuerpo desnudo y empapado en sudor y los pies descalzos, que, lisos y mojados por la humedad de la noche,

resbalaban sobre las piedras. Delante de los hombres, y para mostrarles el camino, marchaba un chiquillo llevando una antorcha flameante, y a la luz de esta antorcha los cuerpos y los rostros de los hombres brillaban lo mismo que las húmedas piedras.

Wang Lung llegaba a su casa al amanecer, jadeante y tan roto por el esfuerzo que no podía comer hasta después de haber dormido. Pero durante el día, mientras los soldados exploraban las calles, él dormía sano y salvo en un rincón de su choza detrás de un montón de paja que O-lan había reunido para resguardarle.

Qué batallas se libraban y quién guerreaba contra quién, Wang Lung no lo sabía. Pero con el avance de la primavera la ciudad se llenó de miedo y de inquietud. Todos los días aparecían coches tirados por caballos que conducían a hombres ricos con sus ropas satinadas y sus bellas mujeres y sus joyas hasta la orilla del río, donde entraban en los barcos que los llevaban a otros lugares. Y otros iban a la casa adonde llegaban los vagones de fuego y partían en ellos. Wang Lung no transitaba nunca por las calles durante el día, pero sus hijos llegaban con los ojos muy abiertos y brillantes trayendo las noticias.

—Hemos visto a un hombre tan gordo y monstruoso como un dios del templo y llevaba el cuerpo cubierto con muchas varas de seda amarilla y en el pulgar una gran sortija de oro con una piedra verde como un trozo de vidrio. Y tenía la carne brillante de aceite y de comer mucho.

O el mayor contaba:

—Y hemos visto cajas y más cajas y, cuando preguntamos lo que había en ellas, un hombre nos dijo: "Están llenas de oro y de plata, pero los ricos no pueden llevarse todo lo que tienen y algún día será nuestro". ¿Qué quiso decir, padre mío?

Y el muchacho abría más los ojos y miraba a su padre.

Pero cuando Wang Lung contestaba brevemente: "¿Cómo he de saber lo que quiere decir uno de esos ociosos ciudadanos?", el muchacho replicaba con avidez:

—¡Oh, quisiera que pudiésemos ir ahora mismo y cogerlo, si es nuestro! Me gustaría probar un pastel. Nunca he probado uno de esos pasteles dulces, salpicados de ajonjolí.

El anciano despertaba de su ensoñación al oír esto y decía:

—Cuando había buena cosecha teníamos de esos pasteles, en las fiestas de otoño. Cuando el ajonjolí había sido trillado, y antes de venderlo, nos reservábamos un poco para hacer esos pasteles.

Y Wang Lung recordó los que O-lan había hecho una vez por Año Nuevo, pasteles de harina de arroz, manteca y azúcar, y la boca se le hacía agua y el corazón le dolía con la nostalgia del pasado.

–¡Si al menos estuviésemos en nuestra tierra! –murmuró.

Súbitamente le pareció entonces que no podría soportar ni un día más en esta choza miserable, tan estrecha que no le permitía ni tenderse cuan largo era tras el montón de paja; ni podría pasar otra noche con el cuerpo inclinado sobre una cuerda que le cortaba las carnes y tirando desesperadamente de la carga a lo largo de las calles empedradas.

Cada piedra se había convertido ahora en un enemigo personal, y aprendió a conocer cada carril por el cual podía evitar una piedra y economizar una onza de su vida. Incluso hubo horas en aquellas negras noches, especialmente cuando había llovido y las calles estaban mojadas, más mojadas que de ordinario, en que todo el odio de su corazón iba contra aquellas piedras que parecían agarrarse, colgarse de las ruedas de su inhumana carga.

–¡Ah, la bella tierra! –gritó de pronto, y empezó a sollozar de tal manera que los niños se asustaron y el anciano, mirando a su hijo consternado, inclinaba el rostro a un lado y a otro como hace una criatura cuando ve llorar a su madre.

Y de nuevo fue O–lan quien dijo con su voz llana y oscura:

–Espera un poco todavía y ocurrirán cosas. Se habla mucho ahora en todas partes.

Desde su choza, donde permanecía oculto, Wang Lung oía las pisadas de los soldados que se dirigían a la batalla. A veces levantaba un poco la esterilla que le separaba de ellos, miraba por el resquicio y veía aquellos pies pasar, pasar; los pies calzados con zapatos de cuero, las piernas cubiertas de tela, uno tras otro, par tras par, línea sobre línea, millar sobre millar. Por las noches, cuando trabajaba, veía sus rostros pasar junto a él, iluminados brevemente por la luz de la antorcha. No se atrevía a hacer pregunta alguna que le concerniese, pero tiraba de su carga con obstinación, comía su escudilla de arroz y dormía su sueño agitado en la choza, tras el montón de paja. En aquellos días nadie hablaba. La ciudad estaba sacudida de espanto y todos hacían rápidamente sus quehaceres, se iban a sus casas y cerraban la puerta.

En torno a las chozas ya no se oían al anochecer más conversaciones ociosas. En los mercados, los puestos de comida estaban vacíos. Las tiendas de seda retiraron sus alegres colgaduras y cerraron la fachada de sus grandes escaparates con gruesas tablas sólidamente ajustadas, de manera que si se pasaba por la ciudad al mediodía era como si la gente se hallase durmiendo.

Por todas partes se murmuraba que el enemigo iba acercándose, y todo el que poseía algo se hallaba atemorizado. Pero Wang Lung no tenía miedo, ni tampoco los moradores de las chozas. No sabían, primera-

mente, quién era este enemigo, y no tenían, por otro lado, nada que perder, ya que ni sus propias vidas significaban una gran pérdida. Si este enemigo se acercaba, que se acercase: nada para ellos podía ser peor que la situación presente. Pero cada cual iba a lo suyo y nunca hablaban unos con otros abiertamente.

Luego, los encargados de las casas de mercancías dijeron a los trabajadores que arrastraban las cajas de un lado a otro desde la orilla del río, que no necesitaban volver más, ya que actualmente no había nadie para comprar y vender en los mostradores, así es que Wang Lung permaneció día y noche en la choza sin hacer nada. Al principio se alegró, pues parecía que todo descanso era insuficiente a su cuerpo, y durmió pesadamente, como un hombre muerto. Pero si no trabajaba no podía ganar, y al cabo de unos cuantos días los peniques de reserva que poseían se habrían ido. Wang Lung se encontró de nuevo ante el desesperante problema de decidir qué debía hacer, y como si no hubieran caído sobre ellos suficientes calamidades, las cocinas públicas cerraron sus puertas, y los que por aquel medio habían provisto para los pobres, se metieron en sus casas y cerraron la puerta. Y no había comida, ni trabajo, ni nadie pasaba por las calles a quien se le pudiera pedir una limosna.

Entonces Wang Lung cogió a la niña en sus brazos y, sentándose con ella en la choza, la miró dulcemente y dijo:

–Pequeña tonta, ¿te gustaría ir a una casa grande donde hay que comer y que beber y donde te darían un abrigo entero para cubrirte el cuerpo?

La niña sonrió, sin entender lo que se le decía, y levantó la manita para tocar los ojos asombrados de su padre. Wang Lung no pudo soportarlo y le gritó a la mujer:

–Dime, ¿y te pegaban en aquella casa grande?

O–lan contestó sombríamente:

–Todos los días me pegaban.

Y él gritó de nuevo:

–¿Pero con un cinturón de tela o con un bambú o una cuerda? Y ella contestó con la misma voz muerta:

–Era con una correa de cuero que había servido de cabestro a una de las mulas. Estaba siempre colgada en la pared de la cocina.

Bien comprendía él que O–lan sabía lo que estaba pensando. Pero se acogió a una última esperanza y dijo:

–Esta niña nuestra es una linda doncellita. Dime, ¿les pegaban también a las esclavas bonitas?

Y O–lan contestó indiferentemente, como si le tuviera sin cuidado una

cosa u otra:

–Si, o las llevaban a la cama de un hombre, según les diera el capricho, y no a la de uno solo, sino que la entregaban a cualquiera que la deseaba aquella noche. Los jóvenes señores disputaban y reñían por una esclava o por otra y decían: "Bueno, si él esta noche, yo mañana, y cuando todos por igual estaban cansados de una esclava, los criados reñían y se disputaban por lo que los señores habían dejado: y todo esto antes de que la esclava hubiera salido de la niñez... si era bonita.

Entonces Wang Lung gimió apretando a la niña contra si. y dijo muchas veces suavemente:

–¡Oh pequeña tonta...! ¡Oh pobre tontita!

Pero para sus adentros estaba llorando como llora un hombre que se ve cogido en una inundación y no puede detenerse a pensar.

"No hay otro camino... No hay otro camino..."

De pronto se oyó un ruido como si los cielos se abriesen, y todo el mundo se echó instintivamente al suelo y se ocultó la cara, pues parecía como si este espantoso ruido fuera a aplastarlos a todos. Wang Lung cubrió con la mano el rostro de la niña, ignorando qué horror podía surgir de aquel estrépito, aparecer ante ellos, mientras el anciano le decía al oído: "Esto si que no lo había oído en todos mis años", y los dos muchachos chillaban de terror.

Pero cuando se hizo el silencio, tan rápidamente como había cesado, Olan dijo:

–Lo que había oído decir que ocurriría, acaba de ocurrir. El enemigo ha roto las puertas de la ciudad.

Y antes de que nadie pudiera responderle, un grito recorrió toda la ciudad, un aullido ascendente de voces humanas, débil al principio como el viento de una tormenta que se acerca, luego recogido en un hondo rugir que llenaba las calles.

Wang Lung estaba sentado muy erguido en el suelo de su choza, y un terror extraño circuló por su carne y lo sintió bullir en las raíces de sus cabellos. Todos estaban sentados como él y se miraron unos a otros esperando no sabían qué. Pero solamente se oía el alboroto de los grupos humanos que se iban formando y los gritos de cada hombre.

Luego oyeron al otro lado de la muralla y no lejos de ellas el ruido de una gran puerta que rechinaba y crujía sobre sus goznes al abrirse a la fuerza, y de pronto el hombre que en cierta ocasión había hablado con Wang Lung al anocheecer, mientras fumaba su corta pipa de bambú, metió la cabeza dentro de la choza y gritó:

–¿Y todavía estáis ahí sentados? ¡Ha llegado la hora! ¡Las puertas del hombre rico se han abierto para nosotros!

Y como por arte de magia, O-lan desapareció, escabulléndose bajo el brazo tendido del hombre, mientras éste hablaba.

Wang Lung se levantó, despacio y medio atontado, puso a la niña en el suelo y salió fuera. Ante la férrea verja de la casa del hombre rico se apretujaba una clamorosa multitud de gente del pueblo y avanzaba dando ese ronco aullido de tigre que se había alzado de las calles hinchándose y creciendo. Wang Lung comprendió que ante todas las puertas de todos los ricos se apretaba ahora un muchedumbre así de hombres y mujeres que habían estado hambrientos y oprimidos y ahora podían hacer, por el momento, lo que les viniese en gana. Las grandes puertas se habían abierto y la gente avanzaba en masa tan apretada que se movía como un solo cuerpo. Wang Lung se vio cogido en el torbellino de un grupo que llegaba queriéndose unir al grupo delantero, de manera que, deseándolo o no, se vio forzado a avanzar con él aunque él mismo no sabía hacia dónde se inclinaba su voluntad, tan atónito estaba por lo sucedido.

Así, fue arrastrado por la muchedumbre y atravesó la entrada de la casa con los pies tocándole apenas el suelo por la presión de aquella gente que rugía sin cesar como una bestia furiosa. Pasó habitación tras habitación, hasta llagar a los interiores, pero no vio a ninguno de los hombres y las mujeres que habían vivido en aquella casa. Diríase un palacio muerto a no ser por los lirios tempranos que florecían entre las rocas del jardín y por las flores primaverales con que los árboles vestían sus ramas. Pero en los cuartos había comida sobre las mesas y en las cocinas ardía el fuego. Aquella muchedumbre amaría bien las moradas de los ricos, pues pasó de largo por las primeras estancias, donde viven los sirvientes y los esclavos y donde se hallan las cocinas, y siguió hacia las estancias interiores, donde los señores y las damas tienen sus lechos fastuosos, sus áreas de laca negra, roja y dorada, sus cajas llenas de ropas de seda, las mesas y sillas labradas y las paredes adornadas con pintados papeles. Y sobre estos tesoros se lanzó la muchedumbre, cogiendo lo que podía, arrancándose unos a otros, abalanzándose sobre todo lo que aparecía al abrir una nueva caja o un nuevo gabinete, de manera que ropas, cortinas y platos pasaban de mano en mano, cada cual arrebatando a otro sus posesiones y nadie deteniéndose a contemplar las propias.

En aquella confusión, solamente Wang Lung no se apoderó de nada. Jamás había tocado lo que era de otro y tampoco ahora podía hacerlo. así es que se mantuvo pasivamente en mitad de aquel tumulto, zaran-deado de aquí para allá, y luego, cuando fue haciéndose dueño de sí mismo, empezó a empujar perseverantemente hacia fuera del grupo

hasta quedar a un extremo. Ahora podía ver dónde se hallaba. Encontrábase al fondo de una de las estancias interiores donde habitan las damas de los ricos; la puerta de atrás estaba abierta de par en par, una de aquellas puertas que durante siglos y siglos han tenido los ricos para sus fugas y que se llama puerta de la paz. A través de ella se habían indudablemente escapado aquel día los habitantes de la mansión, escondiéndose por las calles y prestando oído al griterío de la turba que asaltaba su casa. Pero, debido a su talla o a la pesadez de su sueño, un hombre no había podido huir y Wang Lung lo encontró en una habitación interior vacía en la que el populacho había entrado y vuelto a salir. Este hombre, que había estado escondido en algún lugar secreto, no fue descubierto, y ahora, creyéndose solo, había salido sigilosamente, dispuesto a escapar.

Era un individuo gordo y voluminoso, ni viejo ni joven, y había estado tendido desnudo en la cama, sin duda con una mujer bonita, pues su cuerpo desnudo asomaba a través de un ropaje de satén morado que ceñía en torno de sí. Los amarillentos rollos de sus carnes formaban dobleces sobre sus pechos y sobre su vientre, y en las montañas de sus mejillas los ojos aparecían pequeños y hundidos como los de un cerdo. Cuando vio a Wang Lung se puso a temblar de pies a cabeza, chillando como si estuvieran desollándolo, y Wang Lung, que no llevaba arma alguna, se le quedó mirando asombrado y con ganas de echarse a reír ante la escena. Pero el robusto individuo cayó ante él de rodillas y, dándose con la cabeza en las losetas del suelo, gritó:

—¡Salva una vida! ¡Salva una vida! ¡No me mates y te daré dinero, mucho dinero!

La palabra "dinero" proyectó al instante en la manta de Wang Lung una claridad penetrante. ¡Dinero! Si, él necesitaba dinero. Y de nuevo vio claramente y oyó como una voz que dijese: "Dinero... La niña salvada... ¡La tiene!"

Y gritó con una voz dura, como no creía que él pudiera tener: ¡Dame el dinero, pues!

El hombre se levantó del suelo y, buscando en el bolsillo del manto, sacó las manos chorreando oro. Wang Lung cogió el extremo de su túnica para recibirlo, y gritó de nuevo:

—¡Dame más!

Y otra vez las manos del hombre aparecieron llenas de oro y sólo dijo:

—Ahora ya no hay más y no me queda otra cosa que mi vida miserable. Empezó a llorar y las lágrimas le corrían como aceite por las colgantes mejillas.

Wang Lung, mirándole temblar y gemir, sintió de pronto que le aborre-

cía como no había aborrecido nada en este mundo, y le gritó estremeciéndose con toda la repugnancia que sentía hacia él:

—¡Fuera de mi vista si no quieres que te mate, gusano asqueroso!

Así le gritó Wang Lung, aunque era hombre tan tierno de corazón que no podía matar ni a un buey. Y el hombre echó a correr como un perro y desapareció.

Entonces Wang Lung se encontró solo con el oro. No se detuvo a contarlo, sino que se lo metió en el pecho y, saliendo por la puerta de la paz a las estrechas callejas sobre las que ésta se abría, se dirigió a la choza. Iba apretando contra su seno aquel oro que aún guardaba el calor del cuerpo de otro hombre, y se repetía una y otra vez:

"Regresamos a la tierra, ¡Mañana regresamos a la tierra!"

XV

Antes de que hubieran pasado muchos días, ya tenía Wang Lung la impresión de no haber salido nunca de su tierra. En realidad, espiritualmente al menos, no se había separado jamás de sus campos.

Con tres piezas de oro compró en el Sur buena simiente: grano de trigo, de arroz y de maíz, y, como alarde de lujo, semillas que nunca había plantado antes: lotos y apio para su estanque, y grandes rábanos encarnados de esos que, rellenos de cerdo, constituyen un plato exquisito en las festividades, y pequeñas judías rojas y fragantes.

Con cinco piezas de oro le compró un buey a un labrador que encontraron arando los campos, antes de llegar a su propia tierra. Wang Lung se detuvo al verle, y con él el anciano, los niños y la mujer, a pesar del ansia que todos sentían por llegar a su casa y a su tierra, y se quedaron mirando al buey. A Wang Lung le llamó la atención su cuello robusto y vigoroso y el empuje de su espalda contra el yugo de madera. Y le gritó al labrador:

—¡Ese buey no vale nada! ¿Por cuánto lo venderías en oro o plata? Estoy sin animal y como lo necesito tomaría cualquier cosa.

El labrador contestó:

—Antes vendería a mi mujer que a este buey, que no tiene más que tres años y está en todo su vigor.

Y continuó arando sin hacer más caso de Wang Lung. A éste le pareció entonces que de todos los bueyes del mundo era sólo aquél el que habría de ser suyo, y le dijo a O-lan y a su padre:

—¿Qué tal ese buey?

El anciano lo miró y dijo:

–Parece una bestia bien castrada. Y O–lan exclamó:

–Tiene un año más de lo que el hombre asegura.

Pero Wang Lung no repuso nada porque se había encaprichado de este buey que trabajaba el suelo vigorosamente y que tenía la piel lisa y amarilla y los ojos grandes y oscuros. Con este buey podría arar sus campos y cultivarlos, y luego, atándolo al molino, podría moler el grano. Y se dirigió al labrador y le dijo:

–Voy a darte dinero para que te compres otro buey y más. Pero ése ha de ser mío.

Al fin, tras mucho discutir y pelear y tras mucho fingir negativas e indiferencia, el labrador se avino a aceptar un precio que era la mitad más sobre el valor de un buey en aquellos lugares. Pero de pronto el oro no tenía valor para Wang Lung si contemplaba aquel animal, y se lo entregó al labrador, mirando cómo desuncía al buey y llevándose luego por una cuerda que le atravesaba la nariz. El corazón de Wang Lung ardía de orgullo con aquella posesión.

Cuando llegaron a la casa encontraron que la puerta debió ser arrancada, que el techo de paja había desaparecido y asimismo las azadas y los rastrillos que dejaron dentro de la vivienda, de manera que sólo quedaban las vigas desnudas y las paredes de tierra, éstas deterioradas por las nieves tardías y las lluvias de invierno y de principios de primavera. Pero, pasada la sorpresa, todo esto no era nada para Wang Lung. Se fue a la ciudad y compró un nuevo arado de madera dura, dos azadas, dos rastrillos y esteras para cubrir el techo hasta que tuviera paja de su cosecha con que poderlo bardar.

Entonces se detuvo, a la caída de la tarde, frente a su casa y extendió la mirada sobre la tierra, su propia tierra, suelta y fresca tras los hielos invernales y pronta a ser plantada. Era plena primavera y en el pantano las ranas cantaban soñolientamente. Los bambúes que crecían junto a una esquina de la casa se balanceaban lentamente al beso de una brisa de anochecido, y a través del crepúsculo veíase esfuminada la franja de árboles al borde del campo cercano. Eran melocotoneros en flor, matizados de un tinte delicadamente rosado, y sauces que asomaban sus tiernas hojas verdes. Y de la tierra inactiva y expectante se levantaba una niebla plateada como luz de luna que se abrazaba a los troncos de los árboles.

Al principio, y durante mucho tiempo, le parecía a Wang Lung que no deseaba ver a alma viviente, sino estar solo con su tierra. No iba a ninguna casa del pueblo, y cuando sus vecinos –los que habían sobrevivido al hambre invernal– venían a verle, se mostraba agrio con ellos.

–¿Quién de vosotros arrancó mi puerta? ¿Quién de vosotros tiene mi azada y mi rastrillo, y quién de vosotros ha quemado mi techo en su horno?

Así les gritaba al verlos, y ellos movían la cabeza inocentemente y uno decía: "Fue tu tío", y otro: "No, con bandidos y ladrones merodeando por los campos en estos tiempos de hambre y de guerra, ¿cómo puede decirse que éste o aquél robó tal cosa? El hambre hace un ladrón de cualquiera".

Entonces, Ching, su vecino, salió arrastrándose de su casa para ver a Wang Lung, y dijo:

–Durante el invierno, una banda de malhechores vivió en tu casa y pillaron en el pueblo y la ciudad cuanto les fue posible. Se dice que tu tío tuvo que ver con ellos más de lo que le conviene a un hombre honrado. Pero, ¿quién sabe la verdad de nada en estos días? Yo no me atrevería a acusar a nadie.

Ching no era ya más que una sombra, tan pegada a los huesos tenía la piel, tan gris se le había vuelto el cabello, a pesar de que no contaba aún cuarenta y cinco años. Wang Lung se le quedó mirando un rato, y luego, movido de compasión, exclamó:

–A ti te ha ido peor que a nosotros. ¿Qué es lo que has comido?

Y el hombre murmuró en un suspiro:

–¡Qué es lo que no he comido! Desperdicios de la calle, como los perros, cuando pedíamos limosna en la ciudad. Y hemos comido perros muertos, y, una vez, antes de que muriera, mi mujer preparó una sopa con una carne que no me atrevía a preguntar lo que era; pero sabía que no tenía el coraje de matar, y si comimos aquello fue, sin duda, porque lo encontró. Después murió, teniendo menos resistencia que yo para aguantar tanto, y, muerta ella, entregué mi hija a un soldado, porque no podía verla consumirse y morir también.

Hizo una pausa y, tras un rato de silencio, dijo:

–Si tuviera un poco de semilla podría plantar de nuevo, pero no tengo simiente.

–¡Ven aquí! –gritó Wang Lung ásperamente, y cogiéndolo por la mano lo arrastró dentro de la casa, le hizo alzar el extremo de su túnica andrajosa y vertió en ella buena simiente de la que había traído del Sur: trigo, arroz y coles. Y luego le dijo–: Mañana iré a labrar tu tierra con mi buey.

Entonces Ching se echó a llorar de pronto, y Wang Lung, secándose también los ojos, exclamó, como si estuviera enfadado:

–¿Crees que he olvidado aquel puñado de judías que me diste? Pero Ching no pudo contestar nada y se alejó llorando y llorando sin cesar.

Fue una alegría para Wang Lung encontrarse con que su tío no estaba ya en el pueblo; en realidad, nadie sabía dónde se hallaba. Algunos decían que se había trasladado a una ciudad, y otros, que había partido a lugares lejanos en compañía de su mujer y de su hijo. Pero de su casa no quedaba nadie en el pueblo. Las muchachas –y de esto Wang Lung se enteró con indignación– habían sido vendidas por lo que dieron por ellas, la más bonita primero; pero luego hasta la última, que era picada de viruelas, fue entregada por unos cuantos peniques a un soldado que se dirigía hacia el campo de batalla.

Entonces, Wang Lung se dedicó enteramente a la tierra, aprovechando hasta las horas que debía pasar en la casa para comer y dormir. Le gustaba llevarse su rollo de pan y ajos a los campos y comerlo allí, mientras pensaba y hacía proyectos: "Aquí sembraré las judías negritas y aquí pondré los lechos de arroz nuevo." Y si el cansancio le vencía durante el día, se echaba en un surco y allí, con el calor de su propia tierra contra su cuerpo, se dormía.

Y, en la casa, O-lan no permanecía ociosa. Con sus propias manos aseguró las esteras a las vigas; cogió tierra de los campos, la mezcló con agua y remendó las paredes de la casa; reconstruyó el horno y rellenó los agujeros que habían hecho las lluvias en el suelo.

Entonces fue un día a la ciudad con Wang Lung y, juntos, compraron camas, una mesa, seis bancos y un gran caldero; luego, por capricho, adquirieron una tetera de barro rojo con una flor negra dibujada en tinta y seis tazones que hacían juego. Por último, entraron en una tienda de incienso y compraron un dios de la abundancia, de papel, para colgarlo en la pared del cuarto central, sobre la mesa, y dos candeleros y una urna de incienso de peltre, y dos velas encarnadas para quemar ante el dios, dos gruesas velas de grasa de vaca con un junco fino en el centro que servía de mecha.

Volviendo a casa con estas compras, Wang Lung se acordó de los dos pequeños dioses del templo de la tierra y se detuvo a contemplarlos. Su aspecto era lamentable. La lluvia les había borrado las facciones y la arcilla de sus cuerpos asomaba desnuda entre los jirones de sus trajes de papel. Nadie les había hecho caso alguno durante aquel año terrible, y Wang Lung se los quedó mirando con horror y satisfacción, y dijo en voz alta, como se habla a un niño castigado:

–¡Esto les ocurre a los dioses que hacen daño a los hombres!

Sin embargo, cuando la casa fue nuevamente lo que había sido, cuando los candeleros de peltre brillaron a la luz rojiza de las velas, y la tetera y las tazas se hallaron sobre la mesa, y las camas en su sitio, equipadas de nuevo, y un trozo nuevo de papel pegado al agujero del dormi-

torio, y otra puerta colocada en su sitio sobre los goznes de madera, Wang Lung tuvo miedo de su felicidad. O-lan aumentaba con el peso de otra criatura; sus hijos jugueteaban como cachorros morenos a la entrada de la casa, y, apoyado contra la pared del Sur, su padre se sentaba y sonreía mientras dormitaba; en sus campos, el arroz tierno brotaba verde como el jade y más hermoso, y las judías nuevas alzaban del suelo sus testas encaperuzadas. Y, si comían con mesura, aún les quedaba oro suficiente para alimentarse hasta la cosecha. Mirando hacia el cielo azul y hacia las nubes blancas que lo atravesaban, sintiendo sobre sus campos labrados, como en su propia carne, el sol y la lluvia en justa proporción, Wang Lung murmuró involuntariamente:

—Tengo que poner un poco de incienso ante aquellos dos del pequeño templo. Al fin y al cabo, tienen poder sobre la tierra.

XVI

Una noche, cuando Wang Lung se hallaba acostado con su esposa, notó que ésta tenía algo del tamaño de un puño de hombre entre los senos, y le preguntó:

—¿Qué es esto que llevas encima?

Lo cogió y vio que era algo envuelto en un trozo de trapo, algo duro, aunque movable al tacto. O-lan se echó hacia atrás violentamente, pero luego, al ver que Wang Lung se disponía a tirar del bulto y arrancárselo, se sometió y dijo:

—Bueno, míralo si quieres.

Y rompiendo el cordel que lo sujetaba a su cuello, se lo entregó a Wang Lung.

Este desgarró el trozo de trapo y, de pronto, cayó en sus manos tal cantidad de joyas que se quedó estupefacto. Eran joyas como él no había nunca soñado, joyas rojas como la carne de la sandía, doradas como el trigo, verdes como las hojas tiernas de primavera, transparentes como el agua que brota de la tierra. Qué nombres tenían, Wang lo ignoraba, pues nunca había visto joyas en su vida ni oído cómo se llamaban, pero al apresarlas en su mano morena y dura comprendió, por el brillo y los destellos que despedían en la habitación medio a oscuras, que tenía en sus manos una fortuna. Y la agarraba inmóvil, ebrio de color y de forma, en silencio; y ni él ni la mujer apartaban de ella los ojos.

—¿Dónde...? ¿Dónde...?

Y O-lan murmuró suavemente:

—En la casa del hombre rico. Debió de ser el tesoro de alguna favorita.

Vi un ladrillo suelto en la pared y me escurrí hacia allí negligentemente para que nadie más se diera cuenta del hallazgo y exigiese una parte. Tiré del ladrillo, cogí lo que brillaba y me lo escondí en la manga.

–¿Pero como sabías...? –murmuro Wang Lung nuevamente lleno de admiración, y ella contesto sonriendo con aquella sonrisa que no subía nunca a sus ojos:

–¿Crees que yo no he vivido en una casa rica? Los ricos siempre tienen miedo. Un año los ladrones saltaron las tapias de la casa grande. Yo vi a las esclavas y a las concubinas, y hasta a la misma Anciana Señora. correr de aquí para allá: y cada una llevaba un tesoro que metía en algún escondite planeado de antemano. Por eso sabía el significado de un ladrillo desprendido.

Y otra vez se callaron, contemplando la maravilla de las piedras preciosas.

Al cabo de un rato, Wang Lung hizo una profunda aspiración y exclamó decididamente:

–No se debe conservar un tesoro así. Hay que venderlo invertirlo en algo seguro, en tierras pues nada más ofrece seguridad. Si esto llegara a saberse, nos matarían y un ladrón se llevaría las joyas. Tengo que convertirlas en tierra hoy mismo o no podría dormir esta noche.

Mientras hablaba, envolvió otra vez las joyas con el trozo de trapo, las ató fuertemente con el cordel y, al abrirse la túnica para esconderlas en el pecho, su mirada se fijó casualmente en el rostro de la mujer. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, y su faz hermética, en la que nunca se reflejaba nada, hallábase animada por un oscuro anhelo que expresaban sus labios entreabiertos y su rostro ansiosamente echado hacia delante.

–Bueno, ¿y que hay? –preguntó Wang Lung asombrado.

–¿Las vas a vender todas? –inquirió ella con un sordo murmullo.

–¿Y por qué no? –le contestó él atónito. ¿Qué íbamos a hacer con joyas como éstas en una casa de tierra?

–Me gustaría poder quedarme con dos para mi –dijo O-lan. con la desesperada ansiedad de quien no espera nada; y él se sintió conmovido como por el deseo de alguno de sus hijos de un juguete o de un dulce.

–¡Bueno, bueno! –exclamó estupefacto.

–Si pudiera quedarme con dos –continuó O-lan con banalidad– , sólo dos de las más pequeñas, aunque fueran las dos perlas chiquititas...

–¡Perlas! –repitió él boquiabierto.

–Las guardaría... No las usaría –repitió ella–, solamente las guardaría.

Y bajó los ojos y se puso a torcer un trozo del cobertor de la cama, donde se había soltado un hilo, y aguardó pacientemente. como quien

apenas espera una respuesta.

Entonces, Wang Lung, sin comprenderla, miró por un instante a esta opaca y fiel criatura que había trabajado toda su vida en tareas por las que no recibía compensación alguna y que, en la casa grande, había visto a otras mujeres adornadas con joyas que ella ni siquiera tocó jamás.

–Algunas veces las podría tener en la mano –añadió O–lan consigo misma.

Y Wang Lung se sintió enternecido por algo que no comprendía, y, sacándose las joyas del pecho, las desenvolvió y se las tendió a O–lan en silencio. Ella buscó entre los vivos colores, y su mano dura y morena daba vueltas delicadamente a las piedras, demorándose hasta que encontró las dos perlas blancas, que cogió, atando nuevamente las demás y devolviéndolas a Wang Lung. Entonces rasgó un trocito de tela de su túnica, envolvió en él las perlas y se las escondió entre los senos.

Pero Wang Lung la observaba estupefacto, comprendiendo sólo a medias, y más tarde, durante aquel día y en los días siguientes, se detenía a veces a mirarla, diciéndose para sus adentros:

“¡Bueno, bueno! Esta mujer mía supongo que aún llevará las dos perlas entre sus pechos...”

Pero nunca se las vio sacar ni la sorprendió contemplándolas, y la cuestión de las perlas no volvió a ser discutida.

En cuanto a las otras joyas, estuvo reflexionando sobre ellas y al fin decidió ir a la casa grande a ver si le vendían más tierra.

Se dirigió, pues, hacia allí, pero esta vez no encontró al guardián a la puerta, retorciéndose los largos pelos del lunar y despreciando a los que no podían pasar de largo ante él al entrar en la Casa de Hwang. La puerta se hallaba cerrada y Wang Lung golpeó contra ella con el puño una vez y otra, sin que nadie llegase a abrir. Unos hombres que pasaban por la calle le miraron y dijeron:

–Si, llama, llama.

–Si el Anciano Señor está despierto, tal vez venga ver quién hay, y si anda por ahí alguna perra esclava, tal vez abra. si le viene en gana.

Pero al fin Wang Lung oyó pasos, unos pasos lentos y errantes, que se detenían y avanzaban a intervalos; luego, el cauteloso tirar de la barra de hierro que aseguraba la puerta. el chirriar de esta y una voz cascada que inquiría:

–¿Quién es?

Entonces Wang Lung contestó muy alto, aunque estaba pasmado:

–¡Soy yo, Wang Lung!

La voz respondió con impertinencia:

—¿Y quien es ese maldito Wang Lung?

Wang Lung comprendió, por la calidad de la imprecación, que se trataba del Anciano Señor en persona, porque maldecía como uno acostumbrado a tratar con sirvientes y esclavas. Así, pues, repuso con más humildad que antes:

—Dueño y señor, no he venido para molestaros, sino para tratar de un pequeño negocio con el agente que sirve a vuestra señoría.

Entonces, el Anciano Señor contestó, sin abrir más la rendija por la que asomaba los labios:

—Ese perro maldito me dejó hace muchos meses. Ya no está aquí.

Después de esta respuesta, Wang Lung se quedó sin saber que hacer. Era imposible hablar de la compra de tierra directamente con el Anciano Señor, sin mediador alguno, y, sin embargo, las joyas colgaban en su pecho, ardientes como fuego, y quería verse libre de ellas y, más aún, quería la buena tierra de la Casa de Hwang.

—Vine por cuestión de dinero —exclamó, dudando.

Inmediatamente, el Anciano Señor cerró la puerta.

—No hay dinero en esta casa —dijo en voz más alta de la que usara hasta entonces—. Aquel ladrón de agente (y maldita sea por él su madre y la madre de su madre) se llevó todo lo mío. Ninguna deuda puede ser pagada.

—No... no, exclamó Wang Lung precipitadamente. Yo he venido a pagar, no a que se me pague.

Entonces, una voz que Wang Lung no había oído todavía dio un grito agudo, y una mujer sacó la cabeza por la puerta.

—¡Eso es una cosa que no he oído desde hace tiempo! —chilló la mujer, y Wang Lung hallose frente, a un rostro sagaz y vivamente coloreado que le clavaba los ojos . ¡Entra!

Abrió la puerta lo suficiente para permitir el paso a Wang Lung y, mientras éste permanecía atónito en el patio, la cerró tras él, asegurándola firmemente con la barra.

El Anciano Señor tosía y miraba con asombro. Iba envuelto en una túnica de satén gris, de la que pendía un colgajo de piel cubierta de manchas. Primitivamente había sido un lujoso vestido, lo que aun podía verse por el espesor y la suavidad del satén, aun cuando estuviese manchado y sucio y lleno de arrugas como si le hubiese utilizado como prenda de dormir. Wang Lung se quedó mirando al Anciano Señor con cierto miedo, pues toda su vida había temido un poco a la gente de la casa grande: y le parecía imposible que el Anciano Señor, de quien tanto había oído hablar, fuese esta vieja figurilla, no más temible que su propio padre y en realidad menos aún que él, pues su padre era un vie-

jo pulcro y sonriente, y el Anciano Señor, que había sido grueso, era ahora flaco y la piel le colgaba en pliegues sucios. Iba sin afeitarse, y su mano amarillenta le temblaba al pasarla por la barbilla y al tirar de sus labios decaídos y flácidos.

La mujer parecía bastante pulcra. Tenía un rostro duro y agudo, hermoso, pero de una hermosura de ave de rapiña, debida tal vez a su nariz aguileña, a sus ojos acerados, negros y brillantes, y a su piel pálida y demasiado tirante sobre los huesos. Sus labios y sus mejillas eran rojos y duros; su negro cabello, liso y brillante como un espejo; pero por su manera de hablar se descubría que no era de la familia del señor, sino una esclava, de voz aguda y lengua mordaz. Y aparte estos dos, la mujer y el Anciano Señor, nadie más se veía en el patio donde antes hombres, mujeres y niños iban y venían ocupados en los múltiples quehaceres que requería el cuidado de la gran casa.

—Ahora, a lo del dinero —dijo la mujer con viveza.

Pero Wang Lung vacilaba. No le era posible hablar delante del Anciano Señor. La mujer se percató de esto, como se percataba de todo, antes de que se expresase con palabras, y volviéndose hacia el viejo le dijo con voz penetrante:

—¡Ahora, fuera de aquí!

Y, sin responder nada, él partió en silencio, tosiendo mientras se alejaba, con sus viejos zapatos de terciopelo batiéndole los talones.

Al quedarse solo con la mujer, Wang Lung no supo qué hacer ni qué decir. Se hallaba estupefacto por el silencio que reinaba en la casa. Miró hacia el otro patio y allí tampoco vio a persona alguna, sino montones de desperdicios y basuras, paja, ramas de bambú, agujas de pino desperdigadas y tallos de flores muertas, como si durante mucho tiempo nadie hubiera cogido una escoba para barrerlas.

—; Bueno, cabeza dura! —exclamó la mujer con excesiva acritud, y Wang Lung saltó al oír la voz, tan inesperada era su penetración—. ¿De qué se trata? Si traes dinero, déjame verlo.

—No —repuso Wang Lung con cautela—, yo no dije que traía dinero, sino un negocio...

—Un negocio significa dinero —contestó la mujer—; dinero que entra o dinero que sale, y de esta casa no puede salir dinero alguno.

—Bueno, pero yo no puedo hablar con una mujer objetó Wang Lung mansamente.

No sabía qué pensar de la situación en que se hallaba y todavía miraba en derredor con asombro.

—¿Y por qué no? —inquirió la mujer con ira, y de pronto le gritó a Wang Lung—: ¿No has oído, imbécil, que no hay nadie aquí?

Wang Lung se la quedó mirando, dudando todavía, y la mujer le gritó de nuevo:

–Yo y el Anciano Señor... ¡No hay nadie más!

–¿Dónde, entonces? –preguntó Wang Lung, demasiado atónito para dar sentido a sus palabras.

–La Anciana Señora ha muerto –replicó la mujer–. ¿No te has enterado en la ciudad de que los bandidos asaltaron la casa y se llevaron lo que quisieron en bienes y en esclavas? Y colgaron al Anciano Señor por los pulgares y lo apalearon, y ataron a la Anciana Señora a una silla y la amordazaron, y todo el mundo huyó. Pero yo me quedé. Me escondí en un estanque medio lleno de agua, bajo una tapa de madera. Y cuando salí, todos se habían marchado y la Anciana Señora estaba muerta en su silla, no porque le hubieran hecho algo, sino de espanto. A fuerza de fumar opio, su cuerpo no pudo soportar el susto.

–¿Y los sirvientes? ¿Y las esclavas? –murmuró Wang Lung–. ¿Y el guardián?

–Oh, éstos –contestó ella negligentemente– ya se habían ido mucho antes. Todos los que tenían piernas para huir se fueron marchando, pues a mediados del invierno ya no había comida ni dinero. En realidad –y su voz se hizo un murmullo–, había muchos de los criados entre los bandidos. Yo misma vi a aquel perro de guardián de guía; y aunque volvió la cabeza en presencia del Anciano Señor, reconocí los tres pelos de su lunar. Y, además, había otros de la casa, pues ¿quién, sino los que la conocían bien, podían saber en qué lugar secreto se guardaban las joyas y el escondite de los tesoros, de las cosas que no eran para vender? No creería ajeno a ello al mismo agente, aunque él consideraría impropio de su dignidad aparecer públicamente en el asunto, pues es un pariente lejano de la familia.

La mujer se calló, y el silencio de la mansión pesó en el aire como pesa el silencio después que la vida se ha apagado. Luego la mujer continuó:

–Pero todo eso no ocurrió de pronto. Durante toda la vida del Anciano Señor y de su padre, el desmoronamiento de esta casa se ha venido preparando. En la última generación, los señores cesaron de ver la tierra, cogían el dinero que les entregaban los agentes y lo gastaban como agua. Y en estas generaciones la fuerza de la tierra ha huido de ellos y, pedazo a pedazo, también la tierra ha empezado a huir.

–¿Dónde están los jóvenes señores? –inquirió Wang Lung, todavía mirando en torno de él, tan increíbles le parecían estas cosas.

–Aquí y allá –contestó la mujer con indiferencia–. Fue una suerte que las dos muchachas se casaran antes de que ocurriese lo que ha ocurrido. El mayor de los jóvenes señores, al enterarse de lo que les había

pasado a sus padres, envió a un mensajero para que se llevase al Anciano Señor, su padre, pero yo persuadí al viejo de que no se marchara. "¿Quién se quedará en la mansión?", le dije. "Es impropio que me quede yo, que soy sólo una mujer."

Frunció virtuosamente los labios rojos y delgados al pronunciar estas palabras, y bajó sus ojos insolentes, continuando tras una breve pausa: Además, yo he sido la esclava leal de mi señor durante estos últimos años y no tengo ninguna otra casa.

Wang Lung la miró entonces fijamente y apartó en seguida la vista de ella. Empezaba a darse cuenta de lo que era aquello: una mujer que se asía a un hombre viejo y moribundo por lo último que pudiese sacar de él. Y le dijo con desprecio:

—No siendo, pues, más que una esclava, ¿cómo he de tratar el negocio contigo?

Al oír lo cual la mujer exclamó:

—¡El hará todo lo que yo le diga!

Wang Lung meditó esta respuesta. Bueno, y ahí estaba la tierra. Si él no la compraba, otros la comprarían por medio de esta mujer.

—¿Cuánta tierra queda? —le pregunto involuntariamente, y ella vio en seguida cuál era su intención.

—Si has venido a comprar tierra dijo rápidamente, hay tierra que comprar. Posee cien acres al Oeste y doscientos al Sur que estaría dispuesto a vender. No es todo un solo pedazo, pero las parcelas son grandes. Pueden ser vendidas hasta el último acre.

Dijo esto tan prontamente que Wang Lung se dio cuenta de que sabía cuánto le quedaba al viejo, hasta el último pie de tierra. Pero todavía se sentía incrédulo y reacio a entablar el negocio con ella.

—No es probable que el Anciano Señor pueda vender toda la tierra de su familia sin la conformidad de sus hijos —objetó Wang Lung.

Pero la mujer le salió al paso ávidamente:

—En cuanto a eso, los hijos siempre le han dicho que vendiera lo que pudiese. La tierra se halla donde ninguno de los hijos quiere vivir; el país está plagado de bandidos en estos tiempos de hambre, y todos han dicho: "No podemos vivir en un sitio así. Mejor es vender y repartirnos el dinero

—Pero, ¿en la mano de quién he de dejar el dinero? —preguntó Wang Lung, dudando todavía.

—En la del Anciano Señor. ¿En cuál ha de ser? —replicó la mujer con suavidad.

Pero Wang Lung sabía que la mano del Anciano Señor se abría en la de ella. Por lo tanto, no hablaría más con la mujer. Y se dio vuelta dicién-

do: "Otro día..., otro día", y se dirigió a la salida seguido por la mujer, que le gritó hasta la misma calle:

—¡A esta hora, mañana! Mañana o esta tarde..., todas las horas son iguales.

Wang Lung se alejó calle abajo sin contestarle, intrigado y necesitando pensar sobre lo que había oído. Entró en la pequeña casa de té, pidió una infusión, y cuando el chico se la hubo servido cogiendo con descaro el penique con que se la pagaban y sacudiéndolo, Wang Lung se puso a reflexionar, y cuanto más reflexionaba, más monstruoso le parecía que aquella grande y rica familia que durante toda su vida, y la de su padre, y la de su abuelo, había sido un poder y una gloria en la ciudad, estuviera ahora caída y desperdigada.

Eso les ha ocurrido por dejar la tierra, se dijo apesadumbrado, y pensó en sus dos hijos, que crecían como dos brotes de bambú en la primavera, y decidió hacerles abandonar sus juegos al sol aquel mismo día y ponerlos a trabajar en el campo, donde empezasen pronto a sentir en los huesos y en la sangre el hábito de la tierra bajo sus pies y la presión de la azada en sus manos.

Bien, pero entre tanto aquí estaban las joyas, ardientes y pesadas contra su cuerpo, llenándole de continuo temor. Le parecía que iban a lanzar destellos a través de sus harapos y que alguien iba a gritar de pronto:

—"¡Ah! va ese pobretón llevando encima el tesoro de un emperador!"

Y no hallaría descanso mientras las joyas no fueran convertidas en dinero.

Observó, pues, al tendero, y cuando le vio ocioso un momento lo llamó y dijo:

—Ven y bebe un tazón por mi cuenta y dime las noticias de la ciudad, pues he estado un invierno ausente.

El tendero se hallaba siempre dispuesto a esta clase de conversación, especialmente si podía beber su propio té a expensas de otras personas, y se sentó en seguida junto a Wang Lung. Era un hombre menudo, con una cara que recordaba la de una comadreja y el ojo izquierdo retorcido y desviado. Sus vestidos estaban negros de grasa por delante, hasta el extremo del pantalón, pues además de té vendía también comida. y era aficionado a decir:

"Hay un proverbio que dice: Un buen cocinero no lleva nunca el traje limpio". Se consideraba, pues, que iba justa y necesariamente mugriento.

Apenas se hubo sentado empezó a relatar:

–Bueno, después de los que murieron de hambre, que no es nada nuevo, la noticia más importante es el robo de la Casa de Hwang.

Era, precisamente, lo que Wang Lung esperaba oír. Y el hombre iba contando con verdadero placer, describiendo cómo las pocas esclavas que quedaban en la casa habían sido arrancadas de ella en medio de una confusión de gritos, y las concubinas, descubiertas y violadas, y algunas de ellas raptadas, de manera que ahora nadie quería vivir en aquella casa.

–Nadie en absoluto –concluyó el hombre–, excepto el Anciano Señor, que ahora está en las manos de una esclava llamada Cuckoo. Esta esclava se ha mantenido, por su talento, muchos años en la alcoba del Anciano Señor, mientras otras llegaban y volvían a partir.

–Entonces, ¿esta mujer puede ordenar? –preguntó Wang Lung, escuchando ávidamente.

–Por el momento, puede hacer lo que quiera –replicó el hombre–. Por lo tanto, le echa mano a todo lo que puede y traga todo lo que le es posible. Algún día, claro está, cuando los jóvenes señores hayan arreglado sus asuntos en otros lugares, regresarán y no podrá engañarles con sus pretensiones de servidora fiel que debe ser recompensada, y la echarán fuera. Pero ya tiene su vida asegurada ahora, aunque viva hasta los cien años.

–¿Y la tierra? –preguntó al fin Wang Lung temblando de ansiedad.

–¿La tierra? –exclamó el hombre, desconcertado, pues para este tendero la tierra no significaba nada.

–¿Está en venta? –dijo Wang Lung con impaciencia.

–¡Ah, la tierra! –contestó el hombre indiferentemente. Y como en aquel momento llegaba un cliente, se levantó y dijo mientras se alejaba–: He oído decir que está en venta, excepto el trozo donde está enterrada la familia desde hace seis generaciones.

Entonces Wang Lung se levantó también, habiendo oído lo que había venido a oír, y salió fuera, se acercó nuevamente a la casa grande y, sin entrar, le dijo a la mujer, que salió a abrirle: –Dime primero: ¿sellará el Anciano Señor con su propio sello el acta de la venta?

Y la mujer contestó vehementemente, con los ojos fijos en él: –¡Lo hará, lo hará! ¡Por mi vida!

Entonces Wang Lung le preguntó simplemente:

–¿Venderás la tierra por plata, o por oro, o por joyas? Y los ojos de la mujer brillaron mientras respondía: –¡La venderé por joyas!

XVII

Poseía ahora Wang Lung más tierra que la que un hombre podía trabajar con un solo buey y más cosechas de las que un hombre podía recolectar, así es que compró un asno, añadió otro cuarto a la casa y le dijo a su vecino Ching:

–Véndeme el pedacito de tierra que posees, deja tu solitaria casa y ven a la mía, para ayudarme a trabajar mi tierra.

Y Ching lo hizo así, contento de hacerlo.

Aquella temporada los cielos fueron pródigos en lluvia y el arroz se dio bien, y cuando el trigo fue segado y recogido en pesados haces, los dos hombres plantaron el arroz nuevo en los campos inundados; más arroz plantó Wang Lung aquel año del que había plantado en su vida entera, pues las lluvias eran copiosas y las antes tierras secas eran ahora tierras arrocíferas. Pero cuando llegó el momento de recoger esta cosecha, Wang Lung y Ching solos eran insuficientes, de manera que Wang Lung alquiló dos trabajadores de los que vivían en el pueblo y cosecharon el arroz.

Wang Lung, recordando también, mientras trabajaba la tierra, a los ociosos señores de la caída Casa de Hwang. cada mañana traía consigo al campo a sus dos hijos, obligándoles a trabajar en las labores que sus pequeñas manos podían hacer, guiando al buey y al asno, y, aunque no realizaban gran trabajo, haciéndoles al menos sentir el calor del sol sobre sus cuerpos y el cansancio de andar arriba y abajo a lo largo de los surcos.

Pero a O–lan no le permitía trabajar en los campos, pues ya no era un pobretón, sino un hombre que podía alquilar jornaleros si lo deseaba; y nunca había dado la tierra cosechas como las de este año. Habíase visto obligado a añadir otra habitación a la casa para almacenarlas, pues de lo contrario no les habría quedado espacio en que poder moverse. Y compró tres cerdos y un averío de aves de corral para alimentarlos con los granos caídos de la siega.

O–lan, mientras tanto, trabajaba en la casa. Hizo vestidos y zapatos nuevos para todos, cobertores de tela floreada para las camas, rellenos de algodón nuevo y caliente, y, cuando hubo concluido todo, la familia era más rica en ropa de lo que jamás había sido. Entonces, O–lan se echó sobre su cama y dio a luz otra vez, pero tampoco quiso tener a nadie a su lado; aunque hubiera podido alquilar a quien quisiese, no quiso a nadie.

Esta vez, el parto fue largo, y cuando Wang Lung regresó de los campos, al anochecer, se encontró a su padre a la puerta, riendo y diciendo:

—¡Un huevo con doble yema esta vez!

Y, al entrar en la habitación interior, encontró a O-lan en la cama con los dos recién nacidos, un niño y una niña, tan semejantes entre si como dos granos de arroz. Wang Lung se echó a reír ruidosamente por lo que O-lan había hecho, y luego pensó en algo alegre que decir y dijo:

—¡De modo que por eso llevabas dos joyas en el pecho!

Y se rió de nuevo por lo que había dicho, y O-lan, viendo su alegría, sonrió con su sonrisa lenta y dolorosa.

Wang Lung no tenía, pues, en este tiempo ninguna pena de ninguna clase, como no fuera la que le causaba su hija mayor, que no hablaba ni hacía las travesuras que correspondían a su edad, sino que aún sonreía con su sonrisa de bebé cuando su padre fijaba los ojos en ella. Fuese por el primer año desesperado de su vida, por el hambre o por lo que fuera, el caso es que pasaban los meses y Wang Lung esperaba en vano oír las primeras palabras de sus labios, o aun el "dada" por el que los niños le llamaban. Pero ningún sonido salía de ellos: sólo la dulce sonrisa vacía, y cuando miraba a la niña, Wang Lung gemía:

—¡Pequeña tonta..., mi pequeña tonta!

Y para si mismo se decía:

"¡Si hubiera vendido a esta pobrecita, la habrían matado al encontrarla así!"

Y, como para desagraviar a la criatura, hacía gran caso de ella y a veces se la llevaba al campo con él. La niña le seguía silenciosamente, sonriendo cuando él la miraba o le dirigía la palabra.

En aquella parte donde Wang Lung había vivido toda la vida, y su padre, y el padre de su padre, trabajando la tierra, venían épocas de hambre cada cinco años, o, si los dioses eran clementes, cada siete, ocho o hasta diez años. Esto ocurría porque las lluvias eran excesivas o faltaban por completo, o porque el río del Norte, debido a las lluvias invernales y a las nieves de lejanas montañas, se hinchaba e invadía los campos, pasando sobre los diques que durante centurias habían construido los hombres para confinar las aguas.

Veza tras veza, los hombres huían de la tierra y volvían a ella, pero Wang Lung se dedicó ahora a asegurar sus bienes de tal manera que no le fuera preciso jamás abandonar su tierra nuevamente, sino que pudiera subsistir en ella, con el producto de los años buenos, hasta que el malo hubiera pasado. Se dedicó por entero a esta tarea y los dioses le ayudaron; durante siete años hubo cosechas, y cada año Wang Lung y sus hombres trillaron mucho más de lo que podía comerse. Cada año contrataba más jornaleros para sus campos, hasta tener seis; construyó otra casa tras la primera, con una vasta habitación detrás de un patio y

dos cuartos pequeños a cada lado de éste, junto al cuarto grande. La casa fue cubierta con tejas, pero las paredes eran aún de tierra dura de los campos, sólo que las hizo encalar y aparecían limpias y blancas. Wang Lung y su familia se trasladaron a esta casa, y Ching y los trabajadores habitaron la vieja.

Por este tiempo, Wang Lung había tenido pruebas sobradas de la honradez y lealtad de Ching y lo hizo capataz, pagándole bien: dos piezas de plata al mes, además de la comida. Pero a pesar de la insistencia de Wang Lung en que Ching comiese, y comiese bien, éste no echaba carnes sobre los huesos y continuaba siendo un hombrecillo flaco y enjuto, siempre grave. Sin embargo trabajaba a gusto, laborando silenciosamente desde el amanecer hasta el anochecer, hablando con su débil vocecilla si había algo que decir, pero más contento si no lo hacía y podía estar callado. Y, hora tras hora, levantaba la azada y volvía a dejarla caer, y ya anochecido cargaba los cubos de agua o de abonos y los llevaba a los campos para vaciarlos sobre las hileras de vegetales.

Pero Wang Lung sabía, además, que si alguno de los jornaleros dormía demasiado cada día a la sombra de los árboles, o comía más de lo que le correspondía del plato común, o si hacía venir secretamente a su mujer o a su hijo durante la siega a robar puñados del grano que se batía bajo el mayal, al final del año, Ching le diría:

—Aquél y aquél no necesitan volver el año que viene.

Y parecía que el puñado de guisantes y de simiente que se cruzó entre estos dos hombres los había hecho hermanos, sólo que Wang Lung, que era el más joven, ocupaba el puesto del mayor y que Ching no olvidaba nunca que estaba asalariado y que vivía en una casa que era de otro.

Al finalizar el quinto año, Wang Lung trabajaba poco en los campos, pues tenía que invertir casi todo su tiempo, tanto era el aumento de sus tierras, en el negocio y mercado de sus productos y en la dirección de sus trabajadores. Veíase grandemente entorpecido por su falta de conocimiento de los libros y del significado de la escritura, de aquellos caracteres trazados sobre papel con tinta y un pincel de pelo de camello. Además, cuando se hallaba en las tiendas de grano, donde éste era comprado para ser vendido después, era para él motivo de vergüenza que, al escribirse un contrato por tanto y cuanto de su trigo y de su arroz, se viese obligado a decir humildemente a los negociantes de la ciudad:

—Señor, ¿queréis leérmelo?, pues yo soy demasiado estúpido.

Y era para él una vergüenza que, cuando debía firmar un contrato, otro hombre, aunque sólo fuera un miserable escribiente, alzase las cejas despreciativamente y, con su pincel mojado en la tinta, escribiese el

nombre de Wang Lung; y más vergüenza todavía cuando el hombre decía bromeando:

—¿Es el signo Lung del dragón, o el Lung sordo, o qué? Y Wang Lung tenía que contestar con humildad:

—Es lo que queráis, pues yo soy demasiado ignorante para conocer mi propio nombre.

Fue en un día así, durante la época de la cosecha, cuando, después de haber oído la risotada de los escribientes, ociosos a aquella hora del mediodía y pendientes todos de cualquier cosa que ocurriese, al regresar a casa colérico y disgustado, se dijo a si mismo mientras atravesaba su propia tierra:

"Ninguno de esos imbéciles tiene un palmo de tierra y, sin embargo, todos se creen con derecho a reírse de mi porque no sé descifrar los signos del pincel sobre el papel."

Y luego, cuando su indignación fue calmándose, se dijo:

"En verdad, es para mi una vergüenza que no sepa leer ni escribir. Sacaré a mi hijo mayor de los campos y lo mandaré a un colegio de la ciudad para que aprenda, y cuando yo vaya a los mercados de grano, él leerá y escribirá por mi, y así pondré fin a todas esas risas y burlas a costa mía, que soy dueño de tierras".

Este arreglo le pareció conveniente y aquel mismo día llamó a su hijo mayor, que era ahora un muchacho de doce años, alto y derecho, con los grandes pómulos, manos y pies de su madre, pero con la viveza de su padre, y cuando tuvo al chico delante, le dijo:

—Vas a dejar los campos hoy mismo, pues necesito un estudiante en la familia para que lea los contratos y escriba mi nombre, de modo que yo no tenga que avergonzarme en la ciudad.

El muchacho tornóse de un rojo subido y sus ojos brillaron.

—Padre mío —dijo—, así lo he deseado yo desde hace dos años, pero no me atrevía a pedirlo.

Entonces, el hijo segundo, al enterarse de ello, se presentó ante su padre gimiendo y protestando, cosa que hacía con frecuencia, pues desde que empezó a hablar era un muchacho ruidoso y parlanchín, siempre dispuesto a clamar que su porción era menor que la de los otros.

Y ahora se lamentó:

—¡Bueno, yo tampoco quiero trabajar en los campos, y no es justo que mi hermano se siente con comodidad y aprenda cosas, y yo, que soy vuestro hijo igualmente, tenga que trabajar como un patán!

Y Wang Lung, sin poder sufrir sus lamentaciones, se dispuso a concederle lo que quería, como se lo concedía siempre si los llores del chico se le hacían insoportables, y le dijo rápidamente:

–Bueno, pues id los dos, y si el cielo, en sus malos designios, se lleva a uno de vosotros, quedará el otro con conocimiento para atender mi negocio por mi.

Entonces mandó a la madre de sus hijos a la ciudad para comprar tela con que hacer dos largas túnicas a los muchachos, y él mismo se fue a una papelería y compró papel y pinceles y dos tinteros; aunque no entendía nada de esas cosas, le daba vergüenza confesar su ignorancia y no lo hacía, viéndose perdido en dudas cada vez que el tendero traía algo y se lo enseñaba. Pero al fin estuvo todo preparado y hechos los arreglos necesarios para enviar a los dos muchachos a un colegio cercano a las puertas de la ciudad, dirigido por un viejo que en años pretéritos había intentado pasar los exámenes oficiales, pero fracasó. Había, pues, colocado unos cuantos bancos y mesas en el cuarto central de su casa, y por una pequeña suma entregada cada día festivo del año enseñaba los clásicos a los niños, pegándoles con su enorme abanico cerrado si holgazaneaban o si no sabían repetirle el contenido de las páginas que hojeaban desde el amanecer hasta la noche.

Sólo en los días calurosos de la primavera y del verano hallaban los discípulos algún respiro, pues entonces el viejo cabeceaba y se dormía después del almuerzo, y la pequeña y oscura habitación se llenaba toda con el susurro de su dormir. Entonces, los muchachos cuchicheaban y jugaban, hacían dibujos maliciosos que se mostraban unos a otros y disputábanse al ver una mosca zumbiar en torno a la mandíbula abierta y caída del profesor, haciendo apuestas sobre si el insecto entraría en la caverna de la boca o no. Pero cuando el viejo maestro abría de pronto los ojos y no se sabía nunca cuándo iba a abrirlos, tan rápida y secretamente como si no hubiera dormido— y veía a los muchachos, antes de que ellos se dieran cuenta alzábale con su abanico y lo dejaba caer sobre esta cabeza y sobre aquélla.

Y al oír los crujidos y los gritos de los discípulos, los vecinos decían:

–Es un buen maestro, a pesar de todo.

Y por eso Wang Lung escogió este colegio para sus hijos.

El primer día, cuando los acompañó al colegio, fue andando delante de ellos, pues no es propio que padre e hijos vayan uno junto al otro, y llevando un pañuelo azul lleno de huevos frescos que entregó al maestro cuando llegaron. Wang Lung se sintió atemorizado por los grandes lentes de latón del profesor, por su larga túnica negra y flotante, y por su inmenso abanico, que aun en invierno llevaba en la mano, e inclinándose ante él, dijo:

–Señor, aquí están mis dos indignos hijos. Si es posible meterles algo en sus densos meollos de latón, es sólo pegándoles; así, pues, si queréis contentarme, pegadles para que aprendan.

Y los dos chicos contemplaban en pie a los otros de los bancos, y éstos a aquéllos.

Pero al volver solo a casa después de haber dejado en el colegio a sus hijos, Wang Lung sintió que su corazón estallaba de orgullo y le pareció que, de todos los muchachos que había visto en la escuela, ninguno podía igualarse a los suyos en desarrollo y robustez. Y pasado el pueblo, al atravesar las puertas de la ciudad, encontróse con uno de sus vecinos y dijo, contestando a su pregunta:

–Vengo del colegio de mis hijos.

Y, con gran sorpresa del hombre, añadió indiferentemente: –Ahora no los necesito en el campo y más vale que aprendan unas cuantas letras.

Pero al continuar su camino se dijo a si mismo:

"¡No me sorprendería que el mayor se convirtiese en prefecto con todo este estudio!"

Desde entonces los chicos dejaron de llamarse Mayor y Segundo y les dieron nombres apropiados por el viejo profesor, quien, después de enterarse de la ocupación de su padre, llamó al mayor Nung En y al segundo Nung Weng, pues la primera palabra de cada nombre significa persona cuyo caudal viene de la tierra.

XVIII

Si, Wang Lung fue edificando los bienes de su casa; y al llegar al séptimo año, el enorme río del Norte, hinchado por las lluvias y las nieves excesivas del Noroeste, donde tenía su nacimiento, se salió de madre e inundó las tierras de aquella región. Pero Wang Lung no tenía miedo. A pesar de que dos quintas partes de su tierra estaban convertidas en un lago que llegaba a la altura de los hombros de un hombre, Wang Lung no tenía miedo.

Durante el fin de la primavera y el comienzo del verano, las aguas fueron elevándose, y al final extendíanse como un vasto mar, encantador e inútil, que reflejaba las nubes y la luna, los sauces y los bambúes, cuyos troncos estaban sumergidos. Aquí y allá, alguna casa de tierra abandonada por sus moradores, surgía durante algunos días de entre las aguas, hasta deshacerse y desmoronarse lentamente, volviendo al agua y a la tierra. Y así sucedía con todas las casas que no estaban, como la de Wang Lung, edificadas sobre una colina, pues estas colinas

emergían como islas. La gente iba de ellas a la ciudad en barca y en balsa, y había gente que moría de hambre, como siempre sucediera. Pero Wang Lung no tenía miedo. Los mercados de grano le debían dinero y sus almacenes estaban todavía repletos con cosechas de los últimos años, y sus casas se hallaban a una altura de la que el agua se mantenía a distancia y no tenía nada que temer.

Pero, puesto que gran parte de la tierra no podía ser plantada, el encontrábase más ocioso de lo que jamás había estado en su vida, y estando ocioso y bien comido, después de haber hecho cuanto podía hacer y de dormir cuanto podía dormir, hallóse presa de una gran impaciencia. Además, ahí estaban sus jornaleros, a los que contrataba siempre por un año, y era tonto que él trabajase cuando aquellos que comían su arroz apenas tenían que hacer mientras esperaban el retroceso de las aguas. Así, pues, luego que les hubo ordenado remendar el techo de la casa vieja y las goteras del de la casa nueva, y después de mandarles arreglar las azadas, los rastrillos y los arados, alimentar el ganado y comprar patos para tenerlos en manada sobre las aguas, y retorcer el cáñamo con que hacer cuerdas –todas estas cosas que en otros tiempos había hecho él mismo, cuando labraba su tierra él solo–, una vez dispuesto todo, sus propias manos quedaban inertes y no sabía qué hacer consigo mismo.

Ahora bien, un hombre no puede permanecer sentado todo el día contemplando el lago de agua que cubre sus campos, ni puede comer más de lo que es posible cada vez, ni dormir cuando ya no tiene sueño. Encontraba la casa, según vagaba por ella, silenciosa, demasiado silenciosa para el ímpetu de su sangre. El anciano tornábase muy débil ahora, medio ciego y totalmente sordo, y no podía entablar conversación con él excepto preguntarle si estaba caliente y alimentado y si quería beber té. Y Wang Lung se impacientaba de que el anciano no pudiese ver que su hijo era rico y que murmurase siempre que hallaba hojas de té en su tazón y dijese:

–Un poco de agua da lo mismo; el té es como la plata.

Pero no había manera de explicarle nada al anciano, pues lo olvidaba en seguida y vivía recluido en su propio mundo, soñando muchas veces que aún era joven y estaba en pleno vigor. Apenas se daba cuenta ahora de lo que le sucedía.

El anciano y la hija mayor, que jamás hablaba y que pasaba horas tras hora sentada junto a su abuelo, retorciendo un trocito de tela, doblándolo y volviéndolo a doblar y sonriendo, estos dos no tenían nada que decir a un hombre vigoroso y próspero. Después que Wang Lung había servido un tazón de té a su padre y pasado la mano por la mejilla de su

hija, recibiendo la dulce y vacua sonrisa que con tan triste rapidez se borraba de su rostro y dejaba vacíos los ojos oscuros y apagados, no quedaba más que hacer. Siempre se alejaba de ella con una momentánea quietud, que era la marca de tristeza que su hija dejaba en él, y se volvía a mirar a sus dos hijos pequeños, el niño y la niña que O-lan había tenido juntos y que ahora corrían alegremente por la entrada de la casa.

Pero un hombre no puede satisfacerse con las tonterías de unas criaturas, y tras un rato de risas y bromas, los niños se iban a sus juegos y Wang Lung se quedaba solo y lleno de desasosiego. Y entonces fue cuando miró a O-lan, su esposa, como un hombre mira a una mujer a quien conoce plenamente y hasta la saciedad, habiendo vivido en su compañía tan íntimamente que no hay nada de ella que conocer ni nada que esperar.

Y le pareció a Wang Lung que miraba a O-lan por primera vez en su vida, y por primera vez vio que era una mujer a la cual ningún hombre podría llamar otra cosa que lo que era: una criatura común y opaca que trajinaba en silencio sin preocuparse de cómo aparecía a los ojos de los demás. Vio por primera vez que su cabello era basto, seco y descolorido; que su cara era ancha, grande y ordinaria de cutis, y sus facciones carecían de belleza y de encanto. Sus cejas eran anchas y raquíticas de pelo; sus labios, demasiado dilatados, y sus manos y sus pies, muy grandes. Y al mirarla así con una mirada extraña, le gritó:

—¡Cualquiera que te viese diría que eres la mujer de un hombre común y no la de un propietario que tiene trabajadores para labrar su tierra!

Era la primera vez que hablaba de cómo O-lan aparecía ante sus ojos, y ella contestó con una mirada lenta y dolorosa. Estaba sentada en un banco, metiendo y sacando una larga aguja en la suela de un zapato, y se detuvo en su tarea, con la aguja en el aire y la boca abierta, mostrando los dientes ennegrecidos. Luego, como si comprendiese al fin que él la miraba como un hombre mira a una mujer, un rubor intenso subió por sus mejillas y murmuró:

—Desde que esos dos últimos nacieron juntos, no he estado bien. Tengo un fuego en las entrañas.

Y él vio que, en su simplicidad, O-lan creía que él la acusaba porque durante más de siete años no había concebido. Y contestó con más aspereza de la que deseaba:

—¡Lo que quiero decir es si no puedes comprarte un poco de aceite para el pelo, como hacen otras mujeres, y hacerte una túnica nueva de tela negra! ¡Y esos zapatos que llevas son impropios de la mujer de un hacendado, como eres ahora!

Pero ella no contestó nada, sólo le miraba humildemente y sin saber lo que hacía, y escondió los pies bajo el banco en que estaba sentada. Entonces, y aunque en el fondo de su corazón Wang Lung se avergonzaba de reprochar a esta criatura, que durante años le había seguido con la fidelidad de un perro, y aunque no olvidaba que cuando él era pobre y tenía que labrar sus propios campos, ella abandonaba el lecho aún después del nacimiento de un hijo y venía a ayudarle en la cosecha. a pesar de esto, no le fue posible contener la irritación y continuó diciendo despiadadamente, aunque contra su íntima voluntad:

–He trabajado y me he enriquecido, y me gustaría que mi esposa no pareciera tanto una pobretona. Y esos pies tuyos...

Se detuvo. Le parecía completamente repugnante su mujer, y lo más repugnante de todo sus grandes pies dentro de aquellos sueltos zapatos de algodón. Los miró con tal cólera que ella los escondió todavía más bajo el banco, y al fin murmuró quedamente:

–Mi madre no me enseñó los pies porque me vendieron tan joven... Pero los pies de la más pequeña los enseñaré...

Pero Wang Lung se lanzó fuera, porque se avergonzaba de encolerizarse con ella y porque ella, a su vez, no se encolerizaba con él. Y se puso su nueva túnica negra, diciendo:

–Bueno, me iré a la casa de té a ver si oigo algo nuevo. En mi casa no hay nada más que tontos, y un anciano chocho y dos niños.

Su mal humor creció según se dirigía a la ciudad, pues recordó de pronto que no habría podido comprar nunca todas aquellas tierras si O-lan no hubiese cogido el puñado de joyas de la casa del hombre rico y si no se las hubiera entregado a él cuando le ordenó hacerlo. Pero al recordar esto se encolerizó todavía más y dijo, como para contestarse a sí mismo, con rebeldía:

–Bueno, y ella no supo lo que hacía. Cogió las joyas por placer, como una criatura coge un puñado de dulces rojos y verdes; aún las tendría ocultas en el seno si yo no las hubiese encontrado.

Entonces se preguntó si O-lan aún tendría las dos perlas entre sus pechos, pero lo que antes le parecía una cosa extraña y en la que a veces le gustaba pensar, era ahora algo que recordaba con desdén, pues sus pechos se habían vuelto flácidos y colgantes con tantos hijos, no tenían belleza alguna, y perlas entre ellos no significaban más que una tontería y un derroche.

Todo esto no habría tenido la menor importancia si Wang Lung hubiera sido todavía un hombre pobre o si el agua no hubiese invadido sus campos. Pero tenía dinero. En las paredes de su casa había plata escondida, y plata en un saco que ocultaba bajo una loseta del suelo de

su nueva casa, y plata envuelta en un paño y guardada en el cofre de la habitación donde dormía con su esposa, y plata cosida en el colchón de su cama, y plata en su cinturón. No le hacía falta plata, por lo que ahora, en lugar de salir de él como sangre manando de una herida, yacía en su cinturón quemándole los dedos cuando la tocaba, y sentía ansia de gastarla en esto y en aquello, y empezó a ser descuidado con ella y a pensar qué podría hacer para gozar los días de su edad viril.

Nada le parecía tan bueno como antes. La casa de té en la que solía entrar tímidamente, sintiéndose un vulgar hombre del campo, ahora le parecía sucia y sórdida. En los viejos tiempos, nadie le conocía y los chicos que servían el té se insolentaban con él, pero ahora las gentes se hacían señas cuando él entraba y podía oír a un hombre murmurarle a otro:

—Ahí está ese hombre Wang, del pueblo Wang, el que compró la tierra de la Casa de Hwang aquel invierno en que el Anciano Señor se murió durante la época de hambre. Ahora es rico.

Y al oír esto, Wang Lung se sentó con aparente displicencia, pero su corazón hinchóse de orgullo por todo lo que era.

Mas este día, en que había reprochado a su esposa, ni la deferencia con que le recibieron le satisfizo, y se sentó a beber su té sombríamente, sintiendo que nada era tan bueno en su vida como creyera. Y, de pronto, se preguntó:

"¿Por qué he de estar yo bebiendo té en esta casa, cuyo propietario es una bizca comadreja con menos ganancia que uno de mis trabajadores, yo, que tengo tierra e hijos que estudian?

Se levantó rápidamente, arrojó el dinero sobre la mesa y salió antes de que nadie pudiera hablarle. Vagó por las calles de la ciudad sin saber lo que quería, y una vez se detuvo ante la barraca de un narrador de historias y durante un rato permaneció sentado en el extremo de un banco atestado de oyentes escuchando lo que contaba el hombre, de los viejos tiempos, de la época de los Tres Reinos, cuando los soldados eran valientes y astutos. Pero estaba todavía desasosegado y no podía entregarse al encanto de la narración, como los otros, y el ruido del pequeño gong de latón que el hombre hacía sonar le fatigaba, así que se levantó y siguió su camino.

Ahora bien, se alzaba en la ciudad una gran casa de té recientemente abierta por un hombre del Sur, muy entendido en esta clase de negocios, y Wang Lung había en una ocasión pasado ante ella sintiéndose horrorizado al pensar en el dinero que se gastaba ahí en el juego, en diversiones, y en malas mujeres. Pero ahora, conducido por su inquietud y su ociosidad, y tratando de huir de los reproches de su corazón

cuando pensaba que había sido injusto con su esposa, se dirigió hacia aquel lugar. Su desasosiego le obligaba a ver o a oír algo nuevo. Así, pues, atravesó el umbral de la nueva casa de té y entró en la estancia amplia y reluciente llena de mesas y abierta hacia la calle. Entró con suficiente valentía en el porte, tanto más cuanto en verdad se sentía muy tímido y recordaba que pocos años atrás era solamente un pobre hombre poseedor de un par de piezas de plata a lo mas, y un miserable que había trabajado hasta tirando de un rickshaw por las calles de una ciudad del Sur.

Al principio de hallarse en la casa de té no habló una sola palabra, pago su té, lo bebió en silencio y miró en torno maravillado. La gran sala tenía el techo dorado con purpurina, y de las paredes colgaban unos rollos de seda en los que había pintados retratos de mujeres. Wang Lung miró a estas mujeres secreta e intensamente, y le pareció que eran mujeres de ensueño, porque nunca había visto ninguna igual a ellas en la realidad. Y el primer día las miro, bebió el té rápidamente y se marchó.

Pero, día tras día, mientras las aguas no se retiraban de sus tierras. Wang Lung regresó a la casa de té, bebió solitario la infusión y contempló los retratos de las bellas mujeres. Y cada día permaneció allí un poco más ya que no tenía nada que hacer en su tierra o en su casa; así hubiera podido continuar indefinidamente, pues a pesar de la plata que tenía escondida en varios lugares, era todavía un simple pueblerino y el único hombre en aquella rica casa de té que llevaba ropas de algodón y una trenza colgándole a la espalda, como ningún hombre de la ciudad llevaría. Pero una noche, cuando, sentado a una mesa del fondo de la sala, bebía su té y contemplaba las cosas silenciosamente, alguien descendió la estrecha escalera adosada a la pared más lejana y que conducía al piso superior.

Esta casa de té era el único edificio en toda la ciudad con dos pisos, excepto la Pagoda del Oeste, situada fuera de la Puerta del Oeste, que tenía cinco. Pero la Pagoda se iba estrechando hacia arriba, mientras que el segundo piso de esta casa de té tenía las mismas dimensiones que el primero. Por la noche, las voces agudas de los cantos de las mujeres flotaban desde las ventanas superiores junto con el dulce son de los laúdes que pulsaban delicadamente las muchachas. Y podía oírse aquella música fluyendo hacia la calle, especialmente después de medianoche, aunque donde Wang Lung se sentaba las voces y el ruido de muchos hombres y el seco golpear de los dados y los dominós apagaba todo otro sonido.

Por eso Wang Lung no oyó aquella noche tras él los pasos de una mujer

que descendía la estrecha escalera, y por eso, no esperando que nadie le conociese en aquel lugar, se estremeció violentamente al sentir que alguien le tocaba en el hombro. Cuando alzó la mirada vio un estrecho y hermoso rostro femenino, el rostro de Cuckoo, la mujer a quien había entregado las joyas el día que compró las tierras y cuya mano sostuvo firmemente la mano temblorosa del Anciano Señor, ayudándole a estampar bien su sello en el contrato de venta. Cuckoo rióse al ver a Wang Lung, y su risa era una especie de murmullo agudo.

¡Bien, Wang Lung el labrador! dijo, recalcando con malicia la palabra "labrador" ¿Quién había de pensar encontraros aquí!

Le pareció entonces a Wang Lung que, a toda costa, debía demostrar a esta mujer que era algo más que un simple labrador del campo, y se rió, diciendo en tono alto:

¿No sirve mi dinero tanto como el de otro? Y no es dinero lo que necesito ahora. He hecho fortuna.

Cuckoo se detuvo al oír esto, y con los ojos estrechos y brillantes como los de una serpiente y la voz suave como aceite fluyendo de una vasija, exclamó:

- ¿Y quién no ha oído hablar de ello? ¿Y dónde mejor puede un hombre gastar el dinero que le sobre, que en un sitio como éste, adonde acuden los ricos y los elegantes a divertirse y gozar? No hay vino como el nuestro, ¿lo habéis probado, Wang Lung?

Hasta ahora no he bebido más que té replicó Wang Lung, medio avergonzado. No he tocado el vino ni los dados.

¡Té! -exclamó ella con una risa penetrante. -¡Pero si tenemos vinos magníficos y vino fragante, de arroz! ¿Qué necesidad tenéis de beber té?

Y como Wang Lung inclinaba la cabeza, continuó suave, insidiosamente: -Y supongo que tampoco habréis puesto la vista en nada más. ¿eh? En ninguna linda manita, en ninguna mejilla perfumada.

Wang Lung bajó la cabeza todavía más y la sangre le fluyó al rostro y se sintió como si todo el mundo le mirase con burla, mientras escuchaba la voz de esta mujer. Pero cuando tuvo el valor de levantar los ojos vio que nadie se ocupaba de él y que el ruido de los dados estallaba de nuevo, así es que dijo, lleno de confusión:

-No.... no... Solamente té...

Entonces la mujer se rió otra vez y, señalando los rollos de seda pintada, exclamó:

-Ahí están sus retratos. Escoged a la que deseáis ver, ponedme el dinero en la mano y la traeré a vuestra presencia.

¡Esas! -dijo Wang Lung asombrado- ¡Pero yo creí que eso eran retratos

de mujeres de ensueño, de diosas de la montaña de Kwen Lwen, como las que describen los narradores de historias!

–Y mujeres de ensueño son –repuso Cuckoo con burlón buen humor– pero de ensueños que un poco de plata puede convertir en realidad.

Y se alejó haciendo señas y guiños a los criados, mostrándoles a Wang Lung como si dijese:

"¡Ahí tenéis a esa calabaza pueblerina!"

Pero Wang Lung permaneció sentado contemplando los retratos con un nuevo interés: ¡subiendo por esa estrecha escalera, en las habitaciones de encima de él, se hallaban aquellas mujeres en carne y hueso y los hombres subían a verlas, otros hombres que él, claro está, pero hombres! Bueno, y si él no fuese quien era: un hombre bueno y trabajador, con esposa e hijos..., ¿qué retrato escogería él, usando el símil del niño que imagina a veces que hace una cosa dada, digo, qué retrato pretendería escoger? Y miro todos los rostros, uno por uno, intensa y atentamente, como si fueran de verdad. Hasta ahora, todos le habían parecido igualmente hermosos, pero hasta ahora no había tratado nunca de escoger uno. Ahora, en cambio, veía claramente que había unos más hermosos que otros, y entre todos escogió los tres más bonitos, y volvió a escoger y de los tres seleccionó uno, el más bello, el retrato de una mujer leve y pequeña con un cuerpo ligero como un bambú y una carita aguda como la de un gato chiquitín. Esta mujer tenía en una de sus manos delicadas y tiernas, como un helecho joven, el tallo de un loto en capullo.

Wang Lung la contempló y según la contemplaba, un ardor como de vino corría por sus venas.

–Es como una flor de membrillo –dijo de pronto en voz alta, y al oír su propia voz sintióse lleno de alarma y vergüenza, se levantó rápidamente, puso el dinero sobre la mesa y salió a la sombra nocturna que ahora había caído y se dirigió a su casa.

Pero sobre los campos y las aguas, la luz lunar colgaba como una niebla plateada, y en sus venas la sangre corría secreta, rápida y ardientemente.

XIX

Ahora bien, si las aguas se hubieran retirado entonces de las tierras de Wang Lung, dejándolas humeantes bajo el sol, de modo que tras unos días de calor estival hubiese sido necesario labrarlas, pasarles el rastrillo y sembrarlas, es posible que Wang Lung no hubiera regresado nunca

más a la lujosa casa de té. O si una de las criaturas hubiera enfermado, si el viejo hubiese llegado de repente al fin de sus días. Wang Lung hubiera podido ser absorbido por esta nueva circunstancia, olvidando la carita aguda del rollo de seda y el cuerpo de aquella mujer esbelta como un bambú.

Pero aparte el leve viento de verano que se levantaba al crepúsculo, todo continuaba igual: las aguas, plácidas e inmóviles: el viejo, adormilado: los dos muchachos, ausentes cada día en la escuela desde el amanecer hasta anocheado. Y en su casa. Wang Lung se sentía desasosegado y evitaba encontrarse con los ojos de O-lan, que le miraba dolorosamente ir de aquí para allá, dejarse caer en una silla y levantarse sin beber el té que ella le sirviera ni fumar la pipa que había encendido.

Al final de un largo día, más largo que ningún otro, en el séptimo mes, Wang Lung se hallaba en pie a la puerta de su casa, a la hora en que caía el crepúsculo, murmurante y delicioso con el hálito del lago, y de pronto se dio vuelta abruptamente, sin decir palabra, fue a su cuarto y se puso su túnica nueva, la que le había confeccionado O-lan para los días de fiesta, y que era de tela negra tan brillante que parecía de seda. Y sin hablar con nadie se dirigió por los estrechos caminos que bordeaban las aguas, atravesó los campos y llegó a la penumbra de la puerta de la ciudad, que cruzó, siguiendo la ruta de las calles hasta llegar a la nueva casa de té.

En ella todas las luces estaban encendidas, aquellas brillantes lámparas de aceite, compradas en las ciudades forasteras de la costa, y bajo estas lámparas se sentaban los hombres bebiendo y hablando, con las túnicas abiertas al fresco de la noche; y por todas partes se veían abanicos agitados, y la risa, como una música, fluía hacia la calle. Toda la alegría que Wang Lung jamás había gozado trabajando su tierra, estaba aquí retenida, entre las paredes de esta casa donde los hombres iban a divertirse.

Se detuvo a la entrada, dudando en medio de la luz brillante que huía de adentro por las puertas abiertas. Y quizás hubiera permanecido allí marchándose después, ya que aún se sentía temeroso y tímido, aunque la sangre corría por su cuerpo como si fuera a estallarle en las venas; pero de las sombras al margen de la luz avanzó una mujer que había estado apoyada negligentemente contra el portal, y esta mujer era Cuckoo. Adelantóse al ver la figura de un hombre, pues era su cometido traer clientes para las mujeres de la casa, pero cuando vio quién era se encogió de hombros y dijo:

—¡Ah, es sólo el labrador!

Wang Lung se sintió herido por la displicencia de su voz, y la súbita có-

lera que prendió en él le dio un valor que de otra manera no hubiese tenido; así es que dijo:

–Bueno ¿y es que yo no puedo entrar en la casa y hacer lo que otros hacen?

Y ella se encogió nuevamente de hombros, se rió y repuso: –Si tenéis la plata que otros tienen, sí.

Entonces Wang Lung quiso demostrarle que era suficientemente rico para hacer lo que le viniese en gana, y metiéndose la mano en el cinturón la sacó llena de plata y le dijo a la mujer:

–¿Basta o no basta?

Cuckoo contempló el puñado de plata y dijo sin más dilación:

–Entrad y decid cuál queréis.

Y Wang Lung, sin saber lo que decía, refunfuñó:

–No sé que quiera nada.

Pero su deseo le venció entonces, y exclamó, bajito:

–Aquella pequeña..., aquella de la barbilla aguda y la carita blanca y rosada como una flor de membrillo. Tiene un capullo de loto en la mano.

La mujer asintió con la cabeza y, haciéndole una seña, se abrió paso entre las mesas, seguida a cierta distancia por Wang Lung. Al principio le parecía que todos le miraban y observaban, pero cuando se atrevió a mirar en derredor vio que nadie se ocupaba de él, excepto dos hombres, uno de los cuales exclamó: "¿Es ya lo bastante tarde para ir a las mujeres?", respondiendo otro: ¡Aquí está un individuo vigoroso que necesita empezar temprano!"

Pero entonces se hallaban ya subiendo la estrecha escalera, cosa que Wang Lung hizo con dificultad, pues era la primera vez que subía escaleras en el interior de una casa. Sin embargo, cuando llegaron arriba era lo mismo que en el piso bajo, excepto que parecía a mucha altura cuando, al pasar frente a una ventana, se veía el cielo. La mujer le condujo a lo largo de un salón oscuro y gritaba según iba andando:

–¡Aquí está el primer hombre de la noche!

Y a todo lo largo del salón las puertas se abrían súbitamente y las cabezas de las muchachas aparecían en lagunas de luz como flores que se abriesen al sol, pero Cuckoo exclamaba cruelmente:

–¡No, tú no... tú no...! ¡Nadie ha pedido por vosotras! ¡Este es para la pequeña cara rosada, para la enanita de Sochow..., para Loto!

Una oleada de sonidos onduló por el salón, indistinta, burlesca, y una muchacha, encendida como una granada, exclamó con voz potente:

–¡Loto puede quedarse con ese individuo... que huele a campo y a ajos!

Wang Lung oyó esto perfectamente, y aunque las palabras le dolieron como una puñalada, desdeñó contestar, porque temía parecer lo que en

efecto era: un labrador. Pero siguió avanzando resueltamente al recordar la buena plata que llevaba en el cinturón, y al fin la mujer llamó rudamente con la palma de la mano a una puerta cerrada y entró sin esperar más. Y allí, sobre una cama cubierta con una roja colcha floreada, hallábase sentada una frágil muchacha.

Si alguien le hubiese dicho que existían manos como éstas, no lo hubiera creído, manos tan pequeñas, de huesos tan finos, de dedos tan afilados, embellecidos por largas uñas teñidas del color rosado que tienen los lotos en capullo. Y si alguien le hubiese dicho que existían pies como éstos, piecitos apresados en zapatos de satén rosa y no más grandes que el dedo de un hombre..., si alguien se lo hubiese dicho no lo hubiera creído.

Se sentó muy rígido en la cama, contemplando a la muchacha, y vio que era como el retrato y que habiendo visto el retrato hubiera reconocido a la muchacha si la hubiese encontrado. Pero más que nada se parecía su mano a la del retrato, y era leve, fina y blanca como la leche.

La joven tenía las manos enlazadas una en la otra sobre la seda rosada de su falda, y al verlas no se soñaría que pudiesen ser tocadas.

Wang Lung miró a la joven como había mirado su retrato, y vio el cuerpo ligero como un bambú ceñido en la corta chaquetilla; vio la carita aguda emergiendo en toda su pintada belleza del alto cuello forrado de piel blanca; vio los ojos redondos, de forma de albaricoques, y comprendió ahora por qué los narradores de historias loaban los ojos de albaricoques de las bellas de antaño. Y para él aquella mujer no era de carne y hueso, sino una efigie pintada.

Entonces ella alzó su manita delicada y la puso sobre el hombro de Wang Lung y la deslizó lenta, muy lentamente, a lo largo de su brazo. Y aunque jamás había él sentido un roce tan suave, aunque, si no lo hubiera visto, no habría sabido que le rozaba, miró la mano moverse a lo largo de su brazo y fue como si un fuego la siguiera, quemándole bajo la manga, en la carne viva, y la miró hasta que, llegando al extremo de la manga, dudó un instante, con estudiada vacilación, antes de caer en la desnuda muñeca y en el hueco duro de su mano. Y Wang Lung empezó a temblar, no sabiendo cómo recibirla.

Entonces oyó una risa ligera, rápida, tintineante como la campana de plata de una pagoda repicando al viento, y una vocecilla, que también era como risa, exclamó:

—¡Oh, pero qué ignorante eres, hombretón! ¿Vamos a estar sentados así toda la noche, mientras me contemplas?

Y al oír esto, Wang Lung cogió la manita entre las dos suyas, pero cuidadosamente, porque era como una frágil hoja, cálida y seca, y dijo

implorantemente a la muchacha, sin saber lo que decía:

—¡Yo no sé nada! ¡Enséñame!

Y ella le enseñó.

Ahora, Wang Lung enfermó de la enfermedad más seria que pueda tener un hombre. Había sufrido bajo el rudo trabajo al sol, había sufrido bajo el azote de los vientos helados del desierto, había sufrido de hambre cuando los campos no fructificaban y había sufrido de desesperación trabajando sin esperanza en las calles de una ciudad del Sur. Pero bajo ninguna de estas calamidades llegó a sufrir tanto como bajo la mano ligera de aquella muchacha.

Cada día iba a la casa de té, cada tarde esperaba hasta que ella quisiera recibirle y cada noche entraba a verla. Cada noche entraba y cada noche era el pueblerino timorato, temblando en la puerta, sentándose rígidamente junto a la muchacha esperando la señal de su risa, y entonces, enfebrecido, hambriento, seguía servilmente su caprichosa demora hasta el momento de crisis en que, como una flor en sazón para ser cogida, se dejaba asir por él plenamente.

Pero nunca podía asirla plenamente, y esto era lo que le mantenía sediento y enfebrecido, aunque ella se le entregase. Cuando O-lan había llegado a su casa, su venida fue salud para su carne, y la había deseado robustamente, como una bestia desea a su compañera, y la hizo suya y la olvidó y volvió a su trabajo con alegría. Pero no había tal satisfacción ahora en su amor por aquella muchacha, ni había salud en ella para él. Por la noche, cuando no quería verle más, empujándole fuera de la habitación petulantemente, con sus pequeñas manos súbitamente vigorosas apoyadas en sus hombros, Wang Lung partía tan hambriento como había venido. Era como un hombre que, muerto de sed, bebiese el agua salada del mar, que, aunque es agua, le seca las venas y le provoca sed y más sed hasta que muere enloquecido por ella. Wang Lung iba a la joven y la tomaba, pero partía sin satisfacerse.

Durante todo el caluroso verano, Wang Lung amó así a aquella muchacha. No sabía nada de ella, quién era ni de donde venía; cuando estaban juntos, él apenas hablaba y casi no prestaba atención a la constante charla de ella, ligera y entremezclada de risa como la de un niño.

Únicamente observaba su rostro, sus manos, los movimientos de su cuerpo, el significado de sus ojos anchos y dulces, anhelante de ella. Nunca le era suficiente, y a la madrugada regresaba a su casa ofuscado e insatisfecho.

Los días no tenían fin. Ahora se negaba a dormir en su propia cama, pretextando el calor de la habitación, y extendía una estera bajo los bambúes y dormía allí quietamente, permaneciendo a veces despierto y

contemplando las sombras afiladas de las hojas de los bambúes, con el corazón lleno de una dulce angustia que no sabía comprender.

Y si alguien le hablaba, su esposa o sus hijos, o si Ching venía a él y le decía: "Las aguas empezarán pronto a retroceder; ¿qué simientes hemos de preparar?", él gritaba y decía:

–¿Para qué me molestas?

Y todo el tiempo su corazón parecía que iba a estallar porque no podía saciarse de esta muchacha.

Así, mientras los días pasaban y él vivía únicamente en espera de la noche, Wang Lung no veía el rostro grave de O-lan y de los niños, que se detenían súbitamente en sus juegos cuando él se acercaba, ni veía a su anciano padre que le escudriñaba con la mirada e inquiría:

–¿Qué malestar es ése que te llena de mal humor y vuelve tu piel amarilla como la greda?

Y mientras estos días se deslizaban hacia la noche, Loto hacía de él lo que quería. Cuando se rió de su trenza de pelo –aunque él pasaba parte del día trenzándola y cepillándola– y dijo: "¡Los hombres del Sur no llevan esas colas de mono!", sin replicar una palabra Wang Lung fue y se la hizo cortar, aunque ni con risas ni con burlas había nadie conseguido hasta entonces que lo hiciera. Cuando O-lan vio lo que había hecho, exclamó aterrorizada:

–¡Te has cortado la vida!

Pero él le gritó:

–¿Y he de parecer siempre un idiota anticuado? Todos los hombres jóvenes de la ciudad llevan el pelo cortado.

Sin embargo, en su fuero interno estaba asustado de lo que había hecho, y, sin embargo, era cierto que de igual modo hubiera cortado su propia vida si Loto lo hubiese ordenado o deseado, porque Loto poseía todas las bellezas que él había llegado a aspirar en una mujer.

Su cuerpo vigoroso y moreno, que antes lavaba raramente, considerando el limpio sudor de su trabajo como suficiente lavado para los días corrientes, su cuerpo era ahora para él objeto de rigurosa atención, y empezó a examinarlo como si fuera el de otro hombre y a lavarlo cada día, hasta que su mujer hubo de exclamar, inquieta:

–¡Vas a morir con tantos lavajes!

Compró jabón perfumado, un jabón extranjero, rojo y fragante, y con él se frotaba minuciosamente el cuerpo. En cuanto a los ajos, que antes le deleitaban, por nada del mundo los hubiera comido ahora, pues no quería apestar a ellos ante Loto.

Nadie en su casa sabía cómo explicarse todas estas cosas.

También compró telas nuevas para hacerse ropa, y aunque siempre se

las había confeccionado O-lan, haciéndoselas largas y anchas para que tuvieran buena medida y cosiéndolas fuertemente para que resistieran, ahora desdeñaba su manera de cortar y de coser y, llevó las telas a un sastre de la ciudad y se hizo vestir al estilo ciudadano, con una túnica de ligera seda gris, cortada hábilmente sobre su cuerpo y sin dejar tela sobrante, y sobre esta túnica un abrigo de satén negro, sin mangas. Y se compró los primeros zapatos que había tenido en su vida no confeccionados por una mujer, unos zapatos de terciopelo negro, como los que había llevado el Anciano Señor batiéndole los talones.

Pero le daba vergüenza llevar de pronto estas ropas distinguidas en presencia de O-lan y de sus hijos, y las dejaba en la casa de té, envueltas en hojas de papel moreno y en poder de un empleado con quien había hecho conocimiento y que, por un precio dado, le permitía entrar secretamente en una habitación interior y ponérselas antes de subir al otro piso. Además de esto, se compró una sortija de plata con un baño de oro; y según le iba creciendo el pelo en la parte de la cabeza que antes llevaba afeitada, lo alisaba con un aceite fragante que venía del extranjero y del que un frasco pequeño le había costado toda una pieza de plata.

Pero O-lan le miraba atónita, sin saber cómo explicarse estos cambios, y una vez, después de observarle durante largo rato mientras comían arroz al mediodía, dijo pesadamente:

—Hay algo en ti que me hace pensar en uno de los señores de la casa grande.

Y Wang Lung se rió ruidosamente y dijo:

—¿Es que debo parecer siempre un patán cuando tenemos dinero de sobra?

Pero en su fuero interno se sintió muy halagado y aquel día trató a O-lan con más bondad de lo que la había tratado en mucho tiempo.

Ahora el dinero, la buena plata, fluía de sus manos. No tenía solamente que pagar las horas que pasaba con la muchacha, sino también sus caprichos, que ella imponía mimosamente. A veces suspiraba, murmurando lo mismo que si el corazón se le partiese bajo el peso de su deseo:

—¡Ay de mi, ..., ay de mi!

Y cuando él inquiría, habiendo aprendido al fin a hablar en su presencia: "¿Qué te ocurre, corazón mío?", ella contestaba:

—Hoy no me traes alegría, porque Jade Negro, la que está frente a mí al otro lado del salón, tiene un amante que le ha dado un agujón de oro para el cabello y yo poseo únicamente uno de plata, y tan viejo...

Y entonces Wang Lung no podía hacer otra cosa que murmurar, mientras le apartaba la negra onda de su cabello para verle las orejas chi-

quitas, de largos lóbulos:

–Yo compraré un agujón de oro para el cabello de mi joya.

Ella le había enseñado todos estos nombres de amor como se enseña a un niño a pronunciar palabras nuevas. Le había enseñado a decírselos y él no se cansaba nunca de repetirlos, y aun cuando los repetía le parecían insuficientes a él, cuyo lenguaje se había limitado siempre a la tri-lla y a la siembra, al sol y a la lluvia.

Y así la plata fue saliendo de la pared y del saco, y O-lan, que en otros tiempos le habría dicho fácilmente: "¿Y para qué sacas la plata?", ahora no decía nada, observándole sólo desoladamente, sabiendo que vivía una vida aparte de ella y aun aparte de la tierra, pero sin saber qué vida era. Se había sentido temerosa de él desde aquel día en que Wang Lung advirtió que ella no poseía belleza alguna de cabello o de cuerpo, y no se atrevía a preguntarle nada porque ahora su cólera estaba siempre pronta a estallar contra ella.

Un día, cuando Wang Lung regresaba a su casa a través de los campos, llegó cerca de donde ella estaba lavando la ropa en el pantano. Permanció allí un momento silenciosamente y luego le dijo con rudeza, y esta rudeza era porque estaba avergonzado y no quería reconocerlo:

–¿Dónde están aquellas perlas que tenías?

Y ella le contestó tímidamente, alzando los ojos del margen del pantano y de las ropas que estaba batiendo contra una piedra llana:

–¿Las perlas? Las tengo.

Y él murmuró, sin mirarla a ella, sino a sus manos arrugadas:

–No tiene sentido guardar perlas para nada.

Entonces ella dijo lentamente:

–Pensé que quizás algún día podría hacerlas engarzar en unos pendientes,.. –y temiendo la risa de él, continuó–: Podría dárselos a la hija pequeña cuando se case.

Wang Lung le respondió con firmeza, tratando de endurecerse el corazón:

–¿Para qué tiene ésa que llevar perlas, con la piel más negra que la tierra? ¡Las perlas son para las mujeres blancas! Y tras un instante de silencio, gritó de pronto:

–¡Dámelas! Las necesito.

Lentamente, O-lan llevó a su seno la mano húmeda y arrugada, sacó el pequeño paquete y se lo dio, mirándole cómo lo desenvolvía; y las perlas aparecieron en la mano de Wang Lung jugando suavemente con la luz del sol, y Wang Lung se rió.

Pero O-lan volvió a batir la ropa, y cuando las lágrimas cayeron lenta y pesadamente de sus ojos, no las enjugó con la mano, sino que continuó

batiendo más vigorosamente, con su pala de madera, la ropa extendida sobre la piedra llana.

XX

Y así hubieran podido continuar las cosas, hasta terminarse la plata, si el tío de Wang Lung no hubiese regresado súbitamente sin explicar de dónde venía ni lo que había hecho. Apareció en la puerta como si hubiese caído de una nube, con las ropas harapientas, desabrochadas y mal sujetas, como de costumbre, y el rostro igual que siempre, pero arrugado y endurecido por el sol y por el viento. Sonrió anchamente a la familia, reunida en torno de la primera comida del día, y Wang Lung se quedó con la boca abierta, pues tenía olvidado que su tío vivía y creía tener a un muerto ante sí. El viejo, su padre, pestañeó y escudriñó al recién llegado, sin reconocerlo hasta que éste gritó:

–¡Bien, Hermano Mayor, y su hijo, y sus hijos!

Entonces Wang Lung se levantó del asiento, consternado en el fondo de su alma, pero cortés en sus maneras y en su voz, y dijo:

–Bien, tío, ¿habéis comido?

–No –replicó su tío ligeramente–, pero comeré con vosotros.

Sentóse a la mesa y se acercó una escudilla y un par de palillos y se sirvió en abundancia arroz, pescado seco, zanahorias saladas y judías. Comió con enorme apetito y nadie habló una palabra hasta que hubo dado fin de tres escudillas llenas de finas gachas de arroz, rompiendo con rapidez entre los dientes las espinas del pescado y los granos de las judías. Y cuando hubo comido dijo simplemente, como si fuera su derecho:

–Ahora dormiré, porque hace tres noches que no duermo.

Entonces, ofuscado y sin saber qué otra cosa hacer, Wang Lung le condujo a la cama de su padre, y su tío levantó la colcha y palpó la ropa buena y el pulcro algodón y dio una mirada a la armadura de la cama y a la mesa y a la gran silla de madera que Wang Lung había comprado para el cuarto de su padre, y dijo:

–Bueno, yo había oído que erais ricos, pero no sabía que lo fueseis tanto.

Y se echó sobre la cama, tapándose con la colcha a pesar del calor que hacía; y usándolo todo como si le perteneciese, se quedó dormido sin decir más.

Wang Lung regresó al cuarto central lleno de consternación, pues le constaba que ya no podría sacar al tío de su casa ahora que éste sabía

que Wang Lung podía alimentarle. Y Wang Lung pensó en esto y pensó en la mujer de su tío con espanto, pues adivinaba que ahora irían a su casa y que nada les detendría.

Y tal como lo temía, así sucedió. Al mediodía, su tío se desperezó al fin en la cama, bostezó tres veces ruidosamente, salió de la habitación ajustándose las ropas y le dijo a Wang Lung:

—Ahora iré a buscar a mi mujer y a mi hijo. Somos tres bocas, y en esta gran casa tuya no se echará a faltar lo que comamos y las pobres ropas que llevemos.

Wang Lung no podía hacer otra cosa que contestar con miradas téticas, pues para el hombre que tiene medios sobrados es una vergüenza que arroje de su casa al hermano y al sobrino de su propio padre. Y Wang Lung sabía que si hiciera esto le serviría de oprobio ante los ojos del pueblo, donde, debido a su prosperidad, era ahora respetado. Pero dió orden a los trabajadores de instalarse por completo en la casa vieja para que quedasen libres las habitaciones junto a la entrada, y en éstas entró su tío aquella misma noche trayendo consigo mujer e hijo. Wang Lung estaba colérico en extremo y más colérico aún porque no lo podía demostrar, sino que tenía que acoger con sonrisas a sus parientes y darles la bienvenida, aunque cuando veía la cara mofletuda y lisa de la mujer de su tío le parecía que iba a estallar de ira, y cuando veía la cara insolente y pícara del hijo de su tío tenía que hacer un verdadero esfuerzo para no abofetearla. Y durante tres días no apareció por la ciudad debido a su cólera.

Entonces, cuando ya se habían acostumbrado a lo sucedido y O-lan le había dicho: "Cesa de estar enojado, no nos queda más remedio que sufrirlos", y Wang Lung vio que su tío y la mujer y el hijo de su tío serían suficientemente corteses a fin de asegurarse la comida y la casa, sus pensamientos volvieron con más violencia que nunca hacia Loto y exclamó para sí:

"Cuando un hombre tiene su casa llena de perros salvajes debe ir a buscar la paz en otro sitio."

Y toda la fiebre y la angustia de antes volvió a tomar posesión de él y todavía su amor no podía ser saciado.

Ahora bien, lo que O-lan no había sabido ver por la simplicidad de su espíritu, ni el viejo por sus años, ni Ching por lealtad, la mujer del tío de Wang Lung lo descubrió en seguida, y exclamó con la risa bailándole en los ojos:

—¡Ahora Wang Lung está tratando de cortar una flor en algún sitio!

Y cuando O-lan se la quedó mirando humildemente, sin comprenderla, se rió y dijo de nuevo:

—Hay que abrir el melón por la mitad para que tú puedas ver las simientes, ¿no es eso? Pues bien, claramente: ¡tu marido está loco por otra mujer!

Wang Lung oyó a través de la ventana de su cuarto como la mujer de su tío decía esto en el patio, cierta mañana en que él yacía en la cama medio adormilado y consumido de amor. Despertóse rápidamente, asombrado de la sagacidad de la mujer, y continuó escuchando mientras la voz fluía de su garganta como aceite:

—Bueno, yo he visto a muchos hombres, y cuando uno empieza a cepillarse el pelo, a comprarse trajes nuevos y a llevar de pronto zapatos de terciopelo, es que hay una mujer de por medio y no cabe duda alguna...

Entonces se oyó la voz de O-lan, rota y confusa, y Wang Lung no pudo oír lo que decía, pero la mujer de su tío continuó diciendo:

—Y no hay que pensar, pobre tonta, que una sola mujer sea suficiente para ningún hombre, y si esa mujer se ha consumido y agotado trabajando para él, entonces le es menos que suficiente. Sus pensamientos huyen hacia otra parte con mayor rapidez, y tú, pobre tonta, no has podido nunca llenar la fantasía de ningún hombre ni has sido para el tuyo otra cosa que una bestia de trabajo. Y no debes quejarte si ahora que tiene dinero compra a otra mujer y la trae a su casa, pues todos los hombres son iguales y lo mismo hubiera hecho el mío si hubiese podido, pero el infeliz no ha tenido nunca bastante plata ni siquiera para comer.

La mujer dijo esto y más, pero Wang Lung ya no lo oyó por que su pensamiento se detuvo aquí. Súbitamente veía ahora de qué manera podría saciar su hambre y su sed de la mujer que amaba. La compraría y la llevaría a su casa y sería su único dueño para que ningún hombre pudiese ir a ella y así le sería posible comer y beber y saciarse de su amor.

Levantóse inmediatamente de la cama y le hizo seña en secreto a la mujer de su tío, y cuando ella le hubo seguido más allá de la entrada, donde nadie podía oírle, le dijo:

—Estuve escuchando y oí lo que decíais en el patio. Tenéis razón: la mujer que tengo no me basta, y ¿por qué no he de tener otra, puesto que poseo tierra suficiente para alimentarnos todos?

Ella contestó vehementemente:

—¿Y por qué no, en verdad? Así lo han hecho todos los hombres que han prosperado. Solamente el pobre se ve reducido a beber de un solo vaso.

Habló así sabiendo lo que él respondería, y Wang Lung dijo tal como

esperaba:

–¿Pero quién negociará el asunto por mí y será mi mediador? Un hombre no puede ir a una mujer y decirle: "Ven a mi casa".

Al oír esto, ella dijo instantáneamente:

–Deja este asunto en mis manos. Dime solamente de qué mujer se trata y yo lo arreglaré todo.

Entonces Wang Lung contestó de mala gana y tímidamente, porque jamás había pronunciado su nombre en voz alta delante de nadie:

–Es la mujer llamada Loto.

Le parecía a Wang Lung que todo el mundo tenía que haber oído hablar de Loto, olvidando que sólo dos lunas atrás él mismo ignoraba su existencia. Se mostró impaciente, por lo tanto, cuando la mujer de su tío inquirió:

–¿Y dónde vive?

–¿Donde ha de vivir –repuso él con aspereza– sino en la gran casa de té de la calle principal de la ciudad?

–¿Esa que se llama "Casa de las Flores"?

–¿Y qué otra? –repuso Wang Lung.

La mujer musitó un momento, mientras se tiraba del labio inferior, y al fin dijo:

–No conozco a nadie allí. Tendré que buscar un medio... ¿Quién es el guardián de esa mujer?

Y cuando Wang Lung le dijo que era Cuckoo, la que había sido esclava de la casa grande, ella se rió y dijo:

–¡Ah! ¿Con que aquélla? ¿Es a eso a lo que se dedicó después que el Anciano Señor se le murió en su cama una noche? Bueno, es algo digno de ella.

Entonces rió otra vez, con un cacareante "¡Eh, eh, eh!", y dijo descuidadamente:

–¡Con que aquélla! Pues el asunto es realmente fácil. Todo se allanará. ¡Aquélla! Aquélla movería las montañas si le ponen en la mano dinero suficiente.

Y al oír esto, Wang Lung sintió que la boca se le secaba de pronto y la voz le salió como un murmullo:

–¡Plata, pues! ¡Plata y oro! ¡Cualquier cosa, hasta el precio de mi tierra! Entonces, debido a una extraña y contraria fiebre amorosa, Wang Lung no quiso volver a la casa de té hasta que todo se hubiera arreglado. Para sí mismo decía:

"¡Y si no quiere venir a mi casa y ser para mí únicamente, que me corten el cuello si he de volver donde está ella!"

Pero al pensar las palabras: "Si no quiere venir", el corazón se le para-

ba de angustia y tenía que correr continuamente a la mujer de su tío y decirle:

–Que por falta de dinero no se cierre la entrada.

Y de nuevo repetía:

–¿Le habéis dicho a Cuckoo que tengo el oro y la plata que necesite?

Y volvía a insistir:

–Decidle que no tendrá que hacer trabajo alguno en mi casa y que vestirá de seda y podrá comer aletas de tiburón todos los días si lo desea...

Hasta que al fin la mujer se impacientó y le chilló girando los ojos:

–¡Basta y basta! ¿Soy yo una imbécil o es ésta la primera vez que compongo a un hombre y a una mujer? Déjame tranquila y yo lo arreglaré.

Ya les he dicho todo eso muchas veces.

Y a Wang Lung no le quedó otra cosa que hacer que morderse las uñas y mirar la casa como Loto la miraría, y dio órdenes a O–lan de hacer esto y lo otro, de barrer, de lavar, de cambiar de sitio sillas y mesas hasta que la pobre mujer se aterrorizó, pues bien sabía ahora, aunque él no daba explicaciones, lo que iba a suceder.

Ahora a Wang Lung le era insoportable dormir en compañía de O–lan, y se dijo que con dos mujeres en la casa hacían falta más habitaciones y otro patio y que debía haber un sitio donde él pudiera aislarse con su amor. Así es que, mientras esperaba que la mujer de su tío terminase el negocio, llamó a sus trabajadores y les ordenó construir otro patio detrás del cuarto central, y en torno a este patio edificar tres cuartos, uno grande y dos pequeños. Y los trabajadores le miraron con asombro, pero no se atrevieron a replicar y él no les explicó nada, sino que se puso a dirigirlos él mismo para no tener que hablar de lo que hacía ni siquiera con Ching. Y los hombres cogieron tierra de los campos y levantaron las paredes, y Wang Lung mandó a buscar tejas a la ciudad para cubrir el techo.

Entonces, cuando estas cosas estuvieron terminadas y la tierra del suelo apretada y lisa, hizo traer ladrillos y los hombres los colocaron unos junto a otros soldándolos con arcilla, y las tres habitaciones de Loto tuvieron un buen pavimento enlosado. Luego Wang Lung compró tela encarnada para hacer las cortinas de las puertas, y una mesa nueva y dos sillas talladas para colocar a cada lado, y dos rollos de papel en el que había pintados pintorescos paisajes, para colocarlos en la pared, detrás de la mesa.

Y compró una caja redonda, de laca roja y con tapa, puso en ella pasteles de ajonjolí y dulces mantecosos y colocó la caja sobre la mesa. Entonces compró la cama, una cama tallada, ancha y profunda, bastante grande para un cuarto relativamente pequeño, y también compró corti-

nas floreadas con que adornarla. Pero para todo esto le daba vergüenza requerir la ayuda de O-lan, así es que la mujer de su tío venía por las noches y hacía todas esas cosas que un hombre es demasiado torpe para hacer él mismo.

Entonces todo quedó terminado y no había ya nada por hacer, pero pasó una luna y el asunto no se había arreglado todavía, de manera que Wang Lung se regodeaba solo en el pequeño departamento que había edificado para Loto y pensó en hacer un estanque chiquitito en el centro del patio. Llamó, pues, a un obrero y éste cavó en el suelo, hizo un estanque de tres pies cuadrados que recubrió con losetas, y Wang Lung fue a la ciudad y compró para este estanque cinco peces dorados. Hecho esto, ya no se le ocurrió qué más hacer y esperó otra vez, impaciente y febril.

Durante todo este tiempo no hablaba con nadie, como no fuese para regañar a los chiquillos, si tenían las narices sucias, o para gritarle a O-lan que hacía más de tres días que no se había cepillado el pelo. Hasta que una mañana O-lan rompió a llorar y a sollozar como él jamás la había visto, ni aun en la época en que se morían de hambre. Y Wang Lung exclamó con rudeza:

–¿Y ahora qué pasa, mujer? ¿No puedo decir que te peines esa cola de caballo que tienes por pelo sin que se arme todo este escándalo?

Pero ella no habló más que para repetir una y otra vez, entre gemidos:

–Te he dado hijos... Te he dado hijos,..

Y Wang Lung, inquieto, se calló. Y como se sentía avergonzado ante ella, la dejó sola. Era cierto que ante la ley no tenía queja alguna de su esposa, pues le había dado tres robustos hijos, los tres vivían, y él no tenía más excusa que su deseo.

Y así siguieron las cosas hasta que un día la mujer de su tío le dijo:

–El asunto está arreglado. La mujer que el amo de la casa de té tiene de guardiana hará el negocio por cien piezas de plata en la palma de la mano y de una vez, y la muchacha vendrá por unos pendientes y una sortija de jade, dos trajes de satén, dos de seda, una docena de zapatos y dos colchas de seda para su cama.

De todo esto, Wang Lung sólo oyó lo primero: "El asunto está arreglado", y corrió a la habitación interior, sacó la plata y la puso en manos de la mujer, pero todavía secretamente porque no le gustaba que nadie viese partir así las buenas cosechas de tantos años. Y a la mujer de su tío le dijo:

–Podéis quedaros con diez piezas de plata.

Al oír esto, ella simuló rechazar el regalo y encogiendo sus gruesos hombros y girando la cabeza a un lado y a otro murmuró:

—No, no las cogeré. Somos una misma familia y tú eres mi hijo y yo soy tu madre y lo que hago lo hago por ti y no por la plata.

Pero Wang Lung vio que tenía la mano extendida mientras rehusaba, y vertió en ella la plata con generosidad.

Hecho esto compro cerdo y buey, y pescado exquisito, brotes de bambú y castañas, nidos de pájaros del Sur para hacer sopa, aletas de tiburón y cuantas exquisiteces conocía, y volvió a esperar..., si es que aquella ardiente y turbulenta impaciencia que le consumía podía llamarse espera.

En un día radiante y ardoroso de la octava luna, que es el final del verano, Loto llegó a su casa. Wang Lung la vio desde lejos. Venía en una silla de manos cerrada, que conducían a hombros unos mozos; la silla se movía hacia aquí y hacia allá, serpenteando a través de los estrechos caminos que bordeaban los campos, y detrás de ella seguía la figura de Cuckoo. Entonces Wang Lung tuvo un instante de miedo y se dijo:

"¿Qué es lo que estoy introduciendo en mi casa?"

Y sin casi darse cuenta de lo que hacía entró rápidamente en la habitación donde durante tantos años había dormido con su esposa, cerró la puerta tras él y allí, en la oscuridad del cuarto estuvo esperando lleno de confusión hasta que oyó la voz de la mujer de su tío que lo llamaba a gritos diciéndole que había alguien a la entrada.

Entonces, avergonzado y como si jamás hubiese visto a la muchacha, salió afuera, inclinando la cabeza sobre sus ropas finas y mirando a la izquierda y a la derecha, pero nunca hacia delante. Cuckoo le llamó alegremente, exclamando:

—¡Bueno, y no creía yo que haríamos negocio así!

Y dirigiéndose a la silla de manos, que los hombres habían posado en el suelo, levantó la cortina, hizo restallar la lengua y dijo:

—Sal, mi Flor de Loto, que aquí tienes tu casa y tu señor. Y Wang Lung sudaba de angustia porque veía en el rostro de los hombres muecas de risa, y pensó:

"Bueno, éstos son ganapanes de las calles de la ciudad y gentes despreciables."

Y se indignó consigo mismo porque había enrojecido y el rostro le ardía. La cortina se levantó en aquel momento y Wang Lung vio. Sentada en el umbroso recinto de la silla de manos, pintada y fresca como un lirio, a la joven Loto. Y lo olvidó todo, incluso su ira contra los maliciosos ganapanes de la ciudad, todo menos que había comprado a esta mujer para él solo y que la traía a su casa para siempre, y permaneció rígido y tembloroso mientras ella se levantaba, grácil como una flor sobre la que hubiera pasado la brisa. Entonces, bajo la intensa contemplación de

Wang Luna, Loto tomó la mano de Cuckoo y salió de la silla, manteniendo el rostro inclinado y los ojos bajos y andando cimbreado e inseguro al paso de sus menudos pies, apoyada en Cuckoo. Y al pasar ante Wang Lung no le dirigió la palabra, sino que le dijo a Cuckoo débilmente:

—¿Dónde está mi cuarto?

Entonces la mujer de su tío se colocó al otro lado de la muchacha y entre las dos la condujeron al patio y a las habitaciones que Wang Lung había construido para ella. Y a todo esto, nadie de la casa la vio pasar, pues Wang Lung había mandado a los trabajadores y a Ching a trabajar en un campo lejano aquel día, y O-lan se había ido no sabía adónde, llevándose con ella a los dos pequeños, y los dos mayores estaban en la escuela, y en cuanto a la pobre tonta no veía nunca quién entraba ni quién salía ni conocía más rostros que el de su padre y el de su madre. Pero cuando Loto hubo entrado en su departamento, Cuckoo corrió las cortinas tras ella.

Después de un rato, la mujer del tío de Wang Lung apareció de nuevo, riendo con cierta malicia, y se sacudió las manos como para desembarazarlas de algo que se pegaba a ellas.

—Lo que es ésa, apesta a perfume y a pintura como una cosa mala - dijo riendo todavía. Y luego exclamó con más honda malicia—: ¡No es tan joven como parece, sobrino! Y me atrevería a decir esto: que si no hubiera estado bordeando la edad en que los hombres cesarán pronto de mirarla, es muy probable que ni jade para sus orejas, ni oro para sus manos, ni seda y satén para su cuerpo la habrían decidido a venir a la casa de un labrador. Aunque sea un labrador rico.

Sin embargo, al ver la expresión de cólera que tomaba el rostro de Wang Lung al oír este lenguaje demasiado claro, añadió apresuradamente:

-Pero es hermosa: nunca he visto una mujer más hermosa que ella, y será para ti un dulce como el arroz de ocho frutas que sirven en las fiestas, después de tus años pasados con la huesuda esclava de la Casa de Hwang.

Pero Wang Lung no contestó nada; empezó a moverse de un lado a otro de la casa, a escuchar y a no encontrar reposo. Al fin se atrevió a levantar la cortina roja y a entrar en el patio que había construido para Loto y, de allí, a la habitación en penumbra donde ella estaba; y allí permaneció con ella todo el día hasta la noche.

Durante todo este tiempo, O-lan no había aparecido por la casa. Al rayar el alba cogió una azada de la pared y un poco de comida fría envuelta en una hoja de col y, llamando a los niños, había partido con el-

ellos y aún no estaba de vuelta. Pero cuando cayó la noche entró en la casa seguida de los niños, silenciosa, manchada de tierra y ensombrecida de cansancio. Y sin hablar con nadie fue a la cocina, preparó la cena y la puso sobre la mesa como siempre hacía; luego llamó al viejo y le colocó los palillos en la mano, dio de comer a la pobre tonta y comió ella también un poco con los niños. Entonces, cuando se durmieron y Wang Lung permanecía aun sentado a la mesa, perdido en sus sueños, ella se lavó para la noche y al fin entró en su cuarto y durmió sola en su cama.

Entonces Wang Lung comió y bebió de su amor día y noche. Hora tras hora pasaba en el cuarto donde Loto permanecía echada indolentemente sobre su cama, y no se cansaba de observarla. La muchacha no salía nunca temprano durante los calores del otoño, sino que yacía perezosamente mientras Cuckoo bañaba su frágil cuerpo con agua tibia y le frotaba el cuerpo y el cabello con aceite, y la perfumaba, pues había sido la voluntad de Loto, que Cuckoo permaneciese con ella para su servicio, y como le pagaba pródigamente, la mujer aceptó, contenta de servir a una en vez de a muchas. Y ella y Loto, su señora, habitaron separadas de los otros en el departamento que Wang Lung había edificado.

Durante todo el día, la muchacha permanecía en la fresca penumbra de su cuarto, mordisqueando dulces y frutas, vestida únicamente con ligeras ropas estivales de seda verde, una chaquetilla ceñida que le llegaba hasta la cintura y anchos pantalones; así la encontraba Wang Lung cuando venía a verla y comía y bebía de su amor.

Luego, cuando el sol se ponía, Loto rechazaba su señor con linda petulancia, y Cuckoo la bañaba de nuevo, la perfumaba y ponía ropa fresca de la que le había regalado Wang Lung: suavísima seda blanca junto a su carne y, para el exterior, seda color de melocotón, y para los piecitos, zapatos bordados que Cuckoo le calzaba. Entonces la muchacha salía al patio y examinaba el pequeño estanque con sus cinco peces dorados, y Wang Lung la contemplaba, asombrado de la maravilla que poseía. La muchacha pasaba, cimbreadose, a pasos menudos, y para Wang Lung no había en el mundo belleza mayor que sus piecitos puntiagudos y sus manos finas y frágiles.

Y comió y bebió de su amor y se regaló solo y se sintió saciado.

XXI

No era de suponer que la llegada de Loto y de su servidora Cuckoo a la

casa de Wang Lung pudiera realizarse sin discordia, ya que más de una mujer bajo el mismo techo implica siempre una amenaza de disturbio. Pero Wang Lung no lo había previsto, y aunque se percataba, por la expresión sombría de O-lan y por la acritud de Cuckoo, de que algo sucedía, no hacía caso de ello ni concedía atención a nadie mientras su deseo le poseía.

Pero cuando el día cedía el paso a la noche y la noche al amanecer y Wang Lung veía que era verdad que Loto continuaba en su casa; cuando las lunas se sucedían y ella permanecía allí, al alcance de su mano, su sed de amor calmóse un tanto y vio cosas que nunca había visto.

Vio, primeramente, que existía enemistad entre O-lan y Cuckoo. Esto fue una gran sorpresa para él, pues se hallaba preparado a que O-lan odiase a Loto, habiendo oído decir que estas cosas ocurrían y que incluso algunas mujeres se ahorcaban de una viga cuando el marido traía una segunda mujer a la casa, y otras reñían y le hacían al hombre la vida imposible para vengarse de lo que había hecho, de manera que él se sentía satisfecho de que O-lan fuese al menos silenciosa y no encontrase palabras de acusación contra él. Pero lo que no se había figurado era que aunque O-lan pudiera permanecer callada respecto a Loto, su cólera hallaría una válvula de escape en Cuckoo.

Ahora bien, Wang Lung había pensado solamente en Loto cuando la joven le suplicó:

–Déjeme conservar a esta mujer como mi servidora, ya que estoy sola en el mundo, pues mi padre y mi madre murieron cuando yo no andaba todavía y mi tío me vendió en cuanto vio que era bonita. No he conocido más vida que la que tú sabes, y no tengo a nadie.

Dijo esto vertiendo lágrimas, siempre prontas y brillantes en sus bellos ojos, y Wang Lung no podía negarle nada cuando le miraba así. Además era cierto que la muchacha no tenía a nadie para servirla y que estaba sola en la casa, ya que no era de esperar que Olan se ocupara de ella, puesto que ni le hablaba ni parecía haberse enterado de su presencia en la casa. No quedaba, pues, nadie más que el tío de Loto, y le repugnaba a Wang Lung tenerle allí, entremetiéndose y curioseando por la casa únicamente para que no le faltase a Loto alguien con quien hablar. Así es que consideró conveniente a Cuckoo, pues, de todas maneras, no sabía de ninguna otra mujer que quisiera venir.

Pero parece que cuando O-lan vio a Cuco, encolerizóse en extremo, con una cólera sombría y profunda que Wang Lung no le conocía. Cuckoo estaba dispuesta a que fueran amigas, ya que ella recibía su paga de Wang Lung, pero, no obstante, no olvidaba que en la casa grande ella había compartido la habitación del señor, mientras O-lan era esclava en

la cocina y una entre muchas. Sin embargo, exclamó con bastante cordialidad cuando vio a O-lan:

–Bueno, mi vieja amiga, ya estamos juntas otra vez en una misma casa. Y ahora tú eres ama y primera esposa... ¡Mi madre! ¡Cómo cambian las cosas!

Pero O-lan se la quedó mirando sin responder, y cuando comprendió quién era y lo que hacía, dejó el jarro de agua que llevaba en la mano, fue a la habitación central donde Wang Lung permanecía a veces entre sus horas de amor, y abordándole francamente le preguntó:

–¿Qué hace esa esclava en nuestra casa?

Wang Lung miró al Este y al Oeste. Le hubiera gustado contestar con una ruda voz de amo: "¡Bueno, ésta es mi casa y a quien yo deje entrar en ella, puede entrar en ella! ¿Y quién eres tú para interrogarme?" Pero no podía hablar así, por cierta vergüenza que sentía cuando O-lan estaba ante él. Y esta vergüenza le hacía indignarse consigo mismo, pues cuando analizaba las cosas veía que no tenía por qué sentirla y que él no había hecho más de lo que hacen otros hombres cuando les sobra plata.

Así y todo, no podía hablar, y sólo miraba al Este y al Oeste, pretendía haber perdido la pipa entre sus ropas y rebuscaba en el cinturón. Pero O-lan permanecía allí, esperando una respuesta, y al no recibirla volvió a preguntar con las mismas palabras:

–¿Qué hace esa esclava en nuestra casa?

Entonces Wang Lung, viendo que O-lan exigía una contestación, repuso débilmente:

–¿Y qué te importa a ti?

Y O-lan dijo:

–Durante toda mi juventud tuve que sufrir sus orgullosos desplantes en la casa grande. Entraba en la cocina un sínfin de veces cada día, gritando: "¡Ahora té para el señor!", y "¡Ahora comida para el señor!" Y siempre estaba demasiado fría o demasiado caliente y las cosas estaban mal guisadas y yo era demasiado fea y demasiado lenta y demasiado esto y demasiado aquello...

Pero todavía Wang Lung no contestaba, porque no sabía qué decir. O-lan esperó, y al ver que él no hablaba, lágrimas ardientes acudieron a sus ojos, que guiñó repetidamente para retenerlas, y, no lográndolo, se enjugó los ojos con la punta de su delantal azul, diciendo al fin:

–Es amargo que me ocurra esto en mi propia casa... ¡Y no tengo madre a cuyo hogar acogerme, ni a donde poder ir!

Y como Wang Lung permanecía aún silencioso, fumando la pipa que había encendido, O-lan le miró lastimosamente con sus ojos extraños,

tristes y mudos como los de una bestia que no puede expresarse, y luego se fue, tendiendo las manos para palpar la puerta porque las lágrimas la cegaban.

Wang Lung la miró alejarse, contento de que le dejara solo, pero todavía avergonzado y todavía furioso consigo mismo por su vergüenza. Y se dijo en voz alta, como si discutiera con otra persona:

—¡Bueno! ¡Al fin y al cabo, no he sido malo con ella, y otros hombres hay peores!

Y por último se dijo que O-lan tendría que aguantarse.

Pero O-lan, aunque nada decía, no había dado el asunto por terminado. Por la mañana calentaba agua y se la servía al anciano, y a Wang Lung, si no se hallaba en las habitaciones de Loto, le servía té, pero cuando Cuckoo iba a buscar agua caliente para su señora, encontraba el caldero vacío, y todas sus preguntas y sus exclamaciones no lograban arrancarle a O-lan una respuesta. Entonces no le quedaba a Cuckoo más remedio que calentar ella misma el agua para su señora, si es que había que llevársela; pero a todo esto era ya hora de preparar el almuerzo, no había espacio en el caldero para más agua, y O-lan se dedicaba impasiblemente a sus guisos sin responder nada a Cuckoo, que protestaba:

—¿Y tendrá mi delicada señora que yacer muerta de sed en su cama, esperando el agua caliente?

Pero O-lan no la oía; continuaba echando más hierba y paja en las entrañas del horno, esparciendo el combustible tan cuidadosa y hábilmente como en los viejos tiempos, cuando cada hoja era preciosa por el fuego que significaba. Y Cuckoo tuvo que ir a quejarse a Wang Lung, quien, furioso de que tales cosas nublaran la paz de su amor, reprendió a O-lan, gritándole:

—¿No puedes añadir al caldero un poco más de agua por las mañanas?

Pero ella contestó, con el rostro más sombrío que nunca:

—Yo no soy esclava de esclavas, en esta casa por lo menos.

Entonces una ira irrefrenable tomó posesión de Wang Lung, y cogiendo a O-lan por los hombros la sacudió con fuerza y dijo:

—¡No seas estúpida! El agua no es para la sirvienta, sino para su señora.

O-lan sufrió su violencia mirándole al rostro y dijo simplemente:

—¡Y a esa mujer entregaste mis dos perlas!

Entonces Wang Lung dejó caer las manos, se quedó sin palabras, la cólera huyó de él como por encanto y se fue, lleno de vergüenza, a decirle a Cuckoo:

—Construiré otra cocina y otro horno, en el que podrás cocinar lo que te

plazca. La primera esposa no sabe nada de las exquisiteces que la otra necesita para su cuerpo de flor.... exquisiteces de las que también podrás gozar tú.

De manera que dio orden a los trabajadores de construir un pequeño cuarto y en él un horno de tierra, y compró un buen caldero. Y Cuckoo se sintió contenta porque Wang Lung había dicho: "Podrás cocinar lo que te plazca".

En cuanto a Wang Lung, se dijo que por fin las cosas habían sido arregladas satisfactoriamente, que sus mujeres tenían paz y él podría gozar del amor con tranquilidad. De nuevo le parecía que jamás llegaría a cansarse de Loto, de sus mimos, de la manera en que bajaba los ojos, sobre los que diríanse los párpados pétalos de lirio, y del modo como la risa brillaba en sus pupilas cuando las alzaba para fijarlas en él.

Pero ocurrió que, a pesar de todo, el asunto de la nueva cocina se le convirtió en un aguijón que llevaba clavado en el cuerpo, pues Cuckoo iba a la ciudad cada día y adquiría manjares caros, de los importados de las ciudades del Sur. De algunos de estos manjares él ni siquiera había oído hablar nunca: curiosas nueces, dátiles secos, raros pasteles hechos con harina de arroz, nueces y azúcar rojo, peces de mar, cornudos y extraños y muchas cosas más. Todo esto costaba más dinero de lo que a él le era grato dar, pero así y todo no tanto, tenía el convencimiento, como Cuckoo le decía. Sin embargo, no se atrevía a decirle: "Me estáis comiendo vivo", por temor a que se ofendiera y Loto se enojase con él. Así, pues, aunque de mala gana, no tenía más remedio que llevarse la mano al bolsillo. Y esto constituía para él una verdadera espina, y porque no tenía a nadie a quien quejarse de ella, la punzada le dolía más y más y enfriaba un poco el fuego de su amor hacia Loto.

Pero aún había otro pequeño aguijón, salido del primero, y era que la mujer de su tío, muy aficionada a los buenos platos, frecuentaba a menudo las habitaciones de Loto a las horas de comer, haciéndose allí muy familiar; y le molestaba sumamente a Wang Lung que de entre las personas de su casa, Loto hubiera escogido como amiga a esta mujer. Las tres comían bien y hablaban incesantemente, cuchicheando y riendo; había algo en la mujer de su tío que a Loto le era simpático, y cuando se reunían hallábanse felices y contentas, lo que a Wang Lung no le hacía gracia alguna.

Pero tampoco en esto podía intervenir, pues cuando le dijo a Loto dulcemente: "Loto, mi flor divina, no malgastes tu gentileza con esa bruja. Te necesito yo para solaz de mi corazón, y esa mujer no es más que una criatura falsa y desleal", al decirle esto, Loto se impacientó y contestó irritada:

–Yo no tengo a nadie, ni poseo amigos, y estoy acostumbrada a vivir en una casa alegre, mientras que en la tuya no hay más que la primera esposa, que me odia, y esos chiquillos tuyos que son una plaga para mí. ¡No tengo a nadie!

Y usó sus armas contra él y aquella noche no le permitió entrar en su cuarto, quejándose y diciendo:

–Tú no me amas. Si me amases desearías que fuese dichosa. Entonces Wang Lung, ansioso, sumiso y arrepentido, exclamó:

–Sea como tú quieras y para siempre.

Con lo cual ella le perdonó magnánimamente y él, temeroso de contradecirla, se abstuvo ya de oponerse a sus deseos. Desde entonces, cuando iba a ver a su Loto, si ésta se hallaba charlando, o tomando té, o comiendo algún dulce en compañía de la mujer de su tío, le mandaba esperarla y prescindía de él, y él se marchaba, furioso de que a Loto le molestase su presencia cuando aquella mujer estaba allí, y su amor se enfrió un tanto, aunque él mismo no lo sabía.

Le indignaba, además, que la mujer de su tío comiese los ricos manjares que él compraba para Loto, y que se volviese más gorda y más aceitosa de lo que ya había sido, pero no podía decir nada porque la mujer de su tío, que era muy lista, mostrábase sumamente cortés con ella, generosa en palabras de alabanza y pronta a levantarse en cuanto él entraba en la habitación.

Así, su amor por Loto no era tan absoluto y perfecto como antes había sido, cuando le absorbía totalmente cuerpo y alma, sino que se hallaba enturbiado por pequeños rencores, tanto más agudos cuanto que ya no podía ir ni siquiera a O-lan para desahogar su espíritu, puesto que ahora sus vidas estaban separadas.

Pero, como un campo de abrojos que desparramase sus espinas aquí y allí, una nueva calamidad vino a turbar a Wang Lung. Cierta día, su padre, de quien se hubiera dicho que jamás veía nada, tan aletargado le tenían sus muchos años, se despertó de pronto de su sopor al sol y se encaminó, apoyándose con vacilación en el báculo con cabeza de dragón que Wang Lung le regalara al cumplir los setenta años, hacia la puerta donde una cortina separaba el cuarto principal del patio donde Loto paseaba. El anciano no se había fijado nunca en esta puerta, ni cuando se construyó el patio, y aparentemente tampoco llegó a enterarse de la existencia en la casa de otra persona; por su parte, Wang Lung no le había dicho nunca: "Tengo otra mujer", pues el anciano estaba tan sordo que no acertaba a comprender nada nuevo si antes no había pensado en ello.

Pero aquel día vio, sin razón especial alguna, aquella puerta, y llegán-

dose a ella descorrió la cortina. Era la hora del atardecer, en que Wang Lung paseaba por el patio con Loto, y se hallaban los dos junto al estanque, Loto mirando los peces y Wang Lung mirando a Loto. Cuando el anciano vio a su hijo al lado de una muchacha frágil y pintada, se puso a gritar con su voz aguda y cascada:

—¡Hay una ramera en casa!

Y no hubo modo de hacerle callar, a pesar de que Wang Lung, temeroso de que Loto se encolerizase —pues esta leve criatura podía chillar, gritar y batir las manos violentamente cuando se enfurecía—, se adelantó hacia su padre y le condujo al otro patio, apaciguándole y diciéndole:

—Calmad vuestro corazón, padre mío. No es una ramera, sino una segunda mujer en la casa.

Pero el anciano no se callaba, y hubiera oído, o no, lo que Wang Lung le decía, tornaba a repetir una y otra vez:

—¡Aquí hay una ramera!

Y al ver a Wang Lung a su lado exclamó de pronto:

—¡Yo tuve una sola mujer y mi padre tuvo una sola mujer, y labramos la tierra!

Y pasados unos instantes, gritó de nuevo:

—¡Digo que es una ramera!

Así despertó el anciano del agitado sopor de su vejez: con una especie de odio astuto hacia Loto. A veces iba a la puerta de su patio y gritaba al vacío:

—¡Ramera!

O apartaba la cortina y escupía furiosamente sobre las losetas. O buscaba piedrecillas y las lanzaba con toda la fuerza de sus débiles brazos dentro del estanque, para asustar a los peces. Expresaba su furor por todos los medios tortuosos de un chiquillo malo.

Y esto también era un motivo de perturbación en la casa de Wang Lung, ya que le avergonzaba reprender a su padre y, al mismo tiempo, temía la cólera de Loto, pues había descubierto que la muchacha era de un genio vivo que se inflamaba pronto. Y esta ansiedad continua para evitar que el anciano la enfureciese, acababa por fatigarle y era una cosa más que hacía de su amor una carga.

Un día oyó un chillido en las habitaciones de la muchacha y acudió presuroso, habiendo reconocido la voz de Loto. Entró y encontró allí que los dos pequeños, el niño y la niña nacidos a la vez, habían llevado entre los dos a las habitaciones de Loto a la hija mayor, a la pobre tonta. Ahora bien, los cuatro niños sanos sentían una constante curiosidad por aquella dama que vivía apartada en sus habitaciones, pero los dos mayores mostrábanse conscientes y tímidos, y sabían perfectamente por

qué estaba allí y lo que su padre tenía que ver con ella, aunque jamás la nombraban, como no fuera entre ellos y en secreto. Pero los dos pequeños nunca veían saciada su curiosidad, ni daban por concluidas sus miradas y sus exclamaciones, olfateando el perfume que llevaba Loto y metiendo los dedos en los platos que sacaba Cuckoo de su cuarto después que ella había comido.

Loto se había quejado muchas veces a Wang Lung de que sus chiquillos eran una plaga para ella, manifestando su deseo de que los encerrase para que no la molestaran, pero Wang Lung no estaba dispuesto a ello y le había contestado en broma:

–Bueno, les gusta mirar una cara bonita tanto como a su padre.

Y no hizo otra cosa sino prohibirles entrar en las habitaciones de Loto, y cuando él los veía se abstenían de hacerlo, pero cuando no los veía entraban y salían de ellas secretamente. Pero la hija mayor no sabía nada de nada y no hacía sino sentarse al sol, contra la pared del primer patio, y jugar con su trocito de tela retorcida.

Aquel día, sin embargo, hallándose los dos mayores en el colegio, los pequeños habían concebido la idea de que la tonta también tenía que ver a la hermosa dama, y cogiéndola por las manos la llevaron a su patio, donde Loto, que jamás la había visto, se la quedó mirando llena de asombro. Ahora bien, cuando la tonta vio la brillante seda de la túnica de Loto, y la vívida luz del jade de sus pendientes, sintióse poseída de una extraña alegría, tendió la mano para coger aquellos brillantes colores y se rió en voz alta, con una risa inexpresiva que era sólo sonido. Y Loto, asustada, había dado un grito que atrajo a Wang Lung; y en pie ante él, temblando de furor, agitando sus pequeños pies en menudos saltitos y señalando con un dedo tembloroso a la pobre tonta, que no cesaba de reír, Loto exclamó:

–¡Me niego a permanecer en esta casa si ésa vuelve a acercárseme! ¡No me habían dicho que tendría que soportar a malditos idiotas, y si lo hubiera sabido no estaría aquí! ¡Asquerosos hijos tuyos!

Y le dio un empujón al muchachito boquiabierto que se hallaba cerca de ella agarrado de la mano de su hermana gemela.

Entonces despertó en Wang Lung su dignidad herida, pues amaba a sus hijos, y exclamó ásperamente:

–¡No toleraré que se maldiga a mis hijos, ni siquiera a mi pobre tonta! No lo toleraré de nadie y menos de ti, que no tienes hijo en el vientre para ningún hombre!

Y agrupando a los niños, les dijo:

–Ahora salid, hijos míos, y no volváis a las habitaciones de esta mujer porque no os quiere, y si no os quiere a vosotros tampoco quiere a

vuestro padre.

Y a la hija mayor le dijo con gran dulzura:

–Y tú, mi pobre tonta, vuelve a tu sitio al sol.

La muchacha sonrió y Wang Lung la cogió por la mano y salió con ella. Porque lo que más le dolía era que Loto se hubiera atrevido a maldecir a esa hija suya y a llamarla idiota, y una nueva opresión de pena por la niña se apoderó de él, tanto que en dos días no pudo acercarse a Loto, y se dedicó a jugar con los niños y fue a la ciudad y compró un aro de caramelo para su pobre tonta, sintiéndose algo consolado por el placer que la niña hallaba en aquel dulce pegajoso.

Y cuando volvió a Loto, ninguno de los dos mencionó los días de ausencia, y Loto tuvo especial cuidado en ser agradable y gentil con él.

Cuando entró en su habitación estaba tomando té con la mujer de su tío y se excusó en seguida diciéndole a ésta:

–Aquí está mi señor y he de ser obediente con él porque ése es mi gusto.

Y permaneció en pie hasta que la mujer se marchó.

Entonces se acercó a Wang Lung y, tomándole una mano, la llevó a su rostro mimosamente. Pero Wang Lung, aunque la amaba de nuevo, no la amaba de un modo tan absoluto como antes, ni ya volvió a amarla así.

Llegó un día en que el verano se terminó y el cielo aparecía por la mañana claro, frío y azul como agua de mar. Un viento de otoño soplaba sobre la tierra, y Wang Lung despertó de su sueño.

Fue a la puerta de su casa y miró hacia sus campos. Y vio que las aguas habían retrocedido y que la tierra brillaba bajo el viento seco y frío y el sol ardiente.

Entonces, una voz gritó en él, una voz más honda que su amor gritó en él reclamando la tierra. Y él la escuchó por encima de todas las otras voces de su vida, y despojándose de su larga túnica, quitándose los zapatos de terciopelo y las medias blancas, se arrolló los pantalones hasta la rodilla y, adelantándose ansioso y decidido, gritó:

–¿Dónde está la azada y dónde el arado? ¿Y dónde está la simiente para plantar el trigo? Ven, Ching, amigo mío, ven... Llama a los hombres... ¡Me voy a la tierra!

XXII

Como se había curado de su dolor de espíritu al regresar de la ciudad del Sur y de las amarguras que allí sufriera, así Wang Lung sentíase

ahora curado de la tortura de su amor por la buena y oscura tierra de sus campos. Y sintió con delicia el suelo húmedo bajo sus pies y aspiró el olor de la tierra que subía de los surcos abiertos por él para la siembra. Dio órdenes a los trabajadores y llevaron a cabo una buena jornada de labor, arando aquí y allá. Marchaba él el primero tras los bueyes, haciendo restallar el látigo sobre sus lomos y mirando aparecer el hondo rizo de tierra según el arado se hundía en el suelo. Luego llamó a Ching y le entregó las cuerdas y él cogió una azada y comenzó a romper los terrones convirtiéndolos en fina y arcillosa materia, suave como azúcar moreno y todavía ennegrecida por la humedad de la tierra. Hacía esto por el puro gozo que le proporcionaba y no por necesidad alguna, y cuando la fatiga le venció tendióse a dormir en el suelo y la salud de la tierra se filtró en su carne y se sintió curado de su angustia.

Cuando llegó la noche y el sol se ocultó entre fulgores, sin una sola nube que lo velase, Wang Lung entró en su casa con el cuerpo dolorido, rendido y triunfante, y describiendo la cortina penetró en el segundo patio, donde Loto paseaba vestida de seda. Al verle todo manchado de tierra, gritó escandalizada, estremeciéndose cuando Wang Lung se acercó a ella.

Pero él se echó a reír y, tomando sus delicadas manitas entre las suyas terrosas, se rió de nuevo y dijo:

—¡Ahora ves que tu señor no es nada más que un labrador, y tú la esposa de un labrador!

A lo cual ella repuso vivamente:

—¡Sé tú lo que quieras, pero yo no soy la esposa de un labrador!

Wang Lung se rió otra vez y se alejó de ella fácilmente.

A la hora de la cena comió su arroz tal como estaba, sucio todavía de su labor en la tierra, y aun para acostarse se lavó de mala gana. Pero al lavar su cuerpo se rió otra vez, porque ahora no se lavaba para mujer alguna y se sentía libre.

De pronto le pareció a Wang Lung que había estado ausente largo tiempo y que tenía infinitas cosas por hacer. La tierra reclamaba labranza y siembra, y día tras día él trabajaba en ella mientras la palidez con que su verano de pasión le había pintado el rostro se transformaba en un tostado oscuro bajo los rayos del sol; mientras sus manos, que habían perdido sus rudas callosidades en la ociosidad del amor, se endurecían de nuevo donde la azada las rozaba y las marcaba el arado.

Cuando regresaba, atardecido o de noche, comía bien de los alimentos que O-lan le preparaba: buen arroz, col y judías, y buenos ajos con pan de trigo. Y si Loto se tapaba su pequeña nariz cuando él llegaba protestando de su tufo, él se reía, le tenía sin cuidado y expelía su fuerte

aliento, que Loto tenía que soportar como pudiera, pues estaba decidido a comer lo que le viniese en gana. Y ahora que de nuevo rebosaba salud y estaba libre de la angustia de su amor, podía ir a ella y saciarse de ella y volverse hacia otras cosas.

Esas dos mujeres ocuparon, pues, sus respectivos puestos en su casa: Loto para satisfacer su complacencia en la belleza y la exquisitez, en la delicia de su puro sexo, y O-lan como su mujer de trabajo, como la madre de sus hijos, que cuidaba su casa y le daba de comer a él, a su padre y a sus criaturas. Y era para Wang Lung un orgullo que en el pueblo los hombres hablasen con envidia de su segunda mujer, como si fuera una joya rara o un juguete costoso, inútil, pero signo y símbolo de que un hombre había pasado más allá de las necesidades materiales y podía gastar su dinero en placeres si éste era su deseo.

Y el primero en loar su prosperidad entre los hombres del pueblo era su tío, que le halagaba ahora como un perro en busca de favor, y decía:

—Mi sobrino tiene una mujer para su solaz como ninguno de nosotros hemos ni siquiera visto, y va ataviada con trajes de seda y de satén como una señora de casa grande. Yo no la he visto, pero mi mujer me lo explica.

Y repetía:

—Mi sobrino, el hijo de mi hermano, está fundando una gran casa, y sus hijos serán los hijos de un hombre rico y no tendrán que trabajar toda su vida.

Los hombres del pueblo, pues, miraban a Wang Lung con un respeto que iba en aumento, y le hablaban no como a uno de ellos, sino como a persona de posición que habitaba una gran casa, y le pedían dinero prestado, con intereses, y consejo sobre el matrimonio de sus hijos e hijas, y si dos entablaban una disputa por los linderos de un campo, se le pedía a Wang Lung que decidiera y su decisión era aceptada fuese cual fuese.

El amor que había tenido a Wang Lung enteramente absorbido, le tenía ahora satisfecho y se ocupaba en muchas cosas. Las lluvias regaban en la época oportuna, el trigo germinaba y crecía, el año avanzaba hacia el invierno y Wang Lung llevó sus cosechas al mercado, pues siempre retenía el grano hasta que los precios eran elevados. Y esta vez se llevó con él a su hijo mayor.

El orgullo que le es dado a un hombre cuando ve a su primogénito leer en voz alta las letras escritas en un papel, y manipular la tinta y el pincel escribiendo lo que ha de ser leído por otros, este orgullo Wang Lung lo conocía ahora. Orgullosamente vio ocurrir esta escena y no se rió cuando los escribientes que antes se habían burlado de él exclamaban

ahora:

—¡Buena letra tiene el muchacho! Es muy inteligente.

No, Wang Lung no demostraría que era nada extraordinario que él poseyese un hijo así, aunque cuando el muchacho dijo vivamente mientras leía: "Aquí hay una letra que tiene la radical de la madera en vez de tener la radical del agua", su corazón casi reventó de orgullo y tuvo que darse vuelta, toser y escupir en el suelo para disimular. Y cuando un murmullo se levantó de los escribientes ante la sabiduría de su hijo, él exclamó tan sólo:

—¡Cámbialo, pues! Nuestro nombre no firmara nada mal escrito.

Y contempló lleno de orgullo cómo su hijo tomaba el pincel y cambiaba el signo equivocado.

Cuando hubo terminado y su hijo escribió el nombre de su padre en el acta de venta del cereal y en el recibo del dinero, los dos se dirigieron a casa juntos, padre e hijo, y el padre pensó que ahora su hijo era un hombre y su primogénito, y que tenía que hacer por él lo que debía y escogerle una esposa a quien prometerle para que el muchacho no tuviera que ir mendigando a una gran casa, como él había hecho, y aceptar lo que nadie quería, pues su hijo era el hijo de un hombre rico que poseía tierras.

Wang Lung se dedicó, pues, a la busca de una doncella que pudiera ser la esposa de su primogénito, pues no quería para él una mujer común y vulgar. Le habló a Ching del asunto una noche, cuando los dos se hallaban solos en el cuarto central haciendo cálculos sobre lo que necesitaban comprar para la siembra de primavera y sobre lo que tenían de siembra propia. Le habló de ello sin esperar gran ayuda, pues sabía que Ching era demasiado simple, pero, así y todo, le conocía bien, sabía que era leal como un perro con su amo, y era un consuelo poderle descubrir sus pensamientos.

Ching permanecía humildemente en pie mientras Wang Lung se sentaba a la mesa, pues a pesar de la insistencia de éste no quería, ahora que Wang Lung era rico, sentarse en su presencia, como si fueran dos iguales, y le escuchaba atentamente mientras él hablaba de su hijo y de la doncella que buscaba. Cuando Wang Lung hubo concluido, Ching suspiró y dijo con su voz vacilante que era como un murmullo:

—Si mi pobre hija estuviera aquí, y sana, podrías tomarla por nada y con mi gratitud encima, pero no sé dónde está y puede que esté muerta y yo no lo sepa.

Entonces Wang Lung le dio las gracias, pero calló lo que pensaba: que para su hijo era preciso una mujer mucho más elevada que la hija de Ching, quien, aunque buen hombre, era tan sólo un común labrador de

tierra ajena.

Wang Lung, pues, guardó su propio consejo y sólo escuchaba aquí y allá, en la casa de té, las conversaciones en que se hacía referencia a doncellas o a hombres prósperos de la ciudad que tenían hijas casaderas. Pero a la mujer de su tío no le dijo nada, ocultándole sus propósitos, pues si bien sus servicios le fueron útiles cuando él quiso para sí una mujer de la casa de té, siendo persona indicada para una cosa de esta índole, en el asunto de su hijo no quería la intervención de la mujer de su tío, que no podía conocer a nadie digno de su primogénito.

El año se vistió de nieve y de invernal crudeza, llegaron las fiestas de Año Nuevo y en la casa de Wang Lung se comió y se bebió, y llegaron hombres, no solamente del campo, sino también de la ciudad, para felicitar a Wang Lung, hombres que le decían:

–Bueno, no podemos desearos fortuna mayor que la que tenéis: hijos en la casa, mujeres, dinero y tierras.

Y Wang Lung, vestido con su túnica de seda, con sus hijos bien ataviados a cada lado de él, y ante ellos la mesa llena de ricos pasteles, de simientes de sandía y de nueces; con las puertas de su casa adornadas con insignias de papel rojo, símbolo del nuevo año y de la futura prosperidad, consideró que realmente su fortuna era buena.

Pero el año avanzó hacia la primavera, los sauces verdearon ligeramente, los melocotoneros se llenaron de flores rosadas y Wang Lung no había encontrado todavía la prometida para su hijo.

La primavera se presentó con sus días largos y templados, llenos del perfume de los cerezos y los ciruelos en flor; los sauces abrieron plenamente sus hojas, los árboles se cubrieron de verde follaje, la tierra apareció húmeda y vaporosa, grávida de fruto, y el primogénito de Wang Lung cambió de pronto y cesó de ser un niño. Tornóse caprichoso y petulante, se negaba a comer esto y comer lo otro, se cansó de sus libros y Wang Lung se alarmó, no sabiendo cómo explicarse este cambio, y habló de llamar a un médico.

No había modo de corregir al muchacho, pues si su padre le decía con mimo: "Come de esta carne y de este buen arroz", negábase con terquedad y melancolía, y si Wang Lung se enojaba, echábase a llorar y salía corriendo de la habitación.

Wang Lung estaba atónito y no sabía cómo explicarse todo esto, así es que siguió al muchacho y le dijo con tanta dulzura como le fue posible:

–Yo soy tu padre y puedes decirme lo que te pasa.

Pero el muchacho no hizo sino llorar y mover la cabeza violentamente.

Además, le cobró antipatía a su viejo maestro; por las mañanas se negaba a levantarse del lecho para ir a la escuela y Wang Lung tenía que

gritarle e incluso pegarle a veces, y entonces partía, hosco y mohíno, y pasaba el día entero vagando por las calles de la ciudad sin que Wang Lung se enterase hasta la noche, cuando el hijo segundo decía rencorosamente:

–El hermano mayor no vino hoy a la escuela.

Wang Lung se enfurecía con su primogénito y gritaba:

–¿Es que tengo que gastar la buena plata en balde?

Y, en su cólera, lanzábase sobre el muchacho con una caña de bambú y le pegaba hasta que O-lan, la madre del muchacho, le oía y salía corriendo de la cocina para interponerse entre padre e hijo, de manera que los golpes llovían sobre ella a pesar de los esfuerzos de Wang Lung por alcanzar a su hijo. Y lo curioso era que si bien se echaba a llorar por la menor represión, el muchacho aguantaba estas palizas con el bambú sin chistar, pálido y demudado como una imagen. Y Wang Lung no sabía cómo explicárselo por más que pensaba en ello día y noche.

Meditando estaba sobre ello cierta noche después de cenar, pues durante el día le había pegado a su hijo por no ir a la escuela, cuando O-lan entró en el cuarto. Entró silenciosamente y se detuvo delante de Wang Lung, quien vio que tenía algo que decirle, por lo que exclamó:

–Dime, pues. ¿De qué se trata, madre de mi hijo?

Y ella respondió:

–Es inútil que le pegues al muchacho como lo haces. Yo he visto sucederles esto a los jóvenes señores de la casa grande: se ponían tristes y melancólicos, y entonces al Anciano Señor les buscaba esclavas, si es que ellos no las habían buscado por su cuenta, y todo pasaba fácilmente.

Pero no es necesario que esto ocurra –contestó Wang Lung rebatiendo su argumento–. Cuando yo era muchacho no tenía esas melancolías, y esos llantos, y esas rabietas, y tampoco tenía esclavas.

O-lan esperó y luego repuso lentamente:

Yo tampoco lo he visto ocurrir así, excepto con los jóvenes señores. Tú trabajabas la tierra, pero él es como un señor y no hace nada en la casa.

Wang Lung quedó sorprendido, pues veía que no dejaba de existir verdad en todo esto. Era cierto que cuando él era muchacho no tenía tiempo para dejarse arrastrar por melancolías, pues tenía que levantarse al amanecer para echar la comida al buey y luego salir con azada y arado a trabajar hasta quebrarse el espinazo. Y si lloraba podía llorar, pues nadie le oía, y si sentía deseos de escapar, como su hijo se escapaba de la escuela, no podía realizarlo porque a su regreso no hubiera hallado nada que comer, de manera que se veía forzado a trabajar. Re-

cordó todo esto y se dijo para sus adentros:

"Pero mi hijo no es así. El es más delicado de lo que yo era, y su padre es rico y el mío era pobre. Su trabajo no es necesario porque ya tengo quien trabaje en mis campos, y además no es posible coger a un estudiante como mi hijo y ponerlo tras el arado."

Y sintiéndose íntimamente orgulloso de tener un hijo así, le dijo a Olan:

—Bueno, pues si es como un joven señor, es otra cosa. Pero no le puedo comprar una esclava. Le prometeré y le casaremos pronto; eso es lo que hay que hacer.

Y se levantó, dirigiéndose a las habitaciones de Loto.

XXIII

Ahora bien, Loto, viendo a Wang Lung distraído en su presencia y pensando en otras cosas, se enojó y dijo:

—Si yo hubiera sabido que en un breve año podrías llegar a mirarme y no verme, me habría quedado en la casa de té.

Loto volvió la cabeza, mirando a Wang Lung con el rabillo del ojo, y Wang Lung se echó a reír. Cogiéndole una mano la apoyó contra su mejilla, aspirando su fragancia, y dijo:

—Bueno, el caso es que un hombre no puede pasarse la vida pensando en la joya que ha cosido a su túnica, pero si la perdiera no podría sufrirlo. Estos días estoy pensando en mi hijo mayor, y en como la sangre arde de deseo en sus venas, y en que no encuentro a nadie a propósito con quien casarle. No quiero darle por esposa a una hija de alguno de los labradores del pueblo, ni estaría eso bien, considerando que llevamos el nombre común de Wang. Y, sin embargo, no conozco lo suficiente a ningún hombre de la ciudad para decirle: "Aquí está mi hijo y ahí está tu hija", y me repugna acudir a un casamentero profesional, no vaya a estar de acuerdo con alguien que tenga una hija deforme o idiota.

Loto, desde que el primogénito de Wang Lung se había convertido en un adolescente alto y gallardo, miraba al muchacho con simpatía, y, divertida por lo que Wang Lung le contaba, replico meditativa:

—Cuando yo estaba en la casa de té iba a verme un hombre que me hablaba a menudo de su hija porque decía que era como yo, pequeña y fina, aunque una niña todavía. Y me repetía: "Te quiero con una extraña inquietud, como si fueras mi hija; te pareces demasiado a ella, y eso me turba y no está bien". Y por esta razón, aunque me prefería a mí, se

fue con una muchacha alta y roja llamada Flor de Granada.

—¿Qué clase de hombre era ése? —preguntó Wang Lung.

—Un buen hombre, generoso con el dinero e incapaz de prometer y no dar. Todas le queríamos bien porque no era refunfuñón, y si una se sentía cansada no gritaba, como hacían otros, que se le había estafado, sino que decía tan cortésmente como pudiera hacerlo un príncipe o un gran señor de alguna noble casa: "Bueno, aquí está la plata, y descansa, hija mía, hasta que el amor florezca de nuevo." Siempre nos hablaba con mucha gentileza.

Y Loto se quedó meditando hasta que Wang Lung dijo vivamente, para sacarla de sus reflexiones, pues no le gustaba que pensase en su antigua vida:

—¿Qué negocio tenía, pues, con toda esa plata?

Y ella contestó:

—Eso no lo sé, pero creo que era propietario de un mercado de granos. Se lo preguntaré a Cuckoo, que sabe todo lo que se refiere a los hombres y su dinero.

Le llamó tocando las palmas, y Cuckoo acudió de la cocina. Loto le preguntó:

—¿Quién era aquel hombre alto, grueso y bondadoso que venía a verme a mí y luego a Flor de Granada porque yo le recordaba a su hijita y eso le turbaba, aunque siempre me quiso más a mí que a las otras?

Y Cuckoo contestó en seguida:

—Ah, ése era Liu, el negociante en granos. ¡Ah, era un buen hombre! Siempre que me veía me dejaba plata en la mano.

—¿Dónde está su mercado? —inquirió Wang Lung con negligencia, porque no confiaba que de esta charla de mujeres resultase gran cosa.

—En la calle del Puente de Piedra —dijo Cuckoo.

Entonces, y antes de que Cuckoo hubiese terminado de hablar, Wang Lung frotó sus manos con satisfacción y dijo:

—¡Ése es el mercado donde yo vendo mi grano! Esto es una cosa propicia y seguro que podrá realizarse.

Y por vez primera se despertó su interés, pues le parecía muy afortunado casar a su hijo con la hija del hombre que compraba sus cereales. Cuando había algún asunto que llevar a cabo, Cuckoo olía el dinero que hubiese en él como una rata huele el sebo, y limpiándose las manos en el delantal dijo rápidamente:

—Estoy pronta a servir al señor.

Wang Lung dudaba, y dudando fijó la mirada en el rostro astuto de la mujer, pero Loto exclamó alegremente:

—¡Es verdad! Cuckoo irá a ver al comerciante Liu, que la conoce bien, y

la cosa se hará porque Cuckoo es muy lista, y, si se hace, los honorarios del casamiento serán para ella.

—¡Pues eso haré! —exclamó con vehemencia.

Rióse pensando en la buena plata que iba a ganar, se quitó el delantal apresuradamente y añadió con solicitud:

—Voy a ir ahora mismo, pues la carne está preparada y a punto de guisar, y los vegetales, lavados.

Pero Wang Lung no había meditado suficientemente sobre el asunto ni quería decidirlo con tanta rapidez.

—No —exclamó—; todavía no he decidido nada. Tengo que reflexionar durante unos días y ya os diré lo que determine.

Las mujeres estaban impacientes, Cuckoo por la plata y Loto porque esto era algo nuevo, que la divertía; pero Wang Lung se fue diciendo:

—No; se trata de mi hijo y quiero esperar.

Y hubiera podido esperar durante muchos días, pensando en unas cosas y en otras, si el muchacho, su primogénito, no hubiera un día llegado a casa al amanecer, con la cara ardiente y roja de beber vino, el aliento fétido y los pies vacilantes. Wang Lung le oyó tropezar en el patio, salió corriendo para ver quién era y el muchacho se puso malo y vomitó ante él, pues no tenía costumbre de beber otra cosa que el flojo vino de arroz fermentado que hacían de su propia cosecha. Luego se desplomó al suelo y allí quedó, yaciendo sobre lo vomitado, como un perro.

Wang Lung, asustado, llamó a O-lan, y entre los dos levantaron al muchacho y O-lan le lavó y le tendió en la cama de su propio cuarto, y al cabo de un rato el mozo se durmió como un muerto y no pudo contestar nada a las preguntas de su padre. Entonces Wang Lung fue a la habitación donde dormían los dos muchachos y encontró allí al segundo bostezando, desperezándose y envolviendo sus libros en un paño cuadrado, para llevárselos a la escuela, y le preguntó:

—¿Se acostó tu hermano mayor contigo anoche?

Y el muchacho contestó de mala gana:

—No.

Había en su rostro una expresión de miedo, y, viéndola, Wang Lung le gritó ásperamente:

—¿Adónde fue?

Y como él no quisiera contestar, su padre le cogió por el cuello y le sacudió con fuerza, gritándole:

—¡Ahora dímelo todo, perro!

Esto asustó al chico, que empezó a llorar y a sollozar, y entre sollozos confesó:

—¡Mi hermano mayor dijo que no tenía que contároslo y que si os lo

contaba me pincharía y me quemaría con una aguja ardiente, y que si no os lo contaba me daría peniques!

Y Wang Lung, fuera de sí al oír esto, rugió:

—¿Contarme qué, tú que debías morir?

El muchacho miró en torno a sí y dijo desesperadamente, viendo que su padre le ahogaría si no contestaba:

—Ha pasado fuera tres noches, pero adónde va no lo sé, excepto que va con el hijo de vuestro tío, nuestro primo.

Wang Lung soltó la mano del cuello de su hijo, le apartó de un empujón y entró en las habitaciones de su tío. Allí encontró al hijo de éste rojo y ardiente por el vino, como su propio hijo, pero con los pies firmes porque era mayor y estaba habituado a las costumbres de los hombres.

—¿Adónde has llevado a mi hijo? —le gritó Wang Lung.

Más el joven le miró con mofa y repuso:

—¡Ah, el hijo de mi primo no necesita que le lleven! Sabe ir solo.

Pero Wang Lung repitió su pregunta, y esta vez pensó para sus adentros que ahora iba a matar a este hijo de su tío, a deshacer esta cara dura y desvergonzada, y gritó con voz terrible:

—¿Dónde ha estado mi hijo esta noche?

Al oír esta voz, el joven se asustó y repuso bruscamente y de mala gana:

—Estuvo en casa de la ramera que vive en un cuarto de los que pertenecieron a la casa grande.

Wang Lung, entonces, dejó escapar un gemido, porque esta ramera era bien conocida de muchos hombres y sólo los más pobres y vulgares iban a ella, pues ya no era joven y estaba dispuesta a dar mucho por poco.

Sin detenerse a tomar alimento, Wang Lung salió de su casa y atravesó sus campos. Por primera vez no se fijó en nada de lo que crecía de su tierra, ni notó lo que la cosecha prometía, debido a esta perturbación que su hijo le había traído. Marchaba con los ojos fijos, atravesó la puerta de la muralla que rodeaba la ciudad y fue a la casa que había sido grande.

Las pesadas puertas estaban ahora abiertas de par en par, pues nadie se tomaba la molestia de hacerlas girar sobre sus gruesos goznes de hierro. Wang Lung entró y halló las habitaciones y los patios llenos de gente baja que alquilaba los cuartos, uno por familia, y vivía hacinada en ellos. La suciedad reinaba en aquel lugar; los viejos pinos habían sido abatidos, los que quedaban en pie estaban muriéndose y los estanques se hallaban cegados con basura.

Pero Wang Lung no vio nada de esto. Entró en el patio del primer edifi-

cio y preguntó:

¿Dónde está la mujer llamada Yang, que es una ramera?

Sentada en un taburete de tres patas, remendando una suela de zapato, se hallaba una mujer que levantó la cabeza, señaló una puerta que se abría al patio y continuó con su costura, como si hubiera contestado muchas veces a esta pregunta hecha por hombres.

Wang Lung fue hasta esa puerta y llamó a ella. Una voz irritada contestó:

—¡Marchaos! He terminado mi trabajo por esta noche y ahora tengo que dormir.

Pero él volvió a llamar y la voz preguntó:

—¿Quién es?

Wang Lung no contestó, pero repitió la llamada porque estaba decidido a entrar.

Al fin oyó ruido y una mujer abrió la puerta, una mujer que ya no era joven, que tenía un rostro cansado, labios gruesos y caídos, y que llevaba una espesa capa de pintura blanca en la frente y otra de pintura roja en los labios y en la cara, que aun no se había lavado. La mujer le miró y dijo vivamente:

—No, no puedo antes de esta noche, por la noche puedes venir tan pronto como quieras, pero ahora es preciso que duerma.

Pero Wang Lung la interrumpió bruscamente, porque la vista de esta mujer le daba náuseas y la idea de su hijo en este lugar se le hacía insostenible, y le dijo:

—No vengo por mí... Yo no necesito una como tú. Es por mi hijo.

Y sintió de pronto que la garganta se le hinchaba de sollozos por su hijo.

La mujer preguntó:

—Bueno, ¿y qué pasa con tu hijo?

Y Wang Lung contestó con voz temblorosa:

—Anoche estuvo aquí.

—Anoche estuvieron aquí los hijos de muchos hombres —replicó la mujer— y no sé cuál era el tuyo.

Entonces Wang Lung dijo suplicante:

—¿No recuerdas a un muchacho muy joven, alto para sus años, pero no un hombre todavía?

Y ella, recordando, exclamó:

—¿Eran dos, y uno de ellos un mozo con la nariz respingada y una expresión en los ojos de saberlo todo, y con el sombrero ladeado sobre una oreja? ¿Y el otro, como tú dices, un muchacho espigado, ansioso de

ser hombre?

Wang Lung dijo:

–Sí, sí, ése... ¡Ése es mi hijo!

–¿Y qué pasa con tu hijo? –inquirió la mujer.

–Esto: si alguna vez vuelve por aquí, recházalo..., dile que sólo quieres hombres..., dile lo que quieras, pero cada vez que lo rechaces te daré el doble de tu paga en buena plata.

La mujer se rió entonces y dijo con súbito buen humor:

–¿Y quién no diría que sí a esto, a ser pagada sin trabajar? Yo también digo que sí. Además es cierto que prefiero hombres; estos muchachitos proporcionan escaso placer.

Asintió con la cabeza y miró de soslayo a Wang Lung, que sintió otra vez náuseas al mirar su rostro y dijo rápidamente:

–Que así sea entonces.

Se dio vuelta apresuradamente y se encaminó a su casa, y mientras andaba iba escupiendo para librarse de las náuseas que le producía el recuerdo de esa mujer.

Aquel mismo día, pues, le dijo a Cuckoo:

–Que se haga lo que dijiste. Ve al negociante en granos y arregla el asunto. Y que la dote sea buena, pero no demasiado importante si la muchacha conviene y las cosas pueden arreglarse.

Cuando le hubo dicho esto a Cuckoo regresó a la habitación donde estaba su hijo dormido y se sentó a su lado, atormentándose al ver lo joven que era y su rostro puro y suave en el sueño. Entonces pensó en aquella mujer cansada y pintarrajeada, y en sus gruesos labios; su corazón se llenó de asco y de cólera, y permaneció allí sentado, murmurando en voz baja.

Mientras estaba allí entró O-lan y contempló al muchacho, y al ver el sudor que le empañaba la piel trajo agua caliente con vinagre y lo lavó suavemente, como solían lavar a los jóvenes señores en la casa grande cuando habían bebido demasiado. Y entonces, mirando aquel rostro delicado e infantil, sumido en el sueño de la borrachera del que ni siquiera el lavaje podía hacerle despertar, Wang Lung se levantó y, llevado por su cólera, fue al cuarto de su tío, olvidó que era el hermano de su padre y sólo recordó que este hombre era el padre del holgazán y desvergonzado mozo que había echado a perder a su hijo, y fue a él y gritó:

–¡He dado protección a un nido de serpientes desagradecidas y ahora me han picado!

Su tío, que estaba inclinado sobre la mesa, tomando el desayuno, pues nunca se levantaba antes del mediodía, ya que no tenía trabajo alguno que hacer, alzó los ojos al oír estas palabras y dijo indolentemente:

—¿Cómo es eso?

Entonces Wang Lung le contó, medio ahogándose, lo que había pasado, y su tío se rió y dijo:

—Bueno, ¿y es que se puede impedir que un chico se convierta en hombre? ¿Y es que se puede evitar que un perro joven se acerque a una perra perdida?

Al oír su risa, Wang Lung recordó, acumulado en un breve instante, todo lo que había tenido que sufrir por causa de su tío: cómo, tiempo atrás, su tío había intentado obligarle a que vendiera su tierra; cómo se habían instalado aquí los tres, bebiendo, comiendo y holgazaneando; cómo su mujer se atracaba de los platos caros que Cuckoo compraba para Loto, y cómo ahora el hijo de su tío había estropeado a su propio hijo, que era sano y decente, y se apretó la lengua entre los dientes al decir:

—¡Fuera de mi casa con los vuestros! ¡Ya no hay más arroz para ninguno de vosotros desde este momento, y antes prenderé fuego a la casa que dar cobijo en ella a vosotros, que no sabéis tener gratitud ni en la ociosidad!

Pero su tío permaneció sentado donde estaba y continuó comiendo, y Wang Lung, con la sangre hirviéndole en las venas, al ver que su tío no le hacía caso se adelantó a él con el brazo en alto.

Entonces su tío volvióse y dijo:

—Échame si te atreves.

Y cuando Wang Lung, sin comprender, tartamudeó enfurecido: "Bueno, y qué...; bueno, y qué...", su tío se abrió la túnica y le mostró lo que llevaba en el forro.

Wang Lung se quedó helado y rígido al instante, pues había visto una barba postiza de pelo rojo y una franja de tela roja también, y la cólera huyó de él como por ensalmo y se puso a temblar, porque se había quedado sin fuerzas.

Ahora bien, estas cosas, la barba y la tela roja, eran signo y símbolo de una banda de ladrones que vivían y merodeaban hacia el Noroeste, los cuales quemaron muchas casas, raptaron a muchas mujeres e incluso dejaron atados a muchos labradores con sogas a la puerta de sus casas, y los hombres los habían encontrado al día siguiente, locos furiosos si vivían y tostados como carne asada si habían muerto. Y Wang Lung abrió los ojos hasta salirse de las cuencas, se volvió y se fue sin decir palabra. Y, según se iba, oyó la risa susurrante de su tío, que se inclinaba nuevamente sobre su plato de arroz.

Wang Lung se encontró ahora en un remolino como jamás había soña-

do. Su tío entraba y salía como antes, sonriendo un poco bajo los ralos y escasos cabellos de su barba gris, con la ropa ceñida al cuerpo tan negligentemente como siempre, y Wang Lung sudaba hielo cuando le veía, pero no se atrevía a hablarle como no fuera con palabras corteses, por miedo a lo que su tío pudiera hacerle.

Era cierto que durante todos aquellos años de prosperidad, y especialmente en los años en que no había cosechas, o sólo muy mezquinas, y otros hombres se morían de hambre con sus hijos, jamás los bandidos habían asaltado su casa ni sus tierras, aunque lo llegó a temer muchas veces y cada noche se aseguraba de que las puertas se hallasen bien cerradas. Hasta que llegó el verano de su pasión habíase vestido siempre simplemente, evitando toda apariencia de riqueza, y cuando entre la gente del pueblo oía contar historias de saqueos, volvía a su casa y dormía con un sueño inquieto, alerta a todos los ruidos de la noche.

Pero los ladrones nunca vinieron a su casa, y él tornóse descuidado y valiente, creyendo que estaba protegido por el cielo y que era un hombre afortunado por designio de su destino. Olvidóse, pues, de todo, incluso del incienso de los dioses, ya que se portaban bien con él sin necesidad de ofrendas, y no pensó ya más que en sus propios asuntos y en su tierra.

Y ahora, de pronto, veía por qué había estado a salvo y por qué lo estaría mientras alimentase a aquellos tres de la casa de su tío. Al pensar en esto sudaba un sudor frío, y no se atrevía a decir a nadie lo que su tío ocultaba en el seno.

Pero a su tío ya no le habló más de abandonar la casa, y a la mujer de su tío le dijo con tanta insistencia como le fue posible:

–Comed lo que queráis en las habitaciones de la segunda esposa, y aquí tenéis un poco de plata para gastar.

Y al hijo de su tío le dijo, aunque las palabras se le ahogaban en la garganta:

–Aquí tienes un poco de plata, pues a los jóvenes les gusta divertirse.

Pero vigiló a su propio hijo y no le permitió salir de la casa después de la puesta del sol, a pesar de que el muchacho se encolerizaba e iba de un lado a otro, rabioso, y les pegaba a sus hermanos pequeños sin otro motivo que su mal humor. Y así vióse Wang Lung cercado de disgustos.

Al principio no podía trabajar pensando en las cosas que le ocurrían, y pensó en este disgusto y en el otro, y se dijo: "Podría echar a mi tío de casa y trasladarme a la ciudad, que está cercada de murallas y cuyas grandes puertas se cierran cada noche para protegerse de los bandidos". Pero entonces se acordó de que cada día tendría que venir a trabajar en los campos, y ¿quién podía saber lo que podría sucederle

mientras trabajaba indefenso, aunque se hallase en su propia tierra? Además, ¿cómo era posible vivir encerrado en una ciudad, y en una casa de ciudad? El se moriría si lo arrancaban de su tierra. Sin contar con que seguramente vendría un mal año y entonces ni la ciudad podría librarse de los ladrones, como había ocurrido cuando cayó la casa grande. También podría ir a la ciudad, entrar en la casa donde vivía el magistrado y decirle:

—Mi tío es uno de los Barbas Rojas.

Pero si hiciera esto, ¿quién le creería, quién creería al hombre capaz de decir una cosa así del hermano de su propio padre? Lo más probable es que le dieran de palos por su conducta poco filial antes de que su tío sufriera daño alguno por su acusación, y al final tendría que temer por su vida, pues si los ladrones se enteraban de lo que había hecho le matarían en venganza. Entonces, y como si no tuviera bastantes inquietudes, Cuckoo regresó de parlamentar con el negociante en granos y trajo la noticia de que, aunque el asunto de la boda había ido bien, el comerciante Liu no quería que ahora se verificase otra cosa que el intercambio de los documentos notariales, ya que la doncella era demasiado joven para casarse, pues no tenía más que catorce años y había de esperar tres años más. Wang Lung quedóse consternado al pensar en tres años más de sufrir las murrias de su hijo, sus miradas lánguidas y su ociosidad, pues ahora de cada diez días faltaba dos a la escuela. Y aquella noche, mientras comía, Wang Lung le gritó a O-lan:

—¡Bueno, vamos a prometer a los otros niños tan pronto como podamos, porque yo no quiero pasar por esto tres veces más!

A la mañana siguiente, después de una noche de escaso sueño, despojóse de su larga túnica y de sus zapatos, y como solía hacer cuando los asuntos de su casa se complicaban demasiado para él, cogió una azada y se fue a los campos. Al salir, pasó por el patio exterior, donde estaba sentada la mayor de sus hijas sonriendo y pasando entre sus dedos el trocito de tela retorcida y volviéndola a alisar, y Wang Lung se dijo:

—A pesar de todo, esta pobre tonta mía me trae más consuelo que todos los otros juntos.

Y estuvo yendo a la tierra día tras día durante un largo espacio de tiempo.

Entonces la buena tierra fue de nuevo su bálsamo mágico; el sol brilló sobre él y le curó, y los aires cálidos del verano le envolvieron en un manto de paz. Y como para curarle totalmente de su incesante pensar sobre las calamidades de su casa, cierto día vino del Sur una nubecilla ligera. Al principio flotó en el horizonte como una niebla tenue que no vagaba de un punto a otro como las nubes movidas por el viento, sino

que permaneció inmóvil hasta que se abrió en el aire como un abanico. Los hombres del pueblo la observaron atentamente y hablaron de ella con temor, pues sospechaban que lo que ocurría era esto: que había llegado del Sur una plaga de langosta a devorar sus campos. Wang Lung estaba también entre los hombres, observando, y, mientras observaban, el aire arrastró algo que cayó a sus pies; uno de los hombres se inclinó rápidamente a cogerlo y vieron que era una langosta muerta, más ligera que las huestes vivas que la seguían.

Entonces Wang Lung olvidó todas sus preocupaciones, se olvidó de sus mujeres, hijos y tíos y, corriendo entre los asustados lugareños, les gritó:

—¡Por nuestra buena tierra, vamos a luchar contra estos enemigos!

Pero algunos hombres movían la cabeza, desesperanzados desde el principio, y decían:

—No, no; es inútil. El cielo ha ordenado que este año muramos de hambre, y ¿por qué hemos de agotarnos en una tarea inútil, ya que al final hemos de morir de hambre?

Y las mujeres iban llorando a la ciudad a comprar incienso para ofrecer a los dioses de arcilla del pequeño templo y algunas iban al templo de la ciudad donde estaban los dioses del cielo, y así cielo y tierra eran a la vez adorados. Pero la langosta seguía esparciéndose en el aire y sobre los campos.

Entonces Wang Lung llamó a sus trabajadores, con Ching a su lado, dispuesto y silencioso, y otros de los hombres jóvenes, y prendieron fuego a ciertos campos y quemaron el buen trigo, que estaba ya casi maduro para la siega, y abrieron anchos fosos que llenaron de agua de los pozos, y trabajaron día y noche. O-lan les traía comida y las mujeres de los otros hombres les traían comida y se alimentaban de pie en el campo, engullendo la comida como hacen las bestias y trabajando sin descanso.

Entonces el cielo se ennegreció y el aire se llenó del zumbido profundo de muchas alas y la langosta abalanzóse hacia la tierra, volando sobre este campo sin tocarlo, cayendo sobre este otro y dejándolo tan desnudo como en invierno. Y los hombres suspiraban y decían: "El cielo lo quiere", pero Wang Lung estaba furioso y atacaba a las langostas y las pisoteaba, mientras sus hombres las perseguían con mayales. Los bichos caían en los fuegos que habían encendido y en los fosos abiertos, y muchos millones murieron, pero comparado con los que quedaban no era nada.

Sin embargo, Wang Lung halló una recompensa a sus esfuerzos: sus mejores campos no fueron invadidos, y cuando la nube pasó y pudieron

descansar, todavía le quedaba trigo que poder cosechar y sus plantaciones de arroz no habían sufrido daño alguno y estaba satisfecho. Entonces mucha gente empezó a comer las langostas asadas, pero Wang Lung se negó a tocarlas porque para él estos animales eran asquerosos por lo que le habían hecho a la tierra. Pero no dijo nada cuando O-lan las frió en aceite y cuando los trabajadores las comían y los niños las desgarraban delicadamente y las probaban, asustados de sus grandes ojos. Pero él no las comió.

Así y todo, algo bueno hizo la langosta por Wang Lung. Durante siete días no pensó nada más que en su tierra y se sintió curado de sus preocupaciones y angustias, por lo que se dijo:

"Bueno, todo hombre tiene sus inquietudes y yo tengo que soportar las mías como mejor pueda; mi tío es más viejo que yo y morirá; tres años han de pasar para mi hijo como sea, y, a pesar de todo, no me suicidaré." Y cosechó su trigo, cayeron las lluvias, el arroz tierno verdeó en los campos inundados, y otra vez fue verano.

XXIV

Cierto día, cuando Wang Lung se había dicho que por fin tenía paz en la casa, su primogénito se le acercó al atardecer, cuando él regresaba de la tierra, y le dijo:

—Padre, si he de ser un estudiante, ya no hay nada más que ese viejo cabezota de la ciudad pueda enseñarme.

Wang Lung había sacado del caldero de la cocina una palangana llena de agua caliente, mojó en ella una toalla, la exprimió y se la aplicó humeante al rostro, diciendo:

—Bueno, ¿y ahora qué?

El muchacho dudó y luego dijo:

—Bueno; pues que si he de ser un estudiante me gustaría ir a una ciudad del Sur, entrar en un gran colegio y aprender lo que haya que aprender.

Wang Lung se frotó los ojos y las orejas con la toalla, y con la cara saturada de vapor le contestó a su hijo ásperamente, pues el cuerpo le dolía de trabajar la tierra:

—Bueno, ¿qué tontería es ésta? Yo digo que no irás y es inútil que insistas, porque no irás. Ya sabes suficiente para estos lugares.

Y hundió nuevamente la toalla en el agua caliente y la exprimió.

Pero el joven permaneció allí, mirando a su padre con odio, y murmuró algo que encolerizó a Wang Lung porque no pudo oír lo que era, así es

que le gritó a su hijo:

–¡Dí claro lo que tengas que decir!

Entonces el joven se encendió al oír la voz de su padre y dijo:

–¡Muy bien, pues lo diré! ¡Estoy decidido a marcharme al Sur, no quiero quedarme en esta estúpida casa donde se me vigila como a un niño, ni en esta mezquina ciudad que no es mayor que un pueblo! ¡Me marcharé y aprenderé algo y veré otros lugares!

Wang Lung miró a su hijo y se miró a sí mismo. Su hijo llevaba una larga túnica de hilo color gris plata, una túnica fina y fresca a propósito para el verano. En los labios de su hijo aparecían los primeros pelos negros de la edad viril, y su piel era suave y dorada y las manos que asomaban de las largas mangas eran tersas y finas como las de una mujer. Entonces Wang Lung se vio a sí mismo como estaba, manchado de tierra, vestido únicamente con unos pantalones de algodón azul y desnudo el torso. Más que el padre parecía el criado de su hijo. Este pensamiento le hizo desdeñar la esbeltez y el refinamiento de su hijo, y exclamó con una vehemencia brutal y colérica:

–¡Ahora mismo te vas a los campos y te frotas un poco de tierra contra el cuerpo, no sea que te tomen por una mujer, y trabajas un poco para ganarte el arroz que comes!

Y Wang Lung olvidó haberse enorgullecido antes de los conocimientos de su hijo, y de su inteligencia en lo referente a los libros, y salió como un vendaval, pisando fuerte con sus pies desnudos y escupiendo furiosamente, porque la finura de su hijo le encolerizaba en aquel momento. Y el muchacho vio salir a su padre mirándole con odio, pero Wang Lung no volvió la cabeza para mirar lo que el joven hacía.

Aquella noche, cuando entró a ver a Loto, que estaba tendida en su lecho mientras Cuckoo la abanicaba, Loto le dijo indolentemente, como hablando por hablar y sin darle importancia a la cuestión:

–Ese muchacho tuyo está ardiendo por marcharse. Entonces Wang Lung, recordando su enojo con el joven, dijo vivamente:

–Bueno, ¿y a ti qué te importa? No quiero que ande por estas habitaciones a su edad..

Pero Loto se apresuró a replicar:

–No..., no... Es Cuckoo quien lo dice.

Y Cuckoo dijo en seguida:

–Eso lo puede ver cualquiera. Y el muchacho es demasiado guapo para vivir ocioso y anhelante.

Esto distrajo a Wang Lung, que pensó únicamente en la escena con su hijo, y exclamó:

–No; no le dejaré ir. No quiero gastar mi dinero estúpidamente.

Y no quiso hablar más del asunto. Loto comprendió que estaba irritado por alguna cólera secreta y mandó salir a Cuckoo, sufriendole ella sola. Durante muchos días no se habló más de la cuestión. El muchacho pareció contento otra vez y, aunque se negó a volver al colegio, Wang Lung se lo permitió, pues ya tenía cerca de dieciocho años y era desarrollado y fuerte de huesos como su madre. Wang Lung encontraba a su hijo leyendo en su cuarto cuando él venía de su trabajo, y pensó con íntima satisfacción:

"Bueno, aquello fue solamente un capricho de juventud. El muchacho no sabe lo que quiere. Pero faltan solamente tres años... y tal vez con la ayuda de un poco de plata, solamente dos... o uno... Un día de éstos, terminada la recolección, cuando se haya plantado el trigo de invierno y cultivado las judías, me ocuparé de eso."

Entonces Wang Lung se olvidó de su hijo, pues la cosecha, a excepción de lo que la langosta había devorado, se presentaba bien y con ella Wang Lung ganó cuanto había gastado en Loto.

Su oro y su plata le eran otra vez algo querido y se maravillaba de que en una ocasión hubiera podido gastarlos tan libremente en una mujer. Sin embargo, había momentos en que esta mujer le conmovía dulcemente, aunque no con tanta intensidad como al principio, y estaba orgulloso de poseerla, si bien veía que lo que la mujer de su tío había dicho era verdad: que no era tan joven como parecía. Tampoco le dio un hijo ni concibió nunca, pero esto no le preocupaba a Wang Lung, puesto que tenía hijos e hijas, y estaba contento de tener a Loto por el mero placer que su posesión le producía.

En cuanto a Loto, embelleció al iniciarse la madurez de sus años, ya que si algún defecto tenía antes era su excesiva delgadez, que hacía demasiado agudas las líneas de su rostro y demasiado hundidas las cuencas de sus sienes. Pero ahora, gracias a la comida que Cuckoo guisaba y a su existencia ociosa, con sólo un hombre a quien satisfacer, tornóse suave y redonda de líneas, llenáronse las mejillas y las sienes y con sus grandes ojos y boca menuda producía más que nunca la impresión de un gatito rechoncho. Si ya no era el capullo de Loto, tampoco era más que una flor plenamente abierta; si no era joven, tampoco parecía vieja, y la juventud y la vejez se hallaban igualmente lejos de ella.

Con su vida plácida nuevamente y el muchacho contento, Wang Lung se hubiera considerado satisfecho si una noche, mientras se hallaba solo, contando con los dedos lo que vendería de trigo y lo que vendería de arroz, O-lan no hubiese entrado silenciosamente en el cuarto. O-lan, con el transcurso de los años, habíase tornado flaca y descarnada, sus

grandes pómulos sobresalían como rocas y sus ojos estaban hundidos. Si alguien le preguntaba cómo estaba, respondía solamente:

–Tengo un fuego en las entrañas.

Durante los tres últimos años, su vientre había tenido un volumen de preñez, aunque no había ocurrido nacimiento alguno. Pero se levantaba al amanecer, hacía su trabajo y Wang Lung la veía únicamente como a una mesa, una silla o un árbol del patio, y ni siquiera como vería a uno de los bueyes que bajase la cabeza o a un cerdo que no quisiera comer. Y O-lan hacía su trabajo sola, hablando únicamente lo imprescindible con la mujer del tío de Wang Lung y nunca una palabra con Cuckoo. Ni una sola vez entró en las habitaciones de Loto, y en las raras ocasiones en que ésta salía de ellas para pasear un poco por la casa, O-lan se metía en su cuarto y permanecía allí hasta que alguien decía: "Se ha ido." Y así, en silencio, O-lan trabajaba, guisando y lavando en el estanque hasta en el invierno, cuando hacía tanto frío que tenía que romper el hielo. Pero a Wang Lung jamás se le ocurría decir:

–Bueno, ¿y por qué no alquilas una criada, con la plata que me sobra, o compras una esclava?

No se le ocurría que hubiese ninguna necesidad de eso, aunque él asalariaba trabajadores para los campos y para el cuidado de los bueyes, asnos y cerdos que poseía, y en los veranos en que el río estaba crecido, para los patos y ocas que alimentaba sobre las aguas.

Aquella noche, pues, mientras se hallaba sentado solo, con las velas rojas encendidas, O-lan apareció ante él y miró a un lado y a otro y al final dijo:

–Tengo algo que decir.

Wang Lung se la quedó mirando y al ver sus mejillas hundidas pensó en cuán lejos de la belleza se hallaba esta mujer y en cuántos años hacía que no la había deseado.

Entonces O-lan dijo con un murmullo áspero:

–El hijo mayor frecuenta demasiado el segundo patio. Cuando tú estás ausente, entra allí.

Al principio, Wang Lung no comprendía lo que quería decir, y se adelantó con la boca abierta:

–¿Qué dices, mujer?

Ella señaló con la boca fruncida hacia el cuarto de su hijo y luego hacia las habitaciones de Loto. Pero Wang Lung la miraba atónito e incrédulo.

–¡Tú sueñas! –dijo al fin.

Ella movió la cabeza al oír esto y, hablando con dificultad, exclamó:

–Bueno, mi señor, pues ven a casa un día inesperadamente. Y después de un silencio, añadió:

–Es mejor mandarle fuera, aunque sea al Sur.

Acercándose a la mesa, cogió el tazón y arrojó el té frío sobre el suelo de ladrillo; luego volvió a llenarlo con té caliente de la tetera, y tal como había venido, así se fue, lenta y silenciosa, dejando a Wang Lung boquiabierto.

"Bueno, esta mujer lo que tiene son celos", se dijo Wang Lung. Y decidió no hacerle caso ni preocuparse, ahora que el muchacho estaba contento y leía tranquilamente en su cuarto todo el día.

Y levantándose de la silla se rió de nuevo pensando en las ideas pequeñas de las mujeres.

Pero aquella noche, mientras estaba en el lecho con Loto, cada vez que se daba vuelta, ella se quejaba, protestaba irritada y le apartaba, diciendo:

–Hace calor, y apestas, y bien podrías lavarte antes de dormir conmigo. Sentóse en la cama luego y se apartó el cabello del rostro con un ademán irritado, encogiéndose de hombros cuando Wang Lung quiso atraerla a sí, indiferente a sus mimos. Entonces Wang Lung se quedó inmóvil, recordando que desde hacía muchas noches Loto se le había entregado de mala gana. Él lo había atribuido a un pasajero antojo y a que el aire caliente y denso del final del verano la deprimía, pero ahora las palabras de O-lan cruzaron su mente y, levantándose con rapidez, exclamó:

–¡Bueno, pues duerme sola y que me corten el cuello si me importa!

Salió del cuarto y, en la habitación central de su propia casa, juntó dos sillas y se tendió en ellas. Pero no podía conciliar el sueño y pronto se levantó de nuevo y salió fuera. Se puso a pasear arriba y abajo entre los bambúes que crecían junto a la pared de su casa y notó que el aire fresco que acariciaba su rostro ardiente traía una sospecha de otoño.

Entonces recordó que Loto había sabido el deseo de partir que sentía su hijo, y, ¿quién se lo había dicho? Y recordó que últimamente su hijo no había vuelto a hablar de marcharse y que estaba contento, pero ¿por qué estaba contento? Y Wang Lung se dijo con fiereza:

–¡Me enteraré de esto yo mismo!"

Y permaneció allí mirando cómo el alba se extendía sobre sus campos a través de una cortina de niebla.

Cuando el sol del amanecer formó una orilla de oro en el margen de sus tierras, Wang Lung entró en la casa y comió, y luego volvió a salir y fue a inspeccionar a los trabajadores, como era su costumbre durante las cosechas y la siembra. Anduvo un largo rato y al fin gritó muy alto para que le oyeran desde la casa:

–¡Ahora me marchó al campo junto al foso de la ciudad, y no volveré

hasta muy tarde!

Y hacia la ciudad dirigió sus pasos.

Pero cuando había llegado a medio camino y alcanzado el pequeño templo, sentóse al borde de la senda, sobre una breve eminencia llena de hierba que era una vieja tumba olvidada, y cogiendo un hierbajo y retorciéndolo entre los dedos se quedó un rato meditando. Frente a él estaban los dos pequeños dioses, y recordó cómo le miraban y cómo antes sentíase atemorizado ante ellos; pero ahora ya no le amedrentaban; habiéndose enriquecido y prosperado y no teniendo necesidad de dioses, tornóse indiferente y apenas los veía. Mientras tanto, bajo estos pensamientos vibraba otro:

—"¿Debo regresar?"

Entonces recordó súbitamente la noche anterior, cuando Loto le había rechazado, y se encolerizó porque había hecho tanto por ella. Al fin se dijo:

"Bien se que no hubiera durado mucho en la casa de té, y en la mía está alimentada y vestida ricamente."

Y, conducido por su cólera, se levantó y regresó a su casa por otro camino. Entró en la casa secretamente y fue hacia la cortina que colgaba de la entrada del segundo patio, permaneciendo allí un momento y escuchando. Y oyó la voz, baja como un murmullo, de un hombre, y esta voz era la de su hijo.

Entonces se despertó en Wang Lung un furor como jamás había sentido en su vida, a pesar de que, desde que había prosperado, a menudo dejábase llevar por iras pequeñas y mostrábase orgulloso hasta en la misma ciudad. Pero este furor de ahora era el de un hombre contra otro hombre que intenta robarle una mujer amada, y cuando Wang Lung recordó que aquel otro hombre era su hijo, sintió náuseas.

Apretó los dientes, salió fuera y escogiendo un bambú delgado y flexible le cortó las ramas, excepto unas cuantas de la punta, donde era fino y duro como una cuerda, y le arrancó las hojas. Entonces volvió a entrar sin hacer ruido y de pronto descorrió la cortina. Allí, en el patio, estaba su hijo, en pie junto a Loto, que se hallaba sentada en un pequeño taburete al borde del estanque y vestida con la túnica color de melocotón que Wang Lung no le había visto nunca a la luz del día.

Los dos charlaban juntos, y la mujer miraba al joven con el rabillo del ojo, la cabeza vuelta hacia el otro lado, por lo que no vieron ni oyeron a Wang Lung, que los contemplaba con el rostro lívido, la boca contraída enseñando los dientes y las manos crispadas en el bambú. Y quizás hubieran tardado en percibir su presencia si Cuckoo no hubiese entrado en aquel momento y dado un grito que les hizo volverse rápidamente y

verle.

Entonces Wang Lung dio un brinco hacia delante y cayó sobre su hijo a latigazos, y aunque el joven era más alto, él era más fuerte por el trabajo de la tierra y por la potencia de su cuerpo maduro, y azotó al muchacho hasta que saltó la sangre. Cuando Loto, dando gritos, quiso sujetarle el brazo, la echó fuera de un empujón, y como ella persistiese, también con ella la emprendió a latigazos, haciéndola huir, y continuó pegándole a su hijo hasta que este se agachó acobardado y se cubrió la cara con las manos desgarradas y sangrientas.

Entonces Wang Lung se detuvo. El aliento le silbaba entre los labios entreabiertos, el sudor le corría por el cuerpo y se sentía débil y agotado como presa de una enfermedad. Tiró el bambú y, jadeante, murmuró al joven:

—¡Ahora vete a tu cuarto y no te atrevas a salir de él hasta que me libre de ti, no sea que te mate!

El muchacho se levantó y se fue sin decir palabra.

Wang Lung sentóse en el taburete donde había estado Loto, escondió la cabeza entre las manos y cerró los ojos, respirando entrecortadamente. Nadie se acercó a él y permaneció así, solo, hasta que se calmó y cesó su cólera.

Entonces, con infinito cansancio, se levantó y fue al cuarto donde estaba Loto, tendida en la cama y sollozando, y cogiéndola por los hombros la hizo volverse. Loto se le quedó mirando sin cesar de gemir, y Wang Lung observó que en la mejilla tenía hinchada la marca de un latigazo.

Y le dijo tristemente:

—¿De modo que tienes que ser toda tu vida una ramera y tentar hasta a mis propios hijos?

Ella se puso a llorar con más fuerza al oír esto y protestó:

—¡No, no es verdad! ¡El muchacho se sentía solo y entró en el patio, pero pregúntale a Cuckoo si jamás ha estado más cerca de mi lecho de lo que tú le viste!

Le miró, asustada y llorosa, y cogiéndole una mano la llevó a la hinchazón que cruzaba su mejilla, exclamando:

—¡Mira lo que has hecho a tu Loto! Y si él es tu hijo, para mí no es más que tu hijo y nada me importa de él!

Volvió a mirarle, con sus lindos ojos arrasados en lágrimas transparentes, y Wang Lung gimió porque la belleza de esta mujer era más fuerte que él y la amaba contra su voluntad. Le parecía de pronto que le sería insoportable saber lo que había pasado entre los dos y deseó no saberlo nunca, porque era mejor que no lo supiera. Y gimiendo de nuevo, salió de la habitación. Al pasar frente al cuarto de su hijo gritó sin entrar

en él:

—¡Ahora pon tus cosas en el cofre y vete al Sur a hacer lo que te plazca y no regreses hasta que yo te mande a buscar!

Siguió adelante y pasó frente a O-lan, que estaba cosiéndole unas ropas; pero O-lan no dijo nada, y si había oído los gritos y los golpes no dio muestras de ello.

Wang Lung siguió en dirección a sus campos y permaneció en ellos hasta el mediodía. sintiéndose agotado y rendido como después de todo un día de labor.

XXV

Cuando el hijo mayor hubo partido, Wang Lung sintió que la casa había sido purgada de un exceso de inquietud y esto le sirvió de alivio. Se dijo también que era mejor para el muchacho haber partido y que ahora él podría ocuparse de sus otros hijos, pues, con las propias tribulaciones y las exigencias de la tierra, que debía ser sembrada y cosechada a su debido tiempo, ocurriese lo que ocurriese fuera de ella, apenas si prestaba atención a sus hijos, con excepción del mayor. Decidió, además, sacar pronto de la escuela al hijo segundo e iniciarle en el comercio, sin esperar a que la turbulencia de la juventud se apoderase de él y le convirtiera en una plaga, como había ocurrido con el mayor.

Ahora bien, el hijo segundo de Wang Lung era tan diferente del mayor como pueden serlo dos hermanos. Mientras el primogénito era alto, de grandes huesos y rostro encendido, como los hombres del Norte y como su madre, el otro era de pequeña estatura, ligero y amarillo de piel; había algo en este muchacho que le recordaba a Wang Lung a su propio padre: la mirada astuta, aguda y humorística, y cierta disposición para la malicia si el caso lo requería.

Y Wang Lung se dijo:

"Bueno, este muchacho hará un buen comerciante. Lo sacaré del colegio y veré si puede entrar como aprendiz en el mercado de granos. Sería conveniente que yo tuviese un hijo donde vendo mis cosechas, y que pudiera vigilar la balanza e inclinarla un poco a mi favor.

De modo que cierto día le dijo a Cuckoo:

—Ve a decirle al padre de la prometida de mi hijo que tengo que hablar con él. Podemos tomar un vaso de vino juntos, ya que hemos de ser vertidos en un mismo cuenco, su sangre y mi sangre.

Cuckoo fue y regresó diciendo:

—Os verá cuando queráis, y si podéis ir a beber vino con él esta misma

tarde, bien está, y si lo deseáis de otro modo, él vendrá aquí.

Pero Wang Lung no deseaba que el comerciante fuera a su casa porque temía verse obligado a hacer preparativos especiales, así es que se lavó cuidadosamente, se puso la túnica de seda y echó a andar a través de los campos. Fue primeramente a la calle de los Puentes, como Cuckoo le había indicado, y una vez en ella detúvose ante una puerta que llevaba el nombre de Liu. No es que pudiera leerlo, pero dio con la puerta contando, pues sabía que era la segunda a la derecha del puente. Además preguntó a uno que pasaba y la letra era, en electo, la letra de Liu. Era una puerta respetable, construida sencillamente de madera, y llamó a ella con la palma de la mano.

Inmediatamente se abrió y una servidora apareció en ella secándose las manos en el delantal mientras preguntaba el nombre del visitante, y cuando éste lo dijo se le quedó mirando, pues sabía que era el padre del prometido de la hija de la casa. Luego se fue a llamar a su amo.

Wang Lung miró en torno atentamente, alzó y palpó la tela de las cortinas y examinó la madera de la mesa, sintiéndose contento porque era evidente que en aquella casa se vivía bien, pero sin exagerada opulencia. Él no quería una nuera rica, para que no fuese altiva y desobediente, llena de caprichos y dada a apartar de sus padres el corazón de su marido. Hecha la inspección, Wang Lung sentóse nuevamente y esperó. De pronto se oyeron unos pasos pesados y un hombre grueso y de cierta edad penetró en la estancia. Wang Lung se levantó y saludó y los dos se saludaron de nuevo, mirándose a hurtadillas con mutua satisfacción y respetando el uno al otro por lo que cada cual era: un hombre próspero y de provecho. Luego se sentaron los dos y bebieron el vino caliente que la criada les sirvió, y hablaron despacio de esto y de lo otro, de cosechas, de precio y de lo que valdría el arroz aquel año si la recolección era buena. Y al final Wang, Lung dijo:

Bueno, yo he venido a una cosa, aunque, si vuestro deseo lo quiere así, hablaremos de otros asuntos. Pero si tenéis necesidad de un servidor en el mercado, ahí está mi hijo segundo, que es muy listo, pero si no tenéis necesidad de él hablaremos de otras cosas.

Entonces el comerciante dijo plazeramente:

—Sí tengo necesidad de un joven que sea listo, si sabe leer y escribir.

Y Wang Lung repuso con orgullo:

—Mis dos hijos son buenos estudiantes y los dos saben cuándo una letra está mal escrita y si es aplicada correctamente la radical de la madera o la del agua.

Pues bien exclamó Liu, hacedle venir cuando queráis. Al principio no tendrá más salario que la comida, hasta que aprenda el oficio, y, si sir-

ve, al cabo de un año cobrará una pieza de plata al final de cada luna, y al cabo de tres años, tres piezas. Después de esto habrá terminado su aprendizaje y podrá abrirse paso en el negocio como sepa. Además de su salario, las gratificaciones que pueda sacar de este vendedor y aquel comprador son tuyas, y si sabe conseguirlas yo no tengo nada que decir. Y porque nuestras dos familias están unidas no os pido por él depósito de garantía.

Entonces Wang Lung se levantó satisfecho, sonrió y dijo: Ahora somos amigos. Y decidme, ¿no tenéis un hijo para mi hija segunda?

El comerciante, que era un hombre gordo y bien alimentado, se rió con fuerza y repuso:

—Tengo un hijo de diez años al que aún no he prometido. ¿Qué edad tiene la niña?

—Cumplirá diez en su próximo cumpleaños, y es linda como una flor.

Entonces los dos hombres se rieron juntos y el comerciante exclamó:

¿Vamos a ligarnos con doble lazo?

Y Wang Lung ya no dijo nada más, pues no era una cosa que pudiera ser discutida ahora más allá de lo que lo había sido. Pero después de haber saludado y partido satisfecho, se dijo para sus adentros: "La cosa puede hacerse", y cuando llegó a su casa miró a su hija y vio de nuevo que era linda y que, como su madre le había ceñido los pies, se movía graciosamente a pasitos menudos. Pero al mirarla atentamente, Wang Lung descubrió en su rostro señales de llanto y cierta palidez impropia de sus años, así es que cogiéndola por la mano y acercándola a él preguntó:

—¿Por qué has llorado?

Entonces la niña bajó la cabeza, jugó con un botón de su vestido y dijo en voz baja:

—Porque mi madre ciñe una tela en torno a mis pies, más apretada cada día, y por las noches no puedo dormir.

—Pues yo no te he oído llorar dijo Wang Lung asombrado.

—No contestó ella simplemente—; mi madre me dijo que no tenía que llorar alto porque, como sois demasiado bueno y débil para ver sufrir, podríais decir que me dejasen como estoy y entonces mi esposo no me querría, como vos no la queréis a ella.

Dijo esto con la simplicidad de una criatura que recita un cuento, y Wang Lung se sintió herido al oírlo, al saber que O-lan le había dicho a la niña que él no amaba a la madre de su hija. Y exclamó rápidamente: Bueno, hoy he sabido de un guapo esposo para ti, y ya veremos si Cuckoo puede arreglar las cosas.

Entonces la niña sonrió y bajó la cabeza, sintiéndose de pronto una

doncella y no una criatura.

Aquella misma noche. Wang Lung le dijo a Cuckoo cuando entró en el segundo patio:

Ve y mira si puede hacerse.

Pero durmió inquietamente junto a Loto, despertándose varias veces y pensando en su vida y en cómo O-lan había sido siempre una leal servidora para él. Pensó también en lo que la niña había dicho y se sintió triste porque a pesar de sus oscuras luces, O-lan había leído en él la verdad.

Pocos días después de esto, Wang Lung envió a su segundo hijo a la ciudad y firmó los papeles para los esponsales de la hija menor y se decidió la dote y los regalos de joyas y ropas para su matrimonio.

Entonces Wang Lung descansó y se dijo:

"Bueno, ahora todos mis hijos están colocados. Mi pobre tonta no puede hacer otra cosa que sentarse al sol con su trocito de tela, y al hijo menor lo dedicaré a la tierra y no irá a la escuela, ya que es suficiente que dos sepan leer y escribir."

Sentíase orgulloso porque tenía tres hijos y uno era estudiante, otro comerciante y el otro labrador. Estaba, pues, contento y cesó de pensar en sus hijos. Pero, quisiera o no quisiera, no podía dejar de pensar en la mujer que se los había dado.

Por primera vez en todos los años que había vivido con ella, Wang Lung empezó a pensar en O-lan ahora. Aun en los días de su llegada a la casa no había pensado en ella por ella misma, ni más allá del hecho de que era una mujer y la primera que había conocido. Y le parecía a Wang Lung que con unas cosas y otras había estado siempre ocupado y sin tiempo que perder, y sólo ahora, cuando sus hijos estaban colocados y sus campos cuidados y en reposo bajo la proximidad del invierno, su vida con Loto regulada y Loto sumisa desde que le había pegado, sólo ahora le parecía a Wang Lung que podía pensar en lo que quisiera, y pensó en O-lan.

La miró, pues, atentamente, pero esta vez no como a una mujer y no porque fuera fea, descarnada y macilenta, sino con un extraño remordimiento al ver como había enflaquecido y como su piel se había tornado amarillenta y marchita. O-lan siempre había sido morena y su piel era tostada y encendida cuando trabajaba en la tierra. Pero desde hacía muchos años no había salido a los campos, excepto tal vez durante las recolecciones, y ni aun eso en los dos últimos años, pues Wang Lung no la dejaba, temeroso de que la gente dijera:

¿Todavía trabaja tu mujer en la tierra, siendo tú rico?

Sin embargo, nunca llegó a pensar por qué O-lan había querido al fin

permanecer siempre en la casa, ni por qué se movía cada vez más despacio; y recordaba ahora que a veces la oía quejarse, cuando se levantaba del lecho por las mañanas y cuando se bajaba a encender el fuego, y sólo cuando él inquiría: Bueno, ¿y qué pasa?, ella se callaba súbitamente. Ahora, mirándola y viendo la extraña hinchazón de su cuerpo. Wang Lung sentía remordimientos y discutía así consigo mismo:

"Al fin y al cabo, yo no tengo la culpa de no haberla querido como se quiere a una concubina, ya que los hombres no suelen hacerlo."

Y añadió para consolarse:

"No le he pegado nunca y le he dado plata cuando me la ha pedido."

Pero no podía olvidar lo que la niña había dicho, y le dolía sin saber por qué, ya que, si analizaba la cuestión, había sido un buen esposo y mejor que otros.

Y porque no podía librarse de pensar en ella la miraba continuamente, observándola cuando le traía la comida o cuando andaba por la casa. Y un día, mientras se inclinaba para barrer el suelo, la vio ponerse gris, como bajo un agudo dolor interno; abrió los labios, jadeante, y se llevó la mano al vientre, inclinada todavía como si fuera a barrer, entonces Wang Lung le preguntó vivamente:

¿Qué te pasa?

Pero ella apartó el rostro y repuso humildemente:

–Es el viejo dolor que tengo en las entrañas.

Y Wang Lung la miró de nuevo y le dijo a su hija menor: Coge la escoba y barre, pues tu madre está enferma.

Y a O-lan le dijo con más bondad de la que le había hablado en mucho tiempo:

Ve y acuéstate, y yo le diré a la niña que te lleve agua caliente. No te levantes.

Ella obedeció lentamente y sin replicar, entró en su cuarto y Wang Lung la oyó andar por él y luego tenderse en la cama y quejarse bajito. Entonces él se sentó y estuvo escuchando estos quejidos hasta que no pudo soportarlos más y se fue a la ciudad a preguntar por un médico.

Encontró uno que le había sido recomendado por un escribiente del mercado de granos donde ahora se hallaba su hijo segundo, y fue a verle. El médico estaba sentado ociosamente ante una tetera. Era un hombre viejo, de larga barba cenicienta y lentes que semejaban los ojos de un mochuelo, y vestíase con una sucia túnica gris cuyas largas mangas le cubrían las manos por completo. Cuando Wang Lung le dijo cuáles eran los síntomas de su esposa, frunció los labios y abriendo un cajón de la mesa ante la que se hallaba sentado, sacó un paquete y dijo:

—Iré ahora mismo.

Cuando se acercaron a su cama, encontraron a O-lan dormida con un sueño ligero; el sudor le perlaba la frente y el labio superior, y al verlo el médico movió la cabeza con pesimismo. Alargando una mano tan seca y amarilla como la de un mono, le tomó el pulso durante un largo rato, y luego movió otra vez la cabeza gravemente y dijo:

—El bazo está dilatado y el hígado enfermo. Tiene una piedra tan grande como la cabeza de un hombre en la matriz; el estómago está desintegrado; el corazón no se mueve apenas y seguramente hay gusanos en él.

Al oír estas palabras, Wang Lung sintió que su propio corazón se detenía, y tuvo miedo, gritando con ira:

—Buena, pues dadle medicina. ¿No podéis hacerlo?

O-lan abrió entonces los ojos y miró a los hombres sin comprender, embotada de dolor.

El médico habló de nuevo:

—Es un caso difícil. Si no queréis garantía de curación, mis honorarios serán diez piezas de plata y le recetará unas hierbas, el corazón seco de un tigre y un diente de perro, todo esto hervido junto y que beba el caldo. Pero si queréis garantía de curación completa, entonces son quinientas piezas de plata.

Cuando O-lan oyó las palabras "quinientas piezas de plata" salió de pronto de su modorra y dijo débilmente:

—No, mi vida no vale tanto. Por ese precio se puede comprar un buen trozo de tierra.

Al oír esto, Wang Lung sintió que todos sus remordimientos le herían de nuevo, y contestó furiosamente:

—¡No quiero muertes en mi casa y puedo pagar la plata!

Cuando el médico le oyó decir: "Puedo pagar la plata", sus ojos brillaron codiciosamente, pero había la pena que infligía la ley si no cumplía su palabra y la mujer se moría, de modo que exclamó, aunque con sentimiento:

—No; mirándole el blanco de los ojos veo que me he equivocado. Necesito cinco mil piezas de plata para garantizar su curación.

Entonces, comprendiendo, Wang Lung miró al médico silenciosa y tristemente. El no poseía tantas piezas de plata a menos que vendiese la tierra, y aun si hiciera esto no serviría de nada, porque era simplemente lo que el médico decía: "Esta mujer se muere."

Le acompañó, pues, hasta la puerta, entregándole las diez piezas de plata, y cuando hubo partido entró en la oscura cocina donde O-lan había pasado la mayor parte de su vida y donde, ahora que ella no es-

taba allí, nadie podía verle, y volviendo el rostro hacia la pared ennegrecida, se echó a llorar.

XXVI

Pero la muerte no se producía con rapidez en el cuerpo de O-lan. Apenas había llegado a la media edad y la vida no huía rápidamente de ella, así es que estuvo muriéndose en su cama durante muchos meses. Todo el largo invierno pasó así y por vez primera Wang Lung y sus hijos supieron lo que O-lan había sido en la casa y cuánto hizo por todos ellos sin que se enterasen.

Parecía ahora que nadie sabía encender el fuego y hacer que no se apagase, ni darle vueltas al pescado dentro del caldero sin romperlo o quemarlo de un lado dejándolo crudo por el otro, y nadie sabía con qué aceite convenía freír este o aquel vegetal. La basura de migas y alimentos caídos al suelo yacían bajo la mesa y a nadie se le ocurría barrerla, hasta que Wang Lung se impacientaba por el hedor que emanaba de ella y llamaba a un perro para que se la comiera o le gritaba a la hija menor que la barriese y arrojase fuera.

En cuanto al hijo pequeño, hacía lo que podía por suplir a su madre junto a su abuelo, que ahora se había tornado inútil como una criatura. Wang Lung no podía hacer comprender al anciano lo que le había pasado a O-lan y por qué ya no entraba a traerle té y agua caliente, ni a ayudarle a levantarse y acostarse; y el viejo se enojaba porque llamaba a O-lan y no obtenía respuesta, y arrojaba el tazón de té al suelo como un niño caprichoso. Al fin, Wang Lung le condujo al cuarto de O-lan y se la mostró tendida en la cama, y él la contempló con sus ojos medio ciegos, murmuró unas palabras y se puso a llorar porque comprendía que algo malo había ocurrido.

Solo la pobre tonta no sabía nada y únicamente ella sonreía mientras retorció sin cesar su trocito de tela. Pero, de todos modos, había que pensar en ella para entrarla a dormir por las noches, para darle de comer, sacarla al sol por el día y conducirla a la casa si empezaba a llover. Uno de ellos tenía que acordarse de esto, pero incluso Wang Lung lo olvidaba y una vez la dejaron fuera toda la noche; a la mañana siguiente encontraron a la infeliz temblando y llorando, y Wang Lung se encolerizó y maldijo a su hijo y a su hija porque se habían olvidado de la pobre tonta, que era hermana de ellos. Entonces vio que eran tan sólo dos criaturas tratando de llenar el puesto de su madre sin conseguirlo, y se calmó. Después de esto, él mismo se ocupaba de la pobre tonta

mañana y noche; y si llovía, nevaba o se alzaba un viento cortante, la entraba en casa, sentándola ante las calientes cenizas que caían del horno de la cocina.

Durante todos aquellos oscuros meses invernales, O-lan permaneció en su lecho muriendo poco a poco, y Wang Lung no prestó atención alguna a la tierra. Puso el trabajo de invierno y los trabajadores bajo la dirección de Ching, y ésta laboraba fielmente y cada mañana y cada noche se acercaba a la puerta del cuarto de O-lan y con su voz que era como un susurro preguntaba cómo seguía. Al fin, Wang Lung no pudo, aguantarlo más, porque cada mañana y cada noche sólo podía decir: "Hoy ha tomado un poco de sopa de ave". O: "Ha comido un poco de arroz", así es que le ordenó a Ching que no preguntase más y que se ocupara del trabajo, que con eso bastaba.

Durante todo el invierno, Wang Lung se iba a sentar a menudo junto al lecho de O-lan y si comprendía que tenía frío encendía una vasija de tierra llena de carbón y la ponía junto a su cama para que le diera calor, y cada vez O-lan murmuraba débilmente:

–Es demasiado caro...

Por fin, un día, cuando dijo esto, Wang Lung no pudo soportarlo y exclamó:

–¡No puedo sufrir esto! ¡Yo vendería toda mi tierra si pudiera curarte!

O-lan sonrió al oír estas palabras y dijo con dificultad, susurrando:

–No..., yo no... te dejaría. Porque yo tengo que morir... alguna vez... y la tierra queda después de mi.

Pero Wang Lung no quería oírle hablar de su muerte y cada vez que lo hacía se levantaba y se iba.

Sin embargo, porque sabía que tenía que morir y que él no debía olvidar su deber, fue cierto día a una tienda de ataúdes de la ciudad y empezó a mirarlos todos, escogiendo uno hecho de buena madera, dura y pesada. Entonces el carpintero, que esperaba que seleccionase el que fuera de su agrado, le dijo astutamente:

–Si tomáis dos, la rebaja es considerable. ¿Por qué no compráis uno para vos y así ya estáis provisto?

–No; mis hijos pueden hacer eso por mi –contestó Wang Lung.

Pero entonces se acordó de su padre y de que el anciano no tenía ataúd todavía, y dijo nuevamente.

–Pero tengo a mi anciano padre, que no vivirá mucho con lo débil que está, y sordo y medio ciego, así es que me quedaré los dos.

Y el vendedor prometió darles a los ataúdes otra buena capa de negro y mandarlos a casa de Wang Lung.

Así, pues, Wang Lung le explicó a O-lan lo que había hecho y O-lan se alegró de que se hubiera ocupado así de ella y de que la hubiese provisto para la muerte.

Wang Lung pasaba a su lado muchas horas del día, aunque hablaban poco porque ella estaba débil y porque, de todas maneras, nunca habían tenido gran cosa que decirse. A menudo, O-lan se olvidaba de dónde estaba, mientras él permanecía en el cuarto, quieto y callado, y murmuraba cosas de su infancia. Por primera vez, Wang Lung podía ver dentro de su corazón, aunque sólo fuera a través de unas palabras tan breves como éstas: "Llevaré la carne hasta la puerta solamente..., bien sé que soy fea y que no puedo aparecer ante el poderoso señor.." Y otra vez dijo jadeando: "No me peguéis... No comeré nunca más de ese plato. Y repetía una y otra vez: "Mi padre..., mi madre..., mi padre..., mi padre..." Y de nuevo: "Ya sé que soy fea y no puedo ser amada..."

Cuando dijo esto, Wang Lung no pudo soportarlo y, tomándole una mano, trató de calmarla; era una mano grande y dura, rígida como si ya perteneciese a una muerta. Y sintió más pena todavía porque lo que O-lan había dicho era verdad, y aun mientras le tomaba la mano, deseando que sintiera su ternura, estaba avergonzado porque no había ternura en él para O-lan, ni aquella blandura del corazón que Loto conseguía con sólo un mohín de sus labios. Cuando tomó aquella mano rígida y moribunda lo hizo sin amor, y su compasión fue empañada por la repulsión que le inspiraba.

Y por esta causa se mostró todavía más bondadoso con O-lan y le compró alimentos especiales, sopas delicadas hechas de pescado blanco y el corazón de repollos tiernos. Además, le era imposible gozar de Loto, pues cuando iba a verla buscando distraerse de la desesperación que causaba aquella agonía lenta, no podía olvidar a O-lan, y aun cuando tenía a Loto en los brazos, la soltaba a causa de O-lan.

Había momentos en que O-lan despertaba de su sopor y miraba en torno a ella, y una vez llamó a Cuckoo y cuando, con gran asombro, Wang Lung la hizo comparecer a su presencia, O-lan se incorporó temblando y dijo:

–Bueno, tú podrás haber vivido en las habitaciones del Anciano Señor y haber sido considerada bella, pero yo he sido la esposa de un hombre y le he dado hijos, y tú eras todavía una esclava.

Cuando Cuckoo se disponía a darle a esto una respuesta iracunda, Wang Lung la detuvo diciéndole:

–Esa no sabe ahora lo que las palabras significan.

Y al regresar Wang Lung a la habitación, O-lan, que aún se hallaba incorporada, apoyándose sobre un brazo, le dijo:

—Cuando yo muera no quiero que esa mujer ni su señora entren en mi cuarto ni toquen mis cosas, y si lo hacen les mandaré a mi espíritu con mi maldición.

Entonces dejó caer la cabeza sobre la almohada y entró en un sopor inquieto.

Pero un día, poco antes de Año Nuevo, experimentó de pronto cierta mejoría, como una candela que flamea vivamente antes de extinguirse. Volvió a ser lo que desde hacía mucho tiempo no había sido, y sentándose animosamente en el lecho se trenzó sola el cabello, pidió que le trajeran té para beber, y cuando Wang Lung entró en el cuarto le dijo:

—Ahora se acerca el Año Nuevo y no hay dulces ni comida preparada, y yo he pensado una cosa. No quiero que esa esclava entre en mi cocina, pero me gustaría que viniese mi nuera, que está prometida a mi hijo mayor. No la he visto todavía, pero cuando venga le diré lo que tiene que hacer.

Wang Lung se sintió contento al verla tan animada, aunque este año no tenía ningún deseo de festejos, y envió a Cuckoo a suplicarle a Liu, el negociante en granos, que concediese este favor en vista de lo triste del caso. Y Liu cedió pronto al enterarse de que O-lan no pasaría el invierno; al fin y al cabo, la muchacha tenía dieciséis años y era mayor que otras que habían ido a casa de sus esposos.

Pero debido al estado de O-lan no se celebraron festejos. La doncella llegó silenciosamente en una silla de manos, sin otra compañía que su madre y una servidora, y la madre regresó en cuanto hubo entregado su hija a O-lan, pero la servidora se quedó en la casa para uso de la doncella.

Los niños fueron trasladados de su cuarto y éste cedido a la nueva hija política, haciéndose todos los arreglos debidos. Wang Lung no habló con la muchacha, ya que esto hubiera sido impropio, pero inclinó la cabeza gravemente cuando ella le saludó, y la muchacha fue de su agrado, pues sabía su obligación y se movía por la casa calladamente y con los ojos bajos. Además era de agradable apariencia, bonita, pero sin serlo tanto que pudiera sentirse vanidosa por ello. Mostrábase cuidadosa y correcta en su comportamiento y atendía a O-lan esmeradamente, lo que consolaba a Wang Lung de la angustia que sentía por su esposa, pues ésta tenía ahora una mujer junto a su cama y estaba contenta.

Este contento duró algo más de tres días, y luego O-lan pensó otra cosa y le dijo a Wang Lung:

—Todavía hay algo más, antes de que me muera. Al oír lo cual, Wang Lung repuso con enojo:

—¡No hables de morir si quieres verme contento!

Entonces ella sonrió despacio, con aquella sonrisa lenta que se apagaba antes de que le llegara a los ojos, y contesto:

–Debo morir, porque lo siento en mis entrañas, pero no moriré antes de que mi hijo mayor venga a casa y tome por esposa a la buena doncella que tan bien me cuida y que sabe sujetar con firmeza la escudilla de agua caliente y bañarme el rostro cuando sudo de dolor. Quiero que mi hijo regrese porque voy a morir, y quiero que se case con esta doncella, y así moriré tranquila sabiendo que tu nieto y el bisnieto de tu padre va a ser concebido.

Pero estas palabras eran excesivas para O-lan en cualquier momento, aun hallándose sana, y las había pronunciado con mucha más energía que todo cuanto dijera durante muchos meses. Wang Lung se alegró del vigor que había en su voz y de la fuerza con que quería esto, y no quiso contradecirla a pesar de que él hubiera deseado otra ocasión para poder celebrar con gran pompa la boda de su primogénito. Y le dijo efusivamente:

–Bueno, pues haremos eso y hoy mismo mandaré un hombre al Sur para que busque a mi hijo y le traiga aquí para casarse. Y entonces tienes que prometerme que recobrarás las fuerzas, que te olvidarás de la muerte y te pondrás bien, porque sin ti la casa es como una cueva de bestias.

Dijo esto para que estuviera contenta, y ella lo estuvo, aunque ya no habló más, sino que se recostó de nuevo y cerró los ojos, sonriendo un poco.

Wang Lung, pues, envió un mensajero y le ordenó:

–Dile a tu joven señor que su madre está muriéndose y que su espíritu no puede hallar paz hasta que le vea casado, y que si me estima a mi, a su madre y a esta casa, regresará sin perder momento, pues dentro de tres días a contar desde ahora tendré preparados los festejos y la gente invitada para su matrimonio.

Y como Wang Lung lo dijo, así lo hizo. Le ordenó a Cuckoo preparar una fiesta lo mejor que supiese y llamar cocineros de la casa de té de la ciudad para ayudarla, y puso plata en sus manos generosamente, diciéndole:

–Haz como se hubiera hecho en la casa grande en una ocasión así, y cuando se acabe esta plata no faltará otra.

Entonces fue al pueblo e invitó a cuantos hombres y mujeres conocía, y fue a la ciudad e invitó a sus conocidos de las casas de té y de los mercados de granos. Y a su tío le dijo:

–Invitad a quien queráis para la boda de mi hijo; invitad a vuestros amigos o a los amigos de vuestro hijo.

Esto se lo dijo porque recordaba siempre quién era su tío, y, desde la hora en que lo supo, Wang Lung le trataba cortésmente y como a un invitado de honor.

La noche antes del día de su boda, el primogénito de Wang Lung llegó a la casa, y al verle entrar, Wang Lung olvidóse de todas las tribulaciones que el muchacho le había ocasionado. Su ausencia había durado dos años y ya no era un adolescente, sino un hombre alto y gallardo, de cuerpo cuadrado, mejillas encendidas y pelo negro y corto, brillantemente aceitado. Iba vestido con una larga toga de satén rojo, como las que se encuentran en las tiendas del Sur, y llevaba una chaquetilla de terciopelo negro, sin manchas. El corazón de Wang Lung estallaba de orgullo por su hijo, y se olvidó de todo excepto de esto: de que era su hijo, y le condujo ante su madre.

Entonces el joven se sentó junto a la cama de O-lan y las lágrimas acudieron a sus ojos al verla así, pero no dijo más que palabras alegres como:

–Estáis mucho mejor de lo que dicen y muy lejos de la muerte. Pero O-lan contestó simplemente:

–Te veré casado y luego me moriré.

Ahora bien, la doncella que había de casarse no tenía, naturalmente, que ser vista por el joven, y Loto se la llevó a sus habitaciones a fin de prepararla para la boda, cosa que nadie podía hacer mejor que Loto, Cuckoo y la mujer del tío de Wang Lung. Las tres se ocuparon de la doncella y en la mañana de su boda la lavaron de pies a cabeza, le ciñeron los pies de nuevo con lienzos blancos, le pusieron medias nuevas y Loto la untó con un fragante aceite de almendras de su pertenencia. Entonces la vistieron con unas ropas que había traído de su casa: blanca seda junto a su carne virginal; luego una ligera túnica de fina lana de oveja, de la más rizada, y encima el traje de satén rojo de la boda. Y le frotaron la frente y con un cordoncillo hábilmente atado le arrancaron los cabellos de la virginidad: la franja sobre las cejas, dejándole la frente alta, pura y cuadrada como convenía a su nuevo estado. Hecho esto, la pintaron con polvos y carmín y le cepillaron las cejas, afinándolas y convirtiéndolas en dos estrechas líneas. Luego le colocaron sobre la cabeza la corona de novia y el velo de abalorios, le calzaron los menudos pies con zapatos bordados, le colorearon las puntas de los dedos, le perfumaron las manos y así quedó dispuesta para la boda. La muchacha consentía a todo, pero con desgana y timidez, como era propio y correcto.

Entonces Wang Lung, su tío, su padre y los invitados se reunieron en el cuarto central y la doncella entró sostenida por su servidora y por la

mujer del tío de Wang Lung, y entró con modestia, la cabeza inclinada correctamente y andando como si no quisiera casarse y hubiera de ser sostenida y llevada a ello. Eso demostraba su gran recato, y Wang Lung se sintió satisfecho y se dijo que era una doncella decorosa.

Después entró el hijo de Wang Lung, vestido como había llegado, con su toga roja y su chaqueta negra, y llevaba el pelo brillante y el rostro recién afeitado. Tras él venían sus dos hermanos. y Wang Lung creía estallar de orgullo viendo esta procesión formada por sus gallardos hijos, en los que su sangre había de continuarse.

En cuanto al anciano, que nada había comprendido de lo que estaba pasando, oyendo solamente fragmentos de lo que le decían a gritos, comprendió ahora de pronto y cloqueó con su risa cascada diciendo una y otra vez con su vieja voz temblorosa:

—¡Hay una boda, y una boda significa otra vez hijos y nietos!

Y se rió de tan buena gana que todos los invitados se rieron con él al ver su gozo, y Wang pensó que si al menos O-lan hubiese podido estar levantada aquel día, hubiera sido en verdad un día dichoso.

Durante todo el tiempo, Wang Lung miró rápida y secretamente a su hijo para ver si éste miraba a la doncella, y vio que sí, que le dio una mirada con el rabillo del ojo, pero esto bastó, pues se le vio en seguida muy complacido y alegre, y Wang Lung se dijo con orgullo: "Le he escogido una que le gusta."

Entonces el joven y la doncella se inclinaron ante Wang Lung y su padre, y luego entraron en el cuarto de O-lan, que se había hecho vestir con su mejor túnica negra. Cuando los jóvenes entraron, se sentó en la cama, y Wang Lung, al ver las dos rosetas rojas que le encendían las mejillas, creyó que eran signo de salud y dijo en voz alta:

—¡Ahora se pondrá bien de nuevo!

Los dos jóvenes se acercaron a O-lan y se inclinaron ante ella, y la enferma dio unos golpecitos sobre la cama y dijo:

—Sentaos aquí y bebed el vino y comed el arroz de vuestras bodas para que yo lo vea. Y éste habrá de ser vuestro lecho conyugal, ya que yo pronto no lo necesitare y seré llevada fuera.

Nadie le contestó cuando dijo esto, pero los dos jóvenes se sentaron uno junto al otro, tímidos y silenciosos, y entonces la mujer del tío de Wang Lung entró en el cuarto, con toda la importancia que requería la ocasión, trayendo dos tazones de vino de los que bebieron, separadamente primero y luego mezclando el vino de los dos tazones; y comieron arroz y mezclaron ambas porciones, lo que significaba que sus vidas se habían unido y que estaban casados. Entonces se inclinaron ante O-lan y ante Wang Lung y, saliendo a la otra habitación, se inclinaron

juntos ante los invitados reunidos.

En seguida dio comienzo la fiesta, y los patios y las habitaciones se llenaron de mesas, de olor a comida y de rosas, pues los invitados habían venido de cerca y de lejos y allí estaban aquellos a quienes Wang Lung había invitado y, con ellos, muchos a quienes Wang Lung no viera jamás en su vida, pues se sabía que era un hombre rico y que la comida no sería escatimada en una ocasión como aquélla. Cuckoo había hecho venir cocineros de la ciudad, pues tenían que servirse muchas exquisiteces de las que no es posible confeccionar en una cocina de labradores, y los cocineros llegaron trayendo enormes cestas de comida ya guisada y que sólo hacía falta calentar para poderse servir, y se daban mucha importancia blandiendo sus delantales y yendo de aquí para allá con gran celo. Y todos comían y bebían cuanto les era posible, y todos estaban muy alegres.

O-lan quiso tener todas las puertas abiertas y las cortinas corridas para poder oír las voces y las risas y percibir el olor de la comida, y una vez y otra le decía a Wang Lung, que entraba a menudo a preguntarle cómo seguía:

—¿Tiene todo el mundo vino? ¿Está bien caliente el plato de arroz dulce que debe estar en el centro de la fiesta, y le han puesto llana la medida de azúcar y manteca, y las ocho frutas?

Cuando Wang Lung le aseguró que todo estaba conforme a su deseo, pareció contenta y permaneció tranquila, escuchando.

Luego la fiesta terminó, los invitados partieron y llegó la noche. Y al apagarse los ecos de la fiesta y hacerse el silencio en la casa, las fuerzas abandonaron a O-lan y quedó débil y agotada y, llamando a los dos recién casados, les dijo:

—Ahora estoy contenta y esta cosa que tengo en las entrañas puede hacer lo que quiera. Hijo mío, mira por tu padre y por tu abuelo. Hija mía, mira por tu esposo, y por su padre, y por su abuelo, y por la pobre tonta que está ahí, en el patio. Y no tienes obligaciones con nadie más.

Esto último lo dijo refiriéndose a Loto, con quien nunca había hablado. Luego cayó en un sopor agitado, pero todavía se quedaron con ella esperando que hablase de nuevo. Una vez más se incorporó para hacerlo, pero habló como si no supiera que estaban allí y aun como si no supiera dónde ella misma se encontraba, pues dijo susurrando y volviendo la cabeza a un lado y a otro con los ojos cerrados:

—Bueno, y si soy fea, así y todo he tenido un hijo; aunque no soy más que una esclava, hay un hijo en mi casa.

Y de pronto volvió a decir:

—¿Cómo tiene aquélla que alimentarle y cuidarle como yo le cuido? ¡La

belleza no da hijos!

Y se olvidó de todos y se quedó quieta, musitando. Entonces Wang Lung hizo seña a los jóvenes de que se fueran, y él se sentó al lado de O-lan, mientras ésta dormía y se despertaba inquietamente, y se la quedó mirando. Y Wang Lung se odió a si mismo, porque ahora que O-lan estaba muriéndose, él veía de qué manera más horrible sus anchos labios amoratados se apartaban de los dientes, descubriéndolos. De pronto, mientras la miraba, ella abrió los ojos, que parecían empañados por una extraña niebla, pues miró a Wang Lung y lo volvió a mirar asombrada fijamente, como si no supiese quién era. Y de pronto dejó caer hacia atrás la cabeza, que resbaló de la almohada redonda en que se apoyaba, se estremeció y se quedó muerta.

Una vez muerta O-lan, le pareció a Wang Lung que le era imposible permanecer con ella y llamó a la mujer de su tío para que lavase el cuerpo y lo preparase para el entierro, y cuando esto estuvo hecho no quiso entrar de nuevo en la habitación, sino que dejó que la mujer de su tío, su hijo mayor y su nuera colocasen el cuerpo en el ataúd que él había comprado. Pero, para consolarse, él se ocupó de ir a la ciudad y traer hombres que sellasen el ataúd, según era costumbre, y fue a ver a un agorero y le preguntó qué día podía escoger que fuese afortunado para entierros. El agorero encontró uno que era dentro de tres meses, y, como éste era el más próximo que podía encontrar, Wang Lung le pagó y se fue al templo de la ciudad, donde entró en tratos con el abad para que le alquilase un espacio donde tener el ataúd durante tres meses. Y el ataúd de O-lan fue traído al templo, pues le parecía a Wang Lung que no podría sufrir tenerlo ante sus ojos en la casa.

Entonces, atento a que se cumpliese escrupulosamente cuanto había que hacer por la muerta, Wang Lung se ocupó del luto propio y del de sus hijos, y se hicieron zapatos de basta tela blanca, que es el color del luto, y se ataron en torno de los tobillos tiras de lienzo blanco, y las mujeres de la casa se ciñeron los cabellos con cordones de este mismo color.

Después de esto, y como a Wang Lung le era imposible dormir en la habitación donde O-lan había muerto, cogió sus cosas y se trasladó a las habitaciones de Loto, diciéndole a su hijo:

–Ve con tu esposa a la habitación donde tu madre vivió y murió, donde te concibió y te dio a luz, y engendra allí a tus propios hijos.

De manera que los dos jóvenes se instalaron en el cuarto complacidos.

Entonces, y como si la muerte no pudiera abandonar fácilmente la casa donde había entrado, el anciano padre de Lung, que había estado trastornado desde que vio colocar el inerte cuerpo de O-lan en el ataúd, se

tendió en su lecho una noche, para dormir, y cuando la hija segunda entró por la mañana a traerle el té, lo halló muerto en la cama, con la cabeza echada hacia atrás y al aire la rala pelambreira de su barba.

Al verle, la muchacha gritó y echó a correr en busca de su padre, y Wang Lung acudió presurosamente y encontró al anciano así. Su viejo cuerpo, consumido y ligero, estaba tan rígido, frío y seco como un pino nudoso: había muerto hacía horas, quizá tan pronto como se tendió en la cama. Entonces Wang Lung lavó él mismo al anciano y lo colocó suavemente en el ataúd que le había comprado, lo hizo sellar y dijo:

—Enterraremos a estos dos muertos de nuestra casa en el mismo día; yo dispondré de un buen trozo de tierra en la colina para enterrarlos en ella, y cuando yo muera yaceré también allí.

Hizo tal como dijera, y cuando hubo sellado el ataúd del anciano lo colocó sobre dos bancos en el cuarto central y allí quedó hasta el día del entierro. Le parecía a Wang Lung que era un consuelo para el anciano estar allí, aunque fuese muerto, y sentíase cerca de él, pues Wang Lung se había afligido por la muerte de su padre, pero no hasta la desesperación, porque su padre era muy viejo y durante muchos años no había estado más que medio vivo.

Cuando llegó el día señalado por el agorero, Wang Lung hizo venir sacerdotes del templo taoísta, que llegaron vistiendo sus togas color gualda y con sus largos cabellos anudados en la coronilla; e hizo venir sacerdotes de los templos budistas, y éstos llegaron vistiendo sus largas togas grises, con las cabezas afeitadas y en ellas las siete sagradas cicatrices. Estos sacerdotes batían tambores y cantaron durante toda la noche por los dos muertos, y si se callaban, Wang Lung ponía plata en sus manos y volvían a cantar, siguiendo así hasta la madrugada.

Wang Lung había escogido un buen sitio, a la sombra de un árbol de la colina, para las tumbas, y Ching las tenía cavadas y a punto, y entre ellas había levantado una pared de tierra. Dentro del espacio de las paredes había sitio para Wang Lung y para sus hijos y esposas y para los hijos de sus hijos. Wang Lung no escatimó esta tierra, a pesar de que era alta y buena para el trigo, porque era señal de la consolidación de su familia sobre su propia tierra. Muertos y vivos descansarían sobre ella.

Cuando amaneció el día señalado, después que los sacerdotes hubieron dado fin a la noche de cánticos, Wang Lung se vistió con una túnica de saco blanco y dio una túnica igual a su tío y al hijo de su tío, y a cada uno de sus hijos, y a la mujer de su primogénito, y a sus dos hijas. De la ciudad hizo venir sillas de mano para que los llevaran, pues no era propio que fueran andando al lugar del sepelio como si él fuera todavía

un pobre y vulgar individuo. De modo que por vez primera fue conducido a hombros y así marchó tras el ataúd donde se hallaba O-lan, pero tras el de su padre iba primero su tío.

Hasta Loto, que cuando O-lan vivía no podía presentarse ante ella ahora que O-lan había muerto seguía el cortejo en una silla de manos para que apareciese respetuosa con la primera mujer de su esposo. También para la mujer y el hijo de su tío, Wang Lung alquiló sillas de mano, y a todos entregó túnicas de tela de saco, y hasta para la pobre tonta alquiló una silla y la metió en ella, aunque esto la aturdió y se puso a reír agudamente cuando sólo hubieran debido oírse lamentos.

Entonces, doliéndose y llorando ruidosamente, se dirigieron a las tumbas, seguidos a pie por Ching y los trabajadores, calzados con zapatos blancos.

Wang Lung permaneció en pie ante las dos tumbas. Había hecho traer del templo el ataúd de O-lan, el cual dejaron en el suelo para esperar que se verificase primeramente el entierro del anciano. Y Wang Lung observó en pie la ceremonia y su dolor era seco y duro, y no lloraba aparatosamente como hacían otros, porque no tenía lágrimas en los ojos y le parecía a él que lo que había sucedido, había sucedido y no podía haber hecho más de cuanto hacia.

Pero cuando cayó la última paletada de tierra y las tumbas fueron aliadas, volvióse silenciosamente, despidió la silla de manos y se encaminó solo a su casa. Y en medio de su aflicción sobresalía extrañamente un pensamiento claro y punzante que le torturaba, y era éste: que deseaba no haberle quitado a O-lan las dos perlas el día aquel en que se hallaba lavando sus ropas en el estanque, y que nunca más podría sufrir que Loto se las pusiera en las orejas.

Y así, con estos pensamientos, se dirigió a su casa y se dijo:

"En esa tierra mía está enterrada más de una buena mitad de mi vida. Es como si la mitad de mi mismo hubiera sido enterrada allí. Ahora la vida será diferente en mi casa."

Y de pronto sollozó un poco y se secó los ojos con el dorso de la mano, como un niño.

XXVII

Durante todo aquel tiempo, Wang Lung apenas se había preocupado de qué cosecha fructificaba, tan atareado se había visto con los festejos de boda y los entierros de su casa; pero un día Ching llegó a él y le dijo: – Ahora que el gozo y el dolor han pasado, tengo algo que decirnos de la

tierra.

–Di, pues –repuso Wang Lung–. Últimamente apenas he pensado si tengo o no tierra, excepto para enterrar en ella a mis muertos.

Ching esperó unos minutos silenciosamente, en respeto a lo que decía Wang Lung, y luego exclamó con blandura:

–Quiera el cielo evitarlo, pero parece como si este año fuese a haber una inundación como nunca la ha habido, pues el agua se está hinchiendo ya sobre la tierra, a pesar de que todavía no es verano ni tiempo para que esto ocurra.

Pero Wang Lung respondió resueltamente:

–Todavía no he recibido favor alguno de ese viejo del cielo. Con incienso o sin incienso es siempre el mismo en la desgracia. Y, al decir esto, se levantó.

Ching, que era un hombre apocado y tímido, no se atrevía a clamar contra el cielo como Wang Lung hacia, y por mal que fuesen las cosas, solamente decía: "El cielo lo quiere", y aceptaba la inundación y sequía con humildad. No así Wang Lung. Salió a sus campos, observando aquí y allá, y vio que era cierto lo que Ching le había dicho. Todas las parcelas de terreno que se hallaban junto al foso y que había comprado al Anciano Señor de la Casa de Hwang estaban mojadas y pastosas por el agua que se filtraba del fondo, de modo que el buen trigo de aquella tierra se había tornado amarillo y enfermo.

El propio foso parecía un lago, y los canales, ríos de rápida y rizosa corriente llena de pequeños remolinos. El más lerdo podía darse cuenta de que, no habiendo llegado aún las lluvias estivales, iba a haber aquel año una avasalladora inundación, y hombres, mujeres y niños se morirían de hambre nuevamente. Entonces Wang Lung corrió de un lado a otro de sus tierras, seguido por Ching como por una sombra silenciosa, y los dos juntos decidieron en qué tierra podría sembrarse arroz y cuál otra estaría bajo el agua antes de que pudiera sembrarse. Y al mirar los canales, a punto ya de rebosar de sus márgenes, Wang Lung maldijo y exclamó:

–Ahora, ese viejo del cielo estará contento porque mirará hacia abajo y verá a la gente muriendo de hambre y ahogándose, y eso es lo que ese maldito quiere.

Dijo esto en voz alta y colérica, y al oírlo Ching se estremeció y dijo:

–Así y todo, es más poderoso que todos nosotros. No habléis así, mi amo.

Pero, desde que era rico, Wang Lung habíase tornado indiferente, y cuando lo parecía bien enfadarse, se enfadaba. Murmurando se dirigió ahora a su casa, sin dejar de pensar en el agua, que iba a invadir sus

tierras y destruir sus buenas cosechas.

Y ocurrió lo que Wang Lung había previsto. El río del Norte rompió sus diques, los más avanzados primeramente; y cuando los hombres vieron lo que había sucedido, corrieron de aquí para allá reuniendo dinero para remendarlos, y cada hombre daba lo que podía, pues era de interés para todos mantener el río dentro de sus límites. Confiaron el dinero reunido al magistrado del distrito, hombre nuevo y recién llegado a su cargo. Ahora bien, este magistrado era pobre y en su vida había visto tanto dinero, habiendo sido elevado a su posición hacía poco tiempo y gracias a la liberalidad de su padre, que se había gastado cuanto tenía y podía pedir prestado en comprarle este cargo a su hijo para que por él la familia pudiese enriquecerse. Al desbordarse el río nuevamente, las gentes fueron gritando y clamando a casa del magistrado porque no había cumplido su promesa y hecho arreglar los diques, y el hombre huyó a esconderse, pues había gastado el dinero, que ascendía a tres mil piezas de plata, en su propia casa. Y los lugareños asaltaron su morada pidiendo su vida por lo que había hecho, y al ver que iban a matarle, el magistrado saltó al agua y se ahogó, calmándose así los ánimos.

Pero el dinero había desaparecido de todas maneras, y el río hizo saltar otro dique, y otro, antes de conformarse con el espacio que se había abierto. Entonces derrumbó las paredes de tierra hasta que nadie podía decir dónde se habían alzado en todo aquel contorno, y el río se hinchó, se desparramó como un mar sobre las buenas tierras de labranza, y en el fondo de aquel mar quedó el trigo y el arroz.

Uno por uno, los pueblos se convirtieron en islas, y los hombres miraron crecer las aguas, y cuando llegaron a dos palmos de sus viviendas amontonaron camas y mesas y, convirtiendo las puertas de las casas en almadías, apilaban sobre ellas sus bienes, ropas, mujeres y chiquillos. Y el agua continuó subiendo, las paredes de tierra se ablandaron y resquebrajaron, deshaciéndose en el agua y desapareciendo como si nunca hubieran existido. Y entonces, como si el agua de la tierra llamase al agua del cielo, llovió como para apagar una sequía. Día tras día caía la lluvia incesantemente.

Wang Lung sentábase a la puerta de su casa y miraba hacia las aguas, todavía lejanas de su casa, que estaba construida sobre una alta y ancha colina. Pero las vio cubrir sus tierras y temió que llegaran a las tumbas cavadas recientemente; más no alcanzaron a cubrirlas, aunque las olas de agua amarillenta y arcillosa lamían ávidamente alrededor de los muertos.

Aquel año no hubo cosechas, y por todas partes la gente se moría de

hambre y muchos estaban iracundos por lo que les había sucedido aún otra vez. Algunos partían hacia el Sur, y otros, furiosos, atrevidos y sin escrúpulos, se unían a las bandas de ladrones que pululaban por doquiera en aquellos lugares. Estas bandas trataron inclusive de sitiar la ciudad, de manera que ésta cerró todas las puertas de la muralla, excepto una pequeña, llamada la puerta del agua del Oeste, que permaneció abierta, pero guardada por soldados, y por la noche se cerraba también.

Además de los que se dedicaban al robo y de los que partían al Sur a trabajar y a mendigar como Wang Lung había hecho una vez con su anciano padre, su mujer y sus hijos, había otros que, demasiado viejos, cansados y tímidos, y faltos de hijos, como Ching, se quedaban en sus casas y sufrían hambre, comiendo la hierba y las hojas que podían encontrar en los terrenos altos y muriendo en gran número en la tierra y en el agua.

Entonces Wang Lung vio que una época de hambre como él jamás había conocido les amenazaba, pues las aguas no se retiraban a tiempo para poder plantar el trigo de invierno y no habría cosecha el año próximo. Y se ocupó de su propia casa y del gasto de comida y de dinero, querellándose acaloradamente con Cuckoo porque durante largo tiempo fue todavía a comprar carne a la ciudad; alegrase Wang Lung de que, ya que debía haber inundación, por lo menos el agua se mantuviese entre su casa y la ciudad, lo que impedía que Cuckoo fuera al mercado cuando quisiese, pues Wang Lung sólo permitía que se sacasen los botes cuando él lo ordenaba y Ching le hacía caso a él y no a Cuckoo, a pesar de toda su ligereza de lengua.

Wang Lung, desde que llegó el invierno no dejaba que se vendiese o comprase nada más que lo que el decía, y economizaba cuidadosamente cuanto poseían. Diariamente le entregaba a su nuera la comida necesaria para la casa y a Ching la de los trabajadores, aunque le dolía alimentar a hombres ociosos, y tanto llegó a dolerle que al presentarse el frío invernal y helarse las aguas mandó a los hombres al Sur a trabajar y mendigar hasta que llegase la primavera; entonces podrían regresar a él. Solamente a Loto le daba en secreto azúcar y aceite porque no estaba acostumbrada a pasar privaciones. Incluso en el Año Nuevo no comieron otra cosa que un pescado que ellos mismos pescaron en el lago y un cerdo que mataron en la granja.

Pero Wang Lung no era tan pobre como pretendía, pues tenía buena plata oculta en las paredes de la habitación donde su hijo dormía con su esposa, aunque ellos no lo sabían, y tenía buena plata y hasta un poco de oro en una jarra escondida en el fondo del lago de su campo más

cercano, y un poco entre las raíces de los bambúes; y tenía grano del año anterior que no había vendido a los mercados, y no existía peligro de que se muriesen de hambre en su casa.

Pero si se morían en torno de ella, y recordó los gritos de la gente famélica que se había agrupado una vez ante la casa grande y que él vio al pasar junto a ella. Wang Lung sabía bien que muchos le odiaban porque aún tenía de qué comer, él y sus hijos, y en previsión de lo que pudiera ocurrir tenía cerradas las puertas de su casa y no dejaba entrar a nadie que no conociese.

Pero le constaba que tal precaución no le habría salvado en estos tiempos de ladrones y de ilegalidad si no hubiera sido por su tío. Bien sabía Wang Lung que, de no ser por el poder de su tío, ya habrían asaltado su casa para robarle la comida, el dinero y las mujeres que había en ella. De modo que le trataba con extrema cortesía, lo mismo que a su hijo y a su mujer, y los tres se hallaban en la casa como huéspedes de honor, bebían té antes que los otros y eran los primeros en hundir sus palillos en las escudillas a las horas de comer.

Ahora bien, pronto se dieron cuenta de que Wang Lung les temía, y tornáronse altivos, exigiendo esto y lo otro y quejándose de lo que comían y bebían. Especialmente se quejaba la mujer, pues notaba a faltar los ricos manjares que comía con Loto y se quejó a su marido y los tres se quejaron a Wang Lung.

Este veía que su tío se tornaba indiferente y perezoso con la edad y que él no se hubiera tomado la molestia de protestar, pero su hijo y su mujer le pinchaban y un día que Wang Lung estaba junto a la puerta de entrada oyó que los dos instaban al viejo diciéndole:

–Tiene dinero y comida; pidámosle plata.

Y la mujer exclamó:

–Nunca tendremos otra ocasión como ésta, pues bien sabe que si tú no fueras su tío y el hermano de su padre, ya habría sido robado y saqueado y su casa estaría vacía y en ruinas. Pero le salva que tú estás inmediatamente después del jefe de la banda de los Barbas Rojas.

Al oír esto, Wang Lung se encolerizó tanto que le parecía que la piel le iba a estallar de ira, pero haciendo un esfuerzo guardó silencio y trató de pensar en un plan para librarse de aquellos tres, aunque no se le ocurrió nada que hacer. Por lo tanto, cuando su tío se le presentó al día siguiente diciéndole: "Bueno, mi buen sobrino, dame un puñado de plata para comprarme una pipa y algo que fumar; y mi mujer está harapienta y necesita una túnica nueva", no supo qué contestar, y sacándose del cinturón cinco piezas de plata se las entregó al viejo, aunque rechinando los dientes en secreto, pues le parecía que ni aun en los días

en que estaba escaso de plata se había desprendido de ella de peor gana.

Pero dos días después su tío volvió a pedirle dinero, y otra vez, y otra, hasta que por fin Wang Lung gritó:

–Bueno, ¿hemos de morirnos pronto de hambre? Y su tío se rió y dijo descuidadamente:

–Tú estás bajo la protección del cielo. Hay hombres menos ricos que tú y que cuelgan de las vigas de sus casas.

Cuando Wang Lung oyó esto, un sudor frío le empapó el cuerpo y entregó la plata a su tío sin decir palabra. Y así, aunque en la casa no comían carne, para aquellos tres había que traerla, y aunque el mismo Wang Lung apenas probaba el tabaco, su tío fumaba incesantemente.

Ahora bien, el hijo de Wang Lung había estado abstraído por su matrimonio y apenas veía lo que estaba pasando, aunque guardaba celosamente a su esposa de las miradas de su primo. Estos dos ya no eran amigos, sino todo lo contrario, y el hijo de Wang Lung no dejaba a su esposa salir de su habitación, excepto al anochecer, cuando el otro partía con su padre, pero durante el día le hacía permanecer encerrada en su cuarto. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que aquellos tres manejaban a su padre como querían, montó en cólera, pues era de genio vivo, y dijo:

–Bueno, si os interesan más esos tres tigres que vuestro propio hijo y su esposa, la madre de vuestros nietos, es una cosa bien extraña y será mejor que tengamos nuestra casa en otro sitio.

Entonces Wang Lung le dijo claramente lo que a nadie había dicho.

–Odio a estos tres más que a nada en el mundo, y si hallara un modo de librarme de ellos, lo haría. Pero tu tío es jefe de una horda salvaje de ladrones, y si yo los alimento y los mimo estamos seguros, y por eso nadie puede demostrar enojo contra ellos.

Cuando el hijo de Wang Lung oyó esto, abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a salir de sitio, pero cuando hubo meditado unos minutos sobre aquella revelación, se encolerizó más que nunca y dijo:

–¿Y qué os parecería este medio? Una noche, precipitémoslos al agua a los tres. Ching puede empujar a la mujer, que es gorda y desvalida, y yo empujaré al joven, mi primo, a quien detesto porque siempre está tratando de ver a mi esposa, y vos podéis empujar al hombre.

Pero Wang Lung no podía matar; aunque hubiera preferido matar a su tío que a su buey, no podía hacerlo, ni aun odiando, y exclamó:

–No, y aunque pudiera hacer eso: echar al agua al hermano de mi padre, no lo haría, porque cuando los otros ladrones se enterasen, ¿qué sería de nosotros? Y si él vive estamos seguros, y si desaparece sería-

mos como las demás gentes que poseen algo y están en continuo peligro en tiempos como éstos.

Entonces los dos hombres quedaron silenciosos, cada cual pensando qué se podría hacer, y el joven vio que su padre tenía razón y que la muerte era un medio fácil pero inútil, y que había que buscar otro.

Por fin, Wang Lung musitó:

–Lo conveniente sería que pudiésemos tenerlos en la casa, aunque inofensivos y sin deseos. ¡Pero eso no es posible, sería cosa de magia!

Entonces el joven dio una palmada y exclamó:

–¡Me habéis indicado lo que hay que hacer! Vamos a comprarles opio y más opio y dejarles fumar cuanto quieran, como hacen los ricos. Yo pretenderé hacer las paces con mi primo y lo llevaré a una casa de té de la ciudad donde se puede fumar, y para mi tío y su mujer podemos comprarlo.

Pero Wang Lung, como esta idea no se le había ocurrido a él primero, vaciló en aceptarla.

–Va a costar mucho –dijo–, pues el opio cuesta tanto como el jade.

–Bueno, y dejarnos saquear por ellos cuesta todavía más caro –discutió el joven–. Y además tenemos que sufrir su soberbia y las miradas del joven a mi esposa.

Pero Wang Lung no quiso consentir en seguida, pues no era una cosa tan fácil de hacer y además iba a costar una buena bolsa de plata.

Y probablemente no se habría realizado nunca y hubieran continuado de la misma manera hasta que las aguas retrocediesen, si no hubiese ocurrido una cosa. Y esta cosa era que el hijo del tío de Wang Lung puso los ojos en la hija segunda, que era su prima, y por la sangre, lo mismo que si fuera su hermana. Esta hija de Wang Lung era una muchacha sumamente bonita, parecida al hijo segundo, al comerciante, en su pequeñez y ligereza, pero sin la piel amarilla de aquél, pues la de ella era clara y pálida como flor de almendro. Su nariz era menuda; sus labios, delgados y rojos, y sus pies, chiquitos.

Una noche, cuando salía de la cocina, y atravesaba sola el patio, su primo la cogió con rudeza, sujetándola contra él y apretándole una mano en el pecho. La muchacha se puso a gritar y Wang Lung salió corriendo y golpeó al joven en la cabeza, pero era como un perro que no quiere soltar un trozo de carne robada, y, para liberrar a su hija, Wang Lung tuvo materialmente que arrancársela de las manos. Entonces el joven se rió broncamente y dijo:

–Era solamente una broma. ¿No es mi hermana? ¿Y puede un hombre hacer nada malo con su hermana?

Pero, mientras hablaba, los ojos le brillaban de lujuria, y Wang Lung ti-

ró de la muchacha y la mandó encerrarse en su habitación.

Aquella misma noche le contó a su hijo lo sucedido, y el joven se puso muy serio y dijo:

—Tenemos que enviar a la doncella a la ciudad, a la casa de su prometido; aunque el negociante Liu diga que es un año demasiado mala para bodas, tenemos que mandarla, no fuera caso que no pudiéramos conservar la virgen con este tigre ardiente en la casa.

Y Wang Lung lo hizo así. Al otro día fue a la ciudad, a casa del negociante, y le dijo a éste:

—Mi hija tiene trece años, ya no es una niña y puede casarse. Pero Liu dudó y dijo:

—No tengo suficientes beneficios este año para empezar una familia en mi casa.

A Wang Lung le daba vergüenza decir: "Tenemos al hijo de mi tío en casa, y es un tigre", así es que repuso solamente:

—No quisiera tener cuidado de la doncella, porque su madre ha muerto, es bonita, tiene edad de concebir y, como mi casa es grande y llena de esto y de lo otro, me es imposible vigilarla siempre. Ya que ha de ser de vuestra familia, dejad que su virginidad sea guardada aquí y casadla cuando queráis.

Entonces el negociante, que era un hombre blando y bondadoso, replicó:

—Bien, pues si es así, que venga la doncella. Yo hablaré con la madre de mi hijo; aquí estará segura con su suegra, y pasadas las próximas cosechas se podrá casar.

Así pues, quedó convenido y Wang Lung partió contento. Pero a su regreso, al dirigirse hacia la puerta de la ciudad donde Ching le esperaba con una barca, pasó ante una tienda de tabaco donde también vendían opio y entró para comprarse un poco de tabaco picado que poner en su pipa por las noches. Mientras el dependiente lo pesaba, Wang Lung le preguntó involuntariamente:

¿Y cuánto vale vuestro opio, si lo tenéis?

Y el empleado respondió:

—En estos días no está permitido venderlo públicamente, pero si lo queréis comprar y tenéis plata, lo pesamos en el cuarto detrás de éste, a una pieza de plata por onza.

Entonces Wang Lung no quiso pensar más y dijo apresuradamente:

—Me llevaré seis onzas.

XXVIII

Después que hubo partido la hija segunda y Wang Lung se sintió libre de su ansiedad por ella, le dijo un día a su tío:

–Ya que sois el hermano de mi padre, aquí tenéis un buen tabaco.

Abrió el frasco del opio y el viejo cogió la odorífera substancia, la olió, se rió complacido y dijo:

–Alguna vez he fumado un poco de opio, aunque raramente, pues es demasiado caro. Pero me gusta mucho.

Y Wang Lung le respondió con fingida indiferencia:

–Esto es solamente un poco que compré para mi padre cuando se hizo viejo y no podía dormir por las noches. Pero no llegó a utilizarlo y hoy lo encontré y me dije: "Ahí está el hermano de mi padre, y ¿por qué no ha de emplearlo él antes que yo, que soy más joven, y no lo necesito aún?" Tomadlo, pues, y fumadlo cuando lo deseéis o cuando tengáis dolor.

Entonces el tío de Wang Lung lo tomó codiciosamente, pues era cosa grata de oler y algo que solamente los ricos usaban, y se compró una pipa y fumó el opio tendido todo el día sobre su cama. Entonces Wang Lung se ocupó de que se comprasen pipas y fueran dejadas aquí y allá, y fingió que él mismo fumaba, aunque sólo se llevaba una pipa a su cuarto y la dejaba allí hasta que se enfriaba. Y a sus dos hijos y a Loto no les permitía tocar el opio, diciendo como excusa que era demasiado caro, pero lo procuró liberalmente para su tío y para la mujer y el hijo de su tío, y la casa se llenó del dulzón aroma. Pero Wang Lung no escatimó la plata para esto, porque le traía la paz.

Ocurrió un día, cuando el invierno finalizaba y las aguas empezaban a retroceder, de manera que Wang Lung podía andar por su tierra, que el mayor de sus hijos le siguió y le dijo orgullosamente:

–Bueno, pronto habrá otra boca en la casa y será la boca de vuestro nieto.

Al oír esto, Wang Lung volvióse, se rió frotándose las manos y dijo:

–¡Este es en verdad un gran día!

Y riéndose nuevamente fue a buscar a Ching y le dio orden de ir a la ciudad a comprar pescado y buenos manjares que envió a la esposa de su hijo, diciéndole:

Come y haz fuerte el cuerpo de mi nieto.

Durante toda la primavera, Wang Lung tuvo, para su consuelo, la idea de este nacimiento que se preparaba. Y cuando estaba ocupado en otras cosas pensaba en ello y se sentía confortado.

Según la primavera se convertía en verano, las gentes que habían huido de la inundación regresaban. Uno por uno y grupo por grupo regre-

saban, consumidos y exhaustos por el duro invierno y felices de volver a sus lares, a pesar de que donde se habían levantado sus casas no había ahora nada más que el barro amarillento de la tierra empapada en agua. Pero de este barro se podían construir las casas otra vez y se podían traer esterillas para cubrirlas. Mucha gente fue a Wang Lung a pedirle dinero prestado, y él lo prestó a un interés alto, ya que la demanda era tan grande; y la garantía que exigía siempre era tierra. Con el dinero prestado compraban semilla para sembrar la tierra rica con la fuerza que había dejado en ella el agua, y si necesitaban bueyes y más simientes y arados, y no conseguían más dinero a préstamo, algunos vendían tierras y parte de sus campos para poder plantar lo que restaba. Y de éstos Wang Lung adquiría tierra y más tierra, y la adquiría barata porque necesitaban dinero. Pero había algunos que no querían vender su tierra, y cuando no tenían con qué comprar simiente, bueyes y arados, vendían a sus hijas; muchos fueron los que se dirigieron a Wang Lung para venderlas, porque se sabía que era rico y poderoso y hombre de buen corazón.

Y él, pensando constantemente en la criatura que iba a nacer y en las otras que nacerían de sus hijos cuando se casaran, compró cinco esclavas, dos de unos doce años de edad, con grandes pies y cuerpos vigorosos; dos más jóvenes para servirles y llevar y traer cosas, y otra para el servicio personal de Loto, pues Cuckoo se hacía vieja y desde que la segunda hija partió no hacía habido nadie más para trabajar en la casa. Estas cinco esclavas, Wang Lung las compró en el mismo día, pues era hombre suficientemente rico para poder cumplir en seguida sus decisiones.

Y un día, mucho después de esto, llegó un hombre trayendo una doncellita pequeña y delicada, de unos siete años de edad y deseando venderla. Al principio, Wang Lung dijo que no, pues le parecía demasiado pequeña y débil, pero a Loto le cayó en gracia la niña y dijo caprichosamente:

–Quiero quedarme ésta porque es tan bonita, y la otra es basta y huele a carne de cabra y no me gusta.

Wang Lung miró a la niña y vio sus lindos ojos asustados y la delgadez de su cuerpecillo: y, en parte por complacer a Loto y en parte por ver a la niña alimentada y gruesa, dijo:

–Bueno, pues así sea si tú lo quieres.

La compró, pues, por veinte piezas de plata y la pequeña fue a vivir a las habitaciones de Loto y dormía a los pies de su cama.

Ahora le parecía a Wang Lung que podría tener paz en su casa. Cuando retrocedieron las aguas, llegó el verano y la tierra estuvo preparada pa-

ra recibir la buena semilla, Wang Lung fue de aquí para allí mirando campo por campo y discutiendo con Ching la calidad de cada suelo y los cambios que debería haber en las cosechas para la fertilidad de la tierra. Y dondequiera que iba se llevaba con él a su hijo menor, que había de seguir con la tierra después de él, para que el muchacho aprendiera. Y Wang Lung nunca veía si prestaba atención o no, pues caminaba con la cabeza baja y tenía la expresión hosca y nadie sabía lo que pensaba. Pero Wang Lung no se enteraba de lo que el muchacho hacía; sólo sabía que estaba allí, caminando en silencio detrás de su padre. Y cuando todo estuvo planeado. Wang Lung regresó a su casa satisfecho y se dijo:

"Ya no soy joven y no es necesario que trabaje con mis propias manos, puesto que tengo hombres en mi tierra y tengo hijos y paz en mi casa." Y, sin embargo, cuando entraba en su casa no había paz en ella. A pesar de que le había dado una esposa al hijo, y a pesar de que había comprado esclavas suficientes para servirlos a todos, y a pesar de que a su tío y a la mujer de su tío les daba todo el opio que necesitaban para su placer, no había paz en su casa. Y de nuevo era por el hijo de su tío y por su propio hijo primogénito.

Parecía como si el hijo de Wang Lung no pudiese cesar en el odio que sentía por su primo y en su sospecha de las malas intenciones que le animaban. Bien había visto, con sus propios ojos, en los días de su adolescencia, las malas artes de su primo, y las cosas habían llegado a tal extremo que se negaba a abandonar la casa para ir a la ciudad, saliendo sólo cuando el otro lo hacía, y sospechaba de sus intenciones con las esclavas y aun con Loto, lo cual era innecesario, pues Loto engordaba y envejecía cada día más y desde hacía mucho tiempo no le importaba nada más que sus comidas y sus vinos, y no se hubiera tomado la molestia de hacerle caso aun cuando él la hubiese solicitado. Loto se alegraba ahora hasta de que Wang Lung viniese a ella cada vez menos según pasaban los años.

Aquel día, cuando, acompañado por su hijo menor, Wang Lung entró en la casa, su primogénito le llevó aparte y le dijo:

—No quiero sufrir más a mi primo en la casa, y estoy cansado de sus miradas furtivas y de su continuo haraganear con las ropas desabrochadas, y de que no quite los ojos de las esclavas.

No se atrevía a decir: "Y hasta se atreve a mirar a vuestra propia mujer", porque recordaba, con asco, que hubo un tiempo en que él mismo andaba tras esta mujer de su padre, y ahora, viéndola gorda y más vieja, no podía soñar que hubiera hecho tal cosa y sentíase amargamente avergonzado y por nada del mundo lo hubiera traído a la memoria de

su padre. Guardó, pues, silencio sobre esto y tan sólo se refirió a las esclavas.

Wang Lung había llegado del mejor humor de sus campos, porque el agua se iba alejando de la tierra y el aire era seco y caliente; y también porque estaba contento de que su hijo menor hubiera ido con él. Así es que contestó coléricamente a esta nueva complicación que surgía en su casa:

–Bueno, y tú eres un chiquillo necio por pasarte la vida pensando en esto. Te has encariñado con tu mujer y te has encariñado excesivamente, pues un hombre no ha de preocuparse tanto por la esposa que sus padres le dieron. No es propio ni está bien que un hombre ame a su esposa con un amor bobo y presuntuoso, como si fuese una ramera.

El joven se sintió herido por esto, pues lo que más temía era que alguien le pudiera acusar de conducta incorrecta, como si fuera él un hombre vulgar e ignorante, y repuso apresuradamente:

–No es por mi esposa. Es que su manera de portarse es impropia en la casa de mi padre.

Wang Lung no le oyó. Estaba musitando enojadamente y dijo otra vez:

–¿Es que no terminarán nunca en mi casa estas guerras entre macho y hembra? ¡Aquí estoy yo, envejecido; mi sangre se enfría y al fin me veo libre de deseos! ¿Tendré que soportar los deseos y los celos de mis hijos?

Y al cabo de un rato gritó de nuevo:

–Bueno, ¿y qué quieres que haga?

El joven había esperado pacientemente que pasase el enojo de su padre, pues tenía algo que decirle, y Wang Lung comprendió esto claramente cuando le preguntó: "¿Qué quieres que haga?"

El joven contestó entonces firmemente:

–Quisiera que dejásemos esta casa y que nos fuéramos a vivir a la ciudad. No está bien que continuemos viviendo en el campo como patanes; podríamos dejar aquí a mi tío, su mujer y su hijo, y nosotros vivir seguros tras las murallas de la ciudad.

Wang Lung se rió con una risa hiriente y breve al oír esto, y desechó el deseo del joven como algo sin valor e indigno de tenerse en cuenta.

–Esta es mi casa –respondió enérgicamente, sentándose a la mesa y cogiendo la pipa de agua de donde se hallaba–, y puedes vivir en ella o no, según te plazca. Es mi casa y mi tierra, y si no fuera por la tierra nos habríamos muerto de hambre, como les ha pasado a otros, y tú no podrías pasearte con tus hermosas túnicas, descansado y ocioso como un estudiante. Gracias a la buena tierra eres algo más que el hijo de un labrador.

Y Wang Lung se levantó y comenzó a dar zancadas por el cuarto central comportándose zafiamente y escupiendo en el suelo como haría un campesino, pues aunque por un lado se complacía en el refinamiento de su hijo, por otro lado lo desdeñaba, y esto a pesar de que sabía que, secretamente, estaba orgulloso de él, y orgulloso porque nadie que le viera creería que sólo una generación le separaba de la tierra.

Pero el hijo mayor no estaba dispuesto a ceder y siguió a su padre, diciéndole:

–Bueno, y ahí está esa vieja casa, la gran Casa de los Hwang. La parte delantera está llena de gentuza, pero las habitaciones interiores están cerradas y silenciosas. Podríamos alquilar algunas y vivir en paz, y vos y mi hermano menor podríais ir y venir a la tierra y yo no viviría enfurecido por ese perro de mi primo.

Y entonces, para persuadir a su padre, dejó que las lágrimas asomaran a sus ojos, las forzó a caer sobre las mejillas, sin enjugarlas, y dijo de nuevo:

–Yo trato de ser un buen hijo; no juego ni fumo opio y me contentó con la mujer que me habéis dado; os pido un poco de ayuda y eso es todo.

Wang Lung ignoraba si las lágrimas le habían o no conmovido, pero si le conmovieron las palabras de su primogénito cuando dijo: "la gran Casa de Hwang".

Wang Lung no había olvidado nunca que una vez había entrado humildemente en aquella casa y llegado lleno de vergüenza a la presencia de sus moradores, asustándose incluso del guardián. Esto había sido para él un recuerdo de oprobio durante toda su vida, y lo detestaba. Durante toda su vida había sentido que a los ojos de los demás hombres era inferior a los que habitaban en la ciudad, y cuando permaneció en pie ante la Anciana Señora de la casa grande, esta sensación alcanzó su crisis. Así es que cuando su primogénito dijo: "Podríamos vivir en la casa grande", esta posibilidad saltó con tanta fuerza en su imaginación que le pareció verla ya realizada. "Podría sentarme donde se sentaba la anciana, y desde donde me ordenó levantarme como si fuera un siervo. Si, podría sentarme allí ahora y llamar así a otro hombre a mi presencia." Y musitó unas palabras y se dijo de nuevo: "Si quisiera, podría hacer eso".

Dándole vueltas a este pensamiento, se volvió a sentar en silencio, sin contestarle nada a su hijo; llenó la pipa de tabaco, y la encendió, fumando y soñando en lo que podría hacer si quisiera.

Así, pues, aunque al principio no quería decir que tal vez consintiera ni que haría cambio alguno, desde aquel momento se sintió más disgustado que nunca con la haraganería del hijo de su tío, y le observó aten-

tamente, viendo que era verdad que ponía los ojos en las esclavas; y Wang Lung musitó y se dijo:

"Yo no puedo vivir con ese perro lujurioso en mi casa."

Miró a su tío y vio que adelgazaba a fuerza de fumar opio, que tenía la piel amarilla, que estaba viejo y encorvado y que echaba sangre cuando escupía. Y miró a su tía y la vio arrugada como una col, entregada al opio y contenta y amodorrada con él. Estos dos, poco trabajo le daban ahora, pues el opio había surtido el efecto que Wang Lung deseaba.

Pero aún quedaba el hijo de su tío, hombre sin casar todavía. Lleno de deseos como una bestia salvaje y reacio a caer a merced del opio, como habían hecho los dos viejos, y a gastar su lascivia en sueños. Y Wang Lung no deseaba casarle en la casa por miedo a la prole que creara, ya que uno como él era suficiente. Tampoco se ocupaba en trabajo alguno, pues no había necesidad ni nadie le obligaba a ello, como no pudiera llamarse trabajo las horas que, por las noches, pasaba fuera de casa. Pero aun esto ocurría con menos frecuencia, pues según los hombres regresaban a la tierra, el orden volvía a reinar en los pueblos y en la ciudad, y los ladrones se retiraron a las montañas, hacia el Noroeste, adonde el joven no quiso seguirles, prefiriendo vivir de la bondad de Wang Lung. Era, pues, una espina en la casa, por donde vagaba ociosamente, charlando, bostezando y a medio vestir hasta el mediodía. Por lo tanto, cuando Wang Lung fue un día a la ciudad a ver a su hijo segundo en el mercado de granos, le preguntó:

—¿Qué te parece lo que desea tu hermano: que nos traslademos a la ciudad y habitemos la casa grande, si es posible alquilar parte de ella?

Y el hijo segundo contestó:

—Que me convendría, pues entonces podría casarme y tener allí a mi esposa, viviendo todos bajo un mismo techo como hacen las grandes familias.

Wang Lung no se había ocupado nunca de la boda de su segundo hijo, ya que éste era un muchacho frío y austero y jamás había mostrado señales de lujuria. Además, Wang Lung había tenido otras preocupaciones. Sin embargo, ahora dijo con cierta vergüenza, pues sabía que no había obrado como era preciso con su hijo segundo:

—Hace mucho tiempo que vengo pensando en que habría que casarte, pero con unas cosas y otras no he tenido tiempo, y con el hambre que ha habido últimamente y la necesidad de evitar toda fiesta... Pero ahora que los hombres pueden comer otra vez, se hará la boda.

Y secretamente buscó con el pensamiento una doncella. El hijo segundo dijo entonces:

—Bueno, pues me casaré, ya que es una buena cosa y mejor que gastar

el dinero en una ramera cuando la necesidad obliga. Además, está bien que un hombre tenga hijos. Pero no me deis una esposa que pertenezca a una casa de la ciudad, pues estará siempre hablando de lo que había en casa de su padre, como la mujer de mi hermano, y me hará gastar dinero y será un disgusto para mi.

Wang Lung oyó esto con asombro, pues no sabía que su nuera fuese así, viendo únicamente que era una mujer bastante bonita y cuidadosa de ser siempre correcta en su comportamiento. Pero le parecía muy sensato lo que decía su hijo, y se alegró de que fuese avisado e inteligente en la economía. En realidad, apenas conocía a este muchacho, pues había crecido débilmente junto al vigor de su hermano, y excepto por sus cuentos y chismes no fue nunca un niño ni un joven a quien se hiciese gran caso, de manera que, cuando partió para el mercado, Wang Lung se olvidó de él, excepto para decir cuando alguien le preguntaba cuántos hijos tenía: "Tengo tres hijos".

Ahora miró a este joven, su hijo segundo, y vio su cabello bien cortado, liso y brillante, y su túnica de immaculada seda gris, y vio que los movimientos del joven eran agradables y sus pupilas enérgicas y discretas. Y se dijo, lleno de sorpresa:

"¡Bueno, y éste también es mi hijo!"

Y en voz alta exclamó:

—¿Qué clase de doncella te gustaría, pues?

Entonces el joven contestó tan simple y decididamente como si lo hubiera pensado de antemano:

—Deseo una doncella de pueblo, de buena familia terrateniente y sin parientes pobres; una doncella que no sea ni fea ni hermosa, que traiga una buena dote y que sepa cocinar, para que, aunque haya sirvientes en la cocina, ella los vigile. Y ha de ser mujer que, si compra arroz, compre lo suficiente y no un puñado de más, y si compra tela, el vestido esté bien cortado y los retales que le sobren le quepan en la mano. Quiero una doncella así.

Wang Lung se asombró todavía más al oírle hablar de esta manera, pues no conocía la vida de este joven, aunque fuera su hijo. No era una sangre así la que corría por su propio cuerpo lujurioso cuando era joven, ni por el cuerpo de su hijo primogénito; sin embargo, admiraba su sabiduría y le dijo riéndose:

—Bueno, pues buscaré una muchacha como ésta; Ching se encargará de buscarla por los pueblos.

Y todavía riendo, se marchó; descendió por la calle de la casa grande y dudó junto a los leones de piedra y luego, como no había nadie para detenerle, entró en la casa. Las habitaciones delanteras estaban como

las recordaba de cuando fue a buscar a la ramera a quien temía por su hijo. De los árboles colgaban piezas de ropa puestas a secar y por todos sitios había mujeres sentadas y parloteando mientras metían y sacaban la aguja de las suelas de zapatos que estaban haciendo, y los chiquillos rodaban desnudos y polvorientos sobre las losetas de los patios. El lugar apestaba al olor de la chusma que invade la casa de los grandes cuando los grandes desaparecen. Y Wang Lung miró hacia la puerta del cuarto donde había vivido la ramera, pero la puerta estaba abierta y otra persona vivía ahora allí: un viejo; Wang Lung se alegró de esto y siguió adelante.

En los tiempos pasados, cuando la opulenta familia vivía en la mansión, Wang Lung se hubiera sentido igual a toda aquella chusma y enemigo de los poderosos, odiándolos y temiéndolos a un tiempo. Pero desde que tenía plata y oro escondidos despreciaba a ésta gentuza que pululaba por dondequiera y se abrió camino entre ella con la cabeza levantada y respirando ligeramente por la peste que despedía. Y la despreció y sintió rencor contra ella como si él mismo perteneciese a la casa grande.

Atravesó los patios y habitaciones dirigiéndose hacia la parte de atrás, aunque por pura curiosidad y no porque hubiera decidido nada todavía; al fin llegó a una puerta cerrada junto a la cual dormitaba una mujer y la miró y vio que era la esposa picada de viruelas del antiguo guardián. Esto le sorprendió, pues la recordaba como una mujer de mediana edad, fresca y rolliza, y ahora era una vieja macilenta, llena de arrugas, con el pelo blanco y los dientes sueltos en sus quijadas como raigones amarillos. Mirándola, Wang Lung se dio cuenta de cuántos y que rápidos eran los años que habían transcurrido desde que él llegó aquí con su primer hijo en los brazos, y por vez primera sintió el peso de la vejez cayéndole encima. Entonces le dijo a la mujer con tristeza:

–Despertad y abridme la puerta.

La vieja se despertó, parpadeando y pasándose la lengua por sus labios reseca, y repuso:

–No debo abrir para nadie, excepto para los que quieran alquilar toda la parte interior de la casa.

Y Wang Lung dijo de pronto:

–Bueno, tal vez la alquile yo si me gusta.

Pero no le dijo a la mujer quién era, y la siguió en silencio recordando el camino. Allí estaban los patios y estancias, allí el pequeño cuarto donde dejó el cesto, aquí las largas balconadas sostenidas por frágiles columnas rojas. La siguió hasta el mismo gran salón y su imaginación dio un salto atrás hacia el pasado cuando estuvo aquí en pie, esperando

que le diesen como esposa a una esclava de la casa. Y ante él tenía ahora la gran tarima labrada sobre la que se había sentado la Anciana Señora, envuelto su frágil cuerpo en plateado satén.

Y movido por un extraño impulso, Wang Lung se adelantó, fue a sentarse donde ella se había sentado y puso la mano sobre la mesa. Desde aquella eminencia contempló a la vieja bruja que le miraba parpadeando, en espera silenciosa de lo que él decidiera. Entonces, una satisfacción que había deseado toda su vida sin saberlo, inundó como una marejada el corazón de Wang Lung, y dando con la mano sobre la mesa exclamó de pronto:

—¡Me quedo con esta casa!

XXIX

Cuando Wang Lung decidía ahora algo, lo quería realizar inmediatamente. Según envejecía aumentaba su impaciencia por terminar las cosas y poder sentarse, al caer la tarde, ocioso y en paz a ver morir el sol, y a dormir un poco después de haber dado un paseo por sus tierras.

Le dijo, pues, a su primogénito lo que había sucedido y le ordenó ocuparse del asunto, llamando también a su hijo segundo para que viniese a ayudar en el traslado. Y un día, cuando todo estuvo preparado, se trasladaron a la otra casa; primero Loto y Cuckoo con sus esclavas y bienes, y luego el primogénito de Wang Lung con su esposa y sus servidores y las demás esclavas.

Pero Wang Lung no quería irse en seguida y se quedó, reteniendo con él a su hijo menor. Llegado el momento de abandonar su tierra, no podía hacerlo fácilmente ni con tanta rapidez como creyera, y les dijo a sus dos hijos cuando le instaron a dejarla:

—Bueno, pues preparadme un departamento para mí solo y cuando quiera ir, iré. Será un día antes de que nazca mi nieto, y cuando lo desee volveré a mis tierras.

Y cuando tornaron a instarle dijo:

—Bueno, y hay que contar con mi pobre tonta, y no sé si debe dejarla o no, pero tendré que llevármela, porque si yo no me cuido de ella, nadie lo hará.

Wang Lung dijo esto como un reproche a la esposa de su primogénito, que no podía sufrir que la pobre tonta se le acercase, y hacía dengues y ascos y decía: "Una persona así no debería vivir, y es suficiente para malograr la criatura que llevo en mi con sólo mirarla". Y el primogénito de Wang Lung recordó el desagrado que sentía su esposa y se calló.

Entonces Wang Lung se arrepintió de su reproche y dijo blandamente: –Iré cuando se haya encontrado la doncella que ha de casarse con el hijo segundo, pues es más fácil permanecer aquí, donde está Ching, hasta que el asunto esté arreglado.

El primogénito dejó, pues, de insistir.

No quedó en la casa nadie más que el tío, su mujer y su hijo, y Ching y los trabajadores, además de Wang Lung y la tonta. Y el tío se trasladó con los suyos a las habitaciones que habían sido de Loto y se instaló allí como en su casa. Pero esto no enojó demasiado a Wang Lung, pues veía que no le quedaban a su tío muchos días de vida, y cuando el viejo hubiera muerto, su deber hacia aquella generación habría terminado, y si el joven no se portaba bien, nadie podría acusar a Wang Lung si lo echaba de la casa.

Ching y los trabajadores se trasladaron también a la casa, ocupando las habitaciones exteriores, mientras Wang Lung y la tonta vivían en las del centro. Y Wang Lung asalarió una mujer robusta para que los sirviera.

Y así durmió y descansó y se despreocupó de todo, pues estaba de pronto muy cansado y había paz en la casa. Nadie le causaba ahora tribulaciones, pues su hijo menor era un muchacho silencioso, al que veía poco, y apenas sabía nada de él.

Pero al fin Wang Lung entró en acción para ordenarle a Ching que le buscara una doncella con quien casar al hijo segundo.

Ching estaba viejo, lacio y flaco como un junco, pero aún tenía la fuerza de un viejo perro fiel, aunque Wang Lung ya no le permitía coger la azada ni seguir a los bueyes tras el arado. Pero todavía era útil, pues vigilaba el trabajo de los otros y las medidas de grano cuando éste era pesado. Así es que cuando Wang Lung le dijo lo que deseaba que hiciera, Ching se lavó, se puso su túnica buena de algodón azul y fue de aquí para allá, de un pueblo a otro, y vio a muchas doncellas y al fin regresó y dijo:

–De buen grado preferiría tener que buscar una esposa para mí que para vuestro hijo, pero si fuera para mi, y yo fuese joven, hay una doncella, tres pueblos más allá, una doncella buena, robusta y cuidadosa, sin más defectos que una risa fácil; su padre consiente y estaría contento de unirse a vuestra familia por su hija. La dote es buena para estos tiempos, y el padre tiene tierras, pero le he dicho que no podía prometer nada hasta que vos lo hicierais.

A Wang Lung le parecieron aceptables las condiciones y además estaba ansioso de terminar este asunto, así es que dio su promesa y cuando llegaron los papeles puso su marca en ellos y se sintió aliviado y dijo:

–Ahora ya sólo me queda el pequeño por casar y habré terminado con

todas las bodas. Me alegro de estar tan cerca de la paz.

Y cuando los trámites se terminaron y se fijó el día de la boda, se sentó al sol y descansó y durmió como su padre lo había hecho.

Entonces le pareció a Wang Lung que, como Ching tornábase cada día más débil por la edad, y el cada día más pesado y soñoliento por la edad y la comida, y como su hijo menor era demasiado joven todavía para llenarle de responsabilidades, lo mejor sería dar en arriendo algunos de sus campos más lejanos a otros hombres del pueblo. Así lo hizo en efecto, y muchos fueron los que llegaron a Wang Lung de los pueblos cercanos para arrendarle sus tierras, quedando decidido que el pago sería: la mitad del beneficio para Wang Lung porque era el dueño de la tierra y la otra mitad para el que la arrendaba, por su trabajo. Rabia, además, otras cosas que cada uno debía proveer: Wang Lung ciertos abonos y residuos de ajonjolí, que traería de su molino de aceite después de que el ajonjolí hubiera sido molido; y el arrendatario, ciertas cosechas para uso de la casa del propietario.

Entonces, y ya que su administración no era necesaria, Wang Lung iba a la ciudad algunas veces y dormía en la habitación que tenía dispuesta, pero al hacerse de día regresaba a la tierra, atravesando la puerta de la ciudad tan pronto como la abrían al llegar el alba. Y aspiraba el fresco olor de los campos, y cuando llegaba a su propia tierra se sentía feliz.

Entonces, y como si los dioses fueran bondadosos por una vez y quisieran darle paz en su ancianidad, el hijo de su tío, que andaba inquieto y aburrido por la casa, silenciosa ahora y sin más mujeres que la robusta mujer de servicio, casada con uno de los trabajadores, el hijo de su tío oyó hablar de una guerra que había en el Norte y le dijo a Wang Lung:

–Dicen que hay guerra al norte de nosotros y quiero ir y tomar parte en ella para tener algo que hacer y para ver algo. Haré esto si me dais plata para comprarme más ropas y cobertores de cama y un fusil extranjero que llevar al hombro.

Al oír esto, a Wang Lung le saltó el corazón de gozo, pero lo disimuló astutamente y, pretendiendo que dudaba, exclamó:

–Tú eres el único hijo de mi tío y después de ti no hay nadie más para continuar su sangre. ¿Qué pasará si te vas a la guerra?

Pero el joven contestó riéndose:

–Yo no soy ningún tonto y no me he de colocar donde mi vida peligre. Lo que deseo es un cambio, y viajar, y ver otros lugares antes de que sea demasiado viejo.

Wang Lung, pues, le dio la plata y tampoco esta vez le dolió despren-

derse de ella, diciéndose:

"Bueno, y si lo que quiere es eso, habré terminado con esta maldición en mi casa."

Y pensó de nuevo:

"Bueno, y quizá lo maten, si mi buena suerte continúa, pues a veces hay quienes mueren en la guerra."

Entonces se sintió del mejor humor, aunque no lo demostraba, y consoló a la esposa de su tío cuando ésta lloró un poco al saber que su hijo se marchaba. Le dio también un poco más de opio y le encendió la pipa, diciéndole:

–Bueno, seguramente llegará a ser un oficial militar y todos nos cubriremos de honor por él.

Y por fin hubo paz. En la casa de campo ya no quedaban más que los dos durmientes, y en la de la ciudad se acercaba la hora en que el nieto de Wang Lung debía venir al mundo.

Según esta hora se acercaba, Wang Lung permanecía más y más en su residencia de la ciudad, y paseaba por las estancias con perpetuo asombro, maravillándose de que en esta casa, que había albergado a la poderosa familia de Hwang, vivieran ahora él y su mujer, y sus hijos y las esposas de sus hijos. Y ahora iba a nacer un nieto de la tercera generación.

Su corazón rebosaba contento y ahora le parecía a Wang Lung que nada era suficiente para su riqueza. Compró metros de seda y de satén para cada uno de ellos, pues parecía mal que sobre las sillas labradas y junto a las mesas de ébano del Sur se vieran túnicas ordinarias de algodón; de éstas compró para las esclavas, buenas túnicas de algodón azul para que ninguna tuviera que llevar nada en mal uso. Hizo esto y se sentía contento cuando las amistades que su primogénito había adquirido en la ciudad venían a la casa, y orgulloso de que vieran lo que en ella había.

Y Wang Lung quiso ahora comer manjares delicados, y él, que se había sentido satisfecho con buen pan de trigo y unas cabezas de ajos, ahora que dormía hasta tarde y no trabajaba en la tierra no se contentaba fácilmente con según qué platos y probaba retoños de bambú de invierno y huevos de langostinos, pescados del Sur y mariscos de los mares del Norte, y cuantas exquisiteces son servidas únicamente a la mesa de los ricos para estimularles el apetito. Y sus hijos comían de todo esto y Loto también, y al ver a lo que habían llegado las cosas, Cuckoo rió y dijo: –Bueno, pues es lo mismo que en los viejos días, cuando yo estaba en estas salas, sólo que ahora mi cuerpo está macilento y seco y no sirve para un anciano señor.

Al decir esto miró a Wang Lung maliciosamente y se rió de nuevo, y él pretendió no enterarse de su impudicia, pero se sintió halagado porque le había comparado al Anciano Señor.

Así pues, dentro de esta existencia lujosa, durmiendo cuando querían y levantándose cuando querían, Wang Lung esperaba a su nieto. Y una mañana oyó los lamentos de una mujer y al dirigirse a las habitaciones de su hijo mayor éste le salió al encuentro y le dijo:

–La hora ha llegado, pero Cuckoo dice que será lento, porque la mujer es muy estrecha. Será un parto difícil.

Wang Lung regresó, pues, a su cuarto y se sentó, escuchando los gritos y sintiéndose por primera vez en muchos años asustado y necesitado de alguna ayuda espiritual. No tardó en levantarse, y dirigiéndose a la tienda de incienso compró un poco, y lo llevó al templo de la ciudad, donde mora la diosa de la misericordia en su alcoba dorada. Allí llamó a un sacerdote desocupado, le dio dinero y le rogó que pusiera incienso ante la diosa, diciendo:

–Esta mal que sea yo, un hombre, quien haga esto, pero mi nieto está a punto de nacer, y la labor es dura para la madre, que es una mujer de ciudad y demasiado estrecha, y la madre de mi hijo ha muerto y no hay ni una mujer para ofrecer el incienso.

Entonces, y mientras contemplaba al sacerdote arrojarlo dentro de la urna que ardía ante la diosa, pensó con súbito horror: "¿Y si en lugar de un nieto es una niña?" Y exclamó:

–Bueno, y si es un nieto pagaré una nueva túnica roja para la diosa, ¡pero no daré nada en absoluto si es una niña!

Salió del templo presa de gran agitación, pues no se le había ocurrido esto: que podía no ser un nieto, sino una niña, y fue a la tienda y compró más incienso. Aunque el día era caluroso y por las calles había un palmo de polvo, encaminó sus pasos hacia el pequeño templo rural donde estaban los dos que protegían los campos y la tierra y les encendió el incienso diciéndoles:

–¡Bueno, hemos cuidado de vosotros mi padre, yo y mi hijo, y ahora llega el fruto de mi hijo y si no es un nieto no habrá nada para vosotros dos!

Y habiendo hecho cuanto estaba en su mano, regresó a sus habitaciones, sumamente cansado, y se sentó ante su mesa. Hubiera deseado que una esclava le trajese té y que otra le trajese una toalla mojada en agua caliente y luego exprimida para limpiarse el rostro, pero a pesar de sus palmadas no acudía nadie. No se ocupaban de él, y aunque la gente de la casa no cesaba de correr de aquí para allá, no se atrevía a detener a nadie y preguntar qué clase de criatura había nacido si es

que había nacido ya. Permaneció allí sentado, rendido y polvoriento, sin que nadie le hablara.

Al fin, cuando había esperado tanto tiempo que le parecía que ya debía empezar a anochecer, entró Loto oscilando sobre sus menudos pies, debido a su peso excesivo, y apoyándose en Cuckoo. Y Loto rió y le dijo ruidosamente:

–Bueno, ya hay un hijo en la casa de tu hijo, y tanto la madre como la criatura viven. Yo he visto al recién nacido y es hermoso y robusto.

Entonces Wang Lung se levantó, frotó las manos una contra otra, volvió a reírse y exclamó:

–Bueno, y yo he permanecido aquí sentado como un hombre con su propio primogénito a punto de venir al mundo, y sin saber qué hacer y asustado de todo.

Y cuando Loto se hubo marchado a sus habitaciones empezó a musitar y se dijo:

"Bueno, yo no me asusté así cuando aquella otra tuvo su primer hijo, mi primogénito."

Se quedó silencioso y recordó aquel día, y cómo O–lan había entrado sola en el cuartito oscuro y cómo sola y silenciosamente había dado a luz hijos, y otra vez hijos, e hijas, y cómo luego regresaba a los campos a trabajar junto a él. Y aquí estaba ésta, la mujer de su hijo, que gritaba con los dolores como una criatura y tenía a todas las esclavas corriendo de aquí para allí por la casa y a su esposo junto a su puerta.

Y recordó, como uno recuerda un sueño ha largo tiempo soñado, cómo O–lan descansaba un poco de su trabajo y se sentaba a amamantar al niño, y la leche rica y blanca corría de su pecho y salpicaba la tierra. Y todo esto parecía tan lejano que diríase que nunca había ocurrido.

Entonces entró su hijo sonriente y lleno de importancia, y dijo ruidosamente:

–El hombre niño ha nacido, padre mío, y ahora tenemos que buscar una mujer para que lo amamante con sus pechos, pues yo no quiero que mi esposa estropee su belleza y agote sus fuerzas criando.

Y Wang Lung contestó tristemente, aunque no sabía la causa de su tristeza:

–Bueno, pues si ha de ser así, que así sea, ya que no puede criar a su propio hijo.

Cuando el niño cumplió un mes, su padre, el hijo de Wang Lung, dio la fiesta del nacimiento invitando a mucha gente, al padre y a la madre de su esposa y a todos los grandes de la ciudad. Y mandó teñir de escarlata muchos de cientos de huevos, que se dieron a los invitados y a todos los que mandaban invitados, y en la casa todo eran festejos y alegría

porque la criatura era un hermoso niño, había pasado su décimo día y estaba vivo, y esto era un temor descartado y todos se alegraban de ello.

Y cuando la fiesta del nacimiento hubo terminado, el hijo de Wang Lung se acercó a su padre y le dijo:

–Ahora que hay tres generaciones en esta casa, deberíamos tener las tablas de los antepasados que poseen las grandes familias para adorarlas en las festividades, pues ahora somos también nosotros una familia establecida.

Esto agradó a Wang Lung en extremo y dio orden de que la proposición de su hijo se llevara a cabo. No tardaron, pues, en verse las tablas en el salón, puestas en línea; en una tabla, el nombre del abuelo de Wang Lung y el de su padre, y libres los otros espacios para Wang Lung y sus hijos cuando muriesen. Y el primogénito compró una urna de quemar incienso y la puso ante ellas.

Cuando esto quedó hecho, Wang Lung recordó la túnica roja que había prometido a la diosa de la misericordia, y se dirigió al templo a entregar el dinero para adquirirla.

Y al regresar de él y como los dioses no pudieran dar sin cobrarlo de alguna manera, llegó corriendo un hombre de los campos a decirle que de pronto Ching se estaba muriendo y había preguntado si Wang Lung querría ir a verlo morir. Y Wang Lung, al escuchar al jadeante mensajero, gritó coléricamente:

–¡Bueno, supongo que ese maldito par del templo tiene celos ahora porque le he regalado una túnica roja a la diosa de la ciudad, y supongo que no se han enterado de que el poder de ellos es sobre la tierra y no sobre los nacimientos!

Y aunque tenía ya servida la comida del mediodía, se negó a comer, y aunque Loto insistía en que no saliera hasta que el sol comenzara a ponerse, no le hizo caso y salió. Entonces, viendo que no lograba detenerle, Loto envió tras él una esclava llevando una sombrilla de papel aceitado, pero Wang Lung corría tanto que la robusta muchacha tenía dificultad en cubrirle la cabeza.

Wang Lung entró inmediatamente en la habitación donde Ching yacía, gritándoles a todos:

–¿Cómo ha ocurrido esto?

El cuarto estaba lleno de obreros agrupados, que respondieron con prisa y confusión:

–Se empeñó en trabajar en la trilla... Le dijimos que no debía hacerlo, a su edad... Hay un trabajador que es nuevo... y no sabía sujetar el maula... Ching quiso enseñarle... Es trabajo duro para un hombre viejo...

Entonces Wang Lung gritó con voz terrible:

—¡Traedme a ese trabajador!

Empujaron a éste a la presencia de Wang Lung y allí aguardó, temblando y chocando sus desnudas rodillas una contra otra. Era un tosco mozo de campo, robusto y colorado, con los dientes sobresaliéndole por encima del labio inferior y con los ojos redondos y apáticos como los de un buey. Pero Wang Lung no le tuvo lástima. Le abofeteó en ambas mejillas y luego cogió la sombrilla de manos de la esclava y golpeó al muchacho en la cabeza, sin que nadie se atreviera a detenerle, no fuese que la cólera se le subiera a la cabeza y, a su edad, le envenenara. Y el patán aguantó la rociada humildemente, gimoteando y chupándose los dientes.

Entonces Ching se quejó desde la cama donde yacía y Wang Lung tiró la sombrilla y gritó:

¡Ahora éste se va a morir mientras yo golpeo a un imbécil!

Y se sentó al lado de Ching, tomándole una mano. Era una mano tan ligera, seca y pequeña como una hoja de roble marchita, y era imposible creer que la sangre circulase por ella, tan seca y ligera estaba. Pero el rostro de Ching, que era siempre pálido y amarillo, tenía ahora un color oscuro y se hallaba salpicado de su escasa sangre; y sus ojos medio cerrados estaban ciegos, y empañados, y su respiración iba y venía por accesos. Wang Lung se inclinó sobre él y le dijo alto al oído:

—¡Aquí estoy yo, y te compraré un ataúd inferior únicamente al de mi padre!

Pero los oídos de Ching estaban llenos de sangre, y si oyó a Wang Lung no dio señales de ello, sino que siguió jadeando y muriéndose, y así se murió.

Cuando hubo muerto, Wang Lung se inclinó sobre él y lloró como no había llorado al morir su padre; y encargó un ataúd de la mejor clase, llamó sacerdotes para el entierro y siguió tras él a pie y vestido de blanco en señal de luto. Hizo incluso que su hijo primogénito se pusiera bandas blancas en los tobillos como si hubiera muerto un pariente, a pesar de que su hijo protestó:

—Era solamente un servidor de confianza, y no está bien ponerse luto por un criado.

Pero Wang Lung le obligó a ello durante tres días. Y si Wang Lung hubiera podido hacer enteramente como era su deseo, habría enterrado a Ching dentro de la muralla de tierra donde reposaban su padre y Olan. Pero sus hijos se negaron y protestaron diciendo:

—¿Deben nuestra madre y nuestro abuelo yacer con un criado? ¿Y nosotros también, cuando llegue nuestra hora?

Y entonces Wang Lung, porque no podía contender con ellos y porque a su edad quería paz en la casa, enterró a Ching en la entrada de la muralla y se sintió consolado con lo que había hecho y se dijo:

"Bueno, ya está bien así, porque siempre ha sido para mí un guardián contra el mal."

Y dio orden a sus hijos de que cuando él muriera le enterrasen lo más cerca posible de Ching.

Entonces Wang Lung fue con menos frecuencia que nunca a sus tierras, porque ahora que Ching no estaba le abrumaba tener que ir solo, y además estaba cansado del trabajo y los huesos le dolían cuando cruzaba solo los duros campos. De manera que dio en arriendo toda la tierra que pudo y la gente la tomó con avidez, porque se sabía que era buena tierra. Pero Wang Lung no quiso hablar nunca de vender un solo palmo de ningún campo y únicamente la arrendaba a un precio dado y por un año cada vez. Así sentía que la tierra era suya todavía y que estaba en sus manos.

Designó a uno de los trabajadores con su esposa y sus hijos para que vivieran en la casa de campo y cuidasen de los dos fumadores de opio. Y entonces, viendo los ojos pensativos de su hijo menor, exclamó:

–Bueno, puedes venir conmigo a la ciudad, y me llevaré también a mi tonta y vivirá conmigo en mi departamento. Esto es demasiado solitario para ti ahora que Ching no está, y sin él aquí no estoy muy seguro de que tratarán bien a la pobre tonta, ya que no hay nadie para decirme si le pegan o si le dan mal de comer. Y tampoco hay nadie para enseñarte a ti en lo que concierne a la tierra, ahora que Ching no está.

Así es que Wang Lung se llevó a su hijo menor y a su tonta y a partir de entonces apenas volvió, durante mucho tiempo, a su casa de campo.

XXX

Ahora le parecía a Wang Lung que no existía nada que pudiera desear en su actual condición; ahora podría sentarse al sol junto a su tonta y fumar en paz su pipa de agua, ya que la tierra estaba atendida y el dinero llegaba de ella a sus manos sin que él tuviera que preocuparse por nada.

Y así hubiera sucedido, en efecto, de no ser por aquel hijo suyo primogénito, que no estaba nunca satisfecho con lo que tenía, sino que siempre estaba esperando más; y por fin tuvo que ir a su padre y decirle:

–En la casa hacen falta muchas cosas; no debemos creer que somos una gran familia por el hecho de que vivamos en estas habitaciones in-

teriores. Antes de seis meses debe tener lugar la boda de mi hermano y no tenemos sillas suficientes para sentar a los invitados, y no tenemos bastantes mesas ni bastantes platos ni bastante nada en estos cuartos. Además es una vergüenza invitar gente y que se vea obligada a cruzar las grandes puertas y entrar en la casa pasando entre toda esa chusma ruidosa y apestosa del exterior. Sin contar con que debiendo casarse mi hermano y con sus hijos y los míos por venir, necesitamos también las habitaciones delanteras.

Entonces Wang Lung miró a su hijo, que iba lujosamente ataviado, y cerró los ojos, dio una fuerte chupada a la pipa y gruñó:

–Bueno, y otra vez ¿qué es lo que pasa?

El joven vio que su padre estaba cansado de él, pero dijo tercamente y levantando un poco la voz:

–Yo digo que deberíamos tener también las habitaciones exteriores y todo lo que conviene a una familia tan rica como la nuestra y con buena tierra.

Entonces Wang Lung murmuró dentro de su pipa:

–Bueno, la tierra es mía y tú no has puesto nunca una mano en ella.

–Bueno, padre mío –exclamó el joven al oír esto–, fuiste tú quien quiso que yo estudiara, y ahora, cuando quiero ser digno hijo de un hombre de tierras, me desdeñas a mí y a mi esposa y querrías convertirnos en patanes.

Y el joven se volvió como un torbellino e hizo como si fuera a saltarse los sesos contra un retorcido pino que crecía en el patio. Esto asustó a Wang Lung, temeroso de que el joven se hiciese daño, pues había sido siempre muy violento, y gritó:

–¡Haz lo que quieras..., haz lo que quieras...! ¡Pero no me molestes!

Al oír esto, el primogénito salió apresuradamente, antes de que su padre cambiase de opinión, y se fue satisfecho. Tan pronto como le fue posible compró, pues, mesas y sillas labradas de Sochow y cortinajes de seda roja para las puertas, y rollos para colgar de las paredes tantos como pudo, pintados de hermosas mujeres, y rocas extrañas para convertir algunos patios en jardines rocosos, como había visto en el Sur, y así ocupado pasó muchos días.

Con tanto ir y venir tenía que pasar muchas veces por los patios exteriores, a veces cada día, y jamás cruzaba entre aquellas gentes ordinarias sin levantar la nariz altivamente, pues no podía sufrirlas; así es que los habitantes de aquella parte de la casa se reían de él cuando había pasado y decían:

–¡Se ha olvidado del olor del estiércol a la puerta de la granja paterna!

Pero nadie se atrevía a hablar así en su presencia, pues era el hijo de

un hombre rico.

Cuando llegó la fiesta en que se decide el precio de los alquileres, aquellas gentes se encontraron con que habían sido aumentados excesivamente, pues debía haber quien pagara mucho más que ellos, y se vieron obligados a marcharse. Entonces se enteraron de que el primogénito de Wang Lung había hecho esto, aunque inteligentemente, pues no dijo nunca nada, llevándolo todo a cabo por medio de cartas al hijo del viejo Señor Hwang, que estaba en lugares remotos, y a este hijo del Anciano Señor no le importaba nada, excepto cómo y de quién sacaría más dinero por la vieja mansión.

La chusma, pues, tuvo que irse, y lo hizo protestando y maldiciendo porque un hombre rico podía hacer lo que quisiera; y empaquetó sus andrajosos bienes y partió colérica y amenazante, murmurando que algún día habría de regresar, como regresan los pobres cuando los ricos son demasiado ricos.

Pero de todo esto Wang Lung no se enteró, ya que él salía raramente de las habitaciones interiores, pues, según se hacía viejo, comía, dormía y llevaba una vida fácil, dejando aquel asunto en manos de su hijo mayor. Y su hijo llamó a carpinteros y hábiles albañiles y empezaron en seguida a hacer reparaciones en los cuartos y en los portillos que separaban los patios, deteriorados por la chusma; y construyó de nuevo los estanques y compró peces dorados y de abigarrado colorido para poner en ellos. Y después que todo estuvo terminado y embellecido hasta donde él conocía la belleza, plantó lotos y lirios en los estanques, y bambúes de la India, de rojas bayas, y todo cuanto recordaba haber visto en el Sur. Su esposa salió a ver lo que había hecho y juntos fueron de un lado a otro, a través de cada habitación y de cada patio, ella indicando las cosas que aún faltaban y él escuchándola atentamente para procurarlas.

La gente de las calles de la ciudad oyeron hablar de las obras que hacía el primogénito de Wang Lung y de lo que se estaba llevando a cabo en la casa grande ahora que nuevamente la habitaba un hombre rico. Y personas que se habían referido a Wang Lung como a Wang Lung el Labrador, ahora le llamaban Wang Lung el Grande Hombre o Wang Lung el Rico.

El dinero para todas estas cosas salía de sus manos poco a poco, de manera que apenas se daba cuenta de cómo se iba, pues su hijo mayor venía y le decía: "Necesito cien piezas de plata para esto", o: "Hay una estancia donde haría falta una mesa larga".

Y Wang Lung le daba el dinero poco a poco y se quedaba fumando y descansando en sus habitaciones, pues la plata llegaba fácilmente de la

tierra después de las cosechas y siempre que la necesitaba. No se habría enterado de cuánto era lo que daba si su hijo segundo no hubiese entrado una mañana a verle, cuando el sol apenas había pasado sobre la muralla, y le hubiera dicho:

–Padre mío, ¿es que no ha de tener fin este continuo despilfarro? ¿Y es que tenemos necesidad de vivir en un palacio? Todo ese dinero, prestado al veinte por ciento, nos habría producido muchas libras de plata. ¿Y qué utilidad tienen todos estos estanques, y esas flores y esos árboles que ni siquiera dan frutos?

Wang Lung vio que los dos hermanos disputarían aun sobre esto, y dijo apresuradamente, temeroso de no tener nunca paz:

–Bueno, todo se hace en honor de tu boda.

Entonces el joven respondió sonriendo torcidamente y sin ninguna expresión de regocijo:

–Es una cosa muy rara que la boda valga diez veces más que la novia. ¡Aquí está nuestra herencia, que debe ser repartida entre nosotros cuando vos muráis, en camino de ser dilapidada sin ninguna otra razón que el orgullo de mi hermano!

Wang Lung conocía la determinación de su hijo segundo y sabía que nunca terminaría de discutir con él si empezaba a hablar; así es que le dijo vivamente:

–Bueno..., bueno... Yo daré fin a eso... Hablaré con tu hermano mayor y cerraré la mano. Basta. ¡Tienes razón!

El joven había traído un papel donde estaba escrito todo el dinero que su hermano llevaba gastado, y Wang Lung vio la extensión de la lista y se apresuró a decir:

–Todavía no he comido y a mi edad me siento débil hasta que no lo haga. Otra vez me ocuparé de eso.

Y volviéndose entró en su cuarto, despidiendo así a su hijo. Pero aquella misma noche le habló al primogénito, diciéndole:

–Acaba con todo ese pintar y ese pulir. Ya es suficiente. Al fin y al cabo, somos gente del campo.

Pero el joven contestó orgullosamente:

–No somos tal cosa. Los hombres de la ciudad empiezan a llamarnos la gran familia Wang. Lo propio es que vivamos de una manera digna de ese nombre, y si mi hermano segundo no sabe ver más allá del valor de la plata, yo y mi esposa mantendremos el honor de nuestro nombre.

Wang Lung no sabía que los hombres llamasen así a su casa, pues según envejecía salía cada vez menos e iba raramente a las casas de té y nunca a los mercados de grano, ya que tenía allí a su hijo para llevar el negocio por él, pero le halagó y dijo:

–Bueno, aun grandes familias provienen de la tierra y tienen raíces en la tierra.

Pero el joven contestó agudamente:

–Si, pero no se quedan en ella. Echan ramas y dan flores y frutos.

Wang Lung no aceptaba que su hijo le contestase tan fácil y ordenadamente, y exclamó:

–He dicho lo que he dicho. Que termine este despilfarro de plata. Y en cuanto a las raíces, si han de dar fruto alguno tienen que estar bien hundidas en el suelo de la tierra.

Entonces, y como estaba ya oscureciendo, deseó que su hijo se marchase, que saliese de aquellas habitaciones y se fuera a las suyas, dejándole a él solo y en paz en el crepúsculo. Pero no había manera de que este hijo le dejase en paz.

Ahora estaba dispuesto a obedecer a su padre, pues se hallaba satisfecho con los cuartos y los patios, por lo menos de momento, pero tuvo que decir de nuevo:

Bueno, pues que sea suficiente; pero hay otra cosa. Entonces Wang Lung arrojó la pipa al suelo y gritó:

–¿No voy a tener nunca paz?

Y el joven continuó tercamente:

–No es por mi, ni por mi hijo, sino por mi hermano pequeño, que es vuestro hijo. No está bien que crezca tan ignorante. Debería aprender algo.

Wang Lung abrió los ojos asombrado, porque esto era nuevo. Desde hacía mucho tiempo tenía decidido lo que había de ser la vida del hijo menor, y replicó:

–No hay ninguna necesidad de más indigestiones de letras en esta casa. Con dos que sepan escribir basta, y el tercero tiene que cuidar de la tierra cuando yo muera.

–Si, y por eso llora por las noches, y por eso es un muchacho tan pálido y tan flaco –contestó el mayor.

A Wang Lung no se le había ocurrido nunca preguntarle a su hijo pequeño lo que deseaba ser, ya que había decidido que uno de sus hijos tenía que cuidarse de la tierra, y esto que su primogénito acababa de decirle le había dejado atónito y silencioso. Lentamente se inclinó a recoger la pipa del suelo y meditó un rato sobre su hijo tercero. Este muchacho no se parecía a ninguno de sus dos hermanos: era silencioso como su madre, y porque callaba siempre, nadie le prestaba atención.

–¿Le has oído decir eso? –le preguntó Wang Lung a su primogénito con incertidumbre.

–Preguntádselo vos mismo, padre mío.

–Bueno, pero uno de vosotros ha de estar en la tierra –dijo Wang Lung, argumentando de pronto y levantando mucho la voz.

¿Pero por qué, padre mío? –insistió el joven–. Vos sois un hombre que no necesita tener a sus hijos como siervos. No está bien. La gente dirá que tenéis un corazón mezquino. "Hay un hombre que convierte a su hijo en un patán mientras él vive como un príncipe." Eso es lo que diría la gente.

El joven habló así inteligentemente, pues sabía que su padre daba gran importancia a lo que la gente dijese de él, y continuó:

–Podríamos llamar a un preceptor para que le enseñase, y luego mandarle a un colegio del Sur y allí podría aprender. Y ya que estoy yo en la casa para ayudaros y mi hermano segundo en el comercio, dejad que el muchacho escoja lo que quiera.

Entonces Wang Lung dijo al fin:

–Hazle venir aquí.

Cuando llegó el muchacho, al cabo de unos momentos, permaneció en pie ante su padre, y Wang Lung le miró atentamente para ver cómo era. Y vio que era un mozo alto y delgado, nada parecido a su padre ni a su madre, excepto en que tenía belleza de la que había habido en ella; en realidad era el más hermoso de todos los hijos de Wang, con excepción de la hija segunda, que se había ido con la familia de su marido y ya no pertenecía a la casa de Wang. Pero a través de la frente del muchacho, y casi estropeando su belleza, aparecían sus dos negras cejas, demasiado negras y pesadas para su pálido rostro juvenil. Cuando fruncía el ceño, y lo fruncía a menudo, estas cejas se juntaban horizontalmente en una línea recta y negra.

Wang Lung miró a su hijo y, cuando lo hubo contemplado bien, exclamó:

–Tu hermano mayor dice que deseas aprender a leer. Y el muchacho respondió moviendo apenas los labios:

–Sí.

Wang Lung sacudió la ceniza de la pipa y con el pulgar empujó hacia dentro el tabaco nuevo.

–Bueno, supongo que eso quiere decir que no podré tener un hijo en mis propias tierras, yo que tengo hijos y de sobra.

Dijo esto con amargura, pero el muchacho no contestó nada. Permaneció quieto y silencioso, erguido dentro de su túnica blanca de verano, y al fin Wang Lung se encolerizó por su silencio y le gritó:

–¿Por qué no hablas? ¿Es cierto que no quieres ir a la tierra? Y de nuevo él contestó con una sola palabra:

–Si.

Entonces Wang Lung le miró otra vez y se dijo que estos hijos suyos eran demasiado para él a su avanzada edad, que eran una preocupación y una carga y que no sabía qué hacer con ellos. Y gritó de nuevo, sintiéndose maltratado por estos hijos suyos:

–¿Qué me importa lo que hagas? ¡Fuera de mi presencia!

El muchacho desapareció rápidamente y Wang Lung se quedó solo y se dijo que, al fin y al cabo, sus dos hijas eran mejor que sus hijos; una, pobre tonta, nunca quería nada más que un poco de cualquier comida y su trozo de tela para jugar; y la otra estaba casada y fuera de casa. Y el crepúsculo cayó sobre el patio y Wang Lung quedó encerrado en él solitariamente.

Sin embargo, cuando su cólera se calmaba, Wang Lung dejaba siempre que sus hijos hicieran lo que querían, y llamando a su hijo mayor le dijo:

–Toma un preceptor para el tercero, si lo desea, pero que no me moleste a mí con ello.

Y llamó a su hijo segundo y le dijo:

–Ya que no he de tener un hijo en las tierras, es tu deber cuidarte de los arriendos y de la plata que viene de cada cosecha. Tú has de pesar y medir y serás mi intendente.

Esto le gustó al hijo segundo, pues significaba que el dinero pasaría por sus manos y que así al menos sabría lo que entraba y podría quejarse a su padre si en la casa se gastaba más de lo que era suficiente.

Este hijo segundo le parecía a Wang Lung más raro todavía que sus otros hijos, pues hasta en el día de su boda, que llegó al fin, cuidó de que no hubiera derroche de carnes y vinos y dividió las mesas cuidadosamente, reservando los mejores platos para sus amigos de la ciudad, que conocían su valor, y para los arrendadores y gente de campo preparó mesas en los patios y a éstos les dio platos y vinos de segundo orden, ya que estaban acostumbrados a comer ordinariamente y para ellos una comida un poco mejor era muy buena.

Vigiló también el dinero y los regalos que llegaban, y a los criados y esclavas les dio lo menos que podía darles, tanto que Cuckoo sonrió con escarnio cuando le puso en la mano dos mezquinas piezas de plata, y dijo en presencia de muchos:

–Una familia verdaderamente grande no es tan cuidadosa con la plata. Bien puede verse que esta familia no pertenece en verdad a esta casa.

El hijo mayor le oyó decir esto y, avergonzado y temeroso de su mala lengua, le dio más plata en secreto y se enfureció con su hermano segundo. Así, pues, hubo discusión entre ellos aun en el mismo día de la

boda, cuando los invitados se sentaban en torno a las mesas y cuando la silla de la novia entraba en la casa.

En cuanto a sus propios amigos, el hijo mayor sólo invitó a unos cuantos y de los menos importantes, porque estaba avergonzado de la tacañería de su hermano y porque la novia era sólo una muchacha pueblerina. Y se quedó aparte, desdeñosamente, y dijo:

–Bueno, mi hermano ha escogido una olla de barro cuando, con la posición de mi padre, habría podido escoger una taza de jade.

Y lleno de desprecio saludó rígidamente cuando la pareja se inclinó ante él y ante su esposa por ser el hermano y la hermana mayor. Y la mujer del primogénito se portó altiva y correctamente y saludó lo más brevemente que podía considerarse propio en su posición.

De todas las personas que habitaban aquella casa, parecía que no había nadie que estuviese en paz, excepto el pequeño nieto de Wang Lung. El propio Wang Lung, despertándose en la penumbra del gran lecho labrado de su cuarto, vecino a las habitaciones donde Loto vivía, soñaba con hallarse en la oscura y sencilla casa de tierra, donde un hombre podía tirar al suelo el té frío sin miedo a salpicar un trozo de madera labrada y donde se hallaba a un paso de sus campos.

En cuanto a los hijos de Wang Lung, vivían en continua agitación, el mayor por miedo a que no se gastara bastante dinero y disminuyese su prestigio a los ojos de la gente, y por miedo a que los lugareños atravesaran la gran puerta de entrada mientras en la casa se hallaba de visita algún hombre de la ciudad y hubieran de avergonzarse ante él. Y el hijo segundo, por miedo a que el dinero se despilfarrase y perdiese; y el pequeño, luchando por recuperar los años que había perdido como hijo de labrador.

Pero había uno que corría vacilante de aquí para allí, contento de la vida, y éste era el hijo del primogénito de Wang Lung. Este pequeño nunca pensaba en ningún otro lugar que en esta gran casa, y allí estaba su madre y su padre y su abuelo y todos los que sólo vivían para servirle, y en este niño, Wang Lung buscaba la paz, no cansándose nunca de observarle, de reírse de él y de levantarlo cuando se caía. Se acordó también de lo que su propio padre había hecho y le encantaba coger su cinturón, ceñido en torno a la criatura y, evitando así que se cayera, al andar con él de patio en patio; y la criatura señalaba a los rápidos peces de los estanques, charlaba incesantemente, arrancaba alguna flor y se encontraba a gusto en medio de todo. Y sólo así Wang Lung hallaba la paz.

Pero este niño no fue el único. La esposa de su hijo mayor era fiel, y

concebía y paría, concebía y paría fiel y regularmente, y cada criatura tenía una esclava a su servicio apenas nacía. Así cada año veía Wang Lung más niños y más esclavas en la casa, y cuando alguien le anunciaba: "Va a haber otra boca más en el departamento de vuestro primogénito", él reía solamente y decía:

—Eh, eh... Bueno, hay arroz para todos, pues tenemos buena tierra.

Y se alegró cuando la esposa de su hijo segundo dio a luz a su debido tiempo, y la criatura fue una niña, aparentemente en señal de respeto a su cuñada. En el espacio de cinco años, Wang Lung, tuvo, pues, cuatro nietos y tres nietas, y las estancias se llenaron de sus risas y de sus llantos.

Cinco años no es nada en la vida de un hombre, excepto cuando es muy joven y cuando es muy viejo, y aquel transcurso de tiempo, si aumentó por un lado la familia de Wang Lung, se llevó por otro lado a aquel viejo soñador: su tío, al que él casi había olvidado, excepto para cuidar de que estuviese bien alimentado y vestido y que no le faltase, como a su vieja mujer, todo el opio que quisiera.

El invierno del quinto año fue excesivamente frío, más frío de lo que había sido invierno alguno en treinta años, y, por primera vez en la memoria de Wang Lung, el foso se heló junto a las paredes de la ciudad y la gente podía cruzar sobre él. Del Norte soplaba continuamente un viento penetrante, y no había nada, abrigos de cuero de cabra o de piel, que lograra calentar a un hombre. En cada habitación de la casa se colocaron braseros de carbón, pero así y todo hacía en ella tanto frío que cuando se echaba el aliento podía verse.

Ahora bien, el tío de Wang Lung y su mujer se habían consumido fumando y no tenían carne con que cubrir sus huesos. Día tras día yacían en sus lechos, como dos viejas estacas, y no había calor en ellos. Wang Lung oyó decir que su tío ya no podía ni sentarse en la cama y que escupía sangre en cuanto se movía. Fue a verle en seguida y vio que al anciano no le quedaban muchas horas de existencia.

Entonces Wang Lung compró dos ataúdes de madera buena, pero no demasiado buena, y los mandó llevar al cuarto donde su tío yacía, para que los viese y pudiera morir confortado sabiendo que había un lugar para sus huesos. Y su tío exclamó con la voz como un susurro tembloroso:

Bueno, tú eres un hijo para mí, y mucho más que el vagabundo de mi propio hijo.

Y su anciana mujer exclamó con más fuerza:

—Si me muero antes de que ese hijo vuelva, prométeme que le buscarás una buena doncella para que aun pueda darnos nietos. Y Wang

Lung lo prometió.

A qué hora murió su tío no lo supo, pues lo encontró muerto una noche la mujer que le servía, al ir a entrarle un tazón de sopa. Wang Lung le enterró en un día de frío intensísimo, cuando el viento soplaba la nieve sobre la tierra en blancas nubes, y colocó su ataúd en el recinto familiar, al lado de la tumba de su padre, pero un poco más abajo, aunque encima del lugar donde el suyo propio debía hallarse.

Entonces ordenó que la familia llevara luto durante un año, cosa que hicieron, no porque verdaderamente lamentasen la muerte de este viejo que nunca les había dado otra cosa que trabajo, sino porque era conveniente que así se hiciese en una gran familia al morir un pariente.

Entonces Wang Lung trasladó a la mujer de su tío a la ciudad para que no estuviera sola, le dio una habitación al final de un patio apartado, ordenó a Cuckoo que pusiera una esclava a su servicio y la anciana chupaba su opio y yacía en el lecho satisfecha y contenta, durmiendo día tras día. Y su ataúd fue colocado cerca de ella, donde pudiera verlo, confortándola con su presencia.

Y Wang Lung se maravilló al pensar que hubo un tiempo en que había temido a aquella campesina gorda, ociosa y chillona que ahora yacía allí, callada y amarilla, tan amarilla y tan encogida como lo había estado la Anciana Señora de la caída Casa de Hwang.

XXXI

Durante toda su vida, Wang Lung oyó decir que la guerra estallaba aquí y allá, pero nunca la había visto, excepto en aquel invierno que pasó en una ciudad del Sur, cuando era joven. Nunca había estado más cerca de la guerra de lo que estuvo entonces, a pesar de que desde su infancia oyera decir a las gentes: "Este año hay guerra hacia el Oeste", o: "La guerra está hacia el Este, o hacia el Nordeste."

Y para él la guerra era una cosa como la tierra, y el cielo, y el agua, algo cuya razón de ser nadie conocía, pero cuya existencia era indudable. Una y otra vez había oído a los hombres decir: "Iremos a la guerra". Esto lo decían cuando se morían de hambre y preferían ser soldados que mendigos, y algunas veces cuando estaban desasosegados en casa, como el hijo de su tío, pero, fuese como fuese, la guerra siempre se hallaba fuera y en un punto lejano. Pero de pronto, como un viento caprichoso, la guerra se alzó cerca. Wang Lung lo supo primeramente por su hijo segundo, que un mediodía llegó del mercado, a la hora de comer, y le dijo a padre:

—El precio del arroz se ha alzado súbitamente porque la guerra está hacia el sur de nosotros y se acerca más cada día; tenemos que retener nuestras provisiones de grano, pues los precios subirán más y más según los ejércitos adelanten, y podremos vender con mucho beneficio.

Wang Lung escuchó mientras comía y dijo:

—Bueno, la guerra es una cosa muy rara y yo me alegraré de poderla ver al fin, porque he oído hablar de ella toda mi vida, pero nunca la he visto.

Entonces recordó que cierta vez había tenido miedo de que se lo llevaran a la guerra contra su voluntad; pero ahora era demasiado viejo para que pudieran utilizarlo, y era rico, y los ricos no tienen nada que temer. Así es que no le prestó gran atención al suceso ni se sintió movido por otra cosa que por algo de curiosidad. Y le dijo a su hijo:

—Haz como creas conveniente con el cereal. Está en tus manos.

Y en los días que siguieron, Wang Lung jugó con sus nietos, cuando estaba de humor para ello, y comió, durmió y fumó y a veces fue a ver a su pobre tonta, que estaba sentada en un rincón apartado de su patio.

Y de pronto, como una plaga de langosta que cayera del cielo, cierto día, a principios del verano, llegó una horda de hombres. El pequeño nieto de Wang Lung, acompañado por un servidor, se hallaba una hermosa mañana a la puerta de la casa viendo lo que pasaba, y al ver las largas filas de hombres vestidos de gris corrió a buscar a su abuelo y le dijo:

—¡Mirad lo que viene, anciano!

Entonces Wang Lung fue con él hasta la entrada, para darle gusto, y vio que los hombres invadían la calle, invadían la ciudad, y que diríase que el aire y el sol habían sido cortados de repente por aquella nube de hombres grises que marchaban pesadamente y al unísono a través de la ciudad. Wang Lung se los quedó mirando y vio que cada hombre llevaba un instrumento de cuyo extremo salía un cuchillo, y que el rostro de cada hombre era brutal y feroz; aunque algunos de ellos eran sólo muchachos, todos tenían esos rostros. Al verlo, Wang Lung acercó la criatura hacia él apresuradamente y murmuró:

—Vámonos y cerremos la puerta. No son hombres agradables de ver, corazoncito.

Pero de pronto, y antes de que pudiera volverse, uno de ellos le vio, gritándole:

—¡Eh, ahí, el sobrino de mi padre!

Wang Lung levantó los ojos al oír este grito y vio al hijo de su tío, que iba vestido de gris como los otros hombres, y lleno de polvo, pero su rostro era más feroz y más salvaje que ningún otro. Y su primo se rió

ásperamente, gritando a sus compañeros:

–¡Aquí podremos pararnos, camaradas, pues este hombre es rico y pariente mío!

Y antes de que Wang Lung, paralizado de horror y sin fuerzas junto a aquella nube, pudiera moverse, la horda de soldados pasó ante él y atravesó las puertas, penetrando en las estancias de su casa como una corriente sucia y maligna, invadiendo cada rincón y cada recodo. Y se tendieron en el suelo, hundieron las manos en los estanques y bebieron, lanzaron sus cuchillos sobre las mesas labradas, escupieron donde bien les pareció y se dieron gritos unos a otros.

Entonces Wang Lung, desesperado por lo que había ocurrido, corrió con el niño en busca de su hijo primogénito, hallándole en sus habitaciones, donde estaba leyendo un libro. El hijo se levantó al ver entrar a su padre y, cuando oyó de sus labios lo sucedido, empezó a lamentarse y salió fuera.

Pero cuando vio a su primo no supo si maldecirle o ser cortés con él, y volviéndose le dijo a su padre, que estaba tras él:

–¡Cada hombre con un cuchillo!

Así es que decidió ser cortés y exclamó:

–Bienvenido a tu casa, primo.

El primo sonrió torcidamente y dijo:

–He traído unos cuantos invitados.

–Bienvenidos, siendo tuyos –dijo el primogénito de Wang Lung–. Prepararemos una comida para que puedan comer antes de seguir su camino.

Entonces el primo contestó, sin dejar de sonreír:

–Hazlo, pero luego no te apresures, porque descansaremos aquí un puñado de días, o una luna, o un año o dos, porque hemos de ser acuartelados en la ciudad hasta que la guerra nos llame.

Cuando Wang Lung y su hijo oyeron esto, apenas lograron ocultar su consternación, pero fue forzoso disimular, por los cuchillos que brillaban dondequiera en todos los patios, así es que esbozaron una sonrisa como bien pudieron y exclamaron:

–Somos afortunados..., somos afortunados...

El hijo mayor pretendió que tenía que ir a hacer preparativos, y cogiendo a su padre por la mano corrieron a las habitaciones interiores y el primogénito cerró firmemente la puerta. Entonces padre e hijo se miraron consternados, sin saber ninguno de los dos lo que debían hacer. A poco llegó precipitadamente el hijo segundo, golpeó la puerta, y cuando le abrieron entró en la estancia como un vendaval y exclamó jadeando:

–¡Hay soldados por todos sitios..., en cada casa..., hasta en las de los

pobres! Yo he venido corriendo a deciros que no debéis protestar, pues hoy un empleado de mi tienda, al que yo conocía bien, pues cada día estaba a mi lado junto al mostrador, al oír lo que sucedía corrió inmediatamente a su casa. Allí encontró que había soldados hasta en el mismo cuarto donde su esposa yacía enferma..., y al protestar de esa invasión le atravesaron con un cuchillo de parte a parte... ¡tan fácilmente como si hubiera sido de manteca! ¡Tenemos que entregarles todo lo que quieran, y esperemos solamente que la guerra se vaya pronto hacia otros lugares!

Entonces los tres hombres se miraron abrumados, y pensaron en sus mujeres y en aquellos hombres lujuriosos y hambrientos que habían asaltado la casa. Y el hijo mayor pensó en su linda y correcta esposa, y exclamó:

–Tenemos que instalar juntas a las mujeres en uno de los últimos departamentos y cerrar bien las puertas y montar allí una guardia día y noche. Y la puerta de atrás, la puerta de la paz, ha de estar a punto para ser abierta en cualquier instante.

Así lo hicieron. Cogieron a las mujeres y los niños y los metieron en el departamento interior donde Loto había vivido sola con Cuckoo y sus esclavas. Y allí, agrupados e incómodos, hubieron de instalarse. El hijo primogénito y Wang Lung guardaban la puerta día y noche, y el hijo segundo venía cuando le era posible y vigilaban todos tan cuidadosamente de día como de noche.

Pero en la casa estaba el primo, y porque era de la familia nadie podía legalmente prohibirle el paso, y si encontraba una puerta cerrada la golpeaba hasta que se abría, y entraba y paseaba por las estancias a su capricho, siempre con un cuchillo abierto brillándole en la mano. El hijo primogénito lo seguía con el rostro amargado y rencoroso, pero sin atreverse a decirle nada a causa del cuchillo abierto y reluciente; y el primo miraba aquí y allá y valuaba a cada mujer.

Contempló a la esposa del hijo primogénito y se rió con su risa ronca, exclamando después:

–Bueno, es una pieza delicada y fina la que tienes tú, primo. ¡Una señora de ciudad, y con los pies tan pequeños como capullos de loto!

Y a la esposa del hijo segundo le dijo:

–¡Bueno, y aquí hay un robusto y colorado rábano de campo!

Dijo esto porque la mujer era gruesa, encendida de faz y recia de huesos, pero no mal parecida. Y mientras la esposa del hijo mayor retrocedió cuando el primo se la quedó mirando, y ocultó el rostro tras el brazo, la del segundo se echó a reír, placentera y jocosa, y contestó con viveza:

–Bueno, pues a algunos hombres les agrada un gustillo de rábano picante, o un bocado de carne roja.

Y el primo replicó prontamente:

–¡Y yo soy de éstos!

E hizo como si fuera a cogerle la mano.

Durante todo este tiempo, el primogénito estaba en una agonía de vergüenza por este jugueteo entre un hombre y una mujer que no deberían ni hablarse, y miraba de soslayo a su esposa, avergonzado del comportamiento de su primo y de su cuñada ante ella, que había sido educada más refinadamente que él. Y el primo descubrió la timidez del otro ante su mujer y dijo con malicia:

–¡Bueno, pues lo que es yo, prefiero cualquier día comer carne roja que una tajada fría de pescado insípido como esa otra!

Al oír esto, la mujer del primogénito se levantó con dignidad y se retiró a otro cuarto. Entonces el primo se rió con su risa ronca y le dijo a Loto:

–Estas mujeres de ciudad son demasiado remilgadas, ¿no es cierto, Anciana Señora?

Y mirando a Loto atentamente añadió:

–Bueno, y Anciana Señora sois en verdad, pues si yo no supiera que mi primo Wang Lung es hombre rico, lo sabría con solo miraros, en tal montaña de carne os habéis convertido. ¡Bien habéis comido y qué ricamente! ¡Solo las esposas de los ricos pueden tener vuestra apariencia!

Loto se sintió muy halagada de que la llamara Anciana Señora, pues es un título que sólo pueden tener las damas de grandes familias, y se rió con una risa profunda y borboteante que hervía en su gruesa garganta. Luego sopló la ceniza de la pipa y la entregó a una esclava para que la llenase de nuevo. Volviéndose hacia Cuckoo, exclamó:

–¡Bueno, este hombre rudo es un buen bromista!

Y al decir esto le dio al primo una mirada llena de coquetería, a pesar de que tales miradas ahora que sus ojos no eran anchos y de forma de albaricoque, resultaban menos acariciadoras de lo que habían sido; pero, al ver que le miraba así, el primo se echó a reír ruidosamente y exclamó:

–¡Bueno, y es una vieja ramera todavía! –volviendo a reírse escandalosamente.

Y durante todo este tiempo, el hijo mayor permaneció allí, iracundo y silencioso.

Cuando el primo lo hubo visto todo fue a ver a su madre, acompañado de Wang Lung, que le condujo a su presencia. La encontraron tendida

en la cama, tan profundamente dormida que, para lograr despertarla, su hijo tuvo que golpear el suelo, junto a la cabecera del lecho, con el extremo grueso de su fusil. Entonces despertó y se le quedó mirando con los ojos cargados de sueño, y él exclamó impaciente:

–¡Bueno, aquí está vuestro hijo y, sin embargo, continuáis durmiendo!

La mujer se incorporó entonces en el lecho, le miró de nuevo y dijo asombrada:

–¡Mi hijo..., mi hijo...!

Le contempló largamente y luego le tendió la pipa de opio, como si no supiera qué otra cosa hacer y como si no se le ocurriera cosa mejor que ofrecerle; y le dijo a la esclava que la servía:

–Prepara opio para él.

Pero él lo rechazó.

–No, no quiero –dijo mirando a su madre.

Wang Lung, en pie junto al lecho, tuvo miedo de pronto de que este hombre se volviese hacia él y le dijera: "¿Qué le habéis hecho a mi madre, que está así de amarilla y de seca y ha perdido todas sus buenas carnes?", y se apresuró a decir:

–Desearía que se contentase con menos opio, pues el opio que fuma cuesta un puñado de plata cada día, pero a su edad no nos atrevemos a contradecirla y le damos lo que quiere.

Y suspiró mientras hablaba y le dio una mirada de soslayo al primo. Pero éste no dijo nada, sólo contempló a su madre para ver en lo que se había convertido, y al ver que de nuevo se dejaba caer en el lecho y el sueño volvía a apoderarse de ella, se levantó y salió de la estancia ruidosamente, apoyando el fusil en el suelo a modo de bastón.

Ningún individuo de la horda de hombres ociosos que tomaron posesión de las estancias exteriores era tan odiado y temido por Wang Lung y su familia como aquel primo suyo, y esto a pesar de que los soldados desgarraban los árboles y los arbustos de ciruelos y almendros en flor, destrozaban las delicadas esculturas de las sillas con sus grandes botas de cuero y llenaban de inmundicias los estanques donde nadaban los dorados y abigarrados peces, con el resultado de que los animalitos se murieron y flotaron en la superficie del agua, pudriéndose con sus blancos vientres vueltos hacia arriba.

Pero el primo entraba y salía a su capricho, y miraba a las esclavas y logró que Wang Lung y sus hijos se miraran unos a otros con ojos hundidos y ojerosos porque no se atrevían a dormir. Entonces Cuckoo vio esto y dijo:

–No hay más que hacer una cosa: hay que darle una esclava para su

placer, de lo contrario irá a buscarlo donde no debe.

Y Wang Lung acogió ansiosamente esta inspiración, pues le parecía que no podría soportar más la vida con todas las tribulaciones que había en su casa y exclamó:

–Es una buena idea.

Y ordenó a Cuckoo que buscara al primo y le preguntara qué esclava quería, ya que las había visto a todas.

Cuckoo lo hizo así y regresó diciendo:

–Dice que quiere a la doncellita pálida que duerme a los pies del lecho del ama.

Ahora bien, esta esclava pálida se llamaba Flor de Peral, y era aquella que Wang Lung había comprado en cierto año de hambre, cuando era una niña lamentable y medio muerta de inanición. Como había sido siempre delicada la habían mimado todos, permitiéndole solamente que ayudara a Cuckoo y que hiciera las menudas tareas cerca de Loto, llenándole la pipa y sirviéndole el té. Era así como el primo la había visto.

Cuando Flor de Peral oyó lo que Cuckoo decía, pues lo dijo ante todos, mientras estaban reunidos en el departamento interior, la tetera que tenía en las manos se le cayó al suelo, haciéndose pedazos sobre las losetas, y el té se desparramó por el suelo, pero la doncella no vio lo que había hecho. Sólo se lanzó a los pies de Loto, golpeando los ladrillos con la cabeza, y gimió:

–¡Oh mi ama..., yo no..., yo no...! ¡Tengo miedo de él..., tengo miedo...!

Y a Loto le desagradó su conducta y contestó irritada:

–¡Pues no es nada más que un hombre, y un hombre es sólo un hombre con una doncella, y todos son iguales! ¿Qué alboroto es éste?

Y volviéndose hacia Cuckoo le dijo:

–Llévate a esta esclava y entrégasela.

Entonces la doncellita juntó las manos desoladamente y sollozó como si fuera a morir de llanto y de miedo, y con el leve cuerpecillo temblando de pies a cabeza miraba a unos y a otros suplicándoles con sus lágrimas.

Pero los hijos de Wang Lung no podían hablar contra lo que era voluntad de la esposa de su padre, ni sus esposas podían hablar si ellos no lo hacían, ni el hijo menor, que miraba a la doncella con las manos crispadas sobre el pecho y las cejas apretadas en una línea recta y negra. Pero no habló. Y los niños y las esclavas miraban también la escena en silencio, sin que se oyese otro ruido que el de aquel terrible y angustiado llorar de la muchacha.

A Wang Lung le produjo esto un intenso malestar, y miró a la doncella dudando, sin querer enojar a Loto, pero conmovido, porque siempre tenía un corazón benigno. Entonces la doncella le vio el corazón asomado al rostro y se abrazó a sus pies, inclinando la cabeza sobre ellos y llorando a grandes sollozos. Y Wang Lung bajó los ojos y la miró, viendo qué frágiles y pequeños eran sus hombros y cómo temblaban, y recordó el cuerpo enorme, grosero y salvaje de su primo, cuya juventud había pasado hacía tiempo. Y sintió tal repugnancia por aquello, que le dijo a Cuckoo:

–Bueno, está mal obligar así a la muchacha.

Pronuncio estas palabras con dulzura, pero Loto exclamó vivamente:

–¡Tiene que hacer lo que le manden, y yo digo que es estúpido llorar así por una tontería que tarde o temprano tiene que ocurrirle a toda mujer!

Pero Wang Lung era indulgente y le dijo a Loto:

–Veamos primero lo que puede hacerse. Y, si quieres, te compraré otra esclava, o lo que desees, pero veamos qué puede hacerse.

Loto, que durante mucho tiempo había deseado un reloj extranjero y una nueva sortija con un rubí, se calló de pronto, y Wang Lung le dijo a Cuckoo:

–Id y decidle a mi primo que la muchacha tiene una enfermedad vil e incurable y que si la quiere así, bien está, y la muchacha irá a él, pero que si le inspira temor, como nos inspira a todos, entonces decidle que tenemos otra esclava y que está sana.

Y paseó la vista por todas las esclavas que estaban alrededor, y ellas volvieron la cabeza, esbozaron una risita entrecortada e hicieron ver que se avergonzaban; todas menos una moza fornida, de unos veinte años, que exclamó riéndose y con la cara roja:

–Bueno, yo he oído hablar bastante de esto y tengo intención de probarlo, si él me quiere. Al fin y al cabo, no es un hombre tan repelente como otros.

Entonces Wang Lung contestó con un suspiro de alivio:

–¡Ve, pues!

Y Cuckoo dijo a la moza.

–Sigue muy cerca de mi, pues sucederá, estoy segura, que le echará mano al fruto que tenga más cerca.

Y las dos mujeres salieron de la estancia.

Pero la doncellita todavía continuaba asida a los pies de Wang Lung, sólo que ahora había cesado de llorar y prestaba atención a lo que ocurría. Loto estaba todavía enojada, y, levantándose, se retiró a su cuarto sin decir palabra. Entonces Wang Lung alzó a la muchacha con dulzura y ella permaneció en pie ante él, abatida y blanca, y Wang Lung

vio que tenía una carita ovalada y suave, excesivamente pálida y delicada, y una boca pequeña y rosada. Y dijo bondadosamente:

–Ahora, hija mía, procura no presentarte ante tu ama en un par de días; y cuando entre aquel otro, escóndete.

Ella levantó los ojos, mirándole ardientemente rostro a rostro, y pasó ante él, silenciosa como una sombra, y desapareció.

El primo permaneció en la casa durante una luna y media y gozó cuanto quiso de la moza fornida, que concibió y se jactó de ello en la casa. Entonces la guerra llamó de pronto, y la horda partió velozmente como broza arrastrada por el viento, y no dejó nada, excepto la suciedad y la destrucción que había causado. El primo de Wang Lung se ciñó el cuchillo a la cintura, se echó el fusil a la espalda y les dijo a todos burlonamente:

–Bueno, si no regresara, os dejo a mi segundo ser, y un nieto para mi madre. ¡No todos los hombres pueden dejar un hijo donde se detienen una luna o dos, y es una de las ventajas del soldado que su semilla fructifica detrás de él y otros han de cuidarla!

Y riéndose de todos siguió su camino con los demás.

XXXII

Una vez que hubieron partido los soldados, Wang Lung y sus hijos se pusieron de acuerdo por primera vez y decidieron que debería borrarse toda huella de lo que había pasado. Llamaron, pues, a albañiles y carpinteros nuevamente, y los criados limpiaron los patios y los carpinteros arreglaron hábilmente las rotas esculturas de las sillas y otra vez el hijo primogénito compró abigarrados y dorados peces, plantó arbustos de flor y podó los árboles que habían quedado. Y al cabo de un año el lugar estaba embellecido y como nuevo otra vez, cada hijo se había trasladado a su propio departamento y en la casa volvía a reinar el orden.

A la esclava que había concebido del hijo de su tío, Wang Lung la destinó a cuidar de la madre de aquél mientras viviese, que ya no podía ser mucho, y le dio el encargo de colocarla dentro de su ataúd cuando muriera. Y fue para él una alegría que la moza diera a luz una niña, pues si hubiese sido un niño hubiera estado orgullosa de ello y habría reclamado un lugar en la familia, pero habiendo dado a luz a una esclava no dejaba de ser ella esclava y su situación era la misma de antes.

Sin embargo, Wang Lung fue justo con ella, como era con todos, y le

dijo que, si lo deseaba, podría ocupar la habitación de la anciana cuando ésta muriese, y su lecho, pues un cuarto y una cama no se echaría a faltar en aquella casa de sesenta habitaciones. También le dio a la esclava un poco de plata que la mujer aceptó con alegría, la cual le dijo cuando se la entregó:

–Guardad la plata como dote para mí, mi amo, y si no es molestaros demasiado, casadme con un labrador o con un hombre pobre y bueno. Para vos será un mérito, y para mí, habiendo vivido con un hombre, es duro tener que ir sola a mi lecho.

Entonces Wang Lung le prometió hacer lo que quería, y al prometerlo se sintió sobrecogido por este pensamiento: aquí estaba él prometiendo una mujer a un hombre pobre, y antaño él mismo había sido un hombre pobre y vino a esta casa en busca de una mujer. Durante media vida no había pensado en O-lan, y ahora pensaba en ella con tristeza que no era dolor, sino brumas del recuerdo y de las cosas largamente pasadas, tan distante de ella estaba ahora. Y dijo lentamente:

–Cuando la vieja fumadora de opio muera, y ya no puede tardar, buscaré un hombre para ti.

Y Wang Lung cumplió su palabra. Una mañana, la esclava llegó a él y le dijo:

–Ahora redimid vuestra palabra, mi amo, pues la anciana murió hoy temprano y la he colocado en su ataúd.

Entonces Wang Lung se puso a pensar en un hombre de sus tierras para esta mujer y se acordó del muchacho gimoteante que había causado la muerte de Ching, aquel muchacho con los dientes sobresaliéndole por encima del labio inferior, y dijo:

–Bueno, al fin y al cabo no tuvo intención de hacer lo que hizo, y ese mozo es tan bueno como otro y el único del que me acuerdo ahora.

Así es que le mandó venir y él vino, pero aquel muchacho era ahora un hombre, aunque todavía basto y todavía con los dientes como antes. Y Wang Lung tuvo el capricho de sentarse sobre la tarima que se alzaba en el gran salón, y llamando a los dos a su presencia dijo lentamente, para saborear el extraño momento:

–Hombre, he aquí esta mujer que es tuya si la quieres. Y nadie la ha conocido excepto el hijo de mi propio tío.

El hombre la aceptó con gratitud porque era una moza robusta y amable, y él demasiado pobre para poder casarse con otra que no fuera una como ella.

Al descender Wang Lung de la tarima le pareció que ahora su vida estaba redondeada y que había hecho todo cuanto dijo que haría en su

vida y más de lo que nunca pudo soñar que haría, sin que él mismo supiera cómo había sucedido todo. Y sólo ahora le parecía que podría en verdad tener paz y dormir al sol. Tiempo era también de ello, pues se acercaba a los sesenta y cinco años, y los nietos que le rodeaban eran ya como jóvenes bambúes. Tres eran los hijos de su primogénito, el mayor de los cuales iba a cumplir diez años, y dos los del hijo segundo. Al hijo tercero habría que casarle pronto, y hecho esto ya no podría inquietarle nada en la vida y tendría paz.

Pero no la tenía. Parecía como si la llegada de los soldados hubiera sido una invasión de abejas salvajes que dejan los agujones donde pueden. La esposa del hijo mayor y la del segundo, que se habían tratado con cortesía hasta que hubieron de vivir juntas en un mismo departamento, ahora se odiaban intensamente. Aquel odio había nacido de pequeñas disputas, las disputas de las mujeres cuyos hijos han de vivir y jugar juntos y riñen unos con otros como perros y gatos. Cada madre corría en defensa de su criatura, y abofeteaba a los otros chiquillos, pero sin tocar a los propios, y para cada una los de ella tenían razón en cualquier riña que surgiese. Así las dos mujeres se tornaron hostiles la una para la otra.

Y luego, aquel día en que el primo había alabado a la esposa pueblerina y se había reído de la ciudadana, ocurrió algo que no podía ser perdonado. La esposa del hijo primogénito levantó la cabeza altivamente y dijo en voz alta a su esposo, al pasar junto a su cuñada:

—Es cosa dura tener en la familia una mujer atrevida y mal educada que se ríe en la cara de un hombre que la llama carne roja.

Y la esposa del hijo segundo respondió rápida y ruidosamente:

—¡Ahora mi cuñada tiene celos porque un hombre la ha llamado solamente trozo de pescado frío!

Y así las dos empezaron a lanzarse miradas de cólera y de odio, aunque la mayor, orgullosa de su corrección, se encerraba en un silencio desdeñoso, cuidando de ignorar la presencia de la otra. Pero cuando sus hijos querían salir de su departamento, exclamaba:

—¡Os prohíbo que os mezcléis con chiquillos mal educados!

Decía esto en presencia de su cuñada, a la que podía ver en el departamento vecino, y aquélla les gritaba a sus propios hijos:

—¡No juguéis con serpientes porque seréis mordidos!

Así es que el odio de las dos mujeres aumentaba de día en día, y la cosa era más amarga porque tampoco los dos hermanos se querían bien, el mayor siempre temeroso de que su nacimiento y su familia parecieran bajos a los ojos de su esposa, mejor nacida que él y educada en la ciudad, y el segundo, de que el deseo de gasto y de

posición del primogénito derrochara la herencia antes de que fuera dividida. Además, era una vergüenza para el mayor que el segundo supiera cuánto dinero tenía su padre y cuánto se gastaba, pues todo pasaba por sus manos, de manera que, aunque Wang Lung recibía y repartía el dinero de sus tierras, el segundo sabía cuánto era y el mayor no, y cuando quería algo tenía que pedírselo a su padre como si fuera un niño. Así es que cuando las esposas se odiaron mutuamente, su odio se extendió hasta los hombres y los departamentos de ambos rebosaban cólera, y Wang Lung gemía porque no hallaba paz en su casa.

Wang Lung tenía además su propia y secreta tribulación con Loto desde el día en que protegió a su esclava contra el hijo de su tío. Desde entonces la muchachita se hallaba en desgracia con Loto, y a pesar de que la servía silenciosa y abnegadamente, y permanecía en pie junto a ella todo el día, llenándole la pipa y trayendo esto y lo otro, y levantándose por la noche cuando Loto se quejaba de que no podía dormir y fricciónándole las piernas y el cuerpo para calmarla, aún Loto no estaba satisfecha.

Tenía celos de la doncella, y cuando Wang Lung entraba, la hacía salir de su cuarto y a él le acusaba de haberla mirado.

Ahora bien, Wang Lung no había pensado en la muchacha de otra manera que como en una pobre niña asustada, y sentía por ella como habría podido sentir por su pobre tonta y nada más. Pero al acusarle Loto pensó en mirarla, y vio que, en efecto, era muy bonita y tan pálida como una flor de peral; y algo se agitó en su vieja sangre que había estado tranquilo en sus últimos diez años.

Así es que mientras se reía de Loto, diciendo: "¡Cómo! ¿Me crees sensual todavía, cuando no entro en tu cuarto más de tres veces al año?", miraba, sin embargo, de reojo a la muchacha y se sentía agitado.

Loto, a pesar de su ignorancia en todas las cosas menos una, conocía bien las maneras de los hombres con las mujeres, y sabía que los viejos despiertan a veces a una breve juventud, de manera que estaba furiosa con la doncella y hablaba de venderla a la casa de té. Pero Loto amaba su comodidad, y Cuckoo tornábase vieja y perezosa, mientras la doncella era viva y estaba tan acostumbrada a la persona de Loto que veía lo que su ama deseaba antes de que ella misma lo supiese. Por esta razón, Loto se resistía a separarse de ella, aunque estaba decidida a hacerlo, y bajo la presión de este desacostumbrado conflicto estaba más enfurecida por la incomodidad que le causaba, y era más difícil que

nunca vivir con ella. Wang Lung se mantuvo varias veces ausente de sus habitaciones por muchos días, pues su genio era imposible de soportar, y se decía que esperaría, pensando que habría de pasar, pero, mientras tanto, pensaba en la doncellita pálida mucho más de lo que él mismo creía.

Entonces, y como si no hubiera bastantes tribulaciones en la casa, con todas las mujeres alteradas, las hubo también con el hijo menor de Wang Lung.

Este mozo había sido un muchacho tan quieto, tan absorto por sus tardíos estudios, que nadie pensaba en él excepto como en un adolescente espigado, con los libros siempre bajo el brazo y un viejo preceptor siguiéndole doquiera como un perro.

Pero el muchacho había vivido entre soldados cuando éstos ocuparon la casa, y pudo oír sus historias de batallas y pillaje, escuchándolas extasiado sin decir nada. Entonces le pidió a su viejo preceptor novelas, historias de las guerras de los tres reinos y de los bandidos que vivían antiguamente en los alrededores del lago Swei; por ello, su cabeza estaba llena de sueños.

Así es que ahora fue a su padre y le dijo:

–Ya sé qué haré. Seré soldado y marcharé a las guerras.

Cuando Wang Lung oyó esto pensó consternado que era lo peor que podía sucederle todavía, y gritó a toda voz:

–¿Qué locura es ésta? ¿Es que no he de tener nunca paz con mis hijos? Y discutió con el muchacho y trató de ser suave y bondadoso cuando vio que sus cejas se juntaban en una línea, y le dijo:

–Hijo mío, desde tiempos remotos se dice que los hombres no emplean buen hierro para hacer un clavo ni una buena persona para hacer un soldado. Y tú eres mi hijo, tú eres mi hijito pequeño, y, ¿cómo he de dormir por las noches cuando sepa que estás vagando por la tierra, guerreando aquí y allí?

Pero el muchacho estaba decidido y miró a su padre, echó hacia atrás las cejas y exclamó solamente:

–Iré.

Entonces Wang Lung acudió a los mimos y dijo:

–Podrás ir a la escuela que desees y si quieres te mandaré a los grandes colegios del Sur y aun a los del extranjero para que aprendas cosas interesantes, y podrás ir a estudiar a donde te parezca, si no quieres ser soldado. Es una deshonra para un hombre como yo, un hombre de plata y de tierras, tener un hijo soldado.

Y al ver que el muchacho permanecía callado, exclamó otra vez mimosamente:

–Dile a tu viejo padre por qué quieres ser soldado.

Y el muchacho dijo, con los ojos brillándole bajo las cejas:

–¡Ha de haber una guerra como jamás ha existido otra semejante, y ha de haber una revolución, y lucha, y guerra, y nuestra tierra será libre!

Wang Lung oyó esto con el mayor asombro que hasta entonces le habían causado sus tres hijos.

–Yo no sé qué historias son éstas... –dijo pensativo–. Nuestra tierra es libre ahora. Yo la arriendo a quien deseo y me trae plata y buen grano y tú te vistes y comes y vives de ella, y no sé qué libertad quieres mayor de la que tienes.

Pero el muchacho murmuró amargamente:

–No comprendéis..., sois muy viejo... No comprendéis nada... Y Wang Lung se quedó meditando y mirando a este hijo suyo, y vio su rostro joven y torturado, y se dijo:

"Le he dado todo a este hijo, hasta la vida. Le he permitido abandonar la tierra, aunque ahora ya no tengo un hijo que cuide de ella después de mí, y le he permitido leer y escribir, por más que no era necesario, con dos en la familia que saben hacerlo."

Y pensó y se dijo a sí mismo todavía, mirando al muchacho:

"Todo lo ha tenido de mí este hijo..."

Y entonces se fijó en él con atención y vio que ya era un hombre, aunque todavía espigado como un junco tierno, y dijo con duda, musitando y a media voz, pues no veía en el muchacho signo alguno de lujuria:

–Bueno, puede que necesite algo todavía.

Y exclamó en voz alta y lentamente:

–Bueno, y pronto te casaremos, hijo mío.

Pero él lanzó a su padre una mirada de fuego bajo la línea espesa de las cejas, y contestó desdeñosamente:

–¡Entonces me escaparé, pues para mí una mujer no es una respuesta a todo, como para mi hermano mayor!

Wang Lung vio en seguida que se había equivocado y se apresuró a decir excusándose:

–No..., no... No te casaremos..., pero quiero decir... si hay alguna esclava que desees...

Y el muchacho contestó con una expresión elevada y con gran dignidad, cruzando los brazos sobre el pecho:

–Yo no soy un joven vulgar. Yo tengo sueños. Yo quiero la gloria. Y mujeres las hay en todos lados.

Entonces, y como si de pronto recordase algo que había olvidado, perdió su altiva dignidad, dejó caer los brazos y dijo con su voz natural:

–Además, nunca ha habido una colección de esclavas más fea que la nuestra. Claro que a mí no me importa poco ni nada, pero no hay ni una sola belleza en la casa, excepto quizá la doncellita pálida que sirve a la que está en el departamento interior.

Entonces Wang Lung comprendió que hablaba de Flor de Peral y se sintió poseído de unos celos extraños. De pronto se sintió más viejo de lo que era, un hombre viejo y demasiado grueso de cintura y con el pelo blanquecino; y vio a su hijo, que era un hombre esbelto y mozo, y por un momento no fueron padre e hijo, sino dos hombres, uno viejo y otro joven, y Wang Lung exclamó iracundo:

–¡Cuidado con acercarte a las esclavas! No estoy dispuesto a tolerar en mi casa las malas costumbres de los jóvenes señores. Nosotros somos buena gente del campo, sana y decente. ¡Nada de eso en mi casa!

Entonces el muchacho abrió los ojos. Levantó sus negras cejas, se encogió de hombros y le dijo a su padre:

–¡Vos hablasteis de ello antes!

Y, volviéndose, salió de la habitación.

Wang Lung se quedó solo en el cuarto, sentado junto a su mesa, y se sintió triste y solo, y murmuró para sí mismo:

–Bueno, no tengo paz en sitio alguno de mi casa.

Se sentía perdido confusamente en muchas iras, pero aunque no le era posible comprender por qué, ésta sobresalía entre todas con mayor claridad: que su hijo había mirado a una doncellita pálida de la casa y la encontraba hermosa.

XXXIII

No podía Wang Lung dejar de pensar en lo que su hijo había dicho sobre Flor de Peral, y observaba incesantemente a la muchacha en sus idas y venidas, sin darse cuenta de que su recuerdo llenaba por entero su imaginación. Pero no dijo nada a nadie.

Un noche, a principios del verano de aquel año, en la época en que el aire es denso y suave, lleno de cálidas oleadas y de fragancia, Wang Lung sentóse en su patio bajo un árbol florido y aspiraba el perfume de las flores y su sangre circulaba plena y ardiente como la de un hombre joven. Durante todo el día había sentido la sangre así, y estuvo a punto de ir a dar un paseo por sus campos y sentir la buena tierra bajo sus pies, quitándose los zapatos y medias para sentirla mejor contra su piel.

Le hubiera gustado hacer esto, pero sentíase avergonzado de que los

hombres le vieran así, a él que ya no era un labrador dentro de las murallas de la ciudad, sino un terrateniente y un hombre rico. Así es que vagó inquietamente por las estancias, manteniéndose alejado del patio donde se hallaba Loto, sentada a la sombra y fumando su pipa de agua, pues a Loto no se le escapaba el desasosiego de un hombre y bien sabía conocer lo que le pasaba. Permaneció, pues, aislado, sin querer ver a ninguna de sus querellosas nueras ni aun a sus nietos, en los que con frecuencia se deleitaba.

Así es que el día transcurrió lenta y solitariamente, y durante todo el tiempo él sentía cómo la sangre le corría locamente bajo la piel.

No podía olvidar cómo había aparecido su hijo menor ante él, alto y erguido, las cejas apretadas en una línea, con la gravedad de su juventud. Y no podía olvidar a la doncella.

"Supongo que deben de ser de la misma edad... –se decía–. Mi hijo tendrá unos dieciocho años cumplidos y ella dieciocho años justos."

Y entonces se acordó de que él tendría setenta dentro de pocos días y se sintió avergonzado de su sangre ardiente y pensó:

"Sería una buena cosa darle la doncella al muchacho."

Se repitió esto una y otra vez, y cada vez le dolía como un aguijonazo en una llaga y no podía, sin embargo, ni dejar de herirse ni de sentir el dolor.

Cuando llegó la noche, todavía estaba solo, y solo se sentó en su patio porque no había nadie en la casa a quien pudiera ir como amigo. Y el aire de la noche era denso, suave y caliente, con el perfume del árbol en flor.

Mientras estaba sentado bajo el árbol, en la oscuridad, alguien pasó junto a la puerta del patio y cerca de él; alzó rápidamente la cabeza y vio que era Flor de Peral.

–¡Flor de Peral! –la llamó, y su voz fue como un murmullo. Ella se detuvo de pronto, escuchando con la cabeza inclinada.

Y él la llamó de nuevo, esta vez con voz que apenas le salía de la garganta:

–¡Ven aquí!

Entonces, al oírle, ella atravesó medrosamente la puerta y se acercó a él, que casi no podía verla en la penumbra del patio, pero que podía sentirla, y tendiendo la mano cogió su breve túnica y dijo medio ahogándose:

–Niña...

Se detuvo al pronunciar esta palabra, diciéndose que era una cosa vergonzosa para un hombre viejo como él, con nietos y nietas más cerca de la edad de esta criatura de lo que él estaba; y sus dedos

rozaron la pequeña túnica.

Entonces la doncella, en espera ante él, captó el ardor de su sangre, e inclinándose como una flor que se dobla sobre el tallo, se deslizó al suelo y allí permaneció asida a los pies de Wang Lung. Y él dijo lentamente:

–Niña... Yo soy un hombre viejo..., un hombre muy viejo... Cuando ella habló, su voz fue en la noche como el propio aliento del árbol florido:

–A mí me gustan los hombres viejos..., me gustan los hombres viejos... Son bondadosos...

Y él dijo de nuevo, tiernamente, inclinándose un poco hacia ella:

–Una doncellita como tú debería tener un joven alto y apuesto... ¡Una doncellita como tú!

Y para sí añadía: "Como mi hijo", pero no lo decía en voz alta, porque podría sugerirle a ella tal pensamiento y eso se le hacía insoportable.

Pero ella exclamó:

–Los hombres jóvenes no son buenos..., sólo son feroces.

Y al oír su vocecita infantil y temblorosa, su corazón se llenó de un gran amor por esta doncella, y, levantándola suavemente, la condujo a sus habitaciones.

Cuando estuvo consumado, aquel amor de su vejez le produjo más asombro que ninguna de sus lujurias anteriores, pues, a pesar de su amor por Flor de Peral, no se apoderó de ella como se había apoderado de las otras mujeres que había conocido.

No, a esta la asía con dulzura y se sentía satisfecho al notar la tibieza de su juventud contra su vieja carne, y satisfecho sólo con su presencia durante el día, con el roce de su túnica aleteante y con el tranquilo reposo de su cuerpo contra el de él durante la noche. Y se asombraba de este amor de la vejez, tan devoto y tan fácilmente satisfecho. En cuanto a ella, era una muchacha sin pasión, que se acercaba a él como a un padre, y para él era en verdad más bien una niña y apenas una mujer.

Ahora bien; lo que Wang Lung había hecho no se supo pronto, pues él no dijo nada. ¿Para qué tenía que decirlo siendo amo de su propia casa? Pero el ojo de Cuckoo fue el primero en descubrirlo, y al ver a la muchacha deslizarse de su departamento, a la madrugada, la detuvo y se echó a reír, y brillándole sus viejas pupilas de halcón exclamó:

–¡Bueno! ¡Pues ya tenemos lo del Anciano Señor nuevamente!

Y Wang Lung, que estaba en su cuarto, al oírla salió ciñéndose las ropas apresuradamente, y murmuró sonriendo, medio avergonzado y medio orgulloso:

–¡Bueno, y yo le dije que lo que le convenía era un muchacho, pero ella

prefirió al viejo!

–Será una bonita historia que contarle al ama –dijo Cuckoo, y los ojos le brillaron de malicia.

–Yo mismo no sé cómo ha ocurrido –contestó Wang Lung lentamente–. No tenía intención de tomar otra mujer y esto ha pasado sin que sepa cómo.

Entonces Cuckoo dijo:

–Bueno, pues hay que decírselo al ama.

Y Wang Lung, temiendo la cólera de Loto más que ninguna otra cosa, le suplicó a Cuckoo:

–Díselo tú, si quieres, y si te es posible arreglar el asunto sin disgustos para mí, te daré un puñado de plata como recompensa.

Así es que Cuckoo, riéndose todavía y moviendo la cabeza, prometió a Wang Lung ocuparse de la cuestión y él regresó a su cuarto y no quiso salir de él hasta que Cuckoo regresó diciendo:

–Bueno, ya se lo he dicho, y se encolerizó mucho hasta que le recordé que había deseado y deseaba todavía el reloj extranjero que vos le tenéis prometido; además, quiere un par de sortijas de rubíes, una para cada mano, y otras cosas que ya irá diciendo según se le ocurran, y una esclava para ocupar el sitio de Flor de Peral; y Flor de Peral no ha de presentarse más ante ella, y vos tampoco durante algún tiempo, porque vuestra presencia le da náuseas.

Y Wang Lung prometió ansiosamente y dijo:

–Procúrale lo que pide; no le escatimaré nada.

Y se sintió contento de no tener que ver a Loto en seguida, sino cuando su cólera se hubiera calmado con la realización de sus deseos.

Pero todavía quedaban sus tres hijos, y ante ellos se sentía extrañamente avergonzado de lo que había hecho, aunque se repetía una y otra vez:

"¿No soy el amo de mi propia casa, y no he de poder tomar a mi propia esclava que compré con mi dinero?"

Pero estaba avergonzado y, sin embargo, medio orgulloso también, como lo está el que todavía es un hombre cuando los demás lo creen sólo un abuelo. Y esperó a que sus hijos vinieran a su departamento.

Llegaron uno tras otro, separadamente, y el que llegó primero fue el hijo segundo. Este habló de la tierra y de las cosechas y de la sequía del verano, que este año reduciría la cosecha a una tercera parte. Pero a Wang Lung no le interesaban ahora las lluvias o las sequías, pues si la cosecha de este año le daba poco rendimiento, le sobraba plata del año anterior; sus habitaciones estaban llenas de plata, en los mercados de grano le debían dinero, tenía grandes sumas en préstamos a interés

crecido, que su hijo segundo cobraba por él regularmente, y ya no miraba hacia la promesa del cielo sobre sus tierras.

Pero el hijo segundo continuó hablando así, y según hablaba miraba hacia aquí y hacia allá escudriñando los cuartos con los ojos velados y secretos, y Wang Lung comprendió que estaba buscando a la muchacha, para ver si lo que había oído era verdad, y entonces la hizo venir del dormitorio donde estaba escondida, exclamando:

—¡Tráeme té, hija mía, para mí y para mi hijo!

Y ella apareció con su delicado rostro pálido matizado de rosa, y con la cabeza inclinada; sus pies menudos la llevaron por la habitación a pasos silenciosos y el hijo segundo se la quedó mirando atónito, como si hasta ahora no hubiera podido creer lo que había oído.

Pero no dijo nada, excepto que la tierra estaba así y así, y que este y aquel arrendador habían de ser sustituidos al finalizar el año, y aquel otro, porque fumaba opio y no sacaba de la tierra el provecho que debía. Y Wang Lung le preguntó a su hijo cómo estaban sus niños, y él contestó que habían tenido la tos de los cien días, pero que era una cosa ligera ahora que llegaba el buen tiempo.

Así estuvieron hablando mientras bebían té, y el hijo segundo dióse buena cuenta de lo que veía y se marchó, dejando a Wang Lung tranquilo respecto a este hijo.

Entonces llegó el primogénito, antes de que la mitad de aquel mismo día hubiera pasado, y entró en la estancia de su padre, alto, apuesto y orgulloso con los años de su madurez. Wang Lung tuvo miedo de su orgullo y no llamó en seguida a Flor de Peral, sino que esperó un rato fumando su pipa. El primogénito permaneció allí sentado, rígido dentro de su orgullo y de su dignidad, y le preguntó a su padre, como era debido, por su salud y su bienestar. Entonces Wang Lung contestó rápida y serenamente que estaba bien, y al mirar a su hijo su temor desapareció.

Pues vio a su primogénito tal como era: un hombre corpulento, pero temeroso de su propia esposa, y más que nada de no parecer nacido noblemente. Y la robustez de la tierra, que se mantenía fuerte en Wang Lung, aun cuando él mismo no lo sabía, triunfó ahora en él, y sintióse tranquilo y descuidado ante su hijo mayor como antes lo había estado, indiferente ante su corrección y su digna apariencia, y de pronto gritó a Flor de Peral:

—¡Ven hija, y sirve té para otro hijo mío!

Esta vez la muchacha entró muy fría y silenciosa, y su pequeño rostro ovalado estaba tan blanco como la flor de su nombre.

Al entrar en la habitación bajó los ojos, se movió calladamente

haciendo lo que le mandaban y volvió a salir en seguida.

Los dos hombres permanecieron silenciosos mientras les servía el té, pero cuando abandonó la habitación, y levantaron las tazas, Wang Lung miró a los ojos de su hijo y descubrió en ellos una expresión admirativa, la mirada de un hombre que admira a otro secretamente. Bebieron el té y al fin el primogénito exclamó con voz gruesa y desigual:

–No creí que fuera así.

–¿Por qué no? –explicó Wang Lung tranquilamente–. Estoy en mi propia casa.

El hijo suspiró entonces, y al cabo de un tiempo contestó: –Sois rico y podéis hacer lo que gustéis. –Y, volviendo a suspirar, añadió–: Bueno, supongo que una mujer no es siempre suficiente para un hombre, y llega un momento...

Se detuvo, pero en su mirada brillaba el matiz del hombre que envidia a otro contra su voluntad, y Wang Lung lo vio y se rió para sus adentros, pues bien conocía la naturaleza sensual de su hijo y sabía que la correcta esposa ciudadana no podía dominarle siempre y algún día el hombre aparecería en él.

El hijo mayor no dijo nada, pero salió absorto, como un hombre al que se le ha ocurrido un nuevo pensamiento. Y Wang Lung se quedó sentado fumando su pipa y orgulloso que siendo viejo había hecho lo que era su voluntad.

Pero ya era de noche cuando llegó el hijo menor, y también él vino solo. Wang Lung se hallaba sentado en el cuarto central de su departamento; sentado ante la mesa donde lucían, encendidas, las rojas candelas, y fumando: Frente a él, al otro lado de la mesa, sentábase en silencio Flor de Peral, con las manos cruzadas quietamente sobre su falda. A veces, Flor de Peral miraba a Wang Lung, plenamente y sin coquetería, como una criatura, y él la observaba y se sentía orgulloso de lo que había hecho.

De pronto, su hijo menor apareció ante él, brotando de la oscuridad del patio, pues nadie le había visto entrar. Pero permaneció allí en pie, produciendo una extraña impresión de estar agazapado; y como un relámpago cruzó la memoria de Wang Lung el recuerdo de una pantera que había visto traer cierta vez a unos hombres de las montañas, donde la habían cazado, y la bestia estaba atada, pero se agazapaba como para saltar y los ojos le brillaban. También brillaban ahora las pupilas del muchacho, fijas en su padre, y aquellas cejas suyas, que eran demasiado espesas y demasiado negras para su juventud, estaban apretadas ferozmente sobre sus ojos, así permaneció un rato y al fin

dijo con voz baja y cargada:

–Ahora me iré a ser soldado... Ahora me iré a ser soldado...

Pero no miró a la muchacha, sólo a su padre, y Wang Lung, que no había temido a su hijo segundo y a su primogénito, ahora tuvo miedo de éste, al que apenas había prestado atención desde su nacimiento.

Y Wang Lung murmuró y tartamudeó, y hubiera querido hablar, pero al sacarse la pipa de la boca no se oyó sonido alguno y se quedó mirando a su hijo, que repetía una y otra vez:

–Ahora me iré... Ahora me iré...

De repente volvióse y miró a la muchacha, y ella le miró a él, encogiéndose y poniéndose las dos manos ante el rostro para no verle. Entonces el joven apartó de ella los ojos y salió de la habitación de un salto. Wang Lung miró hacia el cuadro de luz que proyectaba la puerta, abierta a la oscura noche de verano, pero el joven había desaparecido y sólo se notaba silencio por doquiera.

Al fin se volvió hacia la muchacha y dijo humilde y dulcemente, con una gran tristeza y todo su orgullo desvanecido:

–Yo soy demasiado viejo para tí, corazón mío, y bien lo sé. Yo soy un hombre viejo, muy viejo.

Pero la muchacha se apartó las manos de la cara y dijo con más pasión de la que Wang Lung había oído jamás poner en cosa alguna:

–Los jóvenes son crueles... ¡Yo prefiero los viejos!

Cuando amaneció el día siguiente, el hijo menor de Wang Lung se había ido, y todos ignoraban adónde se dirigiera.

XXXIV

Entonces, como se enciende el otoño con falsos resplandores de estío antes de caer en el invierno, así ocurrió con el rápido amor de Wang Lung por Flor de Peral. La breve llamarada se apagó y con ella la pasión. Wang Lung amaba a Flor de Peral, pero sin fiebre.

Y al apagarse aquella llamarada, se quedó de pronto frío de vejez; súbitamente era un anciano. Sin embargo, Wang Lung amaba a Flor de Peral y era un consuelo para él tenerla consigo. Ella le servía lealmente y con una paciencia superior a sus años, y él la trataba siempre con suma bondad y su cariño hacia ella era, cada vez más, el cariño de un padre hacia una hija.

Y por él, Flor de Peral era también buena con su pobre tonta, y esto era un consuelo para Wang Lung. Un día le confesó algo que había tenido largamente en el pensamiento: él había pensado muchas veces en lo

que sería de su pobre tonta cuando él muriese, ya que no había nadie más que él que se preocupase por ella y por si había comido o no había comido; así es que un día fue a la tienda de medicinas y compró un paquetito de una materia blanca y venenosa diciéndose que se lo daría a comer a su tonta cuando viera que la hora de su muerte se acercaba. Pero Wang Lung temía a esto más que a su propia muerte, y ahora era un consuelo para él ver la lealtad de Flor de Peral, a quien llamó una vez y le dijo:

–No tengo a nadie más que a ti a quien pueda confiar mi pobre tonta cuando yo me vaya; y ha de vivir muchos años después que yo haya muerto, ya que su mente no padece tribulaciones ni tiene nada que la mate ni ninguna preocupación que la atormente. Y bien sé que cuando me haya ido nadie se tomará la molestia de alimentarla, de protegerla de la lluvia y del frío del invierno ni de sentarla al sol del verano, y tal vez la manden a vagar por las calles... a esta pobre criatura que siempre ha tenido el cuidado de su madre o el mío. Ahora bien, en este paquetito hay una puerta de salvación para ella; después que yo haya muerto, mézclale esto en el arroz, dáselo a comer y podrá seguirme adonde yo me halle. Y así estaré tranquilo.

Pero Flor de Peral se apartó de aquello que Wang Lung le mostraba y dijo con su voz suave:

–Yo que apenas puedo matar un insecto, ¿cómo he de poder destruir esa vida? No, mi señor; pero haré otra cosa: tomaré para mí esta pobre tonta porque vos habéis sido bueno conmigo..., más bueno que nadie y el único ser bueno de mi vida.

Y Wang Lung podía haber llorado al oír esto, porque nadie le había jamás correspondido así, y su corazón se asió a ella, y le dijo:

–Así y todo, hija mía, tómalo, porque no hay nadie en quien confíe tanto como en ti, pero aun tú has de morir, aunque no puedo pronunciar estas palabras, y después de ti no queda nadie..., no, nadie, pues las esposas de mis hijos están demasiado ocupadas con sus niños y sus disputas, y mis hijos son hombres y no pueden pensar en estas cosas.

Cuando vio lo que quería decir, Flor de Peral cogió el paquete y no habló más, y Wang Lung confió en ella y se sintió consolado y tranquilo por el destino de su pobre tonta.

Entonces Wang Lung se adentró más y más en su vejez, viviendo muy aislado y solo con Flor de Peral y su pobre tonta. Algunas veces miraba a Flor de Peral y se sentía preocupado; entonces le decía a la muchacha:

–Esta vida es demasiado quieta para ti, hija mía.

Pero ella contestaba siempre suavemente y con inmensa gratitud:

–Es tranquila y segura.

A veces él repetía:

–Yo soy demasiado viejo para ti, y mi fuego es ceniza. Pero ella contestaba siempre con reconocimiento:

–Sois bondadoso conmigo, y no deseo más de ningún hombre. Una vez, cuando decía esto, Wang Lung sintió curiosidad y le preguntó:

–¿Qué ha sido lo que en tu tierna edad te ha hecho tan temerosa de los hombres?

Y al mirarla, en espera de contestación, vio un inmenso terror en sus ojos, y ella se los cubrió con las manos y murmuró:

–¡Odio a todos los hombres, excepto a vos..., a todos, hasta a mi padre, que me vendió! Sólo he oído cosas malas de ellos y los odio a todos.

Y él dijo, pensativo:

–Yo hubiera dicho que vivías tranquila y fácilmente en mi casa...

–Estoy llena de repugnancia –dijo ella mirando hacía otro lado–. Estoy llena de repugnancia y los odio a todos. Odio a todos los hombres jóvenes.

Y no quiso decir nada más. Wang Lung se quedó pensando en ello y sin saber si es que Loto le había contado historias de su vida y llegó a amenazarla, o si es que la había asustado Cuckoo con su lascivia, o si es que le había sucedido algo secretamente y no quería decírselo a él, o qué es lo que era.

Pero suspiró y cesó de hacerle preguntas, porque, por encima de todo, ahora quería paz, y sólo deseaba poder sentarse tranquilamente en su patio y cerca de aquellos dos seres.

Así, pues, vivía Wang Lung, y así la vejez caía sobre él día tras día y año sobre año. Ahora dormía al sol inquietamente, como su padre lo había hecho, y se decía que su vida estaba terminada y que se hallaba satisfecho de ella.

A veces, pero raramente, iba a los otros departamentos, y a veces, pero más raramente aún veía a Loto, que jamás le hablaba de la joven que había tomado y le recibía bastante bien, pues ella también era vieja y estaba satisfecha con los manjares y los vinos que amaba y con el dinero que conseguía con sólo pedirlo. Loto y Cuckoo eran, después de tantos años, más bien dos amigas que ama y servidora, y se sentaban juntas a hablar de esto y de lo otro, y principalmente de sus antiguos tiempos entre hombres, susurrando cosas que no se atrevían a decir en voz alta, y comiendo, bebiendo y durmiendo, despertándose para murmurar antes de empezar a comer y a beber de nuevo.

Y cuando Wang Lung entraba, cosa que hacía muy de tarde en tarde, en los departamentos de su hijos, le recibían cortésmente y corrían a buscarle té y él pedía que le enseñaran la última criatura y preguntaba muchas veces, pues lo olvidaba con facilidad:

–¿Cuántos nietos tengo ahora?

Y alguien le contestaba prontamente:

–Once hijos y ocho hijas tienen juntos vuestros hijos. Y él, riéndose, decía:

–Añado dos cada año y sé el número, ¿no es cierto?

Luego se sentaba un rato y miraba a los niños que se agrupaban en torno a él, contemplándole. Sus nietos eran ahora unos muchachos espigados y él los escudriñaba atentamente para ver cómo eran, y se decía:

–Ese tiene la cara de su bisabuelo, y ahí está un pequeño negociante Liu, y aquí yo mismo cuando era joven.

Y les preguntaba:

–¿Vais al colegio?

–Sí, abuelo –le contestaban a coro.

Y él volvía a decir:

–¿Estudiáis los Cuatro Libros?

Entonces ellos se reían, con mofa juvenil, de un hombre tan viejo como éste, y decían:

–No, abuelo; nadie estudia los Cuatro Libros desde la Revolución.

Y él contestaba pensativo:

–He oído hablar de una revolución, pero he estado demasiado atareado en mi vida para ocuparme de ella. Había siempre la tierra.

Pero los muchachos se reían de esto, y al fin Wang Lung se levantaba, sintiéndose únicamente como un huésped en los departamentos de sus hijos.

Y pasado algún tiempo no volvió más, pero a veces le preguntaba a Cuckoo:

¿Están ya en paz mis dos nueras, después de todos estos años?

Y Cuckoo escupió en el suelo y respondió:

–¿Esas? Están en paz como los gatos que se observan. Pero el hijo mayor empieza a cansarse de las continuas querellas de su esposa... Es una mujer demasiado digna para un hombre, y se pasa la vida hablando de lo que hacían en casa de su padre, y acaba por cansar. Se habla de que vuestro hijo quiere tomar otra esposa. Va a menudo a las casas de té.

–¡Ah! –dijo Wang Lung.

Pero cuando quiso pensar en ello, su interés en el asunto se desvaneció

y sin darse cuenta se halló pensando en su té y en que el airecillo primaveral soplabá frío sobre sus hombros.

Otra vez le preguntó a Cuckoo:

—¿Y sabe alguien algo de mi hijo menor, y en dónde ha estado todo este tiempo?

Y Cuckoo contestó, pues no ocurría nada en aquella casa que ella no supiera:

—Bueno, no escribe nunca, pero de vez en cuando llega alguien del Sur y dice que es un oficial militar y bastante importante dentro de una cosa que llaman allí revolución; pero no sé lo que es esto..., quizás algún negocio.

Y Wang Lung dijo otra vez:

—¡Ah!

Y hubiera pensado en ello, pero estaba cayendo la noche y los huesos le dolían en el aire que soplabá, crudo y helado, cuando el sol se ponía. Sus pensamientos iban ahora hacia donde querían y no podía fijarlos largamente en una misma cosa. Y la necesidad que sentía su viejo cuerpo de comida y de té caliente era más fuerte que todo. Pero por la noche, cuando tenía frío, el cuerpo cálido y joven de Flor de Peral yacía contra él y se sentía consolado en su vejez con el dulce calor que entibiaba su lecho.

Así la primavera se esfumó una y otra vez, y según los años pasaban la sentía llegar más vagamente. Pero todavía algo quedaba vivo en él, y esto era su amor por la tierra. Se había marchado de ella y vino a fijar su residencia en la ciudad y era rico. Pero sus raíces estaban en la tierra, y aunque la olvidara durante meses, cada año, cuando llegaba la primavera, tenía que salir a la tierra; y aun ahora, cuando ya no podía coger el arado ni hacer nada, más que mirar cómo otro lo conducía a través de la tierra, aun ahora sentía la necesidad de ir, e iba. Algunas veces se llevaba un criado y dormía otra vez en la vieja casa de tierra, en la vieja cama donde había engendrado hijos y donde O-lan había muerto. Al amanecer se levantaba y salía, y con sus manos temblorosas cogía un brote de sauce o una ramita de melocotonero en flor y lo conservaba todo el día en la mano.

Así vagaba un día, hacia el final de la primavera; y atravesando sus campos llegó hasta el lugar cercado de la colina donde había enterrado a sus muertos. Se detuvo, apoyándose temblorosamente en su bastón, y, mirando las tumbas, los recordó a todos. Los veía más claramente que a sus propios hijos, que vivían con él en su casa; más claramente que a nadie, excepto a su pobre tonta y a Flor de Peral. Y sus pensamientos retrocedieron a tiempos lejanos y los vio a todos

claramente, hasta a su hijita segunda, de la que no había oído nada hacía tanto tiempo que no recordaba cuánto, y la veía tal como había sido: una linda doncellita con los labios delgados y rojos como una hebra de seda... Y para él era lo mismo que estos que yacían aquí en la tierra. Entonces se quedó meditativo y, de pronto, pensó:

"Bueno, yo seré el próximo."

Y, entrando en el recinto, miró el lugar donde había de yacer: más abajo de su padre y de su tío, encima de Ching y no lejos de O-lan. Y murmuró:

–Tengo que ocuparme del ataúd.

Retuvo este pensamiento firme y dolorosamente en su memoria, y al regresar a la ciudad mandó llamar a su hijo primogénito y le dijo:

–Tengo algo que decir.

–Decidlo, pues –repuso el hijo–. Ya estoy aquí.

Pero cuando Wang Lung fue a hablar, olvidó de pronto lo que quería decir, y las lágrimas asomaron a sus ojos porque había retenido el asunto tan dolorosamente en su memoria y ahora se le había escapado sin advertirlo. Entonces llamó a Flor de Peral y dijo:

–Niña, ¿qué es lo que quería decir?

Y Flor de Peral contestó suavemente:

–¿Dónde habéis estado hoy?

–Estuve en la tierra –replicó Wang Lung con los ojos fijos en la muchacha y esperando.

Y ella preguntó otra vez suavemente:

–¿En qué trozo de tierra?

Súbitamente recordó de nuevo, y exclamó con la risa brotándole de los ojos húmedos:

–Bueno, ya me acuerdo. Hijo mío, he escogido un sitio en la tierra, y es más abajo de mi padre y de su hermano, cerca de tu madre y más arriba de Ching; y quisiera ver mi ataúd antes de morir.

Entonces, el hijo mayor de Wang Lung exclamó correcta y respetuosamente:

–No digáis esa palabra, padre mío, pero haré lo que deseáis.

Entonces su hijo le compró un ataúd labrado, cortado de un gran tronco de la fragante madera que se emplea para enterrar a los muertos y para nada más, porque esa madera dura tanto como el hierro y más que los huesos humanos; y Wang Lung se sintió confortado.

Mandó que le llevaran el ataúd a su cuarto y todos los días lo miraba.

Entonces, súbitamente, se le ocurrió una cosa, y dijo:

Bueno, haré que me lo lleven a la casa de tierra, y viviré en ella los pocos días que me queden y en ella moriré.

Y cuando vieron cómo había puesto su corazón en este deseo, hicieron lo que quería y regresó a la casa de los campos, él y Flor de Peral y la tonta, con los servidores que necesitaban. Wang Lung volvió a su morada de la tierra y dejó su casa de la ciudad a la familia que había fundado.

Pasó la primavera y pasó el verano con sus cosechas, y en el ardiente sol de otoño, antes de comenzar el invierno, Wang Lung se halló sentado contra la pared donde se había sentado su padre. Y ahora ya no pensaba en nada, excepto en lo que comía, y en lo que veía, y en su tierra. Pero no en las cosechas que daría, ni en la simiente que plantaría en ella, ni en nada sino en la tierra misma, y a veces se bajaba y cogía un puñado del suelo, sentándose con él en la mano; y le parecía lleno de vida entre sus dedos. Se sentía contento así, apretando esta tierra, y pensaba en ella agitadamente, y en su buen ataúd que tenía en el cuarto. Y la tierra bondadosa le esperaba sin prisa hasta que viniese a ella.

Sus hijos se portaban correctamente con él y venían a verlo todos los días, a lo más cada dos días, y le mandaban alimentos delicados, propios para su edad. Pero él prefería un plato simple, hecho en agua caliente, y sorberlo como hiciera su padre.

Algunas veces se quejaba un poco de sus hijos si no venían a verle cada día, y le preguntaba a Flor de Peral, que estaba siempre cerca de él:

–Bueno, ¿y en qué están ocupados?

Pero si Flor de Peral respondía: "Están en la flor de su vida y ahora tienen muchos asuntos en las manos; vuestro hijo mayor ha sido nombrado oficial de la ciudad entre los hombres ricos, y tiene una nueva esposa; y vuestro hijo segundo está estableciéndose en un mercado de granos propio", Wang Lung la escuchaba atentamente, pero no podía comprender todo esto, lo olvidaba en seguida y volvía la vista hacia la tierra.

Pero un día vio con claridad por breves momentos. Era un día en que sus dos hijos habían venido, y después de saludarle cortésmente, volvieron a salir, andando en torno a la casa y luego hacia las tierras. Wang Lung les siguió lentamente, y, cuando se detuvieron, lentamente se les fue acercando. Ellos no oyeron sus pasos ni el sonido de su bastón sobre la tierra blanda, y Wang Lung percibió la voz afectada de su hijo segundo, que decía:

–Venderemos este campo y aquel otro y dividiremos el dinero entre nosotros por igual. Tomaré a préstamo tu parte con un buen interés, ya

que ahora, con el ferrocarril directo, puedo expedir arroz directamente a los barcos y...

Pero el anciano oyó únicamente estas palabras: "vender la tierra", y gritó con voz rota y temblorosa de cólera:

–¿Qué es esto..., hijos malos, hijos ociosos? ¿Vender la tierra?

Se ahogaba y se habría caído de no cogerle a tiempo sus hijos, sosteniéndole, mientras él se echaba a llorar.

Entonces le calmaron y le dijeron, consolándole:

–No..., no... No venderemos nunca la tierra...

–Es el fin de una familia... cuando empiezan a vender la tierra... –dijo él, interrumpidamente–. De la tierra salimos y a la tierra hemos de ir..., y si sabéis conservar vuestra tierra, podréis vivir..., nadie puede robaros la tierra...

Y el anciano dejó que sus escasas lágrimas se le secaran en las mejillas, donde dejaron unas manchitas saladas. Y luego se bajó, y cogiendo un puñado de tierra la retuvo en la mano, murmurando:

–Si vendéis la tierra, es el fin.

Y sus dos hijos le sostuvieron, uno por cada lado, cogiéndole por los brazos, y él apretó en la mano el puñado de tierra suelta y caliente. Y sus hijos le calmaron, su hijo mayor y su hijo segundo, y le repitieron una y otra vez:

–Estad tranquilo, padre nuestro, estad tranquilo. La tierra no se venderá.

Pero, por encima de la cabeza del anciano, se miraron y sonrieron.

FIN DE "LA BUENA TIERRA"